

MIA FLORES · OLIVIA FLORES

LAS ESPOSAS DEL CÁRTEL

LA HISTORIA
REAL DE LA
FAMILIA QUE
DERRUMBÓ
AL *CHAPO*
GUZMÁN



DEBATE

MIA FLORES · OLIVIA FLORES

LAS ESPOSAS DEL CÁRTEL

LA HISTORIA
REAL DE LA
FAMILIA QUE
DERRUMBÓ
AL *CHAPO*
GUZMÁN



DEBATE

LAS ESPOSAS DEL CÁRTEL

La historia real de la familia
que derrumbó al *Chapo* Guzmán

MIA FLORES y OLIVIA FLORES

Traducción
HUGO LÓPEZ ARAIZA BRAVO

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi esposo. Sin ti no sería quien soy hoy. Has sido mi todo desde el día en que dije “Te amo”. Una vida contigo no sería suficiente. No puedo esperar a pasar la eternidad contigo.

MIA

A mi esposo, mi mejor amigo. Tuviste razón otra vez. Cuando me dijiste que conseguiría un contrato de grabación y uno de libro, no pude verlo. Creíste en mí, me levantaste y me apoyaste. Cuando quería renunciar, me alentaste a que terminara. Me dijiste que los momentos difíciles me ayudarían a crecer y ver lo bendecida que estoy. Me tomó escribir este libro para darme cuenta de eso. Me has inspirado, motivado, y has sido mi mayor fan. Contigo a mi lado puedo lograr cualquier cosa por la que me esfuerce. Siempre he sido tu prioridad; has visto el bien en mí y sacado lo mejor de mí. Hiciste que todos mis sueños se hicieran realidad, y te amaré y atesoraré por el resto de mi vida.

OLIVIA

En memoria de Margarito Flores Sr.
Usted nunca será olvidado. Descanse en paz. Lo queremos.

ELENCO DE PERSONAJES PRINCIPALES*

(en orden alfabético)

Tomás Arévalo Rentería. Apodado *Tommy*. Era de Sinaloa y se volvió el mejor amigo de Junior Flores. En Chicago fue el primer proveedor de los gemelos desde México y no tardó en trabajar para ellos. Los gemelos Flores ayudaron más tarde a asegurar su consignación.

Alfredo Beltrán Leyva. Apodado *Mochomo*. Es el hermano menor de Arturo y, junto con sus cuatro hermanos, fundador de la Organización Beltrán Leyva (OBL), uno de los principales cárteles de México. Fue capo de la OBL junto a su hermano Arturo. La cooperación de los hermanos Flores constituyó un factor decisivo para que Alfredo no fuera a juicio. El 23 de febrero de 2016 se declaró culpable de cargos de conspiración y está cumpliendo cadena perpetua.

Arturo Beltrán Leyva. Apodado *el Barbas* y autoproclamado *Jefe de Jefes*. Junto con sus cuatro hermanos, fue uno de los fundadores de la OBL, uno de los cárteles mexicanos más poderosos. La OBL estuvo aliada con el Cártel de Sinaloa hasta que se declararon la guerra en 2008. Arturo fue la cabeza del cártel hasta que fue asesinado por la Marina Armada de México durante una redada el 16 de diciembre de 2009.

Joe Bonelli. El eterno abogado de Peter y Junior Flores, que defendió a su hermano Adrian de cargos de tráfico de drogas y tomó el caso de los gemelos cuando decidieron convertirse en informantes federales. Durante el encarcelamiento de los hermanos, Joe sintió que podría sufrir represalias por parte de los cárteles, por lo cual solicitó que nunca se usara su nombre. Ha sido eliminado de todos los documentos públicos.

Ruben Castillo. Presidente de la Corte Estadounidense del Distrito Norte de Illinois. Supervisó los casos federales de Peter y Junior Flores.

David. Abogado de Junior Flores. Es un litigante de élite en Chicago, contratado mientras Junior negociaba su alegato de culpabilidad.

Eric. Agente especial para la oficina de Chicago de la Drug Enforcement Administration (DEA). Se convirtió en uno de los principales agentes en supervisar el caso de los hermanos Flores cuando éstos se convirtieron en informantes.

Manuel Fernández Valencia. Apodado *la Puerca* o *el Animal*. Colaborador del Cártel de Sinaloa y de la OLB, controlaba varios túneles de Mexicali a Calexico y se convirtió en socio de confianza de los hermanos Flores. Fue capturado y arrestado a finales de 2010.

Adrian Flores. Hermano mayor de Pedro y Margarito Flores Jr. Fue arrestado por conspiración relacionada con drogas en agosto de 1998. A pesar de la constante presión que ejerció sobre sus hermanos para que se ganaran la vida honestamente, su arresto dejó un vacío financiero en la familia, lo que causó que los gemelos construyeran su propia narcoempresa.

Amilia Flores. Viuda de Margarito Flores Sr. Tuvo siete hijos con su esposo.

Daniela Flores. Esposa de Adrian Flores. Huyó de México en 2008 junto con el resto de la familia Flores.

Margarito Flores Jr. Apodado *Junior*. Él y su gemelo idéntico, Pedro, nacieron el 12 de junio de 1981 en Chicago; fueron los benjamines de siete hijos. Él y su hermano se convirtieron en dos de los más importantes colaboradores en la historia de Estados Unidos y su salida de prisión está programada a más tardar en 2021.

Margarito Flores Sr. Nació en el centro de México en 1937. Padre de doce hijos, dejó la escuela en tercero de primaria, se casó en 1959 y migró a Chicago en 1969. En 1981 fue sentenciado a diez años de prisión por posesión de sustancias controladas y, tras su liberación, enseñó a traficar droga a sus hijos. Volvió a México en 2009 y no se volvió a saber nada de él.

Mia Flores. Nació en Chicago en 1980. Es hija de un oficial de las unidades especiales del Departamento de Policía de Chicago. Se casó con Peter Flores en 2005 y ahora vive escondida con sus dos hijos.

Olivia Flores. Nació en Chicago en 1975. Es hija de un oficial de policía de esa ciudad. Se casó con Margarito Flores Jr. en 2005 y ahora vive escondida con sus dos hijos.

Pedro Flores. Apodado *Peter*. Él y su gemelo idéntico, Margarito Jr., nacieron el 12 de junio de 1981 en Chicago; fueron los benjamines de siete hijos. Él y su hermano se convirtieron en dos de los más importantes colaboradores en la historia de Estados Unidos y su salida de prisión está programada a más tardar en 2021.

Kevin Garcia. Conocido por la mayoría de la gente como *K*. Este alto miembro de los Latin Kings fue el segundo esposo de Olivia Flores. Fue asesinado a tiros por miembros de una pandilla rival en Chicago en junio de 2003.

Sergio Gomez. Informante pagado por el Departamento de Policía de Chicago desde finales de la década de 1990. Gomez estuvo detrás del secuestro, en Chicago, de Peter Flores, en 2003. Con la asistencia de policías corruptos, se calcula que secuestró y asaltó por lo menos a otros veintinueve narcotraficantes. En 2015 fue sentenciado a cuarenta años de prisión.

Joaquín Guzmán Loera. Apodado *el Chapo*. Hijo de una familia ganadera pobre. Nació en Sinaloa el 4 de abril de 1957 y ascendió hasta convertirse en la cabeza del Cártel de Sinaloa y en el capo más poderoso y buscado del mundo.

Mark Jones. Novio de Mia Flores en la preparatoria y la universidad. Se convirtió en policía de barrio del DPC. En 2012, en lo que fue un gran escándalo de corrupción policial, se declaró culpable de haber robado efectivo a presuntos narcomenudistas y a otros ciudadanos de Chicago. Debido a su trabajo encubierto, sólo fue sentenciado a dos meses de prisión.

Leo. El primer esposo de Olivia Flores. Proporcionó información al fiscal acerca del plan de Sergio Gomez para secuestrar a los padres de su esposa, con la esperanza de obtener una sentencia más leve.

Matthew. Agente especial de la DEA en la oficina de Milwaukee. Dirigió una redada en las casas de los hermanos Flores en 2004, un suceso que los obligó a convertirse en fugitivos. Trabajó estrechamente con Eric en el caso de los hermanos Flores cuando se convirtieron en informantes.

El Músico. Mano derecha de Arturo Beltrán Leyva y lugarteniente supremo de la OBL.

Germán Olivares. Ejecutivo en jefe y mano derecha del *Chapo*. Controlaba la plaza de

Juárez.

Rubén Oseguera Cervantes. Apodado *el Mencho*. Temido líder del Cártel de Jalisco Nueva Generación. Una vez bloqueó Guadalajara con barricadas y prendió fuego a bancos, autobuses y gasolineras, acción que después subió a YouTube. Es conocido por asesinar a soldados del Ejército mexicano y por derribar helicópteros militares con lanzacohetes sostenidos en el hombro. Tras la captura del *Chapo*, él es el capo más buscado de México.

Pablo. Conocido como *Tío Pablo* por Peter y Junior Flores. Era un viejo amigo de la familia y socio del Cártel de Sinaloa que durante muchos años les sirvió de proveedor. Estuvo detrás del secuestro de Peter Flores en abril de 2005, y el de Margarito Flores Sr. en diciembre de ese mismo año. Después de traicionar al *Chapo* y no saldar sus deudas con él, fue secuestrado y asesinado por sus sicarios.

Paco. Uno de los amigos más cercanos de Junior Flores. *El Músico* era su jefe en la OBL. Era compadre del *Chapillo* Lomas. Era encargado de recolectar quinientos mil dólares diarios, que pagaba a funcionarios mexicanos para que abrieran rutas de narcotráfico.

Rambo. Sicario principal del *Chapo* y cabeza de una célula de asesinos a sueldo en Jalisco, México.

Tom. Abogado asistente para el Distrito Norte de Illinois de 2004 a 2015. Tom dirigió la investigación y el proceso de los hermanos Flores y las docenas de consignaciones subsecuentes que surgieron de su caso. Dejó el servicio público para abrir un despacho privado en febrero de 2015.

Alfredo Vázquez Hernández. Compadre y viejo amigo del *Chapo* con quien los hermanos Flores se asociaron para abrir una compañía de transporte de muebles que los ayudaría a trasladar drogas en secreto en vagones de tren. En noviembre de 2014 se declaró culpable de conspiración relacionada con drogas, por lo que fue sentenciado a veintidós años de prisión.

Ismael Zambada García. Apodado *el Mayo*. Nació en el año nuevo de 1948. Es uno de los fundadores y líderes del Cártel de Sinaloa, junto con *el Chapo* Guzmán. Actualmente está bajo consignación de Estados Unidos y México, con más de cinco millones de dólares de recompensa por su captura. Tras el encarcelamiento del *Chapo*, es la actual

cabeza del Cártel de Sinaloa.

Ismael Zambada Imperial. Apodado *Mayito Gordo*. Es hermano menor de Vicente y *el Mayito Flaco*. Este narcojunior, hijo menor del *Mayo*, fue arrestado cerca de Culiacán en noviembre de 2014 y será extraditado a San Diego bajo cargos de narcotráfico.

Vicente Zambada Niebla. Apodado *el Vicentillo* o *el Niño*. Uno de los hijos del *Mayo*. Vicente ascendió hasta convertirse en el número tres del Cártel de Sinaloa. Fue arrestado en 2009 y extraditado a Estados Unidos en 2010, donde se convirtió en informante. Actualmente espera sentencia por narcotráfico.

Ismael Zambada Sicairos. Apodado *Mayito Flaco*. Es hermano menor de Vicente y hermano mayor del *Mayito Gordo*. Su consignación por narcotráfico fue revelada en San Diego en enero de 2015. Ahora es fugitivo.

* Dado su origen binacional, se ha respetado la ortografía sin tildes de los nombres de los personajes nacidos en Estados Unidos. A quienes nacieron en México, a sus apelativos se les han puesto las tildes faltantes en el original. [N. del T.]

Introducción

Para los amigos de nuestros hijos sólo somos mamás futboleras comunes y corrientes. Pero en realidad somos las esposas de gemelos idénticos que son responsables casi únicos del despegue meteórico de los narcóticos en Estados Unidos durante las últimas dos décadas. De 1998 a 2008, nuestros esposos, Pedro y Margarito Flores Jr., se convirtieron en traficantes de alto impacto que dejaron un rastro de fuego y drogas a lo largo de la frontera de México y aumentaron significativamente el volumen de cocaína, heroína, metanfetamina y marihuana que cruzaba la línea limítrofe, pasaba por su base, en Chicago, y luego se esparcía por casi una docena de ciudades importantes de Estados Unidos y Canadá.

En 2008, en la cima de su empresa criminal, Peter y Junior, como los conocemos y los llamaremos en este libro, tomaron la difícil decisión de cooperar con el gobierno federal, convertirse en informantes y, finalmente, entregarse a la justicia. Fue una decisión de familia, tomada una noche por los cuatro, sentados en torno de la mesa de la cocina. Y la tomamos para ahorrar a nuestros hijos los horrores de las recientes narcoguerras mexicanas, con su tortura, sus asesinatos y su destrucción total de muchas comunidades y familias. Además, necesitábamos romper el ciclo del crimen en el que habían nacido nuestros esposos: no queríamos que nuestros hijos comprometieran su futuro. Nunca usamos drogas y nuestros esposos no estaban —y nunca lo estuvieron— orgullosos de su trabajo cotidiano. Lo hacían porque era la única forma de vida que conocían. En su familia, las drogas no sólo eran normales y aceptadas; también constituían el oficio que les habían enseñado sus padres. Incluso en Estados Unidos —la supuesta tierra de las oportunidades—, cuando uno como mexicano es pobre y sin educación, el narcotráfico suele ser la única forma de sobrevivir.

Después de convertirse en informantes y confesar a la fiscalía de Estados Unidos todos los detalles de su carrera criminal, Peter y Junior pasaron casi todo el año 2008 grabando en secreto conversaciones con los miembros más encumbrados de los cárteles mexicanos, incluyendo al infame narcocriminal Joaquín *el Chapo* Guzmán. Su colaboración sin precedentes ayudó a asegurar la consignación de sesenta y nueve figuras importantes del narcotráfico, incluidos los arquitectos que construían los túneles para cruzar la frontera y los jefes de varios cárteles, que prácticamente controlaban México. Además, asistieron en once consignaciones subsecuentes que atraparon a más de cien personas. Hoy en día no todas esas personas están en la cárcel, pero gracias al testimonio

de nuestros esposos, pronto lo harán. Y algunos de los peores están muertos, a manos de quienes ayudaron a alimentar.

En 2015 Peter y Junior fueron sentenciados por sus crímenes y enviados a prisiones especiales de la Unidad de Seguridad de Testigos y nosotras pasamos a la clandestinidad. Ahora vivimos en espacios confinados con nuestros hijos, visitamos a nuestros esposos en la prisión los fines de semana y las vacaciones, y mentimos a nuestros amigos y vecinos acerca de nuestra identidad. Mientras nos formamos en la fila de automóviles para recoger a nuestros hijos de la escuela, nos preguntamos si será hora de cambiar nuestros celulares por segunda vez en el mes, pues nos preocupa que el próximo testimonio de nuestros maridos en contra de la cabeza de un cártel propicie que un sicario nos rastree, y tratamos de imaginar un futuro en el que nuestras familias queden reunidas bajo el ojo avisor del Programa de Protección de Testigos.

Aunque nunca hayas tenido contacto con las drogas, te cambian la vida. Te des cuenta o no, los narcóticos están por todos lados y alteran la materia del mundo en el que vivimos. Puede ser que ese cajero de aire inocente de la tienda de abarrotes de tu barrio esconda un kilo de cocaína detrás del mostrador, o que la viejecilla dulce y silenciosa sentada junto a ti en un avión traiga un globo lleno de heroína en el estómago. El sonriente padre de familia que te saluda en el baile de secundaria de tu hijo podría estar luchando en secreto contra una adicción a los analgésicos.

Nuestros esposos almacenaban millones de dólares en cocaína y heroína en una lujosa casa adosada en la calle donde se encuentran los Harpo Studios, y hacían lo mismo en un hogar en Tony Calabasas, a unos kilómetros de la residencia de las Kardashian. Sin embargo, ninguno de los vecinos de esos lugares sospechaba nada. Míranos a nosotras. Le decíamos a la gente que sólo somos amas de casa, separadas de sus maridos, pero en realidad nos tuteábamos con hombres que les metían balas en la nuca a otras personas. Mientras la mayoría de las madres reciben en casa a la tropa de niños exploradores los domingos por la noche, nosotras regresamos de visitar a nuestros esposos en la prisión federal.

Una puede culpar de muchas cosas a la ubicuidad de las drogas en Estados Unidos, pero la verdad es que Peter y Junior Flores, dos gemelos idénticos, mexicanos-estadounidenses con cara de bebés del lado oeste de Chicago, están detrás de gran parte del asunto. Aunque nosotras los conocíamos —y conocemos— como los hombres dulces, cariñosos y corteses que nos trataron siempre con amor y respeto, la ley los tiene como los narcoinformantes más importantes de la historia de Estados Unidos.

De niños, Peter y Junior aprendieron el negocio de su padre. De adolescentes, comenzaron a vender droga en las calles de Little Village, la zona mexicanizada de Chicago en la que crecimos. Durante los siguientes años establecieron contacto con el Cártel de Sinaloa y se graduaron para convertirse en distribuidores, luego de haber sido

vendedores. Instalaron su negocio, lo manejaron como una máquina bien aceiteada y no tardaron en convertirse en los traficantes más prominentes de Chicago.

Entonces su negocio funcionaba estrictamente en Estados Unidos. Pero cuando huyeron a México, en 2003, incursionaron en la escena internacional. En pocos años se hicieron amigos de los principales líderes de los cárteles y se encargaron de cientos de toneladas de narcóticos que cruzaban la frontera y se distribuían en Estados Unidos y Canadá. Luego enviaban dos mil millones de dólares en efectivo de vuelta a los cárteles mexicanos. Durante los cinco años que vivieron en México no se integraron a ningún cártel, pero eran los únicos capos estadounidenses que podían trabajar directamente con los jefes del Cártel de Sinaloa —encabezado por Joaquín Guzmán Loera, *el Chapo*, e Ismael Zambada García, *el Mayo*— y con la Organización Beltrán Leyva (OBL), administrada por parientes y enemigos declarados del *Chapo*, Arturo y Alfredo (*Mochomo*) Beltrán Leyva. Eran mayoristas que compraban a crédito vastos volúmenes de narcóticos a los cárteles y luego organizaban su transporte de México a Los Ángeles y Chicago. Tomaban un negocio de toneladas y lo vaciaban en un negocio de kilos, y luego enviaban el dinero de vuelta a sus proveedores. Sin embargo, sus operaciones no se detenían cuando las drogas llegaban a Estados Unidos: tenían hombres en Chicago para procesar el dinero y asegurarse de que los narcóticos llegaran a su destino en Estados Unidos y Canadá.

Nadie en México hacía lo que ellos hacían —o no lo hacía tan bien como ellos—, así que *el Chapo* Guzmán, *el Mayo* Zambada y los hermanos Beltrán Leyva competían pacíficamente por sus servicios. ¿Qué mejor manera de introducir miles de millones de dólares de drogas a Estados Unidos que con el genio de unos gemelos que ya habían construido un imperio allá, conocían las entrañas del narcotráfico estadounidense y, lo mejor de todo, eran ciudadanos estadounidenses que vivían en México?

Sin embargo, todo cambió a principios de 2008. El Cártel de Sinaloa se embarcó en una guerra con la OBL y el promedio de homicidios relacionados con drogas en México se disparó de doscientos a quinientos al mes. Junior y Peter trabajaban en un ambiente en el que se volvió normal que rodaran cabezas a los pies de la gente que departía en los bares de barrio y que aparecieran familias enteras muertas a tiros en las calles de Guadalajara. Nuestros esposos vieron hombres tirados de cara al sol abrasante, atados a los árboles y desollados vivos. De pronto, el narcotráfico en México se había convertido en un juego de revanchas a gran escala. Sinaloa y la OBL querían destruirse, lo cual implicaba deshacerse de cualquiera que estuviera en el bando opuesto. Desafortunadamente para nuestros maridos, se convirtieron en elementos indispensables para ambos grupos y, en consecuencia, súbitamente se vieron entre la espada y la pared.

Entonces nuestros esposos poseían almacenes, bodegas que eran manejadas por sus empleados y negocios legítimos —por ejemplo, compañías de envíos— como fachadas

de sus transacciones ilícitas. Sus libros de contabilidad eran tan complejos y extensos que cuando los entregaron a las autoridades estadounidenses, tuvieron que contratar a un equipo de contadores forenses para analizarlos. Un funcionario aseguró que administraban su negocio como si fuera una compañía Fortune 500, y que si no hubieran sido narcotraficantes, podrían haber sido presidentes ejecutivos de grandes corporaciones legítimas. De 2006 a 2008 —cenit de sus carreras— cada mes transportaron de novecientos a mil trescientos sesenta kilogramos de cocaína, lo que equivalía a aproximadamente cincuenta millones de dólares, esto es, casi seiscientos millones al año.

Pero estaban atrapados entre dos facciones en guerra y no les gustaba el ejemplo que les daban a sus familias. Así que mejor renunciaron.

Cuando lo hicieron, pasaron la mayor parte de 2008 realizando funciones de informantes, grabando todas las conversaciones de negocios que sostenían con sus clientes y entregando envíos masivos de drogas que habían cruzado la frontera bajo su vigilancia. Después se entregaron voluntariamente a los agentes de la Drug Enforcement Administration (DEA) en el aeropuerto internacional de Guadalajara y fueron enviados de inmediato a Chicago. Durante los siguientes seis años los mantuvieron en custodia protectora. Debido a su testimonio, Chicago nombró al *Chapo* su enemigo público número uno, título que sólo había sido asignado a Al Capone. El 27 de enero de 2015 los sentenciaron a catorce años de encierro en una cárcel de máxima seguridad, tomando en cuenta los seis años que ya habían cumplido en custodia.

Si tenemos suerte —y si seguimos con vida—, saldrán libres en 2021, cuando nuestros hijos sean prácticamente adultos.

Mientras están tras las rejas ellos no pueden contarle al mundo los horrores que todos hemos presenciado y la redención que sus esposas hemos buscado. Pero nosotras sí.

Nos hemos mantenido en silencio durante los ocho largos años desde que nos despedimos de las playas mexicanas, huyendo de vuelta a Chicago hacia nuestro nuevo e inexplorado porvenir. Ahora nosotras sólo podemos confiar la una en la otra, pues definitivamente no podemos contarles nada a nuestros vecinos ni a nuestras familias. Muchas veces valoramos la posibilidad de conceder entrevistas a la prensa, pero queríamos esperar a contar nuestra historia completa y sin limitaciones. Queremos que ustedes sepan por lo que han pasado nuestras familias de nuestra propia boca.

No escribimos este libro para lucrar. Hemos sido más ricas de lo que habíamos imaginado y la verdad no extrañamos el dinero. De haber querido que nuestras vidas siguieran igual, les habríamos rogado a nuestros esposos que nos quedáramos en México, donde conducíamos automóviles de lujo, vivíamos en *penthouses*, vacacionábamos en Puerto Vallarta cada vez que se nos antojaba y teníamos más dinero en efectivo del que se habían imaginado nuestras familias. Pero era dinero sucio, con rastros de sangre. Habríamos hecho cualquier cosa por tener esposos que trabajaran honestamente de

nueve a cinco, como nuestros padres. Pero por razones indescifrables nos enamoramos de criminales. Y este libro no servirá para justificar ese hecho, pero sí nos gustaría contarles cómo y por qué sucedió así.

Nuestras vidas están deslustradas y transcurren en secreto, y nuestros pasados son vergonzosos. No obstante, queremos contar nuestra historia. Hemos tenido un acceso a los cárteles que ningún ciudadano estadounidense puede presumir, así que podemos ofrecer una ventana de cómo funcionan, el daño que han causado y por qué es tan difícil neutralizarlos.

En cuanto al lado personal de esta historia, queremos ofrecer, con base en nuestra experiencia, una explicación acerca de por qué la gente se involucra en el ámbito del crimen. Desafortunadamente hay muchos hombres, sobre todo trabajadores mexicanos pobres, que piensan que ésa es su única opción.

Probablemente le sorprenda al lector que sigamos en relación con nuestros maridos, y créannos que comprendemos su asombro. Pero nuestra experiencia no ha sido fácil. Además, la idea de que alguno de nuestros hijos se case con alguien que esté involucrado en cualquier actividad ilegal —ya no el narcotráfico— es muy estresante.

No pretendemos que sientan afecto por Peter y Junior. De hecho, pueden desear que pasen el resto de sus vidas en la cárcel por todo el daño que han causado. Nosotras no tratamos de salvar su reputación; sólo queremos abrir una ventana para que el lector conozca una vida que no le deseamos ni a nuestros peores enemigos y busquemos esclarecer cómo y por qué las personas terminan involucradas en el narcotráfico, cómo las arruina y cómo es vivir el resto de la vida bajo la losa de los errores cometidos en el pasado.

PRIMERA PARTE

EL SUEÑO AMERICANO

Olivia

Yo nací en 1975 en Pilsen, un barrio predominantemente mexicano-estadounidense en el oeste de Chicago, a unos cinco kilómetros y medio del Loop.

Pilsen era un lugar de lo más marginal que había en Chicago y de pequeña yo creía que era normal que hubiera pandilleros en la esquina de mi casa. Suponía que en todas partes era así. Pero ahora que soy adulta, lo entiendo. Mi esposo y yo tuvimos una conversación hace poco. Él me dijo:

—Pilsen es un barrio de bajos ingresos.

Y yo:

—No, es clasemediero.

—Nena, tú no eras de clase media.

—Sí, creo que tienes razón.

Ni siquiera me había dado cuenta de aquello hasta que él lo dijo. En mi mente, vivíamos en un barrio genial porque mis padres hicieron todo lo posible por que mi hermana y yo nos sintiéramos cómodas. Mi abuelo llegó de México cuando mi papá tenía siete u ocho años, y luego ahorró suficiente dinero para traer a su familia. El proceso de inmigración no fue fácil y le tomó algunos años porque decidió hacerlo legalmente. Pero era un hombre honesto y trabajador, y no lo habría hecho de otra forma.

Papá llegó a Pilsen sin hablar nada de inglés y cuando creció su mentalidad fue la misma que la de su padre: trabaja duro, construye un patrimonio y ahorra, ahorra, ahorra. Papá estaba decidido a ser alguien de quien su familia estuviera orgullosa, así que consiguió su primer empleo a los catorce años, trabajó horas extras, regresó a la escuela y se volvió ciudadano estadounidense. Luego se convirtió en oficial de policía de Chicago y patrulló las calles todo el día, portando con valor su uniforme azul.

Él y mamá querían que tuviéramos lo mejor de lo mejor, así que nos enviaron a una escuela católica. Nos pusieron *brackets* en la secundaria cuando nadie más los tenía. Ahorraban todo el año, y cuando había suficiente en el banco, nos llevaban de vacaciones a Disney World. A todas luces vivíamos el sueño americano.

Al igual que papá, mamá siempre quería más. Vendía abrigos de piel en Marshall Field's y le daban descuento en muebles de diseñador; por eso llenó nuestra casa con ellos. Era una casa pequeña, pero mamá era una gran decoradora, tanto que me hacía sentir que teníamos mucho dinero. Mamá también era superlista. Era muy decidida, muy resuelta, y tan fuerte y poderosa que casi siempre conseguía lo que quería. Era única en mi barrio. Era puertorriqueña, tenía un cuerpo hermoso y mantenía la cabeza en alto: cuando entraba a algún lado todos sabían que ella estaba ahí. Era glamorosa y siempre iba bien vestida: maquillaje, tacones y buena joyería, aunque fuera barata. Pero lo más

importante era que tenía un corazón a la medida. Siempre quería algo distinto para nuestro barrio y soñaba con una vida mejor para su familia.

En casa, yo era muy tímida y, en realidad, no podía ser yo misma. Mi hermana era mi mejor amiga y mi mayor maestra: había comenzado a practicar las tablas de multiplicar conmigo cuando yo estaba en el kínder y ella en segundo de primaria. Me cuidaba y yo la seguía como si fuera su sombrita. Era una niña de papi: me aferraba a él y sólo le mostraba a mi mamá lo que quería ver o le decía lo que quería oír. Tenía la mecha tan corta y era tan controladora que, si la hubiera hecho enojar, no me la habría acabado. Pero fuera de la casa era lo opuesto. Imitaba a mi mamá: hablaba fuerte y me mostraba imponente y ecuánime. Era la niña *cool* de la escuela y tenía todo bajo control.

Conocí a mi primer novio en la secundaria, y aunque él tuviera dieciséis, no le importaba que yo apenas tuviera catorce. Tenía un cuerpazo y eso me hacía sentir muy segura, tratando de ser tan madura y sofisticada como mi mamá. Era virgen, pero estaba tan enamorada de mi novio que no me asustó mucho que nos volviéramos activos sexualmente desde el principio. ¿Qué sabía yo a los catorce? Pensaba que iba a pasar el resto de mi vida con ese tipo.

Después de unos meses de salir con él, comencé a vomitar y no me llegó la regla. No me alarmó: no me fijaba en esas cosas. Pero cuando descubrí que estaba embarazada, me asusté. Recuerdo haber pensado: ¿cómo pudo pasarme esto? Era de buena familia, estudiaba como loca y siempre había sacado puros dieces.

Aunque mamá promoviera la comunicación abierta con sus hijas, estaba muy asustada y avergonzada como para confesárselo. Mi hermana siempre le contaba todo, pero yo era tan tímida que me tapaba los oídos cada vez que mamá hablaba de sexo. Por eso me costó mucho trabajo hacerme de valor para decirle que estaba embarazada. Cuando por fin lo hice, ella se mostró herida y decepcionada.

—¿Qué quieres decir? —dijo—. ¡Apenas tienes quince años! ¡Te metí a una escuela privada! ¡Te di todo!

Cuando mi papá se enteró, me abrazó fuerte, con lágrimas en el rostro.

—Olivia, tu mamá me dijo que estás embarazada. Te amo; haré lo que sea por ti. No quiero que te asustes. No importa qué decidas hacer, tu mamá y yo estamos contigo.

Mi hermana, que estudiaba la universidad, tomó a un autobús y vino a casa conmigo. Mamá y papá siempre habían dejado claro que la familia era lo más importante, así que decidieron que iban a apoyarme, a pesar de todo.

Sin embargo, en mi mente se forjó la idea de que ese bebé me iba a convertir en *mujer*. Por fin iba a ser yo misma. Mi mamá ya no iba a controlar mi vida y yo no iba a acatar más reglas. Iba a tener a mi bebé, terminar la escuela y pasar el resto de mi vida con mi novio. Estaba enamorada, era madura y mi mamá no podía decirme un carajo al respecto.

Eso no pasó. Cuando tuve a Xavier, detesté el trato estricto que me impusieron mis padres: me hicieron seguir las mismas reglas de siempre y me dieron la misma mesada. Mi novio venía a casa a visitar a nuestro hijo y mi mamá me gritaba:

—¡No puedes sentarte en sus piernas en mi casa! ¡No pueden estar juntos solos en un cuarto!

Las cosas no habían cambiado un carajo.

Pero gracias a Dios que no fue así, gracias a Dios que aún tenía la estabilidad del hogar, porque mi novio comenzó a pintarme el cuerno. Cuando le dije que quería cortar con él, me dio un puñetazo en la cara. Era la primera vez que alguien me alzaba la mano. Les mentí a mis papás y les dije que me habían dado en el ojo con una bola de nieve; permanecí con mi novio dos años más porque creí que era lo mejor para mi hijo. Ahí estaba yo, una mujer adolescente supuestamente fuerte y madura, dejándome controlar por ese hombre.

Quien por fin me salvó fue Xavier, de apenas dos años de edad. No podía dejar que viera que me derrumbaba, así que corté con su papá y nunca me arrepentí de haberlo hecho. No sentía sino enojo contra mi ex, pero mamá siempre me aconsejó que, por el bien de mi hijo, nunca hablara mal de él.

—Si rebajas al papá de Xavier, se va a sentir un fracasado. Como madre, tu responsabilidad es protegerlo siempre.

Mi mamá era muy sabia y por eso acaté sus consejos. No quería influir en los sentimientos de Xavier, así que pronto aprendí a controlar mis sentimientos por su padre. Quería que fuera el papá que Xavier necesitaba, sin mi influencia. Era lo correcto.

Mis papás prácticamente fueron unos santos durante esos primeros años con Xavier. Yo trabajaba en Dunkin' Donuts o en alguna otra chamba donde ganaba el salario mínimo y gastaba toda mi quincena en pañales, esforzándome mucho por ser responsable. Mamá prometió que metería a mi hijo a una escuela privada cuando llegara el momento. Mi papá se convirtió en una verdadera figura paterna para él: lo inscribió a *t-ball* y pasaba tiempo con él cada vez que podía.

—Es mi hombrecito —decía, y subía a mi hijo a su asiento del coche para ir al parque juntos.

Yo siempre fui la niña de sus ojos, y fue igual de dulce con mi hijo.

Aunque tengan quince o cuarenta años, todas las mamás queremos lo mejor para nuestros hijos, pero no somos perfectas. Todas tenemos puntos de quiebre. A la mitad de la prepa yo tuve el mío.

Justo antes de tener a Xavier le rogué a mamá que me inscribiera a una escuela pública.

—Es una gran prepa —dije—. Está cambiando mucho. Tiene muchos programas nuevos y estaré más cerca de casa para atender al bebé.

Por primera vez en su vida, mamá cedió y dejó que me saliera con la mía. Tal vez sí me creyera, o tal vez estuviera cansada de pelear. De cualquier manera, creo que fue la peor decisión de su vida.

Era una escuela de gueto. Estaba infestada de pandillas. Plagada de drogas. El Departamento de Policía de Chicago la patrullaba y había tanta gente armada con navajas que instalaron detectores de metal a la entrada. Nadie iba a clase nunca. En vez de eso, asistían a fiestas diurnas.

Durante mi primer y segundo años fui muy responsable y me mantuve al margen de todo aquello. Por otra parte, era la primera chica de la prepa que comenzaba el primer año de estudios embarazada y desde entonces me había partido el lomo para ser una buena mamá. Me iba directamente de la escuela al trabajo y de ahí a la casa para meter a mi bebé a la cama; pero después de un tiempo ya no podía soportar esa rutina. Siempre le había dado prioridad a mi hijo, pero era joven y egoísta, así que deseaba divertirme.

Comencé a relacionarme con los pandilleros y con los que vendían drogas, y de pronto ya estaba rodeada de autos elegantes, dinero y joyas. Me encantó. Pero cuando llegaba a casa, todo lo que hacía con mamá era pelear, pelear, pelear.

—Yo no te crié así —decía—. ¡Xavier te necesita!

Yo se la volteaba y le reprochaba lo estricta que siempre había sido conmigo.

—¿Qué esperas de mí? Soy joven y también necesito tener mi vida. ¡Además, sigo sacando puros dieces!

Tal vez tuviera ausencias porque solía irme de pinta y me la pasaba de fiesta todo el día, pero sacaba buenas calificaciones en esa escuela de mierda.

Creía que era la onda, y nadie podía decirme lo contrario. Me votaron como “la más lista”, “la mejor vestida” y “la más popular” en mi salón, y me gradué en tres años, a la corta edad de diecisiete años. Me dieron beca completa en la Universidad de Illinois, en Chicago, y mis papás no podían estar más contentos. Pero después de mi segundo semestre tiré todo a la basura. No había manera de que yo esperara cuatro largos años hasta comenzar a ganar dinero, así que les dije a mis papás que me inscribiría a una escuela de cosmetología.

—Mi sueño es abrir una estética —les dije, tratando de venderles la idea de que por eso me saldría de la universidad.

Les rompí el corazón. Mi hermana estaba a punto de titularse y estaba buscando dónde hacer la maestría, ¡y yo quería ir a la escuela de belleza!

Al final, mi programa de cosmetología de nueve meses se extendió a dos años. No era mi prioridad: lo que veía en las calles era muy emocionante para quedarme al margen. No por las drogas sino por el dinero. Los pandilleros tienen autos elegantes con rines vistosos, aretes de diamantes y relojes finos. Se llevaban mucho dinero a casa, y no era de Dunkin’ Donuts. Era del gran estado de California.

A los diecisiete comencé a viajar a California para contrabandear hierba. Me subía a un autobús y hacía el viaje de dos días hasta allá, donde unos tipos y yo nos encontrábamos con el *conecte*. Los veía tomar un kilo de marihuana, meterlo en un saco de papas y comprimirlo con una máquina. La hierba se convertía en un bloque duro y cuadrado, que me entregaban para que yo lo metiera en mi maleta. Me subía a un camión de regreso, y al llegar cobraba unos diez mil dólares. *Soy la chica más buenota y rica de Chicago*, pensaba.

Hice varios viajes como ése y nunca tuve problemas. Pero en uno de vuelta tuve que transbordar en Denver. Cuando me bajé y busqué mi maleta en el portaequipaje del autobús, ya no estaba.

—Está en otro autobús —dijo el agente de la estación—. Estará aquí en dos días.

Me quería morir. Salí lo más rápido posible de la terminal, tomé un taxi al aeropuerto y compré un boleto de vuelta a Chicago. Cuando llegué a casa, me volví loca tratando de resolver cómo rayos recuperaría el paquete que había abandonado. Entonces decidí lanzarme. Dos días después me presenté a la estación con mi identificación en mano y recogí mi cargamento, sin que nadie hiciera preguntas.

Fui temeraria. Por eso comenzaron a respetarme. Los traficantes me veían y decían: “Esa chica le sabe”, así que decidieron confiar en mí y me dieron un ascensito. Cuando uno de ellos me pidió que viajara a México y trajera un poco de yerba en el tanque de gasolina de mi auto, no dudé en aceptar.

Antes de salir de la ciudad, les mentía a mis papás y les decía que me quedaría en casa de una amiga. Sin embargo, ellos creían que iba con mis cuates, a beber y fiestear mientras cuidaban a Xavier. Mamá siempre estaba furiosa.

—¿Cuándo rayos vas a volver? —gritaba.

—En unos días.

Nunca le dije: “Te voy a extrañar” ni “gracias por cuidar a mi hijo mientras no estoy”. Mamá no tardó en dejar de hablarme, y la única comunicación que tenía con Xavier era por medio de mi papá. Eso le rompió el corazón y, en el fondo, también a mí.

Yo trataba de convencerme de que estaba ganando dinero para mantener a mi hijo, pero en realidad era para mí. Todo lo que me importaba era mi libertad y tener una vida mejor, de una manera más inmediata, lo cual dependía de que me volviera rica. En las calles en las que pasaba el rato el dinero venía de un solo lugar: las drogas.

Fui a México varias veces durante el año siguiente. La mayor parte del tiempo las cosas salieron bien, aunque llegué a toparme con algunos problemas. En un viaje, nos interrogaron durante horas a mi amiga Maria y a mí mientras la patrulla fronteriza subió mi coche a un elevador y trató de quitarle el tanque. Maria trató de echarme la culpa:

—No es mi coche, es de ella.

No sé si fue por mi perseverancia o porque tenía el don de convencer a la gente de

cualquier cosa, pero nos dejaron ir. Estaba tan furiosa con Maria que hice que se bajara en la cuneta, junto a unos animales atropellados, para que pidiera aventón de regreso. Después de quince minutos empecé a sentirme mal por haberla botado así, pero lo que más me preocupaba era que *chivara*. Aunque me di vuelta y la recogí, le dejé claro el mensaje: *No te metas conmigo*.

Ganaba buen dinero, así que me compré una camioneta negra con rines dorados y un Rólex de oro. Comencé a pavonearme con esas blusas Versace de seda que tienen monedas doradas. Todas esas cosas lindas y todo ese poder se me subieron a la cabeza y comencé a exigir más control. Quería entrar de lleno al negocio. Recluté a mis propios choferes y conseguí mi propio equipo. Entre semana armaba mis viajes, llamaba a mis choferes y volaba a México. Les pagaba diez mil dólares y me quedaba con las ganancias. Si no estaba al sur de la frontera, pasaba los fines de semana visitando discotecas, descorchando botellas y haciendo contactos de negocios. Eso validaba que era alguien importante. Antes de un viaje, mi chofer me dejó plantada. *Yo podría hacerlo dormida*, me dije, y decidí hacer sola el trabajo.

Por supuesto, me cacharon. Me detuvieron en un retén —no sé si fue al azar, si me veía sospechosa o si alguien había soplado— y estaba claro que esta vez no la iba a librar.

—No traigo nada —dije.

—Hágase a un lado.

No sólo había policías, sino también agentes federales, todos muy serios.

Vi a uno de los agentes llevarse mi coche al acotamiento, igual que pasó la vez que iba con Maria. Lo subió al elevador y pasó una hora tratando de quitarle el tanque.

—Ya le dije que no traigo nada.

Estaba empezando a ponerme nerviosa, pero traté de conservar la calma. Oí un traqueteo y un repiqueteo que denotaban que al fin el agente había quitado el tanque.

Mierda, pensé. *Se acabó*.

Sacó un ladrillo de hierba del tanque de gasolina, lo sostuvo sobre su cabeza y se lo aventó a otro agente. Luego se quitó los guantes, se acercó a mí, me puso los brazos en la espalda y me esposó.

Creo que no sabía lo que era el miedo hasta ese instante. Toda mi soberbia, mi actitud desafiante con mamá, todas las horas que pasé en las discotecas en lugar de estar en casa cuidando a Xavier, los diamantes y las botellas de champaña que había comprado durante ese último año. Todo me había llevado hasta ahí. ¿Qué chingados estaba pensando?

El agente me obligó a entrar a la patrulla y se fue. Al mirar por la ventana, lo vi entrar a una casetita en la que había otros federales. Pero en lugar de trabajar, esos vatos tenían las caras contra la mesa, metiéndose líneas de coca por la nariz. Después de unos

minutos salieron dos de ellos. Uno se puso al volante de la patrulla a la que me habían subido y el otro se colocó en el asiento trasero junto a mí. En el camino, estiró la mano y me tocó el pecho.

—Por favor no me lastime —dije en inglés, porque mi español era horrible.

Lo único que podía pensar era: *Dios mío, me van a violar*. Me puso la palma en el corazón, se inclinó hacia mí y me miró a los ojos.

—Tu corazón ni siquiera está acelerado. Seguro que no tienes miedo. Pero deberías tenerlo: yo no te voy a lastimar, pero alguien más sí. Te vas a ir a la cárcel mucho tiempo.

Estaba demasiado avergonzada como para llamar a mis padres, así que acudí a mi hermana. Se subió a un avión de inmediato y llegó justo a tiempo para la sentencia, que ocurrió a setenta y dos horas de mi arresto. Cuando el juez habló, ella estaba a mi lado.

Me dieron diez años de encierro en una cárcel de máxima seguridad.

Las cárceles mexicanas son tan horribles como te las imaginas, sobre todo si eres una niña asustada como yo. Las condiciones de vida eran increíblemente sucias y desagradables, y ser estadounidense en una cárcel tercermundista fue una tortura cotidiana. Dormía en una cama de cemento rodeada de muros de cemento. No había vidrio en las ventanas, sólo barrotes, así que las cucarachas, los ratones, las arañas y hasta los gatos se metían por la noche. Comía frijoles negros con las manos porque no nos daban cuchara, y el agua de la llave que nos obligaban a beber estaba contaminada, sucia y café. Vomité o tuve diarrea prácticamente todos los días. En el Día de Acción de Gracias nos ofrecieron un festín: cinco galletas de animalitos y té, y yo pensé que eso era lo mejor del mundo.

Lentamente, pasaron tres meses. Extrañaba tanto a Xavier, que me quemaba el corazón. Tenía derecho a una llamada telefónica al mes: reuní el valor para llamar a mis padres.

—Lo siento. Estoy muy avergonzada. Lo siento muchísimo.

—Está bien, nena, te queremos. Tienes que ser fuerte.

Cuando mi hermana regresó de México, se sentía culpable por haberme abandonado. Saber que yo sufría le pesaba tanto que dormía en el frío piso de loseta, para tratar de entender mi dolor. Pero todo el amor y el apoyo de mi familia me hacía sentir indigna. Me arrepentía de todo por lo que los había hecho pasar y me odiaba por haberme tapado los oídos en lugar de haberle hecho caso a mamá.

Todas las noches me hincaba y le rezaba a la Virgen María.

—Por favor, sácame de aquí —lloraba y rogaba.

Le hice toda suerte de promesas:

—Voy a cambiar de vida. Voy a ser una buena madre.

En el suelo de concreto, mis rodillas se despellejaron y sangraron, pero yo seguía

rezando todas las noches.

Antes de ir a la cárcel conocí a un tal Leo que era dueño de un taller mecánico. Yo tenía un coche elegante, con rines, muy lujoso y brillante. Cuando lo llevé a pintar conocí a Leo y supe que le gusté de inmediato. Yo era muy independiente. Tenía mi propio dinero, poseía un auto caro y vivía la vida con holgura. Para una chica de nuestro barrio eso era raro. Leo no me trataba como si fuera menos: era respetuoso y absolutamente impresionante. No tardamos en comenzar a salir.

Yo sabía que él vendía drogas porque había ido a su departamento y vi una báscula gramera y un contador de billetes, pero eso no me importaba. Me gustaban su coche y su casa lujosa. Además tenía un negocio que mis padres creían que era auténtico. Era cortés y tenía buenos modales. Se vestía bien, no superfachoso como los pandilleros con los que me juntaba cuando era más chica.

A unos meses de que comenzó mi sentencia, Leo llegó sin anunciarse.

—¡Dios mío, Leo!, ¿qué haces aquí? —dije cuando lo vi.

Había pensado un poco en él, pero no había utilizado mi llamada mensual para hablarle, ni mucho menos le había pedido que fuera. Acabábamos de comenzar a salir. Pero ahí tenía a alguien de carne y hueso de confianza, no a un federal antinarcóticos ni a un guardia pervertido. Era como una visión de la Santa Madre.

Leo se quedó un mes en la ciudad y me visitó todos los fines de semana. Tenía al alcaide en su nómina, así que hasta logró conseguir visitas conyugales una vez a la semana. Yo estaba en la parte federal de la cárcel, que era mejor que el lado estatal, donde se encontraban las asesinas y las ladronas. En mi sección había un montón de señoras mayores, esposas de capos, a las que habían encerrado por cargos de drogas, y Leo les agarró cariño. Nos llevaba langosta y filete y Snickers para acompañar, y pasábamos el rato juntos como una gran familia. Parecía una escena de *Buenos muchachos*. Yo sabía que les pagaba a los guardias para que las visitas fueran lo más largas posible, y si así funcionaban las cosas, pues así funcionaban. Como yo lo veía, Leo estaba al mando.

Un fin de semana hizo un anuncio.

—Le pagué doscientos cincuenta mil dólares a tu juez y te va a dejar ir.

Así nomás; iba a salir de ahí.

Nadie nunca había hecho algo así por mí, por lo cual estaba estupefacta. Estuve seis meses en ese hoyo y prácticamente salí corriendo de ahí el día que me dejaron libre. Leo me había salvado: me había dado una segunda oportunidad para ser una mejor persona.

Me casé con él cuando me rescató de la cárcel mexicana, no porque lo amara, sino por lo que había hecho por mí. Me sentía obligada. ¿Qué había hecho para merecer eso? ¿Qué no había hecho, en realidad? Tal vez me habría pasado la vida reaccionando contra una mamá a la que creía exageradamente estricta, o tal vez tenía demasiada de su

insolencia. Pero todo se resumía a que yo deseaba una vida mejor, lejos de la casa monofamiliar en la Línea Azul, en Pilsen. Quería algún día abrir una estética, pero eso no me garantizaba una vida fuera del gueto. Igual que muchos conocidos míos, había acudido a las drogas. Así conseguía dinero la gente en nuestro barrio: tenía que pegar ladrillos de hierba en su tanque de gas, venderla en la calle o ligarse a un tipo como Leo para permitirse más de lo que una quincena de Dunkin' Donuts podía darle.

Tuvimos una gran y hermosa boda y nos fuimos de luna de miel a Hawái. Yo quería proteger a mis papás de la verdad detrás de mi liberación, así que les dije que Leo contrató un abogado en México que había logrado ganar mi caso. En realidad, lo que me sacó fue su dinero. Mis papás pensaban que era lo mejor que me había pasado. Creían que era legítimo. ¿Y su taller mecánico? Sólo era una fachada.

Nuestros problemas empezaron casi de inmediato. Leo se volvió hipercontrolador y se negaba a dejarme salir con mis primas y mis amigas. Puso una grabadora bajo el asiento del conductor de mi Lexus nuevito y le instaló un dispositivo rastreador. Una noche me siguió a un club de salsa al que había ido con mis amigas y me vació encima una copa de vino cuando me negué a irme con él. Mi cara, mi pelo, mi vestido blanco y mis joyas estaban empapados. Al principio juré que no me iría con él, pero lo hice. A fin de cuentas, tenía todo lo que siempre había creído que quería. Leo me iba a ayudar a salir adelante en el mundo. Con él, podía volver a la escuela y abrir mi estética. Con él, usaba Versace y Chanel, y asistía a juegos de campeonato de los Toros de Chicago, en el palco. ¡Había visto a Michael Jordan ganarse su quinto y su sexto anillos! Para una chica de Pilsen que tuvo un hijo a los quince aquel era un sueño hecho realidad.

Pero mi esposo se estaba convirtiendo en un monstruo.

Y estaba Xavier. Acabábamos de inscribirlo a una escuela genial, y yo por fin me estaba comportando como la mamá que debí haber sido desde el principio. Pero tenía que estar con un imbécil.

Mis papás acababan de celebrar sus bodas de plata. ¡Veinticinco años! Y todavía tenían una relación increíble en la que trabajaban cotidianamente. Yo creía que el matrimonio debía durar para siempre y quería que el mío funcionara. Pero mientras más lo intentaba, Leo se volvía más controlador. Manteníamos las apariencias. Contratamos un arquitecto y comenzamos a construir una casa enorme y hermosa en los suburbios. Era mi sueño. Pensé: *Si puedo tener eso, puedo lidiar con esta mierda, ¿no?* Sí, claro. Nos mudamos a la planta baja de la casa de mis papás mientras la nuestra estaba en construcción. Pero una mañana, cuando Leo salía para llevar a Xavier a la escuela, llegaron los federales. Iban por él. Justo enfrente de mi pobre hijo esposaron a Leo y lo arrastraron hasta la patrulla. Xavier comenzó a gritar, así que mi mamá salió corriendo.

—¡Dios mío, se están llevando a Leo! —la oí decir.

Estaba histérica.

—¿Qué están haciendo en mi casa? ¿Por qué se llevan a mi yerno?

Obviamente no tenía idea de que Leo vendía drogas.

Yo seguía en la planta baja, y pensé: *Mierda*. Pasé los siguientes diez minutos corriendo por el sótano como gallina sin cabeza, destruyendo todos los papeles y recibos que pude. No quería que los federales descubrieran nada que no supieran ya.

Por supuesto, no fue suficiente, porque ya tenían todo lo que necesitaban. Le levantaron cargos por conspiración para distribuir drogas y por lavado de dinero, y confiscaron nuestra casa, un millón de dólares en joyería, nuestro Navigator, nuestro Lexus y un montón de bienes. El caso contra Leo era firme como una piedra. Se iba a ir un rato largo.

Traté de ser su apoyo, actuando como una buena esposa, y lo visité en la cárcel cada vez que podía. También podía hacer todas las llamadas que quisiera; entonces no había límite de trescientos minutos. Me llamaba todo el tiempo y era tan controlador como cuando no estaba encerrado.

No sólo estaba avergonzada: me hallaba realmente destrozada. Nunca quise lastimar a mis papás, pero les había roto el corazón otra vez. Mi padre había confiado en mí y yo le había faltado al respeto y lo había traicionado al meter a un narco en su hogar, su santuario. Por primera vez en su vida, mi mamá no encontraba palabras para recriminarme mi conducta, pero su silencio bastaba para hacerme sentir mal.

Leo estaba en la cárcel, sin casa y con una esposa que no podía controlar tras las rejas, y sintió que no tenía nada que perder. Se dio cuenta de que si no negociaba con las autoridades podría pasar aún más tiempo en la cárcel; así que decidió cooperar.

Cuando me enteré de lo que hizo, le grité:

—¿Que hiciste qué? ¡Cómo te atreves!

En mi mundo, ser un soplón era lo peor. Era la máxima traición a todos tus ideales y te convertía en subhumano.

—Tuve que hacerlo —dijo—. Las cosas sólo van a empeorar si no lo hago.

—Pinche chivato —dije—. No puedo estar contigo. No te respeto. Sabías perfectamente en qué estabas metido. No eres un hombre. Yo tengo más huevos que tú.

Ese día lo dejé. No me arrepentí nunca de haberlo hecho. No quería tener nada más que ver con él y le pedí el divorcio. Acosarme había estado mal, y echarme una copa de vino encima había estado peor. Pero que haya sido un soplón era demasiado. ¿Era una excusa para dejarlo? No lo sé, pero fue la pinche gota que derramó el vaso.

Y, al parecer, iba a ser la gota que derramó el suyo también.

Por suerte, para entonces yo ya lo había superado.

Mia

Mi mamá nació en Brasil y la familia de mi papá en México. Mis papás se casaron cuando mi mamá apenas era adolescente, y yo nací poco tiempo después, en 1980.

Cuando era bebé, mi padre biológico era baterista en una banda popular. No era el mejor sostén, así que mi madre tuvo que asumir muchas responsabilidades cuando él se iba de gira, que era todo el tiempo. Ella tenía dos o tres chambas a la vez, y me dejaba con su madre o con su hermana cuando se iba al trabajo. Sin embargo, las cosas no eran maravillosas con mi abuela y con mi tía, y yo lloraba todo el día por mi mamá. Luego mi madre y mi abuela comenzaron a pelear todo el tiempo. En poco tiempo, mamá ya no pudo soportarlo y se distanció de sus padres.

No puedo imaginar lo sola que se sentía, apenas de veinte años de edad, con un bebé, un esposo que nunca estaba y contando sólo consigo misma. Luego cortó con mi padre biológico, cuando yo tenía un año. Entonces estaba sola en serio. Gracias a Dios conoció a mi papá. Yo no lo recuerdo —apenas era una bebé—, pero él nos proporcionó estabilidad, aunque los tiempos fueran difíciles y nuestra vida no fuera la mejor del mundo.

Vivíamos en los arrabales de la Calle 26, en Little Village. Little Village está a unas cuadras al suroeste de Pilsen, de donde es Olivia, y se le conoce como el “México del Medio Oeste”, porque es una localidad mexicano-estadounidense por excelencia. Cuando vas por la Calle 26, la vía principal del barrio, ves taquerías, talleres mecánicos, supermercados y un letrero enorme que dice: “Bienvenidos a Little Village”, en español. En septiembre, miles de personas acuden al desfile del Día de la Independencia de México, que es aún más grande que el desfile del día de San Patricio de Chicago. De hecho, después de Los Ángeles, Chicago tiene la población mexicano-estadounidense más grande de Estados Unidos, así que siempre hay montones de personas allá.

Pero incluso con todos esos negocios y todo ese orgullo la Calle 26 era un basurero cuando yo estaba pequeña. No teníamos una buena vida.

Mi papá es cuatro años menor que mi mamá, así que él estaba en la universidad luchando por un título mientras ella atendía la casa y trabajaba. Con un solo salario, ni siquiera nos alcanzaba para la renta. Nuestro casero tocaba a la puerta exigiendo un cheque, y mi pobre madre se escondía de él conmigo en brazos. Por supuesto, el casero regresaba al día siguiente, pero ella se escondía otra vez.

Mi papá era muy buen beisbolista e intentaba volverse profesional. Su entrenador le decía:

—¡Hazlo! Lo vas a lograr. Métete a las ligas menores; quédate ahí y te prometo que vas a subir a las mayores.

Pero renunció a todo eso por mí. Le dijo a su entrenador:

—Tengo una familia que cuidar.

Y eso fue todo. Se casó con mi mamá, se graduó y me adoptó cuando yo estaba en tercero de primaria.

De vez en cuando veía a mi padre biológico, pero sólo era un tipo con el que pasaba tiempo sin pena ni gloria. No era pesado, no era como para decir: “Dios mío, voy ir a ver a mi *padre*”. No sentía que me estuviera perdiendo de nada porque su mamá y su papá se habían vuelto mis segundos padres, y yo tenía a mi propia mamá y a mi propio papá en casa. Nunca tuve que preocuparme si me querían.

Cuando mis papás se casaron, nos mudamos al *bungalow* de tres cuartos de los padres de mi papá. Estaba cerca, todavía en Little Village, pero un poco al sur, en la cuarenta y tantos. Cuando subías en las cifras las cosas mejoraban, así que la cuarenta y tantos eran un paso arriba de las veintitantos, pero no mucho. La casa tendría unos noventa metros cuadrados; no cabía ni un alfiler. Éramos diez personas viviendo ahí y sólo había un baño. ¡Un baño para diez personas! Pero Dios bendiga a mi abuela. Trataba de hacer las cosas lo más limpias posibles y esa casa estaba immaculada. Siempre olía a Pinol y a su perfume, y en la esquina de cada cuarto tenía un armarito con sus botanas preferidas y todas las fotos que le habían regalado en su vida.

Afuera, en las calles, las cosas no estaban ni la mitad de ordenadas. Había emblemas de pandillas, grafitis y murales en las puertas de todos los garajes y en las esquinas de todos los edificios. La gente se rehusaba a volverse indiferente al desastre, como en la Calle 26, así que compraba pintura blanca para cubrir todo ese desastre. Pero no importaba cuánto se esforzaran nuestros vecinos por mantener limpio el vecindario; su tenacidad nunca impidió que los pandilleros volvieran a pintarrapear las paredes al día siguiente. Yo conocía a un viejo mexicano al que le preocupaba tanto que alguien viera el grafiti de un rival en su casa y la baleara por accidente, que usaba la quincena que se ganaba con el sudor de su frente para comprar pintura todas las semanas.

Aunque no lo crean, cuando yo era joven, eso no me afectaba. Me preocupaba más lo incómodo que era todo dentro de nuestra casa que afuera. Creo que la gente etiqueta a las comunidades minoritarias de bajos ingresos similares a Little Village como “barrios bravos”, donde pasan cosas horribles a la luz del día y uno está en peligro todo el tiempo. Yo no me sentía así. De chica, no presencié a nadie disparando ni inhalando líneas de coca en las esquinas. No había adictos al *crack* tambaleándose por la calle. No se veía ese tipo de cosas afuera. No era tan ingenua como para creer que la gente no se metía drogas, pero parecía como que había orden. Mi padre me dijo desde pequeña que había reglas y leyes llamadas “códigos de la calle”.

—Si descubren a un pandillero metiéndose drogas duras —me decía—, los demás le darán una paliza. Le dicen una “violación”.

Claro que una podía reconocer a los pandilleros y a los *dealers* a kilómetros, por sus coches llamativos y sus joyas de oro, pero de todos modos tenían reglas, por así decirlo.

Justo antes de cumplir diez años, mi papá comenzó a ir a la academia de policía. Si había alguien destinado a ser poli, era él. ¿Ven cómo cuando un policía entra a un cuarto uno puede ver su aura? Así era mi papá. Mi mamá llevaba años trabajando en la industria transportista, y vivir con mis abuelos les había permitido ahorrar un poco de dinero. Ella estaba embarazada de mi hermana, y el solo hecho de pensar en sumar una persona más a esa casa atestada de gente era horrible. Les urgía mudarse.

Yo asistía a una escuela privada en la Calle 69, en el lado sur, y mis papás tenían varios años buscando una casa por allá. Por fin encontraron algo para lo que les alcanzaba y empacamos nuestras cosas y nos mudamos. El barrio West Lawn estaba a sólo ocho kilómetros del hogar de mis abuelos en Little Village, pero parecía otro mundo. *Esto es una maravilla, pensé. Aquí vive la gente con trabajos de verdad.* West Lawn estaba habitado por empleados citadinos, así que era de clase trabajadora hasta la médula, pero todos querían proporcionar una vida mejor a sus familias. Y lo hacían: básicamente era el cielo de los niñitos. Una podía andar en bici y estar afuera todo el día, como si estuviera en un pueblito y no en una ciudad. Nuestros vecinos se convirtieron en buenos amigos y nos emocionaban las fiestas de manzana todos los veranos. Todos se sentaban en el porche y platicaban mientras los niños jugaban en la banquetta. Todos mis amiguitos iban a la misma escuela católica y nuestros padres vivían todos la misma vida, tratando de cumplir los mismos sueños... por medios honestos.

Claro que los “barrios bravos” estaban apenas a unos kilómetros, donde mis abuelos aún vivían y adonde íbamos de visita cada fin de semana, pero nos sentíamos muy lejos de eso. A diferencia de Olivia, yo nunca tuve que aprender a moverme entre las divisiones de ese tipo de barrio. Olivia conocía la dinámica de las pandillas y las drogas y sabía cómo evitar el fuego cruzado, evitando transitar por ciertas calles. Yo no tenía que hacer eso; para cuando nos mudamos, estaba por encima de la refriega. Donde Olivia reconocía fronteras, yo sólo veía calles.

Pero como mi papá era poli, conocía muchas historias. Chicago era una suerte de zona de guerra a principios de los noventa, y todo el tiempo se sabía de gente inocente que perdía la vida a causa de la violencia. Cuando papá salía de la casa todos los días, a veces por la mañana y a veces por la noche, dependiendo de qué horas le hubieran asignado, sentía un vacío en el estómago. De vez en cuando veía en las noticias que le habían disparado a un poli y pensaba: *Dios mío. Pudo haber sido mi papito.* Si le tocaba el turno de la noche, mamá dormía por lo mucho tres horas. Eso era antes de que los celulares se volvieran populares, así que cuando él estaba en las calles no podía llamarnos. Teníamos que esperar a que volviera a su escritorio o apareciera en la puerta después de salir de servicio.

Luego se unió a una unidad especial y cambió su uniforme azul por ropa de calle, y el peligro al que se enfrentaba a diario empezó a calar en serio en casa.

Un domingo por la noche, cuando yo estaba en secundaria, mi familia salió a cenar a uno de los restaurantes mexicanos finos de Little Village.

Había mariachis. Todos estábamos sentados en torno de la mesa, mi hermana pequeña en una sillita y mi hermanito en una periquera. A mi papá le encantaban los mariachis —a todos, en realidad—, y estábamos felices escuchándolos y eligiendo qué ordenar.

De pronto, vi que su cara pasó de soleada y feliz a blanca, como si acabara de ver un fantasma.

—¿Qué pasa, papá? —pregunté.

—Nada. Sólo ordenen.

Trataba de parecer tranquilo, pero su cara mostraba otra cosa. Se estaba cagando de miedo. Yo me hallaba frente a él; cuando me volví, vi a un grupo de pandilleros que se sentaron en una mesa grande. Fulminaban a mi papá con la mirada.

—Vóltate. No los mires. Tengo que hacer una llamada.

Hizo su silla hacia atrás y se levantó.

Nos quedamos ahí sentadas, viéndonos. Tal vez pasaran cinco minutos, y luego, por fin, mi mamá rompió el hielo. Susurró bajo su aliento:

—Metió al bote a varios de ellos y creo que uno acaba de salir.

Quería pararme y correr, pero me obligué a quedarme sentada. Los pandilleros no dejaban de ver hacia nuestra mesa. Luego uno de ellos se levantaba y salía; regresaba y se levantaba otro. Cada vez que lo hacían, rechinaban la silla contra el suelo. Juro por Dios que los mariachis comenzaban a cantar más fuerte, como si también estuvieran nerviosos.

Por fin regresó mi papá, pero acompañado por un policía vestido de civil.

—Vámonos —dijo.

Me paré y saqué a mi hermanito de la periquera. Mi papá nos llevó a la salida lo más rápido posible. Cuando pasamos junto a ellos, todos los pandilleros se pararon al mismo tiempo.

Ésa fue la última vez que fuimos a ese restaurante.

Nunca veíamos ese tipo de gente en West Lawn, por lo menos en ese tiempo. En algún momento de la prepa, las pandillas comenzaron a migrar al barrio; al principio sólo eran un par aquí y allá, pero luego fueron manadas. Los veíamos paseando en sus Chevys tocados con rines, con la música tan alta que retumbaba por las calles. Usaban sus colores y las gorras inclinadas hacia un lado para representar la pandilla a la que pertenecían, aunque podrían haberles disparado de sólo ver sus colores. *Quizá se sientan orgullosos de quienes son*, trataba de convencerme, pero luego comprendí que era más

que eso. Simplemente no tenían miedo. La mayoría tenía lágrimas tatuadas en la cara, mostrándole a todo mundo cuánta gente habían matado.

Cada vez que los veía, los odiaba. Eran unos tipos asquerosos. Nos gritaban obscenidades al entrar y a salir de la escuela. Al principio los ignorábamos, pero luego comenzamos a gritarles de vuelta.

—¡Déjennos en paz!

—Pinches viejas apretadas —contestaban.

Además de gritar, ¿qué más iba a hacer? Nada. Mi papá era un policía que encarcelaba a tipos como éstos, y nuestra casa era segura y normal. Mamá y papá se aseguraban de que así fuera. Yo iba a una buena escuela privada en la misma calle y había tenido la misma mejor amiga desde el kínder. Tenía buenas calificaciones y me volví porrista. Hacía mi tarea en la mesa de la cocina. Iba al catecismo los domingos con mi abuela, y como todos los niños, fingía que estaba enferma un domingo al mes para volármelo. Aparte de eso, era la mejor hija que mis padres podían desear, y lo hacía así porque eso esperaban de mí. Tener éxito y lograr una buena vida era lo que hacía la gente de mi barrio. Y si flojeaba, no sólo decepcionaría a mis papás, sino también a mi hermanito y a mi hermanita.

Mi mamá siempre se había tomado en serio su carrera, y cuando yo estaba en la prepa, su inteligencia y su decisión le habían ayudado a llegar a la cima. Además, lo había hecho sin ir a la universidad. Estaba contenta con lo que hacía —muy contenta— y después de vivir con mis abuelos hacinada tanto tiempo en una casita diminuta, se lo merecía.

—¡Encuentra algo que te encante y trabaja de eso! —me decía siempre, y yo la admiraba por eso.

Trabajaba horas extra y viajaba por todo el Medio Oeste, y con mi papá en el turno nocturno todo el tiempo, no había nadie que se encargara de la casa y de mis hermanitos. Sólo yo.

Mi hermanito entonces apenas era un bebé, y yo pasaba todos los días después de la escuela y todo el verano cuidándolo. Si quería salir el fin de semana, hacía todo el quehacer de lunes a viernes.

No era un simple quehacer: se trataba de hacer limpieza profunda. Luego comenzaba a cocinar, así que cuando mi mamá llegaba a casa, a las siete y media u ocho, cenábamos juntos, como una familia. Eso era lo que mamá quería, así que eso le dábamos.

Mis responsabilidades eran interminables, pero hoy estoy agradecida de haberlas tenido. Aprendí la importancia de cuidar de tu familia, y aunque esas responsabilidades hayan sido horribles entonces, me sirvieron a largo plazo.

¿Entonces yo era perfecta? Tal vez tratara de serlo pero, a fin de cuentas, ¿quién lo es? Mi error más grande lo cometí cuando comencé a salir a divertirme, en la época de la

prepa. En segundo año conocí a un tipo que se llamaba Mark Jones. Tenía tres años más que yo y su sueño en la vida era ser policía. Por supuesto, yo había crecido con oficiales e idolatraba a mi papá. Sabía lo duro que trabajaban, a veces con dos o tres trabajos extras para pagar los altísimos impuestos de Chicago. Me gustaban los ideales que defendían, así que Mark me atrajo de inmediato. No tardé en enamorarme de él como se hace en la prepa, cuando una cree que lo tiene todo resuelto, aunque apenas tengas quince años. *Éste es exactamente el tipo de persona con el que tengo que estar, pensaba. Creces en esta vida y te quedas en ella.*

Salí con él tres años, durante su tiempo en la academia y su primer año de cadete. Cortamos cuando yo tenía dieciocho. Y estoy muy contenta de haberlo hecho. Era arrogante e infiel. Se creía parido por Dios y después de unos años comencé a verlo como lo que era. Supe que no era el tipo de persona con la que quería estar, y gracias a Dios que me di cuenta, porque terminó siendo un criminal y un imbécil.

En 2012 sentenciaron a Mark a dos meses de cárcel tras uno de los escándalos de corrupción más grandes de la historia de la policía de Chicago. Durante su carrera ayudó a sus colegas a robar cientos de miles de dólares a presuntos narcotraficantes en retenes e inspecciones ilegales de sus casas. Con todas las cosas buenas que hacen los polis, como proteger a la ciudad y a tu familia, uno pensaría que son leales y honestos. Nueve de cada diez, creo que sí. Miren a mi papá. Pero hay manzanas podridas, como mi ex.

Tuve que conocer a mi futuro esposo y ver por todo lo que pasó con la policía para corroborar lo cierto que era eso.

Olivia

Cuando Leo fue a la cárcel en 1998, yo ya había terminado con él, así que pedí el divorcio. Entonces me junté con *K*.

Todo mundo llamaba a Kevin Garcia por su apodo, *K*. Era un líder de alto rango de los Latin Kings y dominaba Little Village. No parecía el pandillero promedio: una no lo veía en una esquina vestido de negro y oro, pero no le hacía falta. Era alguien importante. Yo llevaba un rato viéndolo por ahí, desde que iba a fiestas en la prepa, y siempre me había sentido atraída hacia él. Era muy poderoso, y eso me fascinaba. Tenía buenos autos y joyas llenas de diamantes. Era ostentoso y llamativo; justo mi tipo porque era lo que me gustaba: ruidoso. Movía muchas drogas por Little Village y por todo Chicago, pero era dueño de un restaurante, lo que lo volvía legítimo.

Antes de que arrestaran a Leo y perdiéramos todo, yo siempre usaba ropa de diseñador. Me había hecho los senos —en la época en que nadie más se los hacía— y la gente me llamaba la “Vieja del Millón de Dólares”. Era difícil no mirarme, y *K* lo había hecho, desde la primera noche que me vio. Pero no fue tras de mí hasta que mi esposo estuvo en la cárcel. El caso estuvo en todos los noticieros. Comenzó a seguirme porque quería estar conmigo, no porque tuviera dinero. A fin de cuentas, él tenía bastante.

Iba todo el tiempo a casa de mi mamá, tratando de encontrarme. Yo nunca cedía, hasta que al fin, un día, lo hice.

—Okey, voy a salir contigo.

Se le dibujó una enorme sonrisa en la cara. Mi papá patrullaba las calles todos los días y sabía reconocer los problemas al primer vistazo. Protegía a su niñita. Por eso odió a *K* a primera vista.

—¿Cómo puedes estar con alguien así? —preguntaba—. Es un vándalo.

Aunque sabía que papá tenía razón, estaba tan enamorada de *K* que me valía madres.

—Ya no es así —decía—. Todo mundo cambia.

Luego se la volteaba.

—Juzgas muy rápido.

K tenía un historial de kilómetros, pero me trataba como a una princesa. Él era una superestrella del gueto. Conocía a todos y todos lo conocían: las pandillas hispanas, las pandillas negras, los narcotraficantes y la gente cuyos nombres nunca aprendí. Todas las noches íbamos a una cancha de básquet en el centro llamada Hoops, y él y los billetudos la rentaban a partir de medianoche. Después de los juegos hablaban de negocios.

Un día, en 1999, llegaron dos gemelos idénticos de dieciocho años, con caras adorables, en sus autos de lujo. Tenían caras de bebés, eran guapos y estaban bien

vestidos, y aunque usaran joyas de diamantes a la medida, bolsos para hombre de diseñador y ropa fina y nueva, parecían humildes. Supe que eran importantes por la manera en que todos gravitaron en torno de ellos.

—Olivia, éstos son mis hermanitos, Peter y Junior —dijo *K* mientras les daba un abrazote.

Uno de ellos me extendió la mano. *¿Qué chingados?*, pensé. Ya nadie hacía eso: la gente normalmente me miraba las chichis, pero estos tipos me miraron directo a los ojos y me saludaron como si fuera una dama de verdad.

Comencé a hablar con Junior y no me di cuenta de que fuera tan joven porque era muy maduro. Tampoco podría haber sido más caballeroso. *K* era muy aparatoso, con su ropa Gucci y Armani y su gran personalidad. Pero a veces podía leerlo como un libro abierto. Junior era igual de impresionante, pero era genuino y sincero. Parecía muy distinto. Me sorprendió que estuviera en esa vida.

—Eres lindísimo. Tengo que juntarte con una de mis amigas —dije cuando dejamos de hablar.

—Claro —dijo—. Sólo dile a *K* que me llame.

K me dijo esa noche que había comenzado a trabajar de cerca con los gemelos. Estaban haciendo movidas grandes en las calles y le estaban dando trabajo de calidad desde México. *K* ya no era un *dealer* de calle, pero los supervisaba, y era tan oportunista que Peter y Junior se habían convertido en un recurso muy valioso para él. A cambio, les daba protección y evitaba que les robaran.

Aunque apenas tuvieran dieciocho años, Peter y Junior eran peces gordos. Desarrollaron una compleja red de proveedores, bodegas y trabajadores, y vendían narcóticos a los jefes de pandillas como *K*. Habían hecho su primer trato de drogas el año anterior —treinta kilos de cocaína, con un valor de calle de casi un millón de dólares— y su negocio había florecido desde entonces.

K y los gemelos crecieron en Little Village, pero sus motivos para hacerlo eran distintos. Los gemelos no conocían otra vida fuera del narcotráfico: habían nacido en su seno. Su mamá tuvo a su primer hijo cuando ella apenas había cumplido doce años y luego tuvo seis más. Los gemelos eran los menores. Su papá había crecido pobre en una granja en México, dejó la escuela en tercero de primaria, se mudó a Chicago en los años sesenta y comenzó a trabajar como operador de montacargas en Brach's Candy. Ganaba catorce mil dólares al año, con lo que cuesta trabajo mantener a siete hijos, así que se convirtió en un *coyote*: les ayudaba a los ilegales a cruzar la frontera. Luego se dedicó a la cocaína. En poco tiempo ya estaba pasando treinta y cinco kilos al mes por la frontera. Se compró una casa de dos pisos y una camioneta Chevrolet, su versión del sueño americano.

Pero justo antes de que nacieran Junior y Peter, en 1981, los federales lo arrestaron

por posesión de droga; se lo llevaron ante los ojos de sus hijos y de su esposa embarazada. Pasó los siguientes siete años en la cárcel mientras su esposa sufría con dos trabajos para llegar a fin de mes: cocinaba, limpiaba, pagaba las cuentas, criaba a gemelos recién nacidos y a cinco hijos más y visitaba a su esposo cada vez que podía. Cuando su papá salió de la cárcel, Junior y Peter estaban felices de tenerlo nuevamente en su vida y ansiosos por aprender de él.

Desafortunadamente aquel hombre no era el mejor ejemplo a seguir. Cuando tenían siete años, les pidió que metieran sus manitas a tanques de combustible para pescar ladrillos de marihuana; luego les enseñó a usar una báscula gramera para separar sus drogas en libras. A los ocho, le servían de intérpretes en sus tratos. A los nueve, lo acompañaban al otro lado de la frontera en camiones de carga, sentados sobre lonas que cubrían cargamentos de droga. Su papá se dio a la fuga cuando tenían doce años, huyendo de otro cargo por drogas, y su hermano mayor, Adrian, ayudó a criarlos. Desafortunadamente, él también fue a la cárcel por conspiración relacionada con drogas, y luego de cinco años lo deportaron a México, el día de su liberación. Peter y Junior tenían que hacer algo para mantener a su familia, así que usaron la única habilidad que conocían: el narcotráfico, con las conexiones de su papá en México.

A diferencia de *K*, no estaban en una pandilla y eran pacíficos. *K* había ido a la cárcel por agresión con agravantes y por intento de homicidio; los Latin Kings lo encomiaban y sus enemigos le temían. Peter y Junior ni siquiera portaban armas. *Necesitaban* el dinero; *K* sólo lo quería.

Seguí viendo cada vez más y más a Peter y a Junior, y cada vez que veía a Junior, se me iluminaba la cara. Me hacía sentir viva. Se sentía bien hablar con alguien que siempre era tan positivo. Era como un soplo de aire fresco, siempre riendo y bromeando. Me encantaba cómo era. Quería que *K* se llevara más con él, que se pareciera más a él. Aunque tuviéramos química, sólo era una amistad inocente, pero *K* a veces nos veía juntos y nos observaba de soslayo. Quería a Junior de verdad, pero verme contenta con alguien más hacía que su inseguridad lo superara.

Aún así, yo seguía siendo toda de *K*, porque divorciarme de Leo había fluido bien. Me trataba como a una princesa; hasta me ayudó a poner la estética que siempre había soñado. Contraté a más de diez estilistas, y el lugar tenía reservaciones con meses de antelación. Yo trabajaba todos los días desde la hora de abrir hasta la medianoche. Como el negocio florecía, *K* y yo abrimos un enorme lavado de autos. Era el lugar más *cool* del mundo, con luces de neón en forma de carrocerías alrededor que iluminaban toda la calle. Por fin, con sólo veintitrés años, tenía mi propio negocio, mis dos negocios: trabajos reales, legítimos. Por primera vez en mi vida me encantaba lo que hacía.

Además de estar superocupada asegurándome de que los dos negocios fueran bien, me compré mi primera casa y la ultraarreglé. El diseño de interiores era lo mío, así que

me solté decorándola y le puse un cuarto de juegos maravilloso para Xavier. Mi casa era moderna, cálida y estaba bien armada. Igual que yo.

Desafortunadamente las cosas con *K* tenían sus altibajos. Comenzamos a cortar de manera regular, generalmente porque me engañaba. Lo corrí porque había embarazado a una exnovia y juré que no habría vuelta atrás. Nuestra relación se había acabado para siempre. Una noche decidí salir de antro con mis amigas. Estábamos sentadas en la sección VIP, hablando y riendo, y al alzar mi copa de champaña para brindar por mi soltería, miré hacia la muchedumbre. Ahí estaba Junior. Hicimos contacto visual y él se acercó a saludarme.

—¿Qué haces aquí, Liv? Eres la última persona que esperaba ver aquí. ¿Me acompañas por un trago?

—¿Podemos ir afuera mejor? —le pregunté.

No había nada de malo con una copita, pero me preocupaba que alguien le avisara a *K* y llegara, me encontrara y me sacara arrastrando del antro. Aunque hubiéramos terminado, tan sólo saludar a Junior se sentía como una traición.

—Claro —dijo—. Vamos a mi coche.

Nos sentamos en su auto y platicamos tres o cuatro horas, hasta que salió el sol. Pocas cosas en mi vida se habían sentido tan naturales y tan correctas, pero de camino a casa comencé a pensar: *¿Qué estoy haciendo?* Me sentí atraída hacia Junior, de una manera más profunda de lo que había sentido con *K*. Yo no había hecho nada y, además, *K* y yo ni siquiera estábamos juntos, pero tenía las tripas torcidas, como si acabara de engañarlo.

Cada vez que trataba de dar pasos positivos en mi vida, me enfrentaba a una desgracia. Así que aunque hubiera terminado con *K*, hecho un hogar genial y me encantara mi trabajo, la vida estaba a punto de ponerse horrible.

Cuando mi exesposo, Leo, compareció ante el jurado en 2000, no sólo delató a sus amigos traficantes: también me acusó a mí. Ya no estábamos casados, así que la ley no me protegía. Junior se enteró por su hermano Adrian de que Leo planeaba delatarme en cuanto se concretara nuestro divorcio y trató de prevenirme.

Leo sólo me está amenazando y tratando de controlarme, pensé. No lo va a hacer.

Desafortunadamente, estaba equivocada. Los federales registraron mi estética enfrente de todos mis trabajadores y luego me arrastraron hasta la central para interrogarme. Leo me acusó de lavar el dinero que ganaba con sus drogas. La prueba de los federales era un depósito de setenta y seis mil dólares que había hecho en el banco, pero ese dinero lo había ganado jugando 21 en Las Vegas. Estaba limpia, estaba limpia y lo iba a demostrar.

—No vamos a presentar cargos si usas un micrófono con *K* —me dijo el investigador mientras me interrogaba—. Lo queremos desde hace mucho y tú vas a ayudarnos a

agarrarlo.

—¿Me está diciendo que quiere que delate a *K* porque mi exesposo me está delatando a mí?

Yo no era una pinche chivata. Chivar era lo que hacía Leo, no yo.

—Sí. Y si no lo haces, presentaremos cargos. Te estás enfrentando a siete años en prisión federal.

A la chingada con eso. Yo no era una soplona y nunca iba a serlo. Decidí que me iba a mantener leal a *K*, así que les dije a los federales que se fueran al diablo. Como no quise cooperar, presentaron cargos. Contraté a un abogado para que me representara, porque no había manera de que me declarara culpable a siete pinches años. Estaba decidida a llevarlo a juicio. Los federales sabían que no iba a ceder, así que me ofrecieron un alegato de culpabilidad por lo que llaman una sentencia dividida, que son cinco meses en prisión y cinco en arresto domiciliario. Mi mamá era mi mayor apoyo y me rogó que siguiera luchando.

Pero siete años en la cárcel no era un riesgo que estuviera dispuesta a tomar. Acepté el alegato de culpabilidad y firmé la línea punteada.

K estuvo a mi lado todo el tiempo y me prometió hacer lo mismo siempre. Así que en noviembre de 2001 volamos a Las Vegas y me casé con la superestrella del gueto en una capillita sin nadie más a la vista. Me dije que sería mi segundo, mejor y último matrimonio.

Cuando dije mis votos, supe que estaba cometiendo un error. Ni siquiera llamé a mi madre para darle la buena noticia. Amaba desesperadamente a *K*, pero era una relación tóxica. Subía y bajaba y subía otra vez: un ciclo de peleas y sexo de reconciliación apasionado. *K* era más controlador que mi primer esposo y el padre de mi hijo juntos. Me pegaba, duro y seguido. Una noche estaba en mi coche con una amiga, después de huir de la casa, decidida de una vez por todas a ya no estar con él. Mientras conducía lo más rápido posible, sentí que algo embestía la parte trasera del carro, como si un tren hubiera chocado conmigo. Era *K*. Lo hizo una y otra vez, tratando de lanzarme contra el tráfico, hasta que la cajuela de mi coche quedó en mi asiento trasero.

Llegó la policía, pero me negué a presentar cargos. Estaban furiosos, pero yo no era una soplona.

Siempre creí que *K* cambiaría, hasta cuando disparó cinco balas sobre mi parabrisas. Siempre lo amé, hasta cuando me puso una pistola en la cabeza, luego la dirigió hacia él y amenazó con jalar el gatillo si me iba.

Junior fue a visitarnos cuando volví de Las Vegas. Yo estaba en la cocina, lavando los platos, y *K* lo invitó a pasar.

—¡Hola, hermanito! —dijo—. Olivia, enséñale tu anillo a Junior.

Levanté mi dedo, pero no mi cabeza. No podía mirar a Junior.

—Ah, ¿se casaron? —preguntó.

No parecía molesto; sólo sorprendido.

Yo estaba muy avergonzada. No era que quisiera estar con Junior: le era fiel a *K* y Junior era un caballero. Sólo sabía que él sospechaba lo que sentía en el fondo: me había casado porque no quería estar sola cuando fuera a la cárcel. *K* era un exconvicto, así que no me habría podido visitar si no hubiéramos estado casados.

Traté de amar a *K* los cinco meses que estuve tras las rejas. En la cárcel, una tiene todo el tiempo del mundo para pensar en nada o en todo, y yo decidí pensar sobre todo en mí.

Mamá y papá me visitaban con Xavier, que llevaba meses pidiendo verme. Aunque fuera doloroso ver su carita cuando entró a la sala de visitas, fue casi peor ver a mi papá. Vestida de prisionera, apenas podía mirarlo a los ojos. Luego estaba mi mamá, que había perdido a su madre el día anterior —mi dulce y bella abuelita— y yo ni siquiera había podido darle un beso de despedida. Mi mamá estaba destrozada, pero presente ahí, tratando de asegurarse de que yo estuviera bien. Pensé: *Toda mi vida fui su prioridad, y a cambio sólo la rechacé.*

Yo sí creo en el karma y decidí que me iban a seguir pasando cosas malas si no mejoraba. No venía de un hogar dividido. Había tenido una infancia genial; sólo había elegido volverse salvaje. Necesitaba tomar mejores decisiones y eso implicaba rodearme de gente mejor.

Me di cuenta de que *K* no formaba parte de eso.

Comencé a llamarlo cada vez menos y le pedí que me visitara una vez a la semana en lugar de dos. Por primera vez en mi vida, comencé a quererme y a sentir que no necesitaba a un hombre para ser feliz. Podía cuidarme sola.

Cuando *K* me recogió, en junio de 2002, al terminar mi sentencia, era una persona distinta. Siempre se llevó con raperos y productores, pero había fundado su propia disquera, llamada Connect Records, y comenzó a trabajar con DMX, Fat Joe, Busta Rhymes y un artista nuevo de Chicago llamado Kanye West. En cuestión de meses pasó de ser un tipo vistoso de la calle a una suerte de magnate del rap. Su ego se había enriquecido junto con sus negocios. Yo también había cambiado: me había distanciado de él.

Pero sabía que nunca iba a dejarlo. Lo amaba demasiado, así que traté de adaptarme. Iba a su estudio todas las noches con el localizador en el tobillo que ordenaba la Corte y grabábamos hasta el amanecer. Pensé: *Si no puedes con ellos, úneteles*, así que me partí el lomo y, por supuesto, descubrí que era muy buena administrando la disquera. Instalé una oficina, contraté a un publicista, conocí a gente maravillosa, hice contactos y formé relaciones de negocios fuertes. Todo el tiempo estaba al teléfono con disqueras, abogados del entretenimiento y hasta artistas famosos, consiguiendo la aprobación para los álbumes

que estábamos grabando. Incluso nos quedamos unos meses en Hollywood, en el set de la película *El círculo de la muerte*, con DMX. Era un mundo completamente nuevo para mí y me encantaba.

K organizó una gran fiesta en Chocolate Factory, el estudio de grabación de R. Kelly, el 4 de julio, poco después de mi liberación. Junior llegó junto con cientos de personas, y cuando lo vi —no puedo explicarlo— me puse abrumadoramente feliz. Pensé: *¡Por Dios, una cara familiar!* Nos pusimos al corriente. Él no se sintió incómodo como la última vez. Extrañaba su amistad y la conexión que siempre habíamos tenido.

Pero había perdido esa conexión con K. Durante mis cinco meses de arresto domiciliario, aunque estuviera feliz manejando tres compañías, las cosas no mejoraron entre nosotros. Sabía que no se traía nada bueno entre manos. Todas las mañanas me levantaba y le preparaba el desayuno, tratando de ponerlo en marcha sólo para sacarlo de ahí.

—No creo que vaya al estudio hoy en la noche —le decía.

Todo lo que quería era estar sola. Y eso era sintomático porque normalmente nunca quiero estar sola.

Luego, en 2003, descubrí que estaba embarazada.

—K, no quiero tener este bebé —le dije.

Él sabía que nos habíamos convertido en dos personas distintas y que las cosas estaban mal entre nosotros. Yo no quería meter a un niño a una situación así. Se lo había hecho a Xavier y, aunque fuera mi mundo, había sido injusta con él. Claro que iba a buenas escuelas y tenía una mamá y unos abuelos que lo amaban, pero había tenido una vida dura. Me arrepentía de las penas que le había hecho pasar y no quería meter a otro bebé en una familia monoparental ni en una relación inestable.

—Si matas a mi hijo, te mato —dijo K.

Sabía que lo decía en serio.

Un día tras otro, acepté mi vida. Pensé: *Okey, voy a hacer que esto funcione. Por mi matrimonio, por mi hijo, por mi esposo y, lo más importante, por mi bebé.* ¿Dónde estaba yo en todo eso? En ningún lado. Me volví pasiva y distante. No me defendía cuando me insultaba. Me negué a hacer cualquier cosa que me volviera loca, como revisar su teléfono. Poco a poco, el drama desapareció, y yo con él.

Cuando tenía unos cuatro meses de embarazo, estaba parada frente a la casa de mi mamá y vi al mejor amigo de K corriendo hacia mí por la calle. Por la expresión en su cara supe que había pasado algo serio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Le dispararon a K —dijo.

No creo ni siquiera haber tenido tiempo de procesar lo que dijo. Sólo comencé a caminar hacia mi auto. *Ya le han disparado a K*, me dije. *Ya hemos pasado por esto. No*

es gran cosa.

—¿En qué hospital está? —pregunté.

Los gritos ahogaron la respuesta.

—¡Mataron a mi hijo! ¡Mataron a mi hijo!

Alcé la vista y vi a la mamá de *K* salir corriendo de la casa, con los brazos extendidos al frente como si le rogara a Dios que le devolviera a su chico.

Me desplomé y me quedé ahí tirada queriendo morir, con la panza de frente.

K estaba en un autolavado al norte de Little Village y le habían disparado varias veces en la cabeza. Otra pandilla controlaba esa parte de la ciudad, pero *K* se creía intocable; pensaba que él manejaba la ciudad. En realidad, tenía tantos enemigos que no podía confiar en nadie.

El funeral fue un circo y fue devastador para mí. Yo sólo quería velar a mi esposo en paz, pero quizás asistieron mil personas, incluyendo a DMX, a la esposa de Fat Joe y a todos los Latin Kings de Chicago. La muchedumbre era un mar de negro y oro, y hasta las rosas que adornaban su ataúd tenían los colores de la pandilla en aerosol.

Mi papá, un policía dedicado toda su vida, estuvo a mi lado junto con mi familia, casi todos polis de Chicago. Todo el tiempo se les caía la mandíbula: no sólo creían que *K* había dejado la vida de pandilla por el negocio de la música, sino que no podían entender por qué alguien querría que lo recordaran así. Los federales también llegaron y rondaban el exterior, sacando fotos, tratando de ver a quién podrían arrestar. Sabían que todos los peces gordos estarían ahí.

Todos se me acercaban y decían:

—Dios mío, estás embarazada.

Todo lo que yo podía decir era:

—Está bien. Estoy bien.

Ahora suena extraño decirlo, pero con su bebé en mi panza, sentía que *K* seguía conmigo. No tenía que procesar su muerte si había una parte de él creciendo dentro de mí, y no estaba dispuesta a dejarlo ir.

Los gemelos también asistieron. Junior se me acercó y me extendió los brazos. Caí en su abrazo como bebé.

—Lo siento mucho, Liv —dijo—. Si me necesitas, llámame. Estoy aquí para ti.

Unas semanas después, me habló y dijo que sabía que no me estaba yendo bien. Era verdad: estaba tan enferma que no podía moverme y ya no tenía fuerzas.

—Necesitas aire fresco —dijo—. Te vas a enfermar y eso no es bueno para el bebé. ¿Puedo invitarte a comer, por favor?

Junior tenía dos niñas de nombre Sasha y Samantha, y como padre dedicado comprendía mi dolor. Sabía que no sólo me dolía yo: también mi bebé.

Accedí a verlo en silencio, y Junior me recogió en uno de sus autos elegantes, creo

que en el Ferrari rojo. Pero yo estaba tan ida que podría haberme subido a una carcacha. Debí haberme visto muy fuera de lugar al subirme, porque había dejado de maquillarme y sólo usaba pants. Me veía exactamente igual que como me sentía —como mierda—, pero ver a Junior despertó algo en mi interior.

—Hola, ¿a dónde vamos? —pregunté.

—Aquí cerca. Nada elegante.

Fuimos a una cafetería completamente normal por la que había pasado miles de veces; el tipo de lugar en el que puedes sentarte toda la tarde y te rellenan la taza de café cien veces. Hablamos y hablamos y hablamos. Me contó todo lo que tramaban Samantha y Sasha. Yo hablé de Xavier, de mi embarazo y del hecho de que, como *K* no tenía testamento, había decidido renunciar a mi parte de Connect Records en el juzgado de sucesiones. Quería evitar el drama con su familia. Me preguntó si extrañaría la industria musical, y le dije que algún día me gustaría fundar mi propia disquera. Por primera vez en muchos años me sentí contenta y llena de esperanzas de la manera más simple e inocente. Todo lo que necesitaba era que alguien me alimentara y me hiciera sonreír, que me tratara como a una persona normal y no como a la Vieja del Millón de Dólares. En esa cafetería, eso fue justo lo que hizo Junior.

Comenzamos a salir a comer cada tantas semanas, al principio a mediodía, y luego a cenar. Siempre me recordaba lo fuerte que era, y conforme creció mi confianza, dejé mis pants y comencé a usar maquillaje. Cuando lo veía, se me iluminaba la cara. Quería verme bonita otra vez, pero no de manera sexual. Era una viuda embarazada, y ligar era lo último que pasaba por en mi cabeza. Con Junior, era distinto. Era más como si me estuviera enamorando de todo él, la persona entera.

Me motivó para que trabajara otra vez, y aproximadamente en un mes firmé a un artista de R&B y estaba en el estudio otra vez. Mantenerme ocupada me ayudó a aclarar mi mente; no tenía tiempo para sentir nada negativo. Fui con Junior a Nueva York para grabar con Swizz Beatz y Kanye West, y filmamos un video que hizo DMX en honor a *K*. Todos salieron, incluyendo a Fat Joe y a Busta Rhymes.

A Junior y a mí no nos importaba estar con gente famosa y vivir esa vida. Cuando todos se iban de antro, nosotros íbamos a los abarrotes, regresábamos al hotel, descansábamos en pijama y comíamos cereal. Cuando sólo estábamos nosotros, no había maquillaje, ropa de diseñador ni joyas. Sólo hablábamos y reíamos. Fueron esos momentos sencillos los que hicieron que nos enamoráramos.

Cuando me preguntó qué soñaba para mi vida, fui honesta.

—Quiero la vida de mis padres. No puedo estar con otro chico malo ni con otro narco. Necesito envejecer con alguien que pueda darme estabilidad.

Junior no esperaba que dijera eso. Pero me di cuenta de que lo hizo pensar, así que seguí.

—No tengo idea de por qué estás en esta vida, Junior. Puedes hacer algo mejor. Con tu inteligencia serías exitoso en lo que sea.

Luego me detuve, a sabiendas de que no podría soportar la vida si no siguiera presionando.

—Deberías cambiar de vida antes de que sea demasiado tarde. No quieres acabar en la cárcel como Leo o muerto como *K*, ¿verdad?

Él se quedó ahí sentado, en silencio, pensando.

Unas semanas después me llevó a ver un espectáculo en el centro de Chicago y luego caminamos una cuadra hacia Capital Grille, un restaurante junto a la Magnificent Mile, donde todos lo tuteaban. Cuando nos acercamos, me percaté de que todas las luces estaban apagadas.

—¡Junior, está cerrado! —dije.

—Sólo espera —contestó.

Cuando llegamos a la entrada, se encendieron las luces y la anfitriona nos dio la bienvenida. Había llenado de flores el restaurante. Por todos lados había rosas rojas de tallo largo, desde la puerta principal hasta nuestra mesa privada al fondo. Eran hermosas.

No puedo creer que haya rentado todo el restaurante para mí, pensé.

Esa noche, durante la cena, Junior tomó mis manos, me miró a los ojos y dijo:

—Quiero cuidar de ti y de tu bebé. Lo criaré como si fuera mío.

Me sumergí en sus ojos y pensé en serio en lo que estaba diciendo. *Este hombre es tan dedicado y compasivo como mi papá*, pensé. *Con él me siento segura de verdad. Detesto cómo se gana la vida, pero es la persona que llevo buscando toda la vida.*

Le apreté las manos. Así como así, supe que mi bebé iba a tener un padre, y yo iba a tener una vida nueva.

Peter

Mia

Aunque nos hubiéramos mudado a West Lawn, seguía yendo a Little Village para ver a mis abuelos y a mi buena amiga Ana. Mi mamá y mi papá me dejaban pasar la noche en su casa, pero ellos y los papás de Ana nos prohibían pasar de su patio, porque la Calle 26, donde vivían, estaba infestada de pandillas.

Ana había crecido en la misma cuadra que unos gemelos idénticos llamados Peter y Junior. Siempre hablaba de ellos, de lo lindos y agradables que eran, y de cómo no estaban en una pandilla, pero siempre andaban por el barrio. Pero yo no llegué a conocerlos en todos los años que Ana vivió allí. Mi papá estaba en una unidad que patrullaba la zona, y que me cachara desobedeciéndole no era mi idea de diversión.

Pero en 1996 los gemelos se mudaron a la Calle 72, a unas cuadras de mi casa.

—¡Peter y Junior ahora son tus vecinos! —dijo Ana cuando me visitó un día al comenzar la prepa—. Hay que hablarles. Quiero presentártelos.

Por fin iba a conocer a los legendarios gemelos Flores.

Yo sabía que Peter y Junior se habían mudado a una de las casas más elegantes de nuestra zona. Era de dos pisos, y si una tenía una escalera para llegar a su cuarto, tenías dinero. Yo los había visto por ahí, y aunque no pudiera distinguirlos, parecían ser buena onda. Eran guapos y usaban buena ropa, y a Ana le caían bien, así que supongo que con eso me bastaba.

Yo era chiquita para mi edad, de pelo rubio, pero por ser brasileña estaba bendita con curvas naturales y rasgos exóticos. No parecía una chica de dieciséis, y los niños de mi prepa eran asquerosos: siempre hacían comentarios sobre mi cuerpo o mi apariencia. Cada vez que conocía a alguien era lo mismo: me miraba de arriba abajo, echaba la cabeza un poco para atrás y decía:

—Hola, nena, ¿qué hay?

Era lo opuesto a encantador.

Los hermanos Flores no podían ser más distintos. Cuando Ana me los presentó, Peter me dio la mano, me miró a los ojos y dijo:

—¿Hola, Mia, ¿cómo estás? Encantado de conocerte.

Era como si su mamá le hubiera incrustado esas palabras en la cabeza y obligado a decirlas una y otra vez.

¿Quién diablos habla así y te da la mano?, pensé. ¿Sobre todo un quinceañero?

No tardé en relacionarme con ellos, y todo era inocente. Íbamos al lago, al centro o a alguna fiesta. Cuando hacía buen clima, los chicos de West Lawn vagábamos buscando algo que hacer, pero nunca tramábamos nada. Así no eran los gemelos Flores. Mientras

más tiempo pasaba con ellos, más me daba cuenta de que tras bambalinas había algo raro. No eran adolescentes normales. Siempre traían ropa y zapatos nuevitos, lo que me parecía extraño. Me preguntaba: *¿Qué quinceañero no usa los mismos tenis dos veces?* Su hermano mayor, Adrian, tenía autos de lujo, tatuajes por todo el cuerpo y joyas que brillaban tanto que podía verlas a una calle de distancia. Cuando pasaba por su casa, veía a gente lavando su flota de coches y motocicletas. Todo en él gritaba: *narco*. Yo no era tonta, até cabos y me di cuenta de que no sólo era Adrian: su familia estaba ganando dinero de alguna forma, y no era legal.

De pronto dejé de querer salir con ellos. Eran súper *cool*, pero su vida era ajena a mí y no quería relacionarme con gente así. Admito que entonces era una apretada y una santurrón, pero ahora que lo pienso sí era demasiado buena para juntarme con ellos.

Además, mi papá me había dicho que no me convenían.

—Registré su casa cuando vivían en la Calle 26 —me dijo—. Y su hermano Adrian fue a la cárcel por capo.

Pero al pasar el tiempo, algo en ellos siguió atrayéndome, sobre todo hacia Peter. Era muy divertido estar con él. Y a la vez era todo un caballero. Era maduro; no era grosero ni molesto como los tipos de mi edad. Claro que su familia estaba podrida, pero él parecía bueno en su interior. Ya había pasado por cosas en su vida, y se notaba. Era como un adultito.

Un día, cuando tenía deciséis años, decidí hacer una fiesta en mi casa; con permiso de mis papás, claro. Le dije a mi papá que había invitado a Peter, y la idea no le alegró mucho.

—Ya te lo dije una vez y te lo voy a decir de nuevo: esa familia trae problemas.

—Pero, papá, él es distinto. Y, además, va a traer a su novia. Sólo es un amigo.

Cuando llegó, mi papá lo acorraló de inmediato.

—No sé por qué te estés llevando con mi hija —dijo—, pero aléjate de ella. Es una chica buena.

Luego, percatándose del riesgo en el que yo los había puesto, añadió:

—No les digas dónde vivo a tus amiguitos de la Calle 26.

Honestamente, tener una relación con Peter no me pasaba por la cabeza. Claro que tenía a mi novio, Mark, pero había más razones. No me imaginaba con Peter. Me gustaba su madurez, toda su actitud, pero a veces me intimidaba. Siempre había salido con chiquillos egoístas y ahora estaba con un futuro policía engreído. ¿Quizá no era suficiente para Peter, quizá él fuera demasiado para mí?

Aún así, me identificaba con él. Pasaba todas las tardes y las vacaciones escolares limpiando la casa y cuidando a mis hermanos, así que los dos, de cierta forma, ya estábamos viviendo como adultos.

Mientras que ser adulto para mí implicaba disciplina y responsabilidad, para Peter era

ganar dinero para su familia. Y para él, el dinero se ganaba en el negocio de las drogas. Yo había oído a mis amigos decir que estaba traficando, pero lo que me dijeron lo metí al fondo de mi mente o lo negué por completo. Si una crecía en la ciudad, las drogas se aceptaban a veces, sobre todo si no se usaban abiertamente. Si una tenía que traficar para vivir, así eran las cosas, siempre y cuando no saliera a las calles y armara un desastre. Yo me imaginaba que el tráfico de Peter era pequeño, algo para poner pan en la mesa, no un estilo de vida.

Pronto descubrí que no era así en absoluto. Ana me llamó y me dijo que algo horrible le había pasado a su familia.

—Alguien entró a la casa de Peter y Junior, Mia. Ataron a toda la familia con cinta canela, les pusieron pistolas en la cabeza y se robaron un montón de dinero que habían ganado con su negocio.

Tomé el teléfono con fuerza y pensé por un segundo.

—¿Un montón de dinero? ¿A qué te refieres con eso?

Ni siquiera sabía que tuvieran un negocio.

Lo que más me asustaba era que habían entrado a una casa en mi calle. Esas cosas sólo pasaban en la Calle 26. ¿Qué y a quién están metiendo en mi barrio? Me preocupé.

Peter y yo no nos acercamos ni nos distanciamos después de eso. Sólo seguimos siendo amigos y vecinos; traté de que no sospechara lo que yo sabía de él y de su hermano. Podían hacer lo que necesitaran para ganarse la vida, siempre y cuando fuera discreto, y yo haría lo que tenía que hacer. Para mí, eso implicaba sacar buenas calificaciones, entrar a la universidad y casarme con el hombre apropiado en el momento apropiado. Muchos de los tipos con los que salí resultaron ser unos idiotas, así que estaba dispuesta a ser cautelosa y esperar. Me aseguraría de que, quien quiera que fuera, mis papás estuvieran contentos con él, y hasta entonces viviría en casa.

Estudié para taquígrafa judicial y me fue bien. Pero a pesar de eso, decidí tomarme un sabático porque a mamá y a papá no les alcanzaba el dinero para pagar mi colegiatura y mantener a mis hermanos. Yo quería ayudar y, por suerte, mamá tenía un puesto tan bueno en su trabajo que pudo contratarme. Ella y papá me habían inspirado confianza y una gran ética laboral, así que comencé a trabajar. Y ganaba bien. Me propuse metas de verdad: terminar la universidad, convertirme en taquígrafa y estudiar leyes. Me compré mi propio Mercedes y pagué el seguro yo misma; salía de antro los fines de semana y disfrutaba de minivacaciones con mis amigas. Sólo me quería divertir y me encantaba el hecho de ya no estar atada ni tener que depender de nadie. Muchas de mis amigas tenían relaciones serias y no estaban viviendo su vida al máximo, así que decidí que era mi turno de ser egoísta. Daba tanto en casa, que estaba bien no preocuparme por nada cuando estuviera fuera.

Pero nunca se me iba una en el trabajo. A veces llegaba a las seis de la mañana

después de haber salido toda la noche, justo a tiempo para un regaderazo y preparar el *lunch* a mis hermanos. Mi mamá decía:

—¡Más vale que no llegues tarde!

Pero yo me arreglaba rápido, le hacía señas al rebasarla por la carretera y llegaba primero al trabajo. Al entrar y verme, sonreía y decía:

—¡Estás loca, Mia!

Era a mediados de 2002 y estaba viendo mucho a Peter, pero sólo como amigos. Aunque estuviéramos saliendo con otras personas, siempre encontrábamos tiempo para hablar por teléfono o salir a cenar.

De hecho, yo lo llamaba tanto como él a mí. Siempre se reía y decía:

—¡Ey! ¡Se supone que yo te llame a ti!

Cada vez que nos veíamos, crecía la química entre nosotros. Pero aun así, nada pasaba.

En una de sus visitas me invitó a pasear en su coche para hablar.

—¿Por qué siempre escoges el mismo tipo de hombre, Mia? —me preguntó en un alto—. Necesitas elegir a alguien completamente distinto de lo que estás acostumbrada.

Ni lo que dijo ni su manera de decirlo se sintió muy directo. Siempre me sentí cómoda desahogándome con él, y siempre nos dábamos consejos. Pero me puse a pensar: *Quizá tenga razón. Quizá haya estado buscando en el lugar equivocado.*

Hicimos planes para salir el fin de semana siguiente y toda la semana no pude sacármelo de la cabeza, ni lo que me había dicho. Pensé: *¿Por qué estoy ignorando lo que siento por él? ¿Será porque “sólo somos amigos”?* Cuando llegó el fin de semana había decidido dejar de tener tanto cuidado y lanzarme. Fui al centro comercial y me compré el vestido y los tacones más bonitos que encontré. Sabía exactamente lo que lo volvería loco. Esa noche me maquillé entera y me arreglé el cabello, y cuando Peter me recogió —él se veía increíblemente guapo— y me abrió la puerta del coche como todo un caballero, pensé que me iba a morir de los nervios.

Fuimos a cenar a un restaurante precioso en el centro con algunos de sus socios y amigos, y no podía creer lo nerviosa que estaba. Llevábamos tanto tiempo siendo amigos y habíamos salido tantas veces que no sentirme cómoda era raro. Había algo distinto esa noche. No podíamos esconder el hecho de que sentíamos algo el uno por el otro.

Después de cenar nos fuimos de antro y reímos, bailamos y bebimos hasta la madrugada. Cuando por fin nos fuimos, me dolían tanto los pies por los tacones que su guardaespaldas me cargó hasta su auto. Fuimos a un *after* en su casa y Peter me llamó al baño. Cuando entré, vi que había llenado la tina de agua para que pudiera meter los pies. Me senté en el borde de la tina, me quitó los tacones y, antes de que se levantara y yo me metiera al agua, lo miré a los ojos y lo besé en los labios. Así es: yo lo besé primero.

Unas semanas después, estábamos sentados fantaseando y se me salió decir:

—Me encanta California. Fui una vez y me encantaría volver.

—Vamos. Ahora —dijo Peter.

Lo miré como si estuviera loco. Yo trabajaba de tiempo completo y era muy responsable cuando se trataba de trabajo: no podía dejar mi empleo así como así. Nunca había sido impulsiva, pero la idea de pronto se sintió bien. Lo pensé unos minutos y solté:

—¡Okey! ¡Vamos!

No les confesé a mis papás que iba con Peter. Les mentí y les dije que el viaje lo haría con unas amigas y que volvería en unos días. Como había estado trabajando mucho, a mis papás les emocionó que me fuera de vacaciones.

Peter había rentado una *suite* en el último piso de un hotel en Santa Monica que parecía sacada de una película. Al entrar por las puertas dobles, lo único que se veía era el océano. Tenía ventanales de piso a techo en todas las paredes. Nuestra primera noche ahí ordenamos servicio al cuarto, tuvimos sexo inolvidable y nos reímos hasta el amanecer, y fuimos de compras al día siguiente. Me llevó a las *boutiques* de lujo. Me sentí como Julia Roberts en *Mujer bonita*. Estaba segura de que estaba soñando. Y unos días después, cuando Peter me dijo que tenía que irse antes a México por un viaje de negocios, quedé devastada.

—Te llamo cuando vuelva, Mia —dijo.

No habían pasado diez minutos después de que se fuera cuando llamaron de la recepción para decir que tenía un paquete. Cuando apareció el botones, metió un carrito con diez docenas de rosas rojas, cortesía de Peter.

Cuando volvimos a Chicago, no nos separamos durante dos semanas. Luego se presentó una noche sin anunciarse y nos sentamos juntos frente a la casa de mis padres. Se veía destrozado.

—Tengo que contarte algo, Mia.

—¿Qué pasa?

Hizo una pausa, algo larga.

—Angela está embarazada —dijo; Angela era su exnovia—. Se embarazó cuando seguíamos juntos, antes de que me besaras, y va a tenerlo en mayo. Voy a volver con ella. Voy a hacer que funcione, por el bebé. Tengo que ser un buen padre. Pero quiero que sigamos siendo amigos: eres muy importante para mí y no quiero perderte.

Creo que me puse blanca. Sabía que no me había engañado —la nuestra todavía no era una relación seria, ni siquiera exclusiva—, pero de todos modos me sentí traicionada. Había trabajado tanto para ser alguien en la vida y me enamoré de un tipo que había embarazado a otra. Yo no quería ser esa persona. Yo no era esa persona. Mi mamá solía decirme: “¡Eres un diamante en bruto!”, y me lo creí. Siempre. Toda la gente de mi edad que conocía tenía hijos con personas diferentes, y para mis papás —para mí— yo era un

paquete precioso. A los veintidós años de edad tomé la firme decisión de que en mi vida no iba a haber dramas por bebés. Estaba lista para despedirme para siempre de Peter Flores y, justo ahí, en la entrada de casa de mis padres, lo hice.

Empieza lo rudo

Olivia

Cuando murió *K*, no tuve un duelo completo. Aunque hubiera visto su cuerpo descender hacia el suelo, tener a su bebé lo mantenía conmigo o, más bien, evitaba que creyera que estaba muerto de verdad. Mi mamá sabía que me estaba matando tratando de mantenerme ocupada, así que no dejaba de decir:

—Esto no es sano para ti ni para el bebé. Tienes que detenerte y afrontar tu duelo.

Pero mi corazón no lo dejaba ir.

Fui a hacerme un ultrasonido a casi cinco meses del embarazo. Era el día en el que iba a enterarme si tendría un niño o una niña. Cuando estaba acostada en la camilla con gel en mi panza y después de que la enfermera me sobara por todos lados con la varita de ultrasonido durante lo que parecieron diez minutos, se detuvo.

—Espere —dijo, un poco pálida.

—¿Qué pasa? Dígame, por favor.

—Déjeme ir por el doctor —dijo y salió del cuarto, dejándome sola.

Supe que algo estaba mal incluso antes de que entrara el doctor.

—Lo siento mucho —dijo—. No hay pulso visible. Creo que el estrés del asesinato de su esposo fue un factor importante para que ocurriera esto.

Me mandó al hospital, y ahí le dije adiós a mi bebé, a un niño al que nunca tuve la oportunidad de conocer. Cuando recobré la compostura y me limpié las lágrimas que habían estado brotando de mis ojos durante horas, me vino una revelación: *No sólo se fue mi bebé. También K. Los perdí a los dos.*

En ese instante me encontraba en tal agonía que ni siquiera quería conocer el sexo de mi hijo, porque sabía que eso haría que su muerte fuera demasiado real. Quizás debía haber sentido ese tipo de dolor profundo durante el funeral de *K*, pero supongo que ya no importaba. Esa tarde no sentí *todo*. Cuando murió mi bebé, *K* murió con él.

Cuando regresé del hospital, Junior estuvo a mi lado durante todo el calvario, sin decir una sola palabra sobre sí mismo. Se aseguró de que yo estuviera cómoda y no se fue hasta que me quedé dormida. Pero esa noche regresó. Y se veía desconsolado.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes? —pregunté.

Comenzó a llorar.

—Secuestraron a Peter. Alguien agarró a mi hermano. Creemos que los polis están involucrados, pero tengo la desagradable sensación de que es algo peor, Liv.

Hizo una pausa.

—No creo que lo vaya a volver a ver jamás.

—Cállate —le dije—. No digas eso. No digas eso nunca. Tienes que pelear.

Yo estaba a punto de rendirme, pero no iba dejar a Junior hacerlo. Mi bebé se había ido, pero Peter merecía vivir. Junior tenía que pelear para recuperarlo.

—Hay unos matones que han estado secuestrando gente en la ciudad —dijo Junior—. Les roban mercancía y los extorsionan para sacarles dinero. Pero no están solos. Tienen polis corruptos que les hacen la vigilancia y el trabajo sucio.

Quien estuviera detrás de eso había elegido a Peter porque él y Junior eran peces gordos. A mediados de 2003 se habían convertido en los narcotraficantes más prominentes de Chicago; vendían hasta dos toneladas de narcóticos al mes. Su empresa tenía proveedores basados en México, bodegas en Chicago y en sus alrededores y docenas de trabajadores, a muchos de los cuales conocían de toda la vida. Eran el eslabón más alto en la cadena de mando del narcotráfico, con acceso a los narcóticos de mayor calidad que podían encontrarse en el Medio Oeste.

Eso significaba que tenían montones de dinero, y los secuestradores y algunos polis sucios los querían.

—¿Entonces qué vas a hacer? —le pregunté.

—De momento todo lo que podemos hacer es esperar.

Nos quedamos ahí sentados, en casa de mis padres, tomados de la mano y sintiéndonos indefensos. No sabíamos casi nada, y no podíamos hacer un carajo. En ese momento puse de lado mi dolor. Tenía que estar ahí para Junior. Él quería hacer algo —cualquier cosa— para devolver a su hermano a casa, y yo quería ayudar.

Peter también me preocupaba mucho. No sólo por Junior, sino porque de verdad quería a su hermano. Peter era franco y enérgico como yo y siempre me sentí identificada con él. A veces hasta llegué a pensar que Junior quería estar conmigo porque me parecía tanto a su hermano.

El teléfono de Junior sonó. Él contestó:

—¿Bueno? Ay, Dios, eres tú, gracias a Dios. ¿Estás bien?

—¿Es Peter? —le pregunté.

Junior me hizo seña de que me callara y comenzó a asentir con la cabeza.

Peter estaba vivo.

—Okey, okey. Voy a darles lo que quieran. Sólo quiero que salgas de ahí.

Colgó su teléfono de un golpe y buscó su abrigo.

—Tengo que entregarles quinientos mil dólares y cien kilos —dijo—. Tienen a Peter, y creo que Sergio Gomez está detrás de esto. Se dice que tiene un equipo de polis, y se han estado dedicando a secuestrar por producto. Sergio lo ha estado revendiendo en las calles. Están todos juntos en esto, Liv.

Me dio un beso en la frente y salió.

Sergio Gomez, pensé. Pinche Sergio y sus polis sucios.

Mia

No vi a Peter desde que se enteró del embarazo hasta que nació su hija, Sofía, a mediados de 2003. Me sentí orgullosa de que quisiera ser un buen papá. Mi padre biológico no había estado presente en mi vida, así que sabía que estar ahí era lo mejor que Peter podía haber hecho. Lo último que necesitaba era vivir arrepentido.

Pero sí me devastó que cada quien tomara su camino. Habría sido fácil decirle adiós si para mí no hubiera sido la persona perfecta, pero lo extrañaba mucho. No importaba qué estuviera haciendo ni dónde, siempre acababa pensando en él. De regreso del trabajo me iba por la calle que estaba cerca de mi casa con la esperanza de verlo. Él y Junior tenían una barbería muy exitosa llamada Millennium Cuts, en la que la gente hacía filas de dos horas para entrar, y siempre pasaba por ahí, con la esperanza de verlo pasando el rato afuera.

Después de que naciera Sofía, me llamaba de vez en cuando. Me dijo que las cosas no iban muy bien con su novia, pero que estaba loco por Sofía. Yo estaba genuinamente feliz por él. Aunque extrañara a Peter, ignoraba mis sentimientos porque ser distante era lo que él quería.

Seguimos siendo amigos y hasta nos vimos unas cuantas veces. Una vez, en una cena, conocí a la novia de Junior, Olivia. Era más grande que yo, tenía mucha más experiencia prácticamente en todo, y se notaba. Recuerdo haber pensado: *¿Quién es esta chica? No se me parecen nada.* El pensamiento pasó rápido. Estaba más concentrada en Peter; no podía dejar de preguntarme: *¿Por qué no estoy con él? Me he quedado en relaciones por todas las razones equivocadas, pero ser padre no está mal.*

Pero no podía ser. Había tomado una decisión.

Teníamos muchos amigos en común y sabía de él seguido. Una noche fui a cenar con uno de ellos, alguien que trabajaba para él. Su cara estaba prácticamente blanca cuando se sentó a la mesa.

—Mia, no quiero que te asustes, pero tengo que decirte algo. Secuestraron a Peter.

Creo que dejé de respirar. *¿Lo secuestraron?* Sólo veía mierdas así en la televisión, pero eso no pasaba en mi barrio. Ni siquiera sé qué dije.

—Creemos que fueron los polis —añadió.

Mi papá es un poli y es el hombre más honesto que conozco. Crecí con el departamento de policía de Chicago. Vi por lo que pasaban: entraban a las zonas de guerra todos los días para poner comida sobre la mesa para sus hijos. Todo el tiempo les faltaba el respeto la gente que trataban de proteger. ¿Por qué? Porque la policía de Chicago llevaba desde los días de Al Capone metiéndose en escándalos de corrupción. En ese instante, la mayor parte de mí estaba aterrada por Peter, pero otra parte sólo estaba molesta.

—Tiene que ser una broma —dije—. ¿Qué pasa? ¿Dónde está?

—Su hermano lo está resolviendo. Va a estar en casa pronto.

Después de cenar, sólo podía pensar en Peter. Si le pasaba cualquier cosa, no me lo iba a perdonar. Me preocupé por él toda la noche, pensando: *Nunca voy a tener la oportunidad de decirle lo que de verdad siento por él ni cómo sé que debemos estar juntos.*

La peor pesadilla de Peter —y mía— se había vuelto realidad.

Olivia

Conocí a Sergio Gomez desde niño y siempre había sido un problema. Una vez, *K* lo descubrió acechando por nuestro callejón, dándole vueltas a la cuadra. Cuando lo detuvo y lo arrastró afuera del auto lo único que lo salvó fue que pasara un poli. Pero yo sabía qué se traía entre manos. Estaba analizando nuestra casa, planeando secuestrar a *K* y pedir rescate, igual que había estado haciendo con otros narcotraficantes por toda la ciudad.

Y ahora tenía a Peter.

¿Pero dónde encajan los polis en eso? Después de que Junior pagara el rescate, casi tres millones de dólares en dinero y drogas, dejaron ir a Peter. Junior me contó toda la historia, y fue lo peor que había oído en mi vida hasta entonces.

Peter estaba detrás de su edificio, a unas cuadras del aeropuerto Midway, cuando vio una patrulla sin placas. *Mierda*, pensó cuando dos polis se bajaron de un salto y comenzaron a acercársele. Nunca lo habían arrestado en su vida. No traía nada encima, pero cuando eres traficante, los polis te asustan.

Uno de los oficiales le dijo que se diera vuelta. Lo hizo y lo esposaron, le leyeron sus derechos y lo metieron en el asiento trasero de la patrulla.

—¿Bajo qué cargos me acusan? —preguntó, pero no le contestaron.

En lugar de eso, un policía se pasó atrás con él, le ató los pies y le puso un saco sobre la cabeza. Cuando llegaron al Park & Go, cerca de Midway, lo sacaron y lo aventaron a la parte trasera de una camioneta blanca.

Entonces supo que estaba en serios problemas.

Lo llevaron a una casa de tres pisos y lo arrojaron al sótano. Cuando le quitaron la venda de los ojos, vio a alguien que parecía un bombero parado enfrente de él. Pero no era un bombero. Traía un traje Hazmat, una máscara y botas de hule. Las paredes y el suelo estaban completamente cubiertas de plástico sostenido con cinta canela.

El tipo del traje comenzó a pegarle y no se detuvo hasta que sonó el pinche teléfono.

Mia

Peter me dijo después que era Sergio Gomez, y aunque fuera conocido por torturar

gente, le dijo al tipo del traje Hazmat que le tuviera piedad.

—Peter no es violento —dijo Sergio—, así que llévatela leve.

Entonces, el “bombero” ató a Peter a una silla y lo dejó ahí veinticuatro horas sin comida ni agua. Su única compañía era un perico al que había entrenado uno de los secuestradores. Graznaba: “¡Chinga a tu madre!” toda la noche.

Olivia

Junior entregó el rescate, más de cien kilos de cocaína y algo de efectivo, lo más rápido posible. Pero era cocaína chafa y Sergio estaba furioso. Después de darle una lección a Peter, hizo que llamara a Junior.

—Junior, los encabronaste al darles esa basura —dijo Peter, frenético—. Dales lo que te pidan, carajo, o me van a matar.

Junior entregó otros cien kilos, esta vez de la buena.

Entonces los secuestradores le dieron un celular a Peter y lo botaron en el Home Depot de Riverside, un suburbio de Chicago. Llamó a su hermano y cuando Junior llegó para recogerlo dijo que Peter se veía distinto. Estaba pálido, cansado y sucio. No quería estar con nadie. Había estado en la parte trasera de una camioneta o en un sótano, sangriento y golpeado, durante tres largos días, y parte de él había cambiado para siempre.

Mia

Peter se fue un mes a México sólo para alejarse de todo. Yo estaba preocupadísima por él, pero entendí que tenía que hacer lo que tenía que hacer. Necesitaba espacio para respirar y recuperarse.

Decidió que no iba a perseguir a los tipos que lo secuestraron. Así era Peter. Todo lo que importaba era que Junior hubiera pagado el rescate. Y Peter estaba a salvo. Además, era narcotraficante, así que qué iba a hacer: ¿ir a la policía y decirles que uno de ellos había arreglado su secuestro? También sabía que Sergio era informante a sueldo y siempre estaba buscando algo que ofrecer. Peter no tenía opción: debía superarlo.

Pero como se dedicaba a lo que se dedicaba y vi lo que era capaz de hacerle la gente, comencé a preguntarme: *¿Debería superarlo yo?*

Olivia

Yo también tenía dudas acerca de estar con Junior. Cuando entregó casi tres millones de dólares en drogas y efectivo como si no fuera nada, me paré en seco. Recuerdo haber pensado: *Mierda. Este tipo está más adentro de lo que pensaba.* Sabía que Junior había

sido proveedor de *K* y tenía el dinero para permitirse el tipo de autos elegantes que tenía. Las pérdidas eran parte del negocio. ¿Pero perder tres millones de dólares? Eso lo ponía en un nivel completamente distinto.

Comencé a sentirme muy confundida. Pensé: *Esto no es lo que yo quiero. No quiero volver a esta vida otra vez.* Nunca he sido de las que se guardan cosas, así que se lo dije.

—Junior, me asustas. No quiero que acabes en la cárcel ni que te lastimen. Me da miedo que te secuestren como a Peter o que te asesinen como a *K*. Tú eres mejor que eso. Si quieres cambiar de vida, podemos hacerlo juntos. Te amo y no quiero perderte.

—Te amo, Liv —me contestó tranquilo pero firme—. Sé que has pasado por muchas cosas. Te prometo que lo voy arreglar, así que, por favor, sé paciente.

Me detuve y pensé: *Si he cambiado tanto en los últimos años, él también puede cambiar.*

Con todo el corazón le creí, y creí en él, así que me quedé.

Mia

Peter regresó de México un mes después, y yo fui la primera persona con la que se comunicó. *Ay, gracias a Dios*, dije cuando me llamó y dijo que quería ir a casa de mis padres. Estaba muy aliviada por saber de él. No habíamos hablado cuando estaba lejos y lo había extrañado muchísimo.

—Mia —dijo cuando llegó esa noche—, lo siento mucho, no podía quedarme lejos. No puedo dejar de pensar en ti. Todos los pensamientos me llevan a nosotros. Los momentos más felices son cuando estamos juntos. Te necesito en mi vida.

Hizo una pausa y apretó fuerte mis manos.

—Puedes confiar en mí; tu corazón está seguro conmigo.

Dios mío, pensé. *Es hora de tomar una decisión. O le digo adiós para siempre o me lanzo a fondo.*

Había pasado horas y horas analizando nuestra situación cuando estaba lejos y me di cuenta de que podía vivir como madrastra. ¿Pero podía sostener una relación con un narcotraficante? ¿Y podía —yo, la hija de un poli— entrar voluntariamente a una vida construida sobre el crimen?

Peter era todo lo que yo quería en una persona y todo lo que yo creía que debía ser un hombre, excepto por la manera en que se ganaba la vida. Pero la vida sin él se sentía vacía. Me dolía no tenerlo cerca. Me tomó unos treinta segundos recordar cuánto me había dolido que estuviera lejos, sentirlo todo otra vez, y tomé una decisión: quería estar con el narco del corazón de oro. Amaba a Peter por toda la bondad y la gentileza que veía en su interior, y elegí dejar pasar el resto.

—Peter, confío en ti —le dije—. Sólo hay una cosa: por favor, no me rompas el

corazón.

—Te prometo que no lo haré —contestó.

A partir de ese momento fui parte de su mundo. No lo veía todo —de hecho, quería protegerme, así que la mayor parte de lo que hacían él y Junior era lejos de mis oídos o a puerta cerrada—, pero sabía que ahí estaba. Y lo justificaba. Pensaba: *No conoce otra vida, está haciendo esto porque necesita cuidar de su familia. Tiene docenas y docenas de personas trabajando a su servicio, madres y padres que dependen de él para llevar comida a la mesa. Esa gente estaría trabajando en McDonald's de no ser por él y Junior.* Era verdad: sus empleados ganaban más en una semana que la gente que trabajaba por el salario mínimo en un año, y era gente decente que sólo trataba de darle una mejor vida a su familia.

Olivia

En Chicago, Peter y Junior siempre estaban ocupados. Tenían docenas de clientes y cada vez que llegaba un cargamento tenían que saber exactamente a qué almacén iba y quién lo iba a descargar. Luego alguien debía entregar el producto, recoger el dinero y contarlo. También entraba una cantidad increíble de dinero: decenas de millones, todos apilados en sus bodegas.

Mia

Peter me llevó a una bodega una vez. Íbamos por West Loop, cerca de los estudios Harpo de Oprah, cuando orilló su auto hacia el garaje de una casa señorial.

—Sólo va a tomar un minuto, Mia. Te lo prometo.

—Está precioso aquí —dije mientras miraba por la ventana.

—Lo sé. Ése es el chiste. Nuestras bodegas están en barrios altos, donde los polis no las van a buscar.

No había coches alrededor y, definitivamente, tampoco había policías. Alguien podría salir de un auto y darle a alguien una bolsa y no se vería sospechoso. Allá en Little Village había un poli en cada esquina: si alguien te daba una bolsa, te esposaban en instantes.

La casa tenía que valer por lo menos un millón de dólares, quizás dos. Al entrar desde el garaje pude ver muebles preciosos, cosas finísimas que nunca me había imaginado. Peter se acercó a una pared y jaló una palanca. La pared se abrió. Hizo ese sonido que hacen las cosas hidráulicas y se desplegó suavemente, como si estuviera flotando. Me asomé y vi más dinero del que había visto en toda mi vida. Cuando entré a otro cuarto, vi pilas y pilas. Estaba todo en fajos desperdigados por ahí, con dos trabajadores pasando los billetes por varios contadores del dinero. *Van a estar contando*

mucho tiempo, pensé.

Olivia

Una noche, Junior salió temprano de Hoops para encontrarse con alguien. Yo estaba con él, y al salir nos topamos a R. Kelly, con quien jugaba prácticamente todas las noches.

—Nos vemos mañana —gritó Junior mientras salía—. Surgió algo.

Nos subimos a su coche y fuimos a una de las bodegas.

—¿Me pasas el control del garaje? —me pidió.

—Claro —dije mientras agarraba un control de su bolsa.

Era difícil saber cuál elegir, porque había muchísimos y todos tenían nombres en código. *Esto se ve bien pinche complicado*, pensé.

Todas sus bodegas tenían un garaje adosado, así que nadie podría vernos ni a nosotros ni a nuestro coche. Una vez adentro conocí a los trabajadores. Estaban bien vestidos, como hombres de negocios casuales. No les permitían usar joyas vistosas y tenían que estar pulcros. Nunca se te ocurriría que fueran narcos ni que trajeran dinero. Eran muy bien hablados y no parecían de la calle.

Puertas adentro conocí a su administradora de propiedades, a la que le pagaron para asegurar todas sus bodegas. Conseguía papeles falsos —cualquier cosa: reportes crediticios, declaraciones bancarias, identificaciones— y condominios de siete mil u ocho mil dólares de renta al mes. Decía cosas como: “Estoy saliendo con un político y no quiero que nadie se entere, así que voy a pagar el año por adelantado”. Los caseros no revisaban antecedentes con esa cantidad de dinero en las manos.

Mia

Ese día no hice preguntas, pero después aprendí cómo funcionaban las bodegas.

Cuando entraba dinero a una casa, los trabajadores lo contaban de inmediato. Ninguna tenía nunca más de siete millones de dólares y contarlos quizá le tomara dos horas a cada trabajador. Las bodegas que sólo tenían dinero estaban equipadas con cuartos aislados, como los de un estudio de grabación, porque había varias máquinas contadoras funcionando al mismo tiempo. Los trabajadores contaban y empacaban dinero durante tres turnos al día, cada uno de ocho horas.

Olivia

Otros empleados empacaban las drogas, y lo hacían con mucho cuidado, con plástico de cocina, bolsas de vacío, cinta canela y toallitas húmedas para minimizar el aroma y para que los polis y las unidades caninas no pudieran detectarla si los detenían.

Un miembro del equipo nunca, bajo ninguna circunstancia, iba a una casa distinta de la que tenía asignada. Si alguien trabajaba en ésa, ahí se quedaba: entrar y salir con frecuencia se veía mal. Peter y Junior entrenaban a sus trabajadores para que nunca atrajeran la atención hacia ellos y hacia lo que hacían.

También tenían las mismas responsabilidades, sin turnarse. La primera chamba de Peter y Junior había sido en McDonald's, donde aprendieron el sistema de "a cada trabajador una tarea". Todos los empleados hacían la misma cosa todos los días: el freidor hundía su canastilla en el aceite hirviendo; la chica del Auto-Mac entregaba la orden; otra chica recibía el dinero. Si sólo hacías una tarea en lugar de diez distintas, era más difícil equivocarse. Construyeron toda su infraestructura en torno de ese sistema. Eran unos genios.

Mia

Peter tenía muchísimos teléfonos desechables, uno para cada cliente. Todo el tiempo cargaba unos veinte celulares a todos lados que no dejaban de sonar. Contestaba *todas* las llamadas. Luego, unas semanas después, desechaba el teléfono, conseguía uno nuevo con un número distinto y volvía a empezar. Nunca he visto a nadie hacer tantas cosas a la vez.

Olivia

Junior y Peter poseían docenas de autos y camiones y constantemente estaban inventando nuevas maneras de mover las drogas por Chicago y más allá. Cambiaban de vehículos como lo hacían con los teléfonos, pero adquirían el mismo modelo y el mismo color para que los vecinos no se dieran cuenta de que eran trabajadores diferentes los que entraban y salían de las bodegas.

También les añadían compartimentos secretos: uno se abría con un pedal que sólo se podía activar cuando se encendía el desempañador y se bajaban las ventanas. Habían superado por mucho el truco de esconder mota en los tanques de gasolina: eso era lo que hacían para su papá a los siete años.

Mia

La mayor parte del tiempo, Peter y Junior creían que estaban volando bajo el radar. Y, con excepción del secuestro de Peter, sí lo hacían, por lo menos al principio.

A mediados de 2003, la Drug Enforcement Administration (DEA) estaba tras ellos y tenía gente investigándolos en Milwaukee. ¿Por qué en Milwaukee? Porque era una zona de distribución importante para ellos, adonde constantemente enviaban drogas por medio

de uno de sus muchos mensajeros.

Olivia

De hecho, Milwaukee fue una de las primeras ciudades a las que se expandieron cuando su imperio comenzó a crecer. Cuando Adrian estuvo en prisión por conspiración relacionada con drogas, en 1998, uno de sus socios, llamado Tommy Arévalo, les presentó a Junior y a Peter a un par de *conectes* de México, y comenzaron a enviar cocaína por la Interestatal 94 hacia Milwaukee.

Mia

Cuando secuestraron a Peter, los agentes de la DEA en Wisconsin habían comenzado a interrogar a vendedores callejeros, que hablaban en susurros de Peter y Junior. La investigación los llevó hasta Chicago, donde los federales trataban de armar su caso y ya habían comenzado a husmear por ahí.

Olivia

Durante todo ese tiempo sentían que debían seguir trabajando. Pero Peter creía que le estaba dedicando más tiempo que Junior al negocio y no dejaba de joder al respecto.

—Se te está yendo el toque, Junior —decía—. Te importa más tu chica que tu negocio.

A Junior no le molestaba que le dijera eso: sólo era Peter siendo controlador. Junior *siempre* se encargaba de sus negocios.

En septiembre de 2003 nos compramos un hermoso condominio juntos en Lincoln Park. Hubo quienes se enojaron porque no había esperado ni un año para conseguirme a alguien tras la muerte de *K*, pero yo no podía hacer nada al respecto. Una no puede decidir cuándo se enamora. Nos mudamos con Xavier, quien ya estaba en la secundaria y se estaba convirtiendo en un hombrecito maravilloso. Después de todo lo que mi hijo había sufrido con los hombres de mi vida, al principio dudaba de presentarle a Junior. Me había dicho a mí misma que si alguna vez superaba a *K*, sería con alguien que trabajara de nueve a cinco. Pero Junior me conquistó cuando vi el bien que había en él y el gran padre que era para Samantha y Sasha. Sabía que podía confiar en él.

A Xavier le encantó Junior. Y Junior se sentía igual con Xavier. Llevaba a mi hijo y a sus amigos a Dave & Buster's, o lo consentía comprándole los nuevos Jordans, que siempre eran difícilísimos de conseguir. Para Xavier, Junior era un tipo *cool*, en onda, su cuate, y cuando los veía juntos, yo pensaba: *Está bien. Relájate. Estás siendo una buena mamá al rodear a tu hijo de buenas personas que lo quieren.*

Creo que en ese condominio en el lado norte de verdad nos convertimos en una familia. Junior tenía a Samantha y a Sasha cada dos fines de semana, y yo las apapachaba como si fueran mis hijas. Siempre había querido una niña, así que en secreto deseaba que fueran mías y les cambiaba los pañales, las bañaba, les cocinaba y les cepillaba el pelo. Me decían: “¡Yo también quiero ser bonita!”, así que dejaba que se pusieran mi maquillaje y que jugaran a vestirse con mi ropa.

Hacíamos todo juntos, Junior, los niños y yo. Y cuando él no estaba con nosotros, viajábamos y disfrutábamos la vida. Nos sentamos junto al *ring* en la pelea De la Hoya contra Mosley, en Las Vegas. Junior invitó a todos sus amigos, que de casualidad trabajaban para él, y rentó sesenta cuartos en Mandalay Bay para ellos. Salíamos juntos de compras todo el día, cenábamos filete y langosta, festeábamos en la sección VIP de los antros toda la noche y teníamos sexo de borrachos hasta el amanecer. Era exactamente como debían ser Las Vegas.

Aquella Navidad, Junior me regaló un anillo. Era una sortija con un diamante amarillo, hermoso y grandísimo, de unos siete kilates. *¿Es esto un anillo de compromiso?*, pensé. Pero Junior no dijo nada y yo no pregunté. Sabía que quería casarme con él algún día, pero podía esperar.

—Vamos a México para Año Nuevo, nena —me dijo esa noche.

Asentí sin dudarlo.

Hicimos treinta y seis horas de viaje por carretera hasta México y platicamos todo el camino: de nuestros hijos, de nuestras familias y de cómo queríamos que se reunieran en el futuro. A mí no me importaba si el anillo en mi dedo significaba algo o no. Todo lo que importaba era que estaba con Junior.

Fuimos al rancho de su familia en San Juan, a unas horas de Guadalajara. En unos días, sentí que me había decidido. En ese hermoso terreno en medio de la nada, con más caballos que gente, pensé: *Estoy segura. Nada nos va a pasar aquí. No tenemos que preocuparnos por que alguien llegue a secuestrarnos ni a asaltarnos ni que los federales se lleven a Junior. Sencillez, familia y amor es todo lo que importa, y lo podemos tener aquí. He cambiado, y aquí Junior puede hacerlo también.*

Rompí el silencio:

—Junior, hay que quedarnos. Hay que quedarnos para siempre en México.

Me miró directo a los ojos y asintió.

Lo único que le faltaba era su hermano.

Mia

Si Peter sintió que las cosas estaban empezando a ponerse rudas, me lo ocultó. Aquel invierno consiguió un condominio en la avenida Michigan, adonde me mudé sola. Tenía

veintitrés años y nunca había vivido separada de mis padres. Incluso había renunciado a mi trabajo para volver a la escuela y convertirme en estilista; además, Peter y yo planeábamos abrir un spa juntos.

Cuando no estábamos encerrados en ese hermoso departamento, enamorándonos otra vez desde el principio, salíamos a comer, hacíamos planes para nuestro futuro negocio o íbamos de compras a Channel o a Cartier, en esa misma cuadra.

Desafortunadamente, aquel enero comenzaron a suceder cosas malas en lo que debió haber sido la época más feliz de las vidas de Peter y Junior. Uno de sus empleados, un tal Stubby, chivó. Los federales registraron una de sus bodegas, y luego otra, y decomisaron más de cuatrocientos kilos de cocaína.

A finales de febrero de 2004, Peter y yo estábamos juntos en mi condominio. Platicábamos tranquilamente como siempre. Decidimos ver una película, acurrucarnos e irnos a dormir temprano. Cuando estábamos en la cama, me hizo reír tanto que quedé exhausta. Antes de caer rendida, me dijo que tenía que trabajar la mañana siguiente. Eso no era extraño: yo había comenzado a entender su vida, pero no le hacía preguntas. Cuando una es tan feliz, joven y sin preocupaciones, se deja llevar. Por lo menos yo lo hice.

A la mañana siguiente, Peter despertó, se volvió y miró uno de sus veintitantos teléfonos.

—Mierda, tengo veinte llamadas perdidas. ¿Le bajé el volumen?

Perder llamadas era la peor pesadilla de un narco. Algo estaba mal. Muy mal. Peter subió el volumen del teléfono, que sonó de inmediato.

—Alicia, perdón por no contestar. ¿Qué pasa?

Alicia era su hermana. Hizo una pausa mientras la escuchaba.

—Dios mío. Llama al abogado y no digas nada.

Yo estaba aterrada.

—¿Qué pasa? ¿Todo está bien?

Peter no me contestó. En lugar de hacerlo se acercó a la ventana y presionó su cara contra ella.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

—A los federales. Registraron mi casa. También la barbería y la casa de Junior. Nos están buscando por todos lados. Me tengo que ir.

Se estaba poniendo los zapatos cuando sonó otro teléfono. No habían pasado ni tres minutos.

—Silvia —dijo (Silvia era su otra hermana)—. Dios mío. Sal de ahí y no digas nada. Márcame después.

Volvió a la ventana para vigilar.

—Mia, necesito que me lleves a un lugar. Los federales registraron la casa de mi

hermana.

Ni siquiera le pregunté a quién iba a ver. Sólo me puse la ropa, saqué las llaves, caminé hasta mi auto y lo encendí, asustada todo el tiempo.

Mientras conducía, estaba tan nerviosa que me preocupaba chocar con algo. Lo único que pensaba era: *No puedo pasarme un alto. Si lo hago, van a atrapar a Peter.*

Cuando por fin llegamos a un estacionamiento, a unos kilómetros del centro, miré a Peter y dije:

—¿Voy a volverte a ver?

Él sonrió, tomó mi cara entre sus manos y me besó. Fuerte.

—Claro que vas a volver a verme.

Y tras decir eso, Peter Flores salió de mi vida, huyó del país y no regresó a Estados Unidos en casi cinco años.

SEGUNDA PARTE

INTERMEDIARIOS

San Juan

Olivia

En enero de 2004 Junior y yo decidimos mudarnos a San Juan para estar cerca de su familia. De ahí eran sus padres y ahora vivían allá, y ahí se había instalado Adrian con su novia, Daniela, cuando lo deportaron.

San Juan estaba atravesado por montañas —algunas realmente escarpadas y altas— y en otros puntos había mesetas, con precipicios abruptos y valles secos. Es la imagen que se tiene del México rural; personalmente, a mí me pareció dramático, precioso y exactamente el lugar en el que quería tener un nuevo comienzo con Junior. Por primera vez en muchos años no sentí el peso del pasado ni temía por nuestro futuro. México era el lugar en el que podía cambiar mi vida de verdad. Donde Junior podría cambiar la suya.

Lo único que me preocupaba era Xavier, quien ahora era adolescente.

—No creo que quiera mudarse aquí —le dije a Junior.

Siempre habíamos actuado por el bien de Xavier. Yo quería protegerlo y Junior también.

—Tenemos que darle prioridad a su educación —contestó Junior—. No va tener una gran educación en un pueblo como éste, así que hay que dejarlo terminar el año escolar y luego nos mudamos a Guadalajara, donde hay un colegio estadounidense. Es excelente, estoy seguro de que le encantará vivir en la ciudad. Además, te va dar tiempo suficiente para preparar todo perfecto para él.

Cuando Junior decía cosas así me derretía el corazón. La mayoría de los hombres a los que conocía eran egoístas y no les importaba el hijo de alguien más, pero Junior no. Trataba a Xavier como si fuera suyo.

Xavier había tenido una vida complicada con todo lo que le había hecho pasar. Estuvo ahí cuando los federales arrastraron a mi primer esposo a la cárcel y estuvo ahí cuando pusieron a mi segundo esposo bajo tierra. Lo último que quería era que mis decisiones afectaran a mi hijo, pero sabía que ya lo habían hecho. Me costaba trabajo perdonármelo. Xavier merecía algo mejor y me preocupaba que si me lo llevaba a un pueblito en México se distanciara emocionalmente y me tuviera rencor.

Sabía que Chicago era el mejor lugar para él, y que irse de ahí lo *devastaría*. Le gustaban su escuela y sus amigos. Le encantaba hacer cosas normales como ir al cine, disfrutar el fin de semana en Dave & Buster's, pasar el rato en Millennium Park, en el boliche o paseando por la avenida Michigan. En diciembre, literalmente contaba los días hasta poder ir a ver el gran árbol de Navidad del centro, algo que mi hermano y yo siempre habíamos hecho con nuestros padres. Adoraba a mi mamá y a mi papá, y al vivir con ellos tendría la estabilidad que tanto quería para él. Estaba inscrito en una de las

mejores escuelas privadas de Chicago, había entrado al cuadro de honor, hacía deporte todo el año y nos tenía a todos muy orgullosos.

No podía obligarlo a dejar todo eso.

Además, no quería que estuviera expuesto al trabajo de Junior. *Sólo necesito un poco más de tiempo para convencer a Junior de que cambie y salga de este negocio*, me decía. *Y ahora que estamos aquí para quedarnos, va a ser fácil. Cuando eso suceda, seré la mujer más suertuda del mundo, con el hombre de mis sueños y mi hijo.*

Sabía que yo también merecía ser feliz. Era joven y no quería envejecer sola. Deseaba un matrimonio feliz como el de mis padres y mis abuelos, y lo tendría con Junior. Estábamos destinados a estar juntos. Era como si compartiéramos el mismo corazón.

Dejar a Xavier fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Sabía que no sería fácil vivir sin él, así que hice un plan. Todavía producía discos, así que decidí programar viajes de negocios a Chicago cada quince días. Era mucho para mí, pero cuando veía a Xavier era como si todas mis navidades llegaran al mismo tiempo y lo inundaba de regalos y de toneladas de afecto. Cuando me iba, me sentía muy culpable, pero me decía que eso sólo duraría seis meses más. Entonces marcaba mi calendario con la fecha de sus vacaciones, cuando volaría México para pasar el verano con nosotros, como una familia.

En Chicago parecía feliz, y eso era lo importante. Estaba en casa, y ahora que yo estaba en San Juan, también tenía que hacer que se sintiera como en casa.

El pueblo estaba prácticamente vacío. Tenía unos diez mil habitantes y sólo había unos pocos restaurantes locales y algunos puestos de tacos en las esquinas. No había supermercado; sólo unos puestitos de fruta, y debía conducir dos horas hasta el Burger King o al Costco más cercano. Estaba en medio de la nada, pero el lugar era hermoso. Había un cerro cerca con una estatua de la Virgen María en la cima. A eso se le llama un santuario. Junior y yo caminábamos hasta allá todos los días para sentarnos a platicar. Por la noche no teníamos a dónde salir, así que jugábamos “Dilo con Mímica” o cartas, y contábamos anécdotas con su familia.

Mi futuro suegro, a quien llamábamos Señor, había regresado a San Juan a principios de los años noventa, cuando era fugitivo. Él y mi futura suegra vivían en un pueblito a las afueras del pueblo, donde hacían las cosas cotidianas que hacen los retirados. Le gustaba tanto apostar en el palenque que importó sus propios gallos, pensando que eran más fuertes que los que podía encontrar en la región. Iba a la ciudad diariamente para apostar en los caballos, y cuando no estaba comiendo la deliciosa cocina de su esposa o pasando el rato con el hijo o nieto que estuviera de visita, estaba esperando que llegara el dinero de Junior y Peter. Lo mantenían, porque eso era lo que se suponía que tenían que hacer en su patria.

El Señor era completamente distinto a mi papito, pero hicimos clic de inmediato. Era muy macho, muy mexicano, y creía que las mujeres debían quedarse en casa, tener hijos y no trabajar nunca. Además, se había encontrado la esposa perfecta para eso. Me encantaba la madre de Junior, pero era el polo opuesto de mi mamá explosiva. Obedecía a su marido, crió a siete hijos y vivía para él. Yo siempre la sacaba a pasear y pasaba tiempo con ella, y creo que le gustaba salir conmigo, sobre todo porque la obligaba a salir de la casa. Además, extrañaba a mi mamá, así que apreciaba estar con ella.

—Deberían tener todas las esposas que les alcance —les decía el papá de Junior a sus hijos.

A las chicas estadounidenses les ofenden esas declaraciones y yo no era la excepción. Me le enfrentaba:

—¿Quién se cree que es para tratar a una mujer así?

No estaba acostumbrado a una mujer fuerte y con opiniones, así que soltaba una sonrisita burlona. Lo entretenía y lo hacía reír. Disfrutaba tener conversaciones *de verdad*, aunque nos metiéramos en debates encendidos en los que nunca me rendía. Comenzó a respetarme por eso, y yo me sentía igual.

Era la figura de autoridad de su familia, siempre predicando contra las drogas y el alcohol. Decía: “¡Fumar te va a matar!”, si alguien a su alrededor se atrevía a encender un cigarro. Uno pensaría que eso lo convertiría en un santo, pero era el hombre que había metido a sus hijos al narcotráfico. Era un manojo de contradicciones.

El hermano mayor de Junior, Adrian, y su novia, Daniela, eran más mi tipo. Eran chistosos, extrovertidos y, al igual que Junior y yo, inseparables. Adrian había sido un Latin King y se llevaba con *K*, que había sido uno de sus mejores amigos. De hecho era narco y había metido a *K* en el negocio. Pero yo nunca lo conocí, porque en 1998 lo metieron a la cárcel por conspiración relacionada con drogas y estuvo ahí dentro durante todo nuestro matrimonio. ¿Adivinen quién fue su compañero de celda? Mi exesposo, Leo. Chicago era un pueblo chico, sobre todo si una conocía a la gente de dinero, como nosotros.

Daniela se volvió como mi hermana casi de inmediato, porque era dulce y protectora, como mi hermana de verdad. Ella y Adrian nos recibieron bien desde el principio y nos hicieron sentir en casa. Eran una de las razones principales por las que quería quedarme: extrañaba a mi familia y ellos crearon una para mí desde el instante en el que llegamos.

La familia era todo para Adrian. Les llevaba quince años a Peter y a Junior, y cuando nacieron los gemelos, su papá estaba en la cárcel. Adrian intervino y prácticamente los crió. Vendía drogas para mantener a la familia, pero insistía en que sus hermanitos no se metieran en los problemas en los que él siempre estaba. Les impuso toque de queda cuando tuvieron edad de salir de la casa e hizo todo lo que pudo para que no se unieran a los Latin Kings. Constantemente señalaba pandilleros y decía:

—Mírenlos. Son unos perdedores. Ustedes son mejores.

Quería lo mejor para ellos, así que se aseguró de que mantuvieran sus calificaciones, les enseñó a ser responsables y, cuando comenzaron a trabajar en McDonalds, les igualó la quincena hasta el último centavo.

Sin embargo, al igual que su padre, estaba lleno de contradicciones. Un día le pidió a Junior que sacara sus llaves de la cajuela del coche. Junior salió, volvió a entrar y dijo:

—Ahí no hay ninguna llave, Adrian.

A su hermano se le cayó la mandíbula, corrió afuera con Junior, abrió la cajuela y sacó diez kilos de cocaína.

—Aquí están, Junior —le dijo—. Que esto te sirva de lección. No sólo necesitas libros, también necesitas calle.

Adrian sinceramente quería mantener a Peter y a Junior fuera de la mierda, pero no lo logró: era cosa de familia. Cuando fue a la cárcel, ellos tenían diecisiete años y los había vuelto demasiado listos para la calle. La mayoría de los narcos trabajan por cuartos de kilo o por onza, pero el primer trato de Junior y Peter, a los diecisiete años, fue de treinta kilos. Ganaron su primer millón a los dieciocho. A los veinte, Junior estaba volando a Culiacán para negociar precios.

Sin embargo, en mi mente, lo pasado, pasado. Estábamos construyendo un futuro nuevo y Junior me estaba haciendo lo más feliz que había sido en mi vida. No estaba tan ocupado, así que sólo éramos él y yo, sin distracciones. Aunque pasáramos todo el tiempo juntos, yo quería más. Todo lo que quería era hacerle el amor, y cuando lo hacía, mi amor por él aumentaba.

Todo a mi alrededor era nuevo y emocionante. Cuando llegué, todo el pueblo estaba gozando de un festival de tres semanas al que le dicen la *feria*. Había peleas de gallos, carros alegóricos y bandas que nos seguían por todos lados tocando música. La gente festejaba todas las noches durante tres semanas seguidas, y si tu familia vivía en Estados Unidos, regresaba en avión para disfrutarla. Recuerdo haber pensado: *Puedo acostumbrarme a esto. Ahora éste es mi hogar y ésta es mi familia. No me importa que estemos en medio de la nada, aquí podemos tener una vida sencilla.*

Mia

Cuando dejé a Peter en el estacionamiento esa mañana de febrero de 2004, no tenía idea de que planeaba irse del país. En este momento no creo que ni siquiera él lo supiera. Pero cuando los agentes de la DEA irrumpieron en su casa, la de Junior y las de sus hermanas, se enteró de que él y Junior tenían oficialmente cargos en su contra. Huir era la única opción que le quedaba fuera de la cárcel.

En mi primera noche sola no hice nada. Sólo me quedé en mi enorme condominio

vacío, mirando el techo y pensando: *Nunca me había sentido tan sola. Podría hacerme ovillo y morir.* A la mañana siguiente, empaqué mis cosas y fui a casa de mis padres. Cuando mi mamá me vio en la puerta con cara de que me habían atropellado me dejó entrar y me abrazó.

—Nena, ¿qué pasa?

—Corté con Peter.

No le revelé por qué. No pude. Estaba demasiado asustada para contárselo.

Durante las siguientes dos semanas mi mamá se sentó unas cinco horas al día conmigo, tratando de consolarme. Cuando no me estaba mirando enfurruñarme, me estaba cocinando alguno de mis platillos preferidos. Por las noches se metía conmigo a la cama y no se iba hasta que me hubiera quedado dormida. Aunque mi madre sea la mujer más dura que conozca, su corazón se suavizaba conmigo. Durante esas dos semanas se volvió más que mi madre: comenzó a hablarme como amiga.

—Eres una mujer fuerte, hermosa e inteligente. Vas a salir de ésta.

—No sé si pueda.

Mi mamá seguramente pensaba que era una veinteañera dramática, pero honestamente yo sentía que el dolor y la preocupación iban a tragarme. Claro que tenía un hogar y una familia maravillosos y Peter me había dejado dinero para abrir el spa que habíamos comenzado a planear. Íbamos a manejarlo juntos, y ahora no sabía si podría hacerlo sin él. Me sentía total, completamente sola, y Peter podía estar muerto, hasta donde yo sabía.

El decimocuarto día por fin llamó.

—Peter, ¿dónde estás? ¿Estás bien? —estaba estupefacta.

—Mia, me salvaste la vida. Si hubiera estado en mi casa, los federales me habrían agarrado. Hubiera pasado el resto de mi vida en la cárcel. Gracias. No puedo decirte cuánto te agradezco.

—¿Pero dónde estás?

—Ya casi llego a México —se notaba que estaba conduciendo—. No puedo perderte otra vez, Mia. Te amo.

Lo que Peter no me dijo fue que oficialmente él y Junior ahora tenían cargos federales en su contra, así que se había arriesgado muchísimo al hablarme. Después de despedirse de mí, se fue a esconder a la bodega incompleta de un amigo. Mientras permaneció ahí, había estado preocupadísimo por que los federales tiraran la puerta a patadas o que alguien tratara de asaltarlo, pues el barrio era conocido por los allanamientos de morada. Cambió todos sus teléfonos, recogió quince millones de dólares de sus clientes en las calles y les pagó a sus proveedores por los cuatrocientos kilos que le decomisó la DEA en el almacén. Lo último que iba a hacer era dejar trabajo pendiente. Se compró una camioneta nuevita con placas de Indiana y cortó sus identificaciones en

pedacitos. Dos semanas después tomó la carretera para ir a la frontera en Laredo. Preocupado por que los federales hubieran intervenido sus teléfonos, no pudo llamarme de inmediato. Cambió de auto varias veces y miraba por el retrovisor cada treinta segundos para estar seguro de que nadie lo siguiera.

—Mia —dijo—, cuando llegue a México, tengo que quedarme ahí. No puedo regresar a Chicago.

Me quedé en silencio. No sólo creía que me estaba dejando para siempre: también me preocupaba que llegara a salvo a México. Era mi mejor amigo.

—Quiero que vengas —dijo—. Quiero hacer una vida contigo.

Estaba entre desconcertada y conmovida.

—Peter —dije—, te amo, pero mis papás no van a entenderlo.

Él fue firme.

—Te extraño y quiero estar contigo. Pero la única manera en la que podemos tener una relación es si estás conmigo, porque yo no puedo regresar.

Me sentí confundida. No podía imaginar dejar todo lo que conocía, pero tampoco podía imaginar dejar ir al hombre de mis sueños.

—Si no quieres hacerlo —continuó Peter—, lo entiendo. Aún puedes ir a la escuela. Todavía quiero que abras tu spa. Creo en ti y sé que puedes hacerlo.

Entonces se puso muy serio.

—Pero si quieres una relación conmigo, no te puedo dar eso desde aquí.

Al parecer la decisión era toda mía, y era pedirle mucho a una niña de veintidós años que acababa de pasar dos semanas hecha ovillo en el cuarto de su infancia. Si tenía que decidirme, lo haría.

Pero aún no.

Olivia

Aquel febrero, Junior y yo decidimos ir a Cancún para celebrar el Día de San Valentín. Adrian y Daniela también vinieron, y como el hermano de Daniela y su esposa estaban en el pueblo, dijimos:

—¿Qué rayos? Que sean vacaciones familiares.

Fui totalmente feliz allá. Me gustaba la libertad y me encantaba la vida tranquila que me daba México. Sólo estábamos yo, mi hombre, la playa y la familia, y nadie estaba mirando por encima de su hombro, preocupado por que alguien fuera a matarnos. Una noche, tenía una Margarita helada en la mano y estaba mirando el atardecer con Junior cuando sonó su teléfono. Era Peter.

Hasta puedo oírlo, pensé. “¿Cuándo vas a dejar tu luna de miel y comenzarás a trabajar?”

—Hola, Peter, ¿qué onda? —preguntó Junior.

Hubo una pausa larga, luego de la cual frunció la cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —grité.

Su mirada me daba escalofríos. Junior me hizo una seña de que me calmara; habló unos cinco minutos y colgó.

—Registraron la casa de Peter. También la mía y las de mis hermanas, todas al mismo pinche tiempo. Se llevaron todo: joyas, coches, todo. Los muy miserables hasta descolgaron las pinches teles de la pared. Si Peter no hubiera estado en casa de Mia, también se lo habrían llevado.

—Dios mío.

Me recosté en mi tumbona y comencé a sentir náuseas. No podía creer que mis sueños se aplastaran con una sola llamada de teléfono.

—Los federales tienen una orden de arresto contra nosotros y Peter está escondido. Va a venir acá cuando lo tenga todo arreglado y se le ocurra un plan. También tenemos que largarnos de Cancún: demasiada gente sabe que estamos aquí.

Nos paramos de un salto y me quedé ahí, con mi trago derretido en la mano. *Mi pinche vida está maldita*, pensé. Me había convencido de que habíamos escapado, de que podíamos empezar desde cero, lejos de todo el drama que me tenía tan cansada. ¿Pero a quién estaba engañando? Estaba en esa relación para largo. Junior era mi mundo —había renunciado a su vida en Chicago para hacerme feliz— y yo no podía olvidarlo, ni siquiera ahora, entre tanta mierda.

Cuando regresamos al hotel, Junior tomó el teléfono de inmediato y le pagó a alguien para que les hiciera dos pasaportes mexicanos a él y a Peter. Cuando eres fugitivo, necesitas una nueva identidad, y en México puedes comprar prácticamente todo. Junior y Peter se convirtieron en Joel y Omar.

Nos fuimos de Cancún a la mañana siguiente, esperando que Peter nos llamara pronto para que lo recogiéramos en la frontera. Pasamos el viaje al aeropuerto ensayando nuestra historia, por si nos detenían. Tampoco queríamos atraer la atención, así que nos vestimos de bajo perfil: colores mate, sin joyería elegante ni equipaje caro. De hecho, le regalamos nuestras maletas Louis Vuitton al botones del hotel. Quedó encantado y Junior también: disfrutaba hacer sonreír a la gente. Al acercarnos al control de seguridad en el aeropuerto, mi corazón se aceleró, pero pasamos.

Cuando nos subimos al avión, Junior pidió un trago, se volvió hacia mí y dijo:

—Mi hermano va de camino a la frontera y dice que está pensando lo mismo que yo.

—¿Qué? —le pregunté, aunque mi estómago estuviera hecho nudos porque ya sabía la respuesta.

—Ojalá que no nos agarren y nos metan a la cárcel el resto de nuestras vidas. Tenemos que llegar a San Juan.

Peter nos llamó unas semanas después y lo recogimos en la frontera. El camino de

vuelta fue de más de doce horas a través de la sierra, y tuve náuseas todo el tiempo, mirando por la ventana. No podría decir si fue por el largo viaje o por saber que Peter y Junior eran fugitivos, pero México ya no parecía un lugar tan pacífico. El hermoso paisaje ahora se veía seco. Las largas franjas desérticas solían ser bonitas y ahora se veían del asco. No dejaba de pensar: *Ahora que su hermano está aquí, no hay manera de que deje esta vida, aunque nos hayamos mudado acá para alejarnos de la mierda. Vamos a necesitar un milagro para que deje de traficar drogas si su cómplice está aquí. Cada vez que doy un paso en una nueva dirección para alejarme de esta locura, doy dos hacia atrás.*

Peter interrumpió mi ensoñación:

—Ésta es la primera vez en muchas semanas que no me siento aterrado —dijo—. Quiero que las cosas mejoren aún más, así que voy a conseguir que Mia se mude acá. Estoy enamorado de ella. Me salvó.

—Sigue tu corazón —dijo Junior—. Mereces ser feliz.

Yo recordaba haber visto a Mia en Chicago una sola vez. Era una chica brasileña bonita, rubia, de ojos verdes. Era pequeña y tenía buen cuerpo; hablaba suave y era linda. Era unos años más joven que yo y me daba cuenta de que era buena persona. Pero era distinta a mí. Yo nunca me había llevado con mujeres y ella era muy femenina. Muy tradicional. No es que eso sea malo, sólo que no era *yo*.

Si venía, ¿sería capaz de llevarme con alguien así? Más bien, ¿sería capaz ella de llevarse con alguien como yo?

Mia

Sinceramente, no sabía si mudarme a México, un país completamente nuevo. Mi vida nunca se había tratado de tomar decisiones, no porque fuera una seguidora ciega, sino porque creía que tenía la vida resuelta. Cualquier cosa fuera de mi limitado marco de referencia se sentía realmente extraña y aterradora.

¿Qué había para mí en México aparte de Peter? No tenía idea. Conocía a la mamá de Peter, Amilia, desde que tenía dieciséis años; él era maravilloso con ella. La llevaba a todos lados, hasta al cine o a comer con nosotros. Me caía bien. Era muy linda, tenía una sonrisa contagiosa y siempre le daba gusto estar con sus hijos. También conocía a su hermano Adrian, que era narco y tenía una flotilla de autos que siempre estaba enchulando. Siempre que pasaba por el autolavado uno de los coches de Adrian estaba al frente. Y, por supuesto, estaba Junior. Apenas si conocía a la novia de Junior. Nos habíamos visto una vez, y todo lo que recuerdo es que hablaba fuerte, tenía muchos diamantes y un cuerpazo. Era bonita, pero parecía salida de un video musical. Recuerdo haber pensado: *Esta chica ha vivido mucho. Si me mudara para allá y comenzara a pasar tiempo con ella, ¿me haría morder el polvo?*

Mi abuela Lola estaba muy enferma en ese entonces; entraba y salía del hospital. Era la mamá de mi mamá, que me había cuidado de bebé cuando mamá estaba trabajando y mi padre biológico nos dejó. Fui su primera nieta y siempre había sido su todo. Cuando era bebé, tenía unos ojos verdes enormes, así que me decía Corunjinha, que significa “buhíta” en portugués. Le encantaba jugar bingo, escuchar a Julio Iglesias y comer arroz con frijoles todos los días. No pasaba un día sin decirme:

—¡Estás muy flaca! ¡Come, come, come!

Me encantaba tocar sus manos suaves y arrugadas, y que nunca le diera vergüenza hablar inglés aunque tuviera un acento tan denso que nadie le entendiera.

No puedo dejarla, me decía. La quiero demasiado.

Pero cuando Peter me llamó unos días después para preguntarme qué quería hacer, lo primero que salió de mi boca fue “sí”. Ni siquiera lo dudé. Creo que es parte de ser joven. Una no piensa las cosas antes de actuar y, créanme, aunque haya dejado que las preguntas entraran a mi mente, no las pensé en serio. Sólo salté.

Mis padres fueron muy escépticos. Ésa es una forma amable de ponerlo: estaban en la incredulidad absoluta.

—Su familia tiene muchas propiedades allá —les dije— y van a desarrollar hogares en barrios privados.

—Esa familia trae problemas —dijo papá.

—Ya no —los defendí—. La gente cambia, papá.

Mamá no me creyó.

—¿Hace dos semanas prácticamente te daba de comer en la boca porque te había dejado y ahora te estás mudando a México con él?

Mi papá no dijo mucho después de eso. Sólo se veía deprimido. Su sueño siempre había sido que yo viviera en la casa de al lado cuando me casara, y hasta había hablado de construir una extensión de su casa para mí. Que me mudara a México definitivamente nunca había estado en sus planes.

Pero al final lo aceptaron. Supongo que confiaban en mí, que creían que yo debía saber qué era lo mejor para mí, porque hasta entonces nunca me había fallado.

—Llámanos cada vez que puedas —dijeron cuando comencé a empacar—. Y si te arrepientes, regrésate y ya.

Fui a ver a mi abuelita al hospital la noche antes de irme. No se veía muy bien: estaba flaca, ojerosa y con un aire de resignación, quizás de derrota, que nunca había visto en una mujer fuerte como ella. Me rompió el corazón.

—Abuelita —dije—, me voy a México mañana, pero vuelvo pronto para verte.

—Que te la pases bien —dijo y extendió hacia mí su mano arrugada—. Yo nunca voy a México, pero siempre quiero.

—Ay, abuelita —dijo con lágrimas en los ojos—. No te preocupes. Voy a llevarte allá.

No te preocupes, abuelita.

Nunca volví a verla. Me subí al avión al día siguiente y cuatro días después me hablaron para avisarme que había fallecido. Jamás salió del hospital, mucho menos llegó a México.

Olivia

Cuando Peter llegó a San Juan, estábamos juntos todo el tiempo, porque yo siempre me la pasaba con Junior. Ha de haber pensado que era una Yoko Ono metiéndose en su mundillo, porque comenzamos a pelearnos todo el tiempo.

—Mi hermano es muy buen tipo. ¿Por qué chingados eres tan controladora? —me gritaba.

—Tú me conociste cuando era la alfombra de K. ¡Ya no soy la misma chica! —disparaba de vuelta.

Había jurado nunca dejar que nadie me tratara como mierda otra vez. La gente te trata como tú los dejas que te traten, así que me sentía cómoda siendo tan fuerte como quisiera. Junior lo apreciaba y le encantaba la mujer segura en la que me había convertido. Me respetaba y necesitaba a su lado a alguien como yo.

Peter también, pensaba. Por el amor de Dios, por favor que esa dulce niña rubia llegue aquí pronto para que se me quite de encima y me deje en paz.

Mia

Fue un caos volar allá, pero en el instante en que el avión aterrizó en Guadalajara, me dije: *Aunque sea lo último que hagas, vas a ser feliz en este país nuevo con tu vida nueva y el hombre de tus sueños.*

Peter me recibió en la terminal con una docena de rosas y nos escapamos a Puerto Vallarta. Durante los primeros días, esperaba a que Peter se hubiera dormido y me echaba a llorar, porque extrañaba a mis papás y a mis hermanos. Me forzaba a detenerme, diciéndome: *Ésta es tu nueva vida. Acostúmbrate.*

Llamaba a mis papás casi todos los días, como había prometido, y mi papá decía:

—Nena, si no eres feliz, voy allá por ti.

Yo hacía una pausa y cogía fuerzas para que no se me quebrara la voz.

—Ay, papá. No seas tan sobreprotector. Estoy bien, no te preocupes por mí.

Pero no me sentía bien. Pasó otra semana y seguía sintiéndome culpable. Pero, gradualmente, un día a la vez, me puse contenta. Y de pronto estaba muy feliz. Lo más feliz que había estado en mi vida. Cuando nos instalamos en el pueblo de los papás de Peter, en San Juan, un mes después, me sentí como en casa.

Olivia

Mia era como una mariposa que hubiera salido de su capullo al llegar a San Juan. Cuando la vi por primera vez, pensé: *Wow. Eres tan dulce y gentil. Eres exactamente lo que Peter necesita. Ojalá que se le pegue un poco de esa dulzura.* Me causó muy buena impresión. Por fin tenía a otra mujer, aparte de Daniela y la mamá de Junior, con quien hablar cuando Junior estaba trabajando, y lo más importante, me quitó a Peter de encima. El tipo estaba *enamorado*. Tan enamorado que cuando le hacía de comer a Mia le cortaba los sándwiches en forma de corazón. Pensé que era el gesto más lindo y tierno que había visto en mi vida.

Mia

San Juan me hizo sentir que había un mundo más grande allá afuera y que yo estaba lista para enfrentarlo. Por la mañana me levantaba y el frutero local estaba a la puerta, preguntándome qué tipo de fruta me gustaría de desayuno. La escogía y la preparaba. Recuerdo haber pensado: *¡Wow, sé pedir algo, yo solita, en español!*

Como Peter siempre estaba tan estresado por el trabajo, me esforzaba lo más posible para sacarle el lado divertido. Le rogaba que me invitara un trago.

—Sólo contigo puedo pasar la noche de mi vida en un bar en medio de la nada —se reía.

Peter trataba de atender todas mis necesidades, todo el tiempo. Le interesaba mucho protegerme; sinceramente, creo que me habría metido en una burbujita de haber podido. Pero al mismo tiempo quería foguearme y volverme independiente.

—¿Por qué no conduces aquí? —me preguntó una vez.

Y, en efecto, reuní el valor necesario para ponerme al volante en esos caminos de locura.

Olivia

Junior y Peter se compraron un rancho cerca de la casa de sus padres y comenzamos a remodelarlo todos juntos. Estaba en la cima del cerro más alto a las afueras de San Juan, así que cuando una iba por la calle que atravesaba el pueblo, podía mirar hacia arriba y ver esa estructura enorme. Era una casa de diez cuartos y diez baños con una palapa enorme; parecía una villa. Hicimos una alberca volada que se extendía por el barranco, con fuentes que se parecían al Bellagio, en Las Vegas. Estaba todo iluminado con LED, para tener el efecto completo.

Estábamos tan arriba que, una vez, Junior y yo decidimos hacer el amor en la mera cima de la montaña. No creímos que alguien pudiera vernos, pero, claro, una pick-up llena de hombres pasó por ahí y comenzó a tocar el claxon mientras todos gritaban: “¡Sí!

¡Sí!” Me bajé de un salto de Junior y me pegué a él, los dos riéndonos más fuerte que nunca en nuestras vidas.

—Todo lo que vieron fue la luna llena y esas nalgotas tuyas —dijo.

Me avergoncé mucho porque todos en el pueblo sabían de quién eran las nalgotas.

Mia

Junior y Peter construyeron una cancha de basquetbol en la que jugaban todas las noches. Luego erigieron un pequeño zoológico, con animales exóticos como avestruces, monos, tucanes y otras aves. Hasta consiguieron un tigre bebé. En México, eso era normal si una tenía dinero. En la casa teníamos un mastín azul, llamado Kilo. Era enorme y parecía un luchador de sumo viejo y arrugado. Cada vez que Olivia y yo entrábamos a la casa y lo veíamos tirado ahí, nos asustaba cabrón.

A Peter le gustaban tanto los caballos que construyó diez establos y los llenó. Se compraba un caballo nuevo cada semana, unos purasangre hermosos. Los fines de semana viajábamos a otros ranchos para elegirlos. Un entrenador los ejercitaba todos los días y les hacía de comer desde cero. Picaba zanahorias a la perfección y las licuaba con avena y vitaminas para que estuvieran listos para las carreras.

Cuando los caballos no estaban compitiendo, los montábamos por la sierra. Una noche, Peter y yo nos sentamos frente a los establos para verlos dormir. Agarramos una cobija y una botella de tequila, nos sentamos bajo las estrellas y los miramos durante horas.

Olivia

La propiedad era tan grande que teníamos senderos que la cruzaban, así que cuando los caballos no los estaban usando, nos subíamos a nuestras cuatrimotos.

La gente nos decía los Power Rangers, porque cuando paseábamos así, traíamos cascos grandes con lentes negros que nos cubrían los ojos, y cada uno usaba un traje de un color diferente. ¡Igual que los Power Rangers! Junior iba de negro; Mia, de rosa; Peter, de verde; yo, de rojo; Daniela, de azul, y Adrian, de dorado, por supuesto. Nos poníamos los trajes, bajábamos del cerro, conducíamos kilómetros y kilómetros a algún pueblo cercano al azar y, cuando pedíamos de comer, la gente se nos quedaba viendo como si fuéramos de otro planeta.

Mia

Muy pocas veces no estábamos todos juntos: los papás de Peter, Olivia y Junior, Adrian y Daniela, Peter y yo. Éramos una gran familia feliz. Había tan poco que hacer en ese

pueblo, que algunas noches nos íbamos a la plaza con mis suegros y platicábamos con todo el mundo. La gente siempre acababa en largas discusiones con Peter, quien se sentaba horas en la plaza y dejaba que los viejos del pueblo le contaran historias. Le encantaba.

También había familia de visita, siempre. Sus hermanas se quedaban todo el verano, y Xavier, Samantha y Sasha iban cada vez que tenían vacaciones, incluyendo el verano entero.

Un mes después de que llegara a San Juan, un pariente llevó de visita a la hija de Peter, Sofía. Estaba a punto de cumplir un año, y Peter me había pedido que lo ayudara a sorprenderla con una gran fiesta de cumpleaños. Yo no la conocía, y de hecho estaba un poco aterrada, aunque fuera muy niñera. Criar y cuidar niños se había vuelto parte de mi naturaleza. De todos modos, recuerdo haber pensado: *Tengo que demostrar que puedo. Quizá esta niñita sea mi hijastra algún día.*

Quería que todo fuera perfecto, así que le mandé a hacer un vestido y planeé cada detallito con semanas de anticipación. Podría haber estado planeando una boda, de lo estresada que me sentía. Cuando la recogimos, pensé que era una niñita perfecta. Le sonreí, la abracé y dije:

—¡Encantada de conocerte!

Se me quedó viendo y se acurrucó en los brazos de su papá. Después de eso llegó de visita cada tantos meses, y yo lo dejaba todo por ella. Pintábamos con los dedos mientras Peter trabajaba, o la dejaba salir gateando a ver a los caballos. Siempre estaba buscando su aprobación, y se convirtió en mi prioridad cuando estaba con nosotros.

Olivia

Afuera de nuestras cuatro paredes había un mundo diferente. San Juan no era precisamente el lugar más próspero en el que había estado. La mayoría de la gente de la generación del papá de Junior había ayudado a sus padres a cultivar caña de azúcar y guayaba, pero la disminución del manto freático en los años ochenta y noventa hizo que los campesinos reemplazaran esos cultivos con agave, que daba mucho menos ingresos.

En México no había clase media. Eso significaba que estábamos nosotros, los ricos capos de la droga en la montaña, y ellos, la gente pobre del pueblo.

Eso no provocaba envidias. Si acaso, Peter y Junior eran como la realeza, porque mantenían al pueblo en marcha. Contrataban gente para pasear a sus caballos, cocinar, limpiar, cuidar los terrenos, encerar sus coches, limpiar su alberca y hasta cuidar a los monos y al tigre bebé. Esa gente *necesitaba* esos trabajos, y ganaba buen dinero por ellos. En el resto de México, quizás uno ganara ciento veinte dólares a la semana. Junior y Peter les daban el cuádruple.

Tenían una cuenta abierta en la farmacia para la gente a la que no le alcanzara para

sus medicinas. También poseían una línea de crédito en la mueblería local, por si alguien necesitaba una cama nueva o una cuna para su nuevo bebé. Daban regalos a los niños pobres en Navidad y ofrecían comida a los viejos. Había una niña hermosa en el pueblo que necesitaba cirugía. Le pagaron su operación en Estados Unidos, al igual que los boletos de avión de su familia y la cuenta del hotel mientras estuvo en el hospital.

Esa generosidad no pasó inadvertida, y a veces se las tomaban a mal. No hay fábricas en San Juan, así que los empleos de manufactura no existen. La mayoría de los hombres se va a Estados Unidos en busca de trabajo, así que el pueblo es sesenta por ciento femenino. A veces, las madres y los padres subían caminando al rancho, tocaban a la puerta y decían:

—Por favor, cásese con mi hija.

Y entonces les presentaban a sus hijas a Junior y a Peter, ahí en nuestra puerta. Esas niñas apenas eran adolescentes, todas tenían quince o dieciséis años.

Mia

Las diferencias eran aún más marcadas cuando sus mayoristas y sus mensajeros llegaban al pueblo.

Peter y Junior habían instalado sus operaciones en México cuando el primero cruzó la frontera. En San Juan estaban más cerca de la fuente de las drogas que habían estado traficando, y por eso estaban creciendo. Pero como no podían estar en el terreno en Estados Unidos, usaban Google Earth para elegir nuevas ubicaciones de bodegas y luego enlistaban a su legión de hombres y mujeres en Chicago, y en todo el Medio Oeste, para que fueran sus ojos y sus oídos. Necesitaban verlos con frecuencia, así que los llevaban en avión a México.

Muchos de sus mayoristas eran negros y viajaban con sus novias. La gente del pueblo se les quedaba viendo, con la boca abierta y los ojos tras ellos cuando cruzaban las calles. La mayoría nunca había visto a un negro en su vida.

Yo sólo lo apprehendí todo y no pregunté nada. No creía que fuera de mi incumbencia y, francamente, no me importaba. Todo lo que sabía era que me estaba convirtiendo en alguien distinto en San Juan. Veía un mundo que no conocía. Me encantaba ir a los puestos y ordenar cosas de las que nunca había oído, estaba ansiosa por visitar un rancho de caballos nuevo cada fin de semana, y, lo más importante, me sentía completamente enamorada de Peter, y él se sentía igual respecto de mí. Se me olvidaron todos en casa. *¡Nadie nos puede tocar aquí en México!*, pensaba. Desafortunadamente, estaba muy equivocada.

Guadalajara

Olivia

No pasaba un año sin que Peter y Junior hicieran algo grande de cumpleaños. Para sus veintitrés, el 12 de junio de 2004, rentaron cien habitaciones en Puerto Vallarta durante unos días, y sus mayoristas, mensajeros, trabajadores, amigos y familia llegaron de Chicago, Atlanta, Los Ángeles y Nueva York. Algunos llevaron a sus esposas o a sus novias, y otros, a sus queridas.

De día nos apropiábamos de la alberca del hotel y hacíamos una fiesta enorme, y por la noche rentábamos Mikado, que era el Benihana de Vallarta. La fiesta del mero día fue en el Nikki Beach Club, justo en el agua, y fue un evento privado. Todos vestían de lino blanco, completamente enojados. Estaba hermosamente decorado con rosas blancas, velas blancas, flores blancas que cubrían las palapas y botellas de Cristal en cada mesa. La atmósfera quitaba el aliento. Había casi doscientas personas; hasta el famoso cantante de rancheras Alejandro Fernández estaba en la playa.

La estábamos pasando de lujo, bailando y bebiendo, sin preocupaciones. Sentí como si nunca nos hubiéramos ido de Chicago, aunque aquí no teníamos que preocuparnos por que los federales nos tomaran fotos. Ése era el lujo de vivir en México: una podía disfrutar las cosas y pasar inadvertida. Estaba tirada en nuestra palapa privada bebiendo Cristal, aspirando todo, cuando oí la voz de Junior por el altavoz:

—Disculpen, disculpen...

Sostenía el micrófono con una sonrisota en los labios. Le encantaba hacer que la gente se sintiera bienvenida y siempre quería compartir su felicidad con todos.

—Gracias por venir a celebrar con Peter y conmigo. Me da mucho gusto verlos a todos. Si me pueden dar su atención un momento, me gustaría pedir a mi hermosa novia que suba al estrado conmigo.

No me importaba ser el foco de los reflectores, pero en esa ocasión había algo distinto. El DJ que trajimos de Nueva York había bajado el volumen de la música cuando se paró Junior, pero de pronto la cortó por completo. Me quedé ahí sentada con mi ajustado vestido blanco, sosteniendo una copa de Cristal, con todas las miradas encima de mi persona. Dejé mi trago y me subí al estrado, sin darme cuenta de lo que pasaba.

Junior hizo una pausa.

—Olivia, eres el amor de mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Se hincó, pero yo todavía no tenía idea de lo que estaba pasando; estaba ahí parada, estupefacta.

—¿Te casarías conmigo?

—Dios mío.

Sacó una piedra gigantesca. Quizás de diez quilates, como para darte un infarto.

—¿Olivia? ¿Nena? ¿Eso es un sí?

Obviamente, no era la primera vez que me proponían matrimonio, así que debía haber estado acostumbrada, pero en realidad no lo estaba. Ahí, parada en el estrado, el mundo se detuvo con un chirrido cuando el DJ dejó de tocar. Sentí que me habían puesto en un pedestal; me sentí la mujer más especial de la Tierra.

—¡Sí! ¡Sí!

Comencé a verter lágrimas de felicidad y salté y abracé y besé a Junior. Todos comenzaron a aplaudir cuando me apretó de vuelta. Pensé: *No estoy soñando. Por fin seremos felices para siempre.*

Cuando los invitados se fueron a sus casas y todo se calmó, comencé a pensar en serio en la boda. Decidí que, como no era la primera vez que caminaba hacia el altar, permanecería comprometida por lo menos un año, para estar segura de que estuviéramos listos. Era el primer matrimonio de Junior, así que también quería asegurarme de que fuera lo que de verdad él quería. Además, sabía que él necesitaba tiempo para cambiar de vida y teníamos que decidir dónde vivir. San Juan era lindo, pero necesitábamos estar con más gente además de la familia de Junior y encontrar un lugar en el que pudiéramos construir un futuro para la nuestra.

Comenzamos a buscar casas en Guadalajara casi de inmediato.

Habíamos pasado mucho tiempo en Guadalajara. Con más de cuatro millones de habitantes, es la segunda ciudad más grande de México: tiene seis universidades, una escena artística inmensa y un centro industrial de cuello blanco con compañías como IBM, Intel y General Electric. La cultura se sentía europea, no latinoamericana, y era básicamente todo lo que San Juan no representaba. Yo estaba asombrada con su arquitectura y su belleza. Era muy desarrollada y limpia; me sentía de vuelta en Estados Unidos. Nunca habría adivinado que no era completamente honesta.

A finales de los años setenta, el ejército corrió a los traficantes de Sinaloa, quienes decidieron mudarse allá. Formaron el Cártel de Guadalajara, aplastado en 1985. Pero dada la ubicación de la ciudad —cerca de las rutas de las drogas y de los puertos del Pacífico—, muchos capos se quedaron. Se reagruparon, se unieron a cárteles nuevos o formaron los propios, y florecieron. Hoy en día, Guadalajara es la capital mexicana del lavado de dinero.

Ahora que estábamos en la clandestinidad, no resaltaríamos como moretones; de hecho, nuestros vecinos eran doctores, abogados y capos, todos viviendo en armonía. En Guadalajara, muchos narcos van a la universidad en Estados Unidos, así que están bien educados y son muy corteses. Parece como si acabaran de salir de Barneys, vestidos con Armani y Gucci. No era como en Chicago, donde una podía identificar a un narco a

kilómetros de distancia por sus cadenas de oro cegadoras y los rines tocados de sus autos.

—Escoge la casa que quieras —dijo Junior, y me fui a la ciudad.

Elegimos una parte linda de la ciudad llamada Zapopan, donde encontramos una casa impresionante. Tenía un acceso empedrado, así que, aunque estuviéramos en México, cuando una se acercaba a la propiedad, se sentía en Miami. La puerta era gigantesca, pero no le puse atención porque no podía quitarle los ojos de encima a la escalera. Era inmensa, al estilo de *Lo que el viento se llevó*, pero moderna. El baño principal se parecía al spa al que Junior y yo íbamos los fines de semana. Recuerdo haber pensado: *Nunca voy a tener que volver a pagar por un día en el spa*. No pude encontrar un solo detalle que quisiera cambiar, aparte de ponerle color a las paredes, pero de todos modos hice que alguien cruzara la frontera con muebles, cojines y sábanas de Restoration Hardware y Neiman Marcus, porque quería que se sintiera como si siguiéramos en Chicago.

Junior y yo tuvimos sexo en todos los cuartos de esa casa, varias veces al día. No me importaba que pasáramos todo el tiempo solos. Él era todo lo que necesitaba.

La buena fortuna de Junior y Peter también se me ha de haber pegado, porque mi carrera de productora despegó. Estar casada con *K* me abrió muchas puertas en el mundo del *hip-hop*, y Junior me ayudó a mantener esas relaciones. No tardé en establecer un contrato de un millón de dólares con Universal Records, cuando las disqueras no acostumbraban pagar tanto dinero. *Este millón es mío, pensé, dinero real, legal. Éste es nuestro boleto ganador. Si todo se viene abajo, ésta será nuestra salida.*

Aquel primer año en nuestra casa nueva construimos buenas relaciones con Cool & Dre y Scott Storch y comenzamos a grabar un disco. Empecé a pasar más tiempo en Los Ángeles, Miami y Nueva York, trabajando con productores de primera como Kanye West, Swizz Beatz y Trackmasters. Siempre pasaba por Chicago para ver a Xavier, a quien le estaba yendo tan bien en la prepa que habíamos decidido que sería más feliz si se quedara en Estados Unidos. Si no tenía clases, me lo llevaba conmigo, porque le emocionaba conocer a raperos como Rick Ross, Akon y Pusha T; se quedaba completamente asombrado.

Yo viajaba sin parar y Junior y yo nos extrañábamos mucho. Yo sentía que estaba haciendo mi parte para construir un gran futuro para nuestra familia. Hablábamos día y noche por Skype y teníamos sexo por teléfono para mantenernos cercanos. Lo amaba aún más porque me apoyaba en mi trabajo y en mis sueños: me ayudaba a crecer y creía en mí.

—Me excita muchísimo lo fuerte, lista y sabia que eres. Estoy con una mujer de verdad. Por eso caí a tus pies.

En casa, todavía cuidaba de mi hombre. Me encantaba servirle de comer, organizar

su clóset por colores y dejarle la ropa interior, calcetines, ropa y joyas sobre la cama. Estaba decidida a ser una buena esposa y no podía esperar a la boda para que fuera aún más real.

Él estaba construyendo su vida, y yo también. Más que eso, al estar en un lugar nuevo, lejos de todos, sentí que Junior estaba comenzando a cambiar. Parecía estar entendiendo mi forma de ver las cosas, querer algo distinto, no seguir en el narcotráfico. Aun así, tomaría tiempo. Mientras tanto, disfrutaríamos nuestra vida juntos en Guadalajara.

Pero sí que extrañábamos a Mia y a Peter.

Mia

Entendí por qué decidieron mudarse Olivia y Junior. Todos los días en San Juan eran como una cita romántica, y estar ahí ayudó a que floreciera mi relación, pero era un simple pueblito. Una tenía que salir de ahí para sentir que estaba en algún lado. Peter y yo dedicábamos todo nuestro dinero y nuestro tiempo libre a los caballos, que eran nuestro mundo, pero después de un rato, también eso nos hizo sentir solitarios.

Visitamos a Junior y a Olivia justo cuando acababan de mudarse a su casa de Guadalajara, y nos encantó. Era muy cómoda, muy acogedora. Olivia y yo nos sentábamos adentro a chismear durante horas mientras Junior y Peter se metían a otro cuarto a tener juntas o a hablar de negocios.

Yo no lo sabía, pero esa parte de sus vidas estaba echando raíces en México.

Olivia

Radical en Guadalajara iba a llevar el negocio de Peter y Junior al siguiente nivel. Junior era un tipo muy agradable: siempre se estaba riendo y bromeando, y era tan positivo que la gente le agarraba cariño rápidamente. En México, los hombres no solían llevar a todos lados a sus esposas, pero como yo siempre estaba ahí a su lado, se acostumbraron a mi presencia. Cuando Junior comenzó a hacer contactos, conocía a gente nueva todos los días. Y cuando hacía un contacto, éste lo llevaba a otro. En serio, los contactos que hizo allá les dieron a ganar millones a Junior y a Peter.

En la ciudad es normal que los narcos se junten con empresarios legítimos. Los narcos están bien educados y son respetables, así que no es tan grave que un tipo normal se lleve con uno. Pasa todo el tiempo. De hecho, cuando compramos nuestra casa, el arquitecto que nos ayudaba a hacer el trato se llevó aparte a Junior.

—Ey, quiero presentarte a alguien. Se llama Wedo y tiene mucho en común contigo. Está de visita de Los Ángeles, así que los voy a poner en contacto.

No hubo guiños ni asentimientos: se sobreentendía que Wedo estaba en el negocio,

igual que Junior. Mi esposo conoció a Wedo unas semanas después y fue cierto: fue crucial para que Junior y Peter instalaran su narcorruta por Los Ángeles.

Luego Junior conoció a un hombre llamado *el Cuate*, que tenía una enorme mansión como la de *Cara cortada*. Todo estaba cubierto de terciopelo rojo y de molduras de oro, y cuando nos invitó a cenar nos sirvió en una vajilla Versace. Había tantos ángeles que habría jurado que estaba en la iglesia. Creía que yo era estridente, pero ese tipo exageraba.

En otra ocasión, Junior y yo estábamos comiendo costillitas en Tony Roma's. Él fue al baño, desapareció una eternidad y volvió con un tipo. Me lo presentó, dijo que se llamaba Sobrino, y después de cruzar unas palabras, su nuevo amigo regresó a su mesa.

—Qué, ¿adoptaste a un desconocido en el baño? —bromeé—. ¿Qué rayos fue eso?

—Traía una gorra de los Cubs, así que empezamos a platicar. Tenemos mucho en común. Le pagué la cuenta.

Comencé a pensar. *Mucho en común. Ya oí eso antes. Cielos, toda la ciudad está conectada.* El mundo del narcotráfico es minúsculo: conoces a alguien en el baño y más pronto que tarde estás traficando millones de dólares en drogas.

Mia

Peter estaba en Guadalajara todo el tiempo, o al teléfono; pero, de hecho, estar con su hermano era algo que necesitaba de verdad, personal y profesionalmente. Yo extrañaba mucho a Junior y a Olivia, y comencé a preguntarme si no deberíamos mudarnos a Guadalajara también.

—Por favor, Peter —le decía—. Necesito estar en una ciudad otra vez. Los dos nos morimos de nostalgia aquí.

—Por supuesto. Lo que sea para ti.

Fiel a su costumbre, sólo quería hacerme feliz, y aunque disfrutara la vida pacífica, comenzamos a buscar casas aquel invierno. Nunca encontramos nada que nos deslumbrara. Pero un día Peter se me acercó con una sonrisota brillante en los labios.

—¿Y si compramos el lote frente a la casa de mi hermano? Podemos construir nuestro propio hogar.

Ni siquiera me detuve a pensarlo.

—¿En serio? ¡Okey!

En ese entonces, Peter y yo estábamos completamente obsesionados con la casa de Jessica Simpson en el *reality show* que tenía con su esposo en turno, Nick Lachey. Me parecía perfecta: sencilla y acogedora. Grabamos todos los episodios y los vimos una y otra vez, anotando todos los detalles que nos encantaban de esa casa. Cuando comenzamos a diseñarla y a construirla, Peter me dejó tomar el control. Quería darme el hogar perfecto.

Iba a tomar un rato construirla según nuestras especificaciones, así que, mientras esperábamos, compramos una casa incompleta justo detrás de la de Junior y Liv. Hasta tiramos el muro que separaba las dos propiedades y decidimos construir una alberca y un *jacuzzi* inmensos entre las dos. Cuando los planos estuvieron terminados, parecía el refugio definitivo, y lo mejor de todo era que por fin íbamos a estar todos juntos.

Peter y yo extrañábamos todo de Estados Unidos. Soñábamos tanto con la comida estadounidense, que buscamos y buscamos hasta encontrar una tienda que vendiera papas Lay's y dulces que sólo pudieran conseguirse en Estados Unidos. Nos llevábamos bolsas de comida al cuarto, nos acurrucábamos en la cama y hacíamos noche de películas. Nos encantaba México, pero no era nuestro hogar, así que cuando compramos el lote y comenzamos a hacer planes para la casa, decidimos tener un cuarto secreto sólo para nosotros. Sería un lugar en el que pudiéramos alejarnos de todo y sentir como si estuviéramos a miles de kilómetros de nuestra vida real. Estaríamos libres de juntas y llamadas y trabajadores que llegaban a la ciudad, y podríamos hacer el amor, platicar toda la noche y perdernos el uno en el otro. En ese cuarto nunca estaríamos solos. Siempre nos sentiríamos seguros.

Desafortunadamente, nunca logramos disfrutarlo. Ni siquiera pusimos un pie en ese cuarto, porque tuvimos que renunciar a la casa antes de mudarnos.

La máxima traición

Mia

En abril de 2005 Peter y yo por fin terminamos de construir nuestra casa nueva y esperábamos que llegaran los muebles. Estábamos emocionados, nerviosos e impacientes, y pasábamos prácticamente todo el tiempo en casa de Junior y Olivia. Ella y yo platicábamos toda la noche, quejándonos de cosas tontas como la construcción o las sirvientas, mientras los chicos se sentaban en el cuarto de al lado y tomaban grandes decisiones haciendo planes para su negocio. Recuerdo que pensé: *Se siente tan bien estar con ellos. Son iguales a nosotros. Pueden identificarse con todo lo que estamos pasando.*

Olivia

Teníamos todo en común, excepto una cosa: acababa de descubrir que estaba embarazada; iba a dar a luz a finales de año.

Mia

Peter y yo estábamos muy contentos por Olivia y Junior. Cada vez que venía de visita Xavier o las niñas de Junior, estaba claro como el agua que estaban destinados a ser una familia. Tener un bebé sólo iba a acercarlos más. Iba a acercarnos más a *todos*.

Olivia

Tenía una pancita de embarazada y recuerdo que así corría por la casa y por toda la ciudad tratando de hacer que Peter y Mia se sintieran a gusto. Estábamos muy contentos por estar juntos otra vez. Y yo me sentía en las nubes porque iba a tener el bebé de Junior. Apenas había pasado un año desde que salimos de San Juan, pero para unos gemelos tan cercanos como Peter y Junior ese tiempo era una eternidad.

Pensé que ésa era la mejor época de nuestras vidas, llena de esperanzas y con un nuevo bebé. ¿Cómo iba a adivinar que me equivocaba? ¿Cómo lo habría adivinado cualquiera?

Mia

Sergio Gomez era el último en quien pensábamos. Claro que el secuestro de Peter seguía acechándolo, pero siempre lo haría. Los malos recuerdos eran parte de su vida. Y Sergio

no era una amenaza presente. Más bien era como una pesadilla que sabías que volvería para mantenerte despierto toda la noche, pero que no te iba a matar.

Olivia

A mediados de diciembre de 2004 estábamos todos sentados en mi casa cuando sonó el teléfono de Peter. Ha de haber estado en la línea unos cinco minutos, con cara de enojado todo el tiempo.

—Sergio volvió a las andadas —dijo después de colgar—. Secuestró a uno de nuestros mensajeros y saqueó un par de casas de seguridad.

—¿A quién? ¿Y cuánto? —gritó Junior.

—A Jerry. Sergio lo agarró y consiguió doscientos noventa kilos y cuatrocientos mil dólares.

Mia

¿Jerry?, pensé, confundida. El único Jerry que conocía era el peluquero de Chicago que siempre le había cortado el pelo a mi hermanito.

Peter debió de haber visto mi expresión, porque comenzó a hablar:

—Jerry es uno de nuestros mensajeros. Lo conoces. Trabajaba en Millenium Cuts. Era uno de los mejores ahí.

Claro, pensé. Junior y Peter confiaban en él; era alguien cercano. Pensar que lo habían secuestrado me daba náuseas.

—¿Está bien Jerry? —preguntó Olivia.

—Sí —dijo Peter—. Sergio lo soltó. Pero no sabemos dónde esté.

Olivia

Doscientos noventa kilos eran más de seis millones de dólares. Súmale los otros cuatrocientos mil y casi suman siete millones. Sergio se había robado un chingo de dinero. Para empeorar las cosas, descubrimos que Jerry había estado tan aterrado cuando lo soltó Sergio que se había robado seiscientos mil dólares y huyó a Puerto Rico. Y no olvidemos los tres millones que se ganó Sergio con el secuestro de Peter. En total, eran más de diez millones de dólares tirados al caño por su culpa.

Mia

Después nos enteramos de la horrible historia de lo que le había pasado a Jerry. Cuando Sergio y su equipo lo agarraron, lo golpearon hasta que casi perdió el sentido, lo

amarraron y comenzaron a registrar su casa.

—¿Dónde están los controles? —le exigieron, refiriéndose a los controles remotos de los garajes de las bodegas.

Jerry estaba tan golpeado que no pudo recordarlo. Entonces, Sergio y los policías destrozaron su casa, encontraron lo que buscaban y arrastraron al pobre de Jerry a una camioneta con vidrios polarizados.

Olivia

Los puercos llevaban meses vigilándolo, así que ya sabían dónde estaban las otras bodegas. Dieron de vueltas por el vecindario, oprimiendo los controles una y otra vez, con la esperanza de que se abriera una puerta. Por fin se abrió una. Cuando otro mensajero salió a ver qué pasaba, Sergio y los policías también lo secuestraron.

Con Jerry y el otro mensajero atados en la parte trasera de la camioneta, siguieron conduciendo, apretando el botón del control remoto hasta que encontraron una tercera bodega y se robaron todo.

Mia

Sinceramente, a Junior y a Peter les molestó más perder las tres casas de seguridad que todas las drogas y el dinero. Era más fácil y les costaría menos tiempo recuperar el dinero que conseguir casas, autos y trabajadores nuevos.

—Vamos a tener que reestructurar —dijo Peter—. Saben demasiado.

Movieron cien kilos a una bodega de emergencia. Desafortunadamente, el tipo que la administraba tampoco era confiable. Creíamos que era nuestro amigo, pero fingió un allanamiento de morada y se llevó todo.

Olivia

Cuando pierdes doce millones de dólares no puedes sólo ignorarlo. Peter y Junior habían comprado las drogas a crédito a los cárteles, y tenían que pagarles. Ningún capo les iba a tener lástima. Más bien dirían:

—Qué duro. Qué pena que te hayan robado, pero todavía nos debes dinero.

Durante los meses siguientes, Peter y Junior estuvieron muy estresados. Sergio seguía allá afuera y no estaban seguros de qué tanto sabía. Así que tuvieron que reconstruir desde cero. Yo me despertaba a medianoche y veía a Junior levantado, dando vueltas por su oficina, sin dejar de hablar por teléfono. De día, él y Peter se sentaban juntos afuera durante horas, aún al teléfono. Cuando no estaban en la línea, tenían juntas o paseaban por nuestros patios interconectados, hablando. Siempre estaban de acuerdo; era como si

compartieran dos mitades del mismo cerebro, alojadas en dos cuerpos idénticos.

—Nuestra máquina está en marcha y estamos pagando nuestra deuda —me dijo Junior una noche durante la cena—. Todavía no lo logramos, pero estamos cerca de hacerlo.

—Ya lo sé, sólo me preocupa.

Acababa de iniciar mi embarazo y lo último que necesitaba era estresarme. Junior también lo sabía.

—No te preocupes, Liv. Las pérdidas son parte del negocio.

Así era Junior: siempre positivo y protegiéndome del estrés.

Mia

Pablo, a quien todos llamábamos *Tío Pablo*, era el que recolectaba sus pagos y se los entregaba a los cárteles. Era un hombre mayor, de casi setenta años de edad que vivía cerca de San Juan, pero había pasado mucho tiempo en Chicago. No sólo era un colega; prácticamente era de la familia.

Olivia

Conocí a Pablo cuando apenas empezaba a andar con Junior. Siempre estaba con nosotros, saliendo al antro o a las grandes cenas privadas que teníamos. Hasta nos lo llevamos a él y a su hijo Tony a ver una pelea a Las Vegas, aquella vez en que Junior rentó varios pisos del Mandalay Bay.

Yo tenía la idea de que era tío de Peter y Junior, pero no era así. Más bien era su proveedor, lo que explicaba que fueran inseparables. Era una de sus principales conexiones con los cárteles, porque les conseguía las drogas. Peter y Junior aceptaban los cargamentos en su almacén, hacían que sus trabajadores descargaran tres o cuatro kilos, los distribuyeran a sus mayoristas, recolectaran el dinero, lo contaran, lo empacaran, lo sellaran al vacío y se lo entregaran a Pablo. Los cárteles vendían a crédito y Pablo era el responsable de pagarles.

Mia

Conocí a Pablo cuando Peter y yo comenzamos a salir. Cuando venía a Estados Unidos se quedaba con Peter. Era como un abuelito e iba *a todos lados* con él. Recuerdo que una vez fuimos al cine y *el Tío Pablo* nos acompañó.

Al principio yo pensaba que su relación era muy extraña. Pablo dependía por completo de Peter, pero él simplemente lo aceptaba. Una vez que dormí en casa de Peter, Pablo estaba en la ciudad y, por supuesto, se quedaba con él. Estábamos tirados

en la cama y Peter lo oyó en el pasillo; seguramente Pablo se acababa de levantar.

—¿Estás bien? —le gritó—. ¿Qué quieres de desayuno? ¿Te tomaste tu medicina?

¿Así se trata esta gente?, pensé. El estereotipo era que en el narco las personas sólo veían por sí mismas, pero Peter de verdad parecía querer cuidar de ese hombre.

Cuando fui a México por primera vez, íbamos a visitarlo todo el tiempo. Fue muy agradable ver una cara familiar, y yo también comencé a sentir que era parte de la familia. Le caía muy bien. Cenábamos en su casa y nos quedábamos horas platicando y riéndonos con sus hijas. Pensé: *Okey, esto está muy bien. Puedo acostumbrarme.* Me estaba volviendo íntima de la familia de Peter, y ahora de sus socios. *Todos están ganando dinero juntos y son felices, y todo va de maravilla.*

Por eso lo que Pablo le hizo a Peter fue una gran traición. Confiábamos en él. La palabra mágica en ese juego es la confianza. Pero te vuelves cercano a alguien y crees en él y de pronto te enteras de que no lo merecía en lo absoluto.

Olivia

En algún momento de aquel abril, cuando Junior y Peter seguían pagándole su deuda al *Tío Pablo*, nos invitó a cenar a todos a su casa. Pablo vivía a unos cuarenta minutos de la casa de quienes a la postre serían mis suegros, así que teníamos planeado pasar la noche en San Juan con ellos. La esposa de Pablo había hecho una cena deliciosa y todos la estábamos pasando bien, riéndonos y poniéndonos al corriente. Se habló de negocios, pero no fue causa de preocupación. Todos sabían que Peter y Junior pagaban sus deudas. Por eso se me hizo tan extraño que de pronto Pablo se pusiera serio y comenzara a hablar.

—Quiero proponerles algo —dijo.

Junior estaba tan confundido como yo.

—¿Es por la deuda?

—Más o menos. Escúchenme.

Se sentó derecho.

—He sido bueno con ustedes durante muchos años y a ustedes les está yendo muy bien. Toma una vida lograr lo que les tomó a ustedes menos de un año. Me deben mucho.

Hizo una pausa y comenzó a mostrarse molesto.

—¿Su lealtad debería estar conmigo y así es como me pagan?

Junior se quedó paralizado como una piedra.

—¿A que te refieres, *Tío*?

—Aunque hayan estado pagando su deuda, el negocio que tienen instalado en Chicago vale más que su dinero para mí. Ahora están en mi país, así que yo pondré las reglas. Voy a hacerme cargo de su negocio y ustedes pueden trabajar para mí.

Pete se veía furioso.

—¿Disculpa?

Y añadió en español:

—A mí no me mandas.

—Pueden escriturar sus bodegas a mi nombre y hacerles saber a sus empleados que el jefe soy yo —dijo Pablo—. Todavía van a tener puestos importantes, por supuesto. Responsabilidades importantes.

Junior y Peter voltearon a verse como si *el Tío Pablo* se hubiera vuelto loco, que era la pinche verdad. Le habían dedicado sangre, sudor y lágrimas a su negocio y nadie iba a quitárselos. Junior estrelló los puños contra la mesa.

—Te puedes ir al diablo, Pablo. Hemos trabajado mucho tiempo y muy duro para que vengas a dictarnos qué hacer y qué no hacer. Construimos esto desde cero sin ti. Es nuestro negocio. Nosotros lo armamos, no tú.

Al mismo tiempo, Junior y Peter echaron atrás sus sillas y nos hicieron seña de que nos levantáramos. Ni siquiera terminamos de cenar. Sólo le dimos las gracias a la esposa de Pablo y nos fuimos.

Mia

Quizá debimos haber sabido que algo en Pablo cambió cuando vio a Junior y a Peter comprar propiedades, caballos y tierras; les agarró envidia. Quizá debimos darnos cuenta de que estaba furioso con Peter y Junior porque habían dejado de recibir sus cargamentos. A fin de cuentas, cuando llegaron a México se les abrieron tantas puertas que decidieron trabajar con otros *conectes*. O quizá habríamos podido meternos a la cabeza de Pablo y descubrir que no podía soportar que Peter y Junior fueran más jóvenes y listos y tuvieran más mundo que él, que llevaban menos de un año en México y ya estaban ganando más dinero del que él ganaría en toda su vida.

Regresamos a San Juan esa noche, y a Guadalajara unos días después. Junior y Peter seguían furiosos por lo que les había propuesto Pablo durante la cena, pero negocios eran negocios, así que no me sorprendió que Peter me dijera una mañana que tenía que ir a verlo.

—Tenemos que hacer las cuentas —dijo—. Junior y yo nos hemos estado peleando con Pablo por cuánto le debemos todavía. *El Tío* dice una cosa y Junior y yo decimos otra. *El Tío* está completamente mal, así que debo ir a su casa a arreglar las cosas.

Al día siguiente nos metimos al auto y condujimos dos horas por la sierra hasta la casa de Pablo. Nos encontramos a Daniela y a Adrian ahí, y le di un beso de despedida a Peter para poder regresar a San Juan con ellos.

—Te llamo luego, cuando termine aquí —me dijo Peter—. A lo mejor me toma todo el día, pero regreso hoy en la noche.

No me preocupé. Peter estaba con su *Tío Pablo* y, aparte de esa extraña pelea durante la cena de aquella otra noche, confiaba implícitamente en él.

Olivia

El día después de que Peter y Mia se fueron a ver al *Tío Pablo*, Junior y yo estábamos en la casa, en Guadalajara, desayunando en el patio. Se habían estado quedando con nosotros mientras decoraban su casa, así que era nuestra primera mañana a solas en muchas semanas.

—¿Cómo te sientes, nena? —dijo Junior.

—Mejor que ayer, pero todavía no me siento de maravilla. Comer ayuda.

Llevaba unas ocho semanas de embarazo, con unas náuseas de perro. Trataba de no vomitar de sólo ver la comida cuando comenzó a sonar el teléfono de Junior.

—¿Bueno?

Se detuvo, tomó una taza de café y se metió al otro cuarto. Durante los siguientes cinco minutos todo lo que podía oír era que hablaba en español en voz baja mientras daba vueltas y vueltas. Cuando regresó a la cocina estaba petrificado.

—¿Estás bien? ¿Qué rayos está pasando? —pregunté.

—Alguien secuestró a mi hermano. También se llevaron a Pablo y a Tony. Los agarraron en casa de Pablo. Están exigiendo diez millones de dólares y los van a matar a todos si no se los damos.

—Putra madre —dije mientras sentía un dolor en la boca del estómago.

—No puedo creer que le esté pasando otra vez —dijo Junior—. Uno no puede salirse de éstas siempre.

Lo abracé con fuerza y comenzamos a llorar. Sabía que tenía razón. No sales así como así si te secuestran dos veces. Nadie tiene tanta suerte, ni siquiera alguien tan listo y fuerte como Peter.

Entonces pensé en Mia y se me hundió el corazón. ¿Ya le habrían avisado?

Mia

Peter había dicho que se iba a ir todo el día, así que no esperaba tener noticias tuyas como hasta las cinco de la tarde. Cuando dieron las seis y no se había comunicado, me preocupé un poquito y le hablé. Me mandó directo al buzón.

—¿Adrian? —le grité al otro cuarto—. ¿Has tenido noticias de Peter?

—No.

Peter siempre me hablaba, aunque sólo fuera para decirme que me amaba. Aquello no era normal. Pero me despreocupé. *Está con Pablo. Está bien.*

Me atraganté en la cena y llamé a Peter veinte veces más antes de decidir volver al

cuarto de visitas. Salí al balcón y me senté en un diván, celular en mano. He de haber cabeceado unas tres veces antes de levantarme e irme a la cama; dejé abierta la puerta corrediza. Peter y yo nunca pasábamos una noche separados y no podía quedarme dormida sin sus brazos a mi alrededor. Sólo de pensar que algo malo pudiera pasarle hizo que me doliera tanto el corazón que lloré hasta quedarme dormida. Durante toda la noche me desperté varias veces, pues oía ruidos —un perro ladrando a lo lejos, el viento o el claxon de un coche— y saltaba. Pero ningún ruido era señal de su regreso.

A la mañana siguiente, me levanté y fui por café a la cocina de Adrian. Sentía como si sólo hubiera dormido veinte minutos. Prendí la televisión, me senté en el sofá, me puse de pie, abrí las persianas, le hablé al celular a Peter tres veces e hice todo lo posible por mantenerme ocupada. *¿Dónde estará?*, no dejaba de pensar. Sinceramente, sentía que el corazón se me arrugaba. Entonces Adrian entró al cuarto.

—Mia, tengo malas noticias. De verdad tengo que decirte algo.

En ese instante lo supe.

—Lo secuestraron.

Me tiré al piso y comencé a llorar como histérica.

Olivia

Adrian y Daniela llevaron a Mia a nuestra casa esa misma noche. En cuanto la vi, no pude contener las lágrimas. La abracé fuerte y traté de consolarla, aunque estuviera tan asustada como ella.

Estaba desconsolada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntaba una y otra vez.

Traté de darle confianza, diciéndole:

—Está bien, Mia. No te preocupes. Lo van a dejar ir. Junior tiene un plan.

Lo estaba inventando. Junior estaba tan confundido como nosotras.

Pero resultó que sí tenía un plan. Le tomó todo el día pensarlo, pero a huevo que lo arregló todo cuando se le ocurrió.

El Chapo

Mia

Habían pasado unos días desde el secuestro de Peter y yo todavía era un desastre. No podía dormir: me quedaba despierta toda la noche, preocupada por él. Lloraba en la regadera y no comía nada. Crecí en una familia religiosa, así que me hincaba y rezaba durante horas todos los días. No dejaba de pensar: *Pude haber sido más linda con él. Pude haberlo escuchado más*. Recordé todas las veces en que no debí haber sido caprichosa o egoísta. No podía creer que me estuviera pasando eso. Ni a mí ni a Peter.

Pero Junior decía que tenía un plan, y yo le creía.

Olivia

Desafortunadamente, el plan de Junior era encontrarse con Joaquín Guzmán Loera, alias *el Chapo*, jefe del Cártel de Sinaloa. A mí me sonaba a pinche misión suicida.

—La única razón por la que pueden haber secuestrado a Peter es por nuestra deuda con *el Chapo* —me dijo—. Peter y yo la hemos estado pagando. Pablo sabe que somos de confianza y debería decírselo.

—¿Así que nomás vas a apersonarte con el narco más grande del mundo y decirle eso?

No sólo era escéptica, sino que estaba aterrada.

—Es la única manera de demostrarle que vamos por el buen camino, que no había razón para secuestrar a Peter.

Tenía razón. Junior quería a Peter a morir y estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para traerlo de vuelta, aunque implicara poner su propia vida en riesgo. Peter valía arriesgarlo todo, y ésa era la única opción que tenía Junior si quería volver a ver a su hermano con vida.

Mia

El Cártel de Sinaloa es una de las organizaciones criminales más complejas, poderosas y peligrosas del mundo. Su principal función es procurarse narcóticos, como cocaína, heroína, marihuana y metanfetaminas, desde su fuente original, llevarlos a México, luego meterlos de contrabando a Estados Unidos y distribuirlos ahí y en el resto del mundo.

Olivia

En ese entonces *el Chapo* era el hombre más buscado del mundo, junto con Bin Laden.

Valía miles de millones de dólares gracias a su enorme red de narcotráfico, más compleja y extendida que la de Pablo Escobar.

El Chapo se parecía mucho a mi suegro. Había nacido pobre y entró al narcotráfico siendo muy joven, cuando comenzó a cultivar amapolas para opio. A los quince años tenía su propio plantío de marihuana, y a los veinte había comenzado a traficar en la frontera con Estados Unidos. Pero a diferencia de mi suegro, su habilidad especial era la violencia, que usó para aumentar su poder hasta que, a mediados de los años ochenta, tomó el control del Cártel de Sinaloa. *El Chapo* tenía aviones, lanzacohetes, submarinos y un vasto ejército de trabajadores a su disposición.

Mia

Era el hombre más poderoso de México, pero se mantenía escondido.

La base de operaciones del Cártel de Sinaloa era Culiacán, una ciudad de casi un millón de habitantes, la más grande de Sinaloa. Sin embargo, es difícil administrar una organización criminal en una zona urbana, así que la mayoría de los negocios del *Chapo* se hacían en la Sierra Madre, al este de Culiacán. Ahí podía esconderse entre las cumbres, ocultar drogas, prisioneros y millones de dólares en efectivo, y escurrirse a un estado vecino si había problemas.

Olivia

Ahí esperaba encontrarse con él Junior, pero la pregunta era cómo acercársele. Aquel mes de abril Peter y Junior no eran más que nombres en un papel para *el Chapo*. Eran unos chicos estadounidenses a los que parecía estarles yendo muy bien distribuyendo las drogas de su cártel por Estados Unidos. Pero no los conocía; los proveedores como Pablo hacían eso por él.

No cualquiera podía conocer al *Chapo*. Estar en el negocio no bastaba: se necesitaba un vínculo personal, y entonces le preguntaban al jefe. Si al *Chapo* le gustaba la idea, volabas a las montañas para verlo. Si no le gustaba lo que oía, a lo mejor no volvías.

Por suerte, el mejor amigo de Junior era un tipo llamado Tomás Arévalo, a quien yo había visto unas veces con *K* en aquellos tiempos. Tommy fue el *conecte* de *K* cuando Adrian acabó en la cárcel. Era sinaloense y conocía a muchos de los peces gordos de los cárteles. Cuando comencé a salir con Junior, recuerdo haber visto a Tommy en una cena que Junior y Peter organizaron en Ruth's Chris Steak House.

—¿Qué haces aquí, Tommy? —dije.

—Ahora trabajo para Peter y Junior —contestó.

Recuerdo que pensé: *Si Tommy trabaja para ellos, están en otro nivel.*

Al parecer Tommy tenía un cuñado que conocía a muchos de los jefes en Culiacán.

El plan de Junior era ir a esa ciudad con Tommy, conocer al cuñado con las conexiones y pagar para entrevistarse con *el Chapo*.

Dejar ir a Junior fue una tortura pues nunca había estado más asustada. Pero la decisión estaba tomada y ni siquiera tuvimos que discutirlo. Los dos queríamos mucho a Peter y sabíamos que si Junior iba a traerlo de vuelta a la vida, tenía que encontrar la manera de hacerlo.

El día que se fue me paré frente a él y, sin tener idea de si iba a volver a verlo, traté de darle confianza.

—Eres fuerte y creo en ti. Sólo asegúrate de volver conmigo, ¿sí?

Él me miró, me besó fuerte en los labios y dijo:

—Te lo prometo.

Acabo de dejar ir al hombre de mis sueños, pensé. Acabo de dejar que el padre de mi bebé nonato salga directo a su muerte. Si le pasa algo, nunca me lo voy a perdonar.

Mia

Le estaba muy agradecida a Junior, pero, al igual que Olivia, no veía manera de que lo que hacía fuera a funcionar. Los capos no hacen favores. Hasta donde sabíamos, iban a torturar y a matar a Junior junto con Peter, y entonces Olivia y yo nos quedaríamos solas.

Olivia

Cuando Junior llegó a Culiacán con Tommy de inmediato comenzó a conocer a las piezas clave de los cárteles. El cuñado de Tommy los conocía a todos y prácticamente no había uno sin vínculos cercanos con *el Chapo*. Junior le contaba su historia a quien se dejara y hasta le ofrecía medio millón de dólares a quien pudiera organizar un encuentro. Desafortunadamente, las cosas no funcionaban así, pero estaba desesperado. Sabía que Peter estaba sufriendo; podía sentirlo.

Un día, estando con Tommy, alguien conocido se le acercó.

—¡Ey, cuate! Soy Omar. ¿Te acuerdas que nos conocimos en una corrida en San Juan? Estaba con tu primo Tony. Echamos fiesta contigo y tu novia, Liv.

Junior se paró en seco.

—Claro que sí. Pero tengo malas noticias. Alguien secuestró a mi hermano, al *Tío Pablo* y a Tony. Por eso estoy aquí.

Omar ni siquiera lo pensó cuando le dijo:

—Yo te puedo ayudar.

Y, por supuesto, Omar hizo unas llamadas y, así como así, consiguió una junta con su jefe, Alfredo Beltrán Leyva, alias *el Mochomo*. Eso era importante. No te andabas con

chingaderas con *el Mochomo*, porque él y su hermano Arturo eran los jefes de la Organización Beltrán Leyva, y en ese entonces ese grupo era parte del Cártel de Sinaloa. Conocer al *Mochomo* era básicamente lo segundo mejor que conocer al *Chapo*.

A la mañana siguiente un tipo llamado Paco recogió a Junior y a Tommy en una camioneta blindada y comenzó a conducir. Al acercarse a la plaza de Culiacán vieron que, a plena luz del día, quizás unos cien hombres, todos con armas semiautomáticas, vigilaban el perímetro. Estaban protegiendo al *Mochomo*, sentado en su pick-up. Uno de los guardias cateó a Junior, asintió y sólo lo dejó pasar a él. Al acercarse, se presentó:

—Es un placer conocerlo. Me llamo Margarito Flores.

Junior se sentía intimidado por aquel ejército de hombres. *El Mochomo* era grande y se veía serio, aunque fuera conocido por ser el capo más amigable de la historia.

—¿A qué se debe este encuentro? —preguntó.

—Secuestraron a mi hermano y vine a tratar de rescatarlo.

—Bueno, ¿a quién le debes? —preguntó *el Mochomo*.

Durante los siguientes minutos, Junior habló de cifras, en su idioma. Hablaron de un cargamento que acababa de recibir y se dieron cuenta de que estaba en deuda con *el Mochomo* por él.

—No quiero que uses mi dinero para pagar por tu hermano —dijo *el Mochomo*.

Entonces Junior dejó claro que estaba bien de dinero y que podía hacer los pagos rápido. Al *Mochomo* le gustó lo que oía y se volvió amigable rápidamente.

—Me impresiona lo rápido que te mueves —dijo.

Entonces pidió su radio y comenzó a hacer unas llamadas. Cuando colgó, miró a Junior a los ojos y bajó la voz.

—Sé dónde está tu hermano. No te preocupes, me voy a asegurar de que no muera, y de ahora en adelante trabajarás directamente conmigo.

A Junior se le cayó la mandíbula, y no porque el capo acabara de entregarle la clave para expandir su negocio. Hacer tratos era lo último en lo que pensaba. Lo único que le importaba era devolver a Peter a salvo a casa, y *el Mochomo* sabía cómo lograrlo. Pero no sólo le preocupaba él.

—¿Qué hay de mi *Tío Pablo* y de mi primo?

El Mochomo se le quedó mirando, confundido.

—¿De qué estás hablando? Yo no los tengo. Pablo fue el que hizo todo.

—¿Pablo?

Junior se detuvo un segundo y comenzó a procesar en su mente lo que acababa de escuchar. *Claro que Pablo fue el que lo hizo todo*, pensó. *Ha estado quedándose con el dinero y diciéndole al Chapo que no cumplimos. Ahora secuestró a Peter y le va a pagar al Chapo con el rescate. Puso su codicia por encima de nosotros, su familia.*

El Mochomo interrumpió su pensamiento y señaló a dos hombres.

—Éstos son Juan y *el Chapillo* Lomas. Te van a recoger mañana para ir a ver a Mi Papá.

En México, todo el mundo sabe que no se debe decir el nombre del *Chapo* en voz alta. Es el Lord Voldemort mexicano, pero todos lo respetan y le temen. No cabía duda: Mi Papá era *el Chapo*, y Junior estaba dentro.

Al día siguiente, una caravana de cuarenta sicarios en ocho camionetas blindadas recogieron a Junior. Nunca en su vida había visto algo tan loco. Me llamó desde el hangar en el que guardaban todos los aviones del *Chapo*, incluyendo el que lo llevaría a la sierra, y me dijo que estaba aterrado. De chico, el sueño de todo narco era conocer al *Chapo*, y ahí estaba él, a punto de ver al jefe en persona para rogar por la vida de su hermano.

—No quiero perderte —le dije—. Ten cuidado, por favor, Junior.

—Liv, tengo que hacer esto. Lo siento mucho. Es la única oportunidad que tiene Peter.

Colgó y me eché a llorar. Entonces subió a bordo de un Cessna monomotor y voló al corazón de la Sierra Madre Occidental.

Mia

Nunca oí hablar del *Chapo* cuando era chica. Cuando veía las noticias o leía algo que tuviera que ver con las drogas, su nombre no aparecía allí. Así que nunca se me ocurrió que una sola persona controlara el flujo de drogas. Cuando me mudé a México, oía a Peter y a Junior mencionarlo de vez en cuando, pero no les ponía mucha atención. Era un fantasma, un tipo con muchísimo poder, pero que quizás no existía. Así que cuando Olivia dijo: “Junior se está subiendo a un avión para conocer al *Chapo* y convencerlo de que libere a Peter”, lo único que oí fue: “... que libere a Peter”.

—¿Está vivo? —pregunté.

—Sí. Junior nos llamará cuando regrese del encuentro. No tiene idea de cuánto vaya a durar.

Debo de haber estado tan afectada que ni siquiera estuvo claro lo que dijo. Liv me tomó por los hombros.

—Junior no va a volver sin Peter, Mia. Te lo prometo.

Olivia

Cuando Junior se subió al Cessna en el hangar del *Chapo*, lo saludó el piloto, que no podía tener más de diecisiete años y estaba en playera y chanclas. Junior miró al *Chapillo* Lomas y le preguntó:

—¿Seguro que sabes volar esto?

—No te preocupes —contestó el piloto—. Conozco todos los valles de esta sierra. Esto es lo que hago todo el día. El ejército nunca nos va a encontrar.

A Junior de hecho le preocupaba más que el escuincle se estrellara al despegar, pero cuando vio bien el interior del avión se dio cuenta de que debía inquietarle más que los intentaran tumbar. A juzgar por los diez radios, la docena de granadas, el lanzacohetes y un M-50 militar que ocupaban el asiento de al lado, debía de haber pasado antes. Así que, claramente, estaban preparados para repeler una agresión.

—¿Quién va a usar estas cosas si nos descubren? —le preguntó Junior al *Chapillo*.

—Nosotros, por supuesto.

Despegaron. Unos veinte minutos después, Junior oyó un montón de números que salían de los radios.

—Viene un Black Hawk hacia nosotros —dijo *el Chapillo*—. Agarra el M-50 y dirígelo por la ventana.

Junior nunca le había disparado a nadie, mucho menos con un M-50. *¿En qué demonios me metí?*, pensó. Pero, por supuesto, cuando oyó que el muchacho apagó el motor del Cessna y comenzó a planear mientras el zumbido de un helicóptero se les acercaba, no intentó discutir. Rompió la ventana, recogió el arma, batalló para girarla porque literalmente no había espacio y comenzó a rezar por que no tumbaran su avión.

Mia

Gracias a Dios, unos instantes después, el radio escupió otro montón de números y el pilotito volvió a encender el motor. Con tanta adrenalina encima que creyó que iba a vomitar, Junior puso el arma en el suelo y se apretó el cinturón de seguridad para el descenso.

—¿Dónde chingados está la pista de aterrizaje? —le gritó al piloto.

El escuincle señaló una pista que habían tallado en las faldas de la montaña.

—Justo ahí.

Entonces volvió a apagar el motor. Junior estaba seguro de que iban a chocar con el cerro. Pensó: *Ya estuvo. Se acabó*. Pero el avión aterrizó y subió un poquito por la pendiente, frenando hasta que comenzó a rodar en reversa. Por fin se detuvo por completo. *El Chapillo* abrió la puerta y Junior saltó del avión como si estuviera a punto de incendiarse. Cuando sus pies tocaron el suelo, miró a su alrededor y vio una multitud de hombres vestidos como militares. Lo estaban observando como si fuera de otro planeta. A fin de cuentas, era joven y estadounidense, y no estaban acostumbrados a ver a su calaña en esa sierra.

Olivia

Una Hummer se orilló frente a él, conducida por otro tipo con equipo militar. Alrededor había docenas de personas armadas en vehículos todoterreno y con granadas en sus chalecos tácticos. Condujeron veinte minutos por senderos de terracería que sería equivocado llamar caminos, y al mirar por la ventana vio los *bulldozers* y las excavadoras que debieron de haber usado para despejar los cerros para el complejo del *Chapo*. Por fin llegaron a la palapa. Estaba abierta hacia todos lados, con una vista espectacular de los cerros circundantes.

El Chapo usaba una gorra negra con un logo militar. Miró a Junior a los ojos y le extendió la mano.

—Soy Joaquín Guzmán Loera.

—Es un honor conocerlo —dijo Junior—. Me llamo Margarito Flores.

—Mucho gusto —contestó *el Chapo* con voz potente.

Luego continuó:

—¿Qué quieres?

El ojo derecho del *Chapo* no se mueve mucho, así que Junior sentía que su mirada lo estaba atravesando. Pero se recobró pronto y respondió:

—Vine por mi hermano.

—Ya sabes que la gente que sube aquí no vuelve. Podría matarte a ti y a tu hermano en este instante y seguir con mi día.

—Sí, señor —respondió Junior—. Lo sé muy bien. Pero vine porque lo único que tengo es mi palabra.

Mia

Junior pasó los siguientes diez minutos explicando el trato que tenía con *el Tío Pablo*. Pero antes de entrar en detalles, dijo algo válido: ¿Por qué Pablo fingiría que también lo habían secuestrado si Peter y Junior sí le debían dinero? Luego reveló que sí tenía una deuda de diez millones de dólares con *el Chapo*, pero la había estado pagando en abonos constantes. De hecho, estaba a tiempo, a unos cuantos millones de saldarla, y tenía los libros de contabilidad para probarlo.

Era un milagro que Junior hubiera sido tan listo como para llevarse sus libros a Sinaloa. No sólo le salvaron la vida a Peter, sino que también le salvaron la suya aquel día.

Eran unos libros gruesos y gastados, como Biblias grandes y viejas. Durante toda su carrera, él y Peter habían dado seguimiento meticulosamente a cada centavo que recolectaban y a cada pago que hacían a un proveedor, y habían registrado todo en esos libros. No importaba que Peter estuviera muerto de cansancio al llegar a casa de una noche de fiesta: siempre iba a la cocina, tomaba sus carpetas y se sentaba con su calculadora para sumar y restar millones de dólares. Eran inalterables: todas las cifras

eran diminutas, así que no había espacio para añadir nada, y no había un solo tache. No tenían mácula.

Sus notas y sus cifras indicaban los pagos de la deuda que le habían hecho a Pablo, con fechas. Cuando sumaban las cifras, no cabía duda de que habían hecho sus pagos a tiempo. No había manera de que no pudiera demostrarle al *Chapo* que *el Tío Pablo* se estaba inventando el cuento para su beneficio.

Olivia

—Enséñamelos —dijo *el Chapo*.

Junior sacó los libros de su mochila y comenzaron a pasar las páginas juntos.

—Estás moviendo mucho —dijo *el Chapo*, y Junior asintió—. *Chapillo*, ve por mis cuentas, por favor.

Aquél corrió por ellas y se las entregó a su jefe. El capo pasó los siguientes minutos comparando fechas, apuntando de los libros de Junior y Peter a las notas que había tomado. Cotejó las cifras, asintió cuando vio que coincidían y dijo: “Bien, bien” cuando llegó al fondo de una columna que indicaba que se había recibido un pago en la fecha correcta. Pasaron unos quince minutos hasta que *el Chapo* cerró su libreta de un golpe.

—Tus cifras están bien. Has estado haciendo los pagos.

—Sí, señor.

—Te voy a ayudar. Pero primero tienes que arreglar las cosas con Pablo. Voy a mandar a mi gente contigo.

—Gracias, señor.

—Cuando te arregles con Pablo, quiero que regreses a verme.

Junior le ofreció la mano.

—Por supuesto. Fue un honor conocerlo; no lo voy a decepcionar. Tiene mi palabra.

Entonces *el Chapo* le dio la espalda y dos guardias armados escoltaron de vuelta a Junior.

Mia

Dos días después, Junior llegó a la casa. No sé qué estaba esperando, quizá un reencuentro romántico entre él y Olivia, o quizá que cruzaría la puerta con Peter. Pero sí sé que yo no esperaba que regresara con unos tipos a los que no había visto nunca.

—Son gente del *Chapo* —dijo—. Van a estar aquí unos días; se van a quedar atrás. Les cuento todo después, pues ahorita tengo que atenderlos.

Olivia

Los socios del *Chapo* estaban ahí para ayudarle a Junior a arreglar las cosas con Pablo, pero también habían ido a comprobar que todo lo que había dicho en la palapa fuera verdad. De hecho, lo iban a grabar. No era como si *el Chapo* fuera a enviar a su gente a rescatar a alguien en quien no pudiera confiar. No iba a decir: “¡Muy bien, vayan por Peter!” así nomás. Junior tenía que ganarse su confianza.

Durante las siguientes dos semanas, fue todo lo que hizo. Estaban todo el tiempo en la casa, sentados por ahí o hablando con Junior y conociéndolo mejor. No podrían haber sido más corteses, pero de todos modos ahí estaban. La pobre de Mia era un desastre miserable y preocupado, y yo tenía tantas náuseas que vivía a base de galletas saladas y Gatorade, pero pusimos caras felices y los hicimos sentirse a gusto en casa. Nuestros chefs les cocinaban. Nuestras sirvientas les limpiaban. No tardaron en agarrarle tanto cariño a la familia que de verdad querían ayudarnos. Sus corazones estaban en el lugar correcto y dejaron de sentir que estaban ahí por trabajo.

Un día, Junior recibió la orden de que era hora de ir con ellos a arreglar las cosas con Pablo. Si tenía suerte, después de eso tal vez liberarían a Peter.

Rescatando a Peter

Mia

La mañana que Junior se fue con los trabajadores del *Chapo*, Raúl y *el Gordo*, estaba tan cansada que apenas pude decir adiós. Llevaba semanas exhausta. Cada vez que alguien tocaba la puerta, yo pensaba que me iban a entregar un paquete con el dedo de Peter dentro. No dejaba de tener pesadillas en las que alguien mandaba la cabeza de Peter a la casa, y cuando me despertaba sudando, me quedaba tirada en la cama, convencida de que estaba muerto. Olivia era la única persona con la que podía hablar, y a veces ni siquiera eso servía, porque le tenía mucha envidia. Tenía un prometido y un bebé en camino, y estaba planeando su boda. Tenía una vida por delante y yo no tenía una mierda. Hacía su mejor esfuerzo y nunca hablaba de ella, pero nada de lo que dijera podría ayudar.

Olivia

Prácticamente saqué a empujones a Junior y a los hombres del *Chapo* la mañana en que se fueron a arreglar las cosas con *el Tío Pablo* y, con suerte, liberar a Peter. Pasaban los días y yo sabía que él estaba sufriendo.

Pero había visto a Junior ganarse la confianza de la gente del *Chapo* toda la semana, y podía ver la esperanza en su rostro. Estaba decidido a recuperar a su hermano, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Mia y yo estuvimos con el alma en vilo todo el día, esperando su llamada.

—¿Crees que algo haya salido mal? ¿Por qué no ha llamado? —no dejaba de decir Mia.

—No pasa nada. Tenemos que confiar en Junior —le respondía, pero por dentro estaba tan asustada como ella.

Por fin, mi teléfono sonó en la noche. Era Junior.

—Nene, ¿qué pasó? —le pregunté y puse el altavoz para que Mia también pudiera oír.

—Estoy bien. Todo va a estar bien. Pero pinche Pablo. Ya no sé quién es ese hombre.

—Cuéntanos lo que pasó.

Durante los siguientes diez minutos, Mia y yo no dijimos nada mientras Junior hablaba.

Mia

Junior llegó a casa de Pablo unas horas después de salir de casa. No estaba solo, traía a cuatro hombres consigo: dos de sus propios trabajadores, Raúl y *el Gordo*, y los hombres del *Chapo* y *el Mochomo*, Juan y Paco. Nadie estaba armado. A fin de cuentas estaban convencidos de que las cosas no se iban a poner violentas.

Junior tocó a la puerta, y cuando le abrieron lo escoltó adentro un miembro de la policía estatal, que al parecer estaba protegiendo a Pablo. Cuando aquél se hizo a un lado, vio a Pablo con la mano extendida hacia él, como si no hubiera pasado nada. Cuando Junior se negó a dársela, el policía le apuntó a la cabeza.

—Hijo de la chingada, te voy a matar si me faltas al respeto en mi casa —dijo Pablo mientras el policía sentaba a Junior en una silla y le pegaba la pistola a la nuca.

Juan intervino.

—Tenemos órdenes del Señor.

—Llevo treinta años subiendo a esa montaña —contestó Pablo—. ¿Crees que voy a dejar que vengan y lo manden todo a la chingada?

Entonces tomó su Colt clásica M1911 calibre 45, que siempre traía consigo, y le dio un cachazo a Junior.

Él no iba a quedarse ahí sentado como si nada, aunque la verdad le costara la vida. Sólo tenía su palabra y no iba a dejar que un loco ambicioso se la quitara. Pero mientras más hablaba, más lívido se ponía Pablo. Se dio cuenta de que lo estaba haciendo quedar como mentiroso.

Lo que no sabía era que la gente del *Chapo* estaba grabando todo.

Olivia

Las cosas cambiaron de pronto. Uno de los policías que habían estado protegiendo a Pablo cambió de parecer y dijo:

—¡Deje de pegarle! ¡Déjelo ir!

Pablo estaba estupefacto.

—¿De qué demonios hablas? ¿Ahora estás de su lado?

—Sí. Tenemos órdenes del Señor.

Las órdenes son órdenes, y si las violas, te puede costar la vida. Pero a Pablo ya no le importaba. En lugar de soltar el arma, siguió golpeando a Junior hasta que Tony comenzó a gritar:

—¡Pa! ¡Por favor!

Pero su papá le echó una mirada de muerte y tuvo que desistir.

—¡Quiero mi dinero, Junior! ¡Dame el dinero!

Pablo estaba bien pinche loco y Junior estaba seguro de que les iba a volar los sesos a él y a su hermano sólo por hacerlo quedar como idiota.

Junior se volvió hacia Tony y le rogó:

—Tony, sabes que hemos estado haciendo los pagos. ¿Por qué están haciendo esto? ¿Cómo puedes permitir que tu papá nos lastime así? Los queremos a todos, son de la familia.

Tony hizo una pausa. Sabía que tenía que detener a su papá, así que dijo firme:

—Cálmate, pa.

Aparentemente, oír eso molestó tanto a Pablo que no sólo se negó a detenerse: le dio una última bofetada de revés a Junior. No podía creer que su propio hijo estuviera de su lado.

Al fin intervinieron los hombres del *Chapo*.

—Pablo, tenemos órdenes del Señor de que termines con esto. No vas a matar a los cuates. El Señor te va a contactar cuando volvamos a Culiacán.

Pablo soltó el arma a regañadientes y asintió. Acababa de aceptar negociar la liberación de Peter. Entonces, cuando Junior salía de la casa, el policía estatal lo detuvo.

—Por favor, dígle al Señor que esto fue un malentendido —dijo mientras le entregaba su tarjeta—. Yo le creo, y estoy aquí a su servicio.

Mia

Junior regresó de inmediato a Guadalajara, moreteado pero vivo, sin Peter. Su liberación iba a tomar un poco más de tiempo. La gente del *Chapo* tenía que ir a reportarle, y luego el Señor tenía que llamar a Pablo. Estoy segura de que Pablo temía por su vida: sabía que le habían descubierto una mentira y que estaba detrás de un secuestro que nunca debía haber perpetrado. Le había salido el tiro por la culata y nunca se había imaginado que *el Chapo* se enteraría.

Yo estaba muy aliviada de ver a Junior. Me había preocupado muchísimo de que Pablo lo matara, y además tenía un bebé en camino y amaba a Olivia muchísimo. Pero aun así no podía soportar la agonía de que Peter no estuviera. Lo extrañaba tanto que me dolía el corazón.

Olivia

Junior regresó a la montaña con Juan y *el Chapillo* Lomas. Cuando llegó, *el Chapo* estaba furioso con Pablo.

—Acabo de perder a mi hermano, así que ya me imagino cómo te sientes tú —le dijo—. Todavía quiero que me pagues los diez millones completos; sólo recuerda: puedes recuperar el dinero después, pero nunca podrás reemplazar a tu hermano.

Entonces se relajó.

—Cuando salden su deuda, quiero que tú y tu hermano me vengan a ver. Necesitamos gente como ustedes.

—Sí, señor —respondió Junior.

El Chapo le hizo una seña a Germán Olivares, su ejecutivo en jefe y su mano derecha, para que arreglara los pagos con Junior. Luego lo despidieron.

Mia

El segundo secuestro de Peter había empezado igual que el primero: con policías corruptos. Cuando fue a casa de su *Tío Pablo* a arreglar las cosas, lo primero que hizo fue acercarse a su primo Tony y abrazarlo.

—¿Y el *Tío Pablo*? —preguntó, y Tony le dijo una excusa.

Minutos después, oyó un golpe en la puerta trasera, y de quince a veinte hombres con equipo SWAT completo y pasamontañas irrumpieron en la casa, gritando:

—¡Policía federal!

Al entrar, uno de los policías golpeó a Peter en la boca y en el estómago con un rifle, y luego le pegó en la espalda hasta que cayó al suelo. También podía oírlos luchar con Tony, y sonaba igual de mal que lo que le estaba pasando a él. Luego el policía lo puso de rodillas, le estrelló la cara contra el sofá para sofocarlo y gritó:

—¡Te me regresas al pinche gabacho, hijo de puta!

Preocupado por Pablo —dondequiera que estuviera—, Peter les gritó a los policías:

—¡Dejen al viejo en paz!

A continuación, el oficial dejó a Peter en ropa interior, le vendó los ojos, le envolvió la cabeza con cinta canela, lo arrastró hasta un vehículo de la policía y lo arrojó en la parte trasera. Lo llevaron por las montañas a un pueblo remoto entre San Juan y Guadalajara.

Se quedó sentado afuera, muriéndose de frío, hasta la mañana. Los secuestradores regresaron y lo despertaron con una pistola en la cabeza.

—¡Levántate, cabrón! —le gritaron.

Peter no estaba pensando en sí mismo.

—¿Está bien el viejo? —preguntó.

Pero no le daban una respuesta directa.

Lo arrastraron hasta una pick-up y lo acostaron en ella. Un secuestrador le oprimió las costillas con las botas, lo que casi no soportó después de todas las golpizas que le habían dado. Entonces lo llevaron a un jacal, donde le amarraron los pies con cinta y lo aventaron al suelo frío.

Olivia

Cada mañana, los secuestradores lo despertaban poniéndole una pistola en la cabeza y amartillándola. Diariamente le hacían la misma pregunta:

—¿Para quién trabajas?

Nunca contestaba, así que le golpeaban la cara y decían:

—Te crees muy chingón. He oído que vendes toneladas de producto en Estados Unidos y que tienes todos esos lindos caballitos. Dime para quién chingados trabajas. ¿Trabajas con *el Chapo* y con *el Mayo*?

—No —contestaba Peter.

Sus captores reían.

—Óyeme bien: antes de que acabe el día voy a hacer que me digas para quién chingados trabajas.

Peter no comió nada durante varios días y acabó desorientado por la deshidratación. Lo obligaban a usar una cubeta como escusado, mientras lo mantenían encañonado. Comenzó a verse tan mal que llamaron a alguien por radio para preguntar:

—¿Ya lo matamos? Ya se está muriendo.

Mia

Peter estaba tan débil que ni siquiera les pidió que le perdonaran la vida. Lo único que lo hacía seguir era pensar en mí. *Si no me matan, si salgo de ésta*, se decía, *me caso con Mia*.

Cuatro semanas después de su secuestro fue el Día de las Madres en México, el 10 de mayo. Peter podía oír las campanadas llamando a todas las madres a misa y pensó en lo que estaría pasando su pobre, dulce madre. Atado y abandonado en un cuarto oscuro durante horas y horas, casi había renunciado a la esperanza, no sólo por lo despiadados que habían sido con él, sino porque sabía que la gente no suele salir con vida de los secuestros en México.

Mientras estaba ahí sentado rezando por su vida, también le preocupaban su *Tío Pablo* y su primo Tony, a quienes suponía en cautiverio igual que él. Durante semanas nadie le había dicho lo contrario. Tenía la esperanza de que los hubieran liberado, pero todo apuntaba a que estuvieran viviendo la misma pesadilla.

Sin embargo, lo más significativo era que no tenía idea de que su hermano ya estaba negociando su liberación.

Olivia

Unos días después de que Junior pagara su deuda, Olivares lo contactó.

—Pablo no nos devuelve las llamadas —le dijo la mano derecha del *Chapo*—. Pero no te preocupes. Nosotros lo arreglamos.

Oír eso era reconfortante, pero no bastaba. Junior aún no conocía la ubicación de Peter, y estaba tan preocupado por eso que no dormía. Entonces recibió una llamada de

un número desconocido.

—¿Bueno? —dijo—. ¡Dios mío, Peter! ¿Dónde estás?

Junior nos gritó a Mia y a mí que corriéramos al cuarto. Cuando llegamos, puso el altavoz del teléfono.

—Estoy en la sierra, pero no sé en dónde. Voy a tratar de encontrar un camino.

Su voz se estaba quebrando.

—No sé cuánto me vaya a durar la señal, pero sólo necesito hablar.

—Nene, te amo —dijo Mia.

—Y yo a ti. Ya te quiero ver. Pensar en ti es lo que me ha mantenido con vida.

Ay, Dios, pobre Peter, pensé mientras me escurrían lágrimas de felicidad por las mejillas. Entonces miré a Junior y me di cuenta de algo: Ha sido abnegado. Siempre voy a admirarlo por haber hecho lo increíble, por salvarle la vida a Peter.

—Me metieron a las montañas como durante una hora —dijo Peter.

Está en medio de la pinche nada, pensé.

—Me arrastraron fuera del coche, me patearon detrás de las rodillas y me hicieron hincarme. Esperaba una bala en la cabeza, pero un hombre se agachó y me metió algo en el zapato. Era la llave de mis esposas. Entonces tomó mi mano y me dio un papelito. Era tu número, Junior. Me metió un teléfono en el bolsillo y me dijo que contara hasta cien sin moverme o me mataba. Luego se fue.

—Voy por ti —dijo Junior.

—Espera. ¿Liberaron al Tío Pablo y a Tony? —preguntó.

Junior sabía lo frágil que estaba, y no quiso alterarlo.

—Están bien, pero es una larga historia. Te contaré todo cuando estés en casa.

Y colgó el teléfono.

Mia

Junior sabía que Peter debía estar al norte, en las montañas a las afueras de Guadalajara, así que corrió hacia su auto con *el Gordo*. Era tarde, y tenían que salvar a Peter antes de que saliera el sol.

Olivia

Junior condujo más de dos horas hacia el norte, en la oscuridad. Sólo había un camino de Guadalajara a San Juan, así que sabía que si seguía conduciendo y llamando a su hermano, lo encontraría. Todo el tiempo le aterraba que muriera el teléfono de Peter, pero cada vez que tenía señal, le hablaba.

—Ya estoy cerca, Peter —le decía—. Aguanta.

Mia

Peter estaba en medio de la sierra, rodeado de pumas y serpientes venenosas que sabía que podrían atacarlo en cualquier momento. Estaba tan oscuro que la mayor parte del tiempo no podía ver sus propias manos, y cuando sí podía ver algo, todo estaba borroso porque había estado varias semanas con los ojos vendados. Se sentía muy débil para caminar, así que comenzó a gatear hacia el camino, usando la linterna de su teléfono para guiarse. No tenía mucha voz, pero siempre que su hermano hablaba, contestaba.

—Aquí estoy. Estoy bien. Pero no veo nada, así que no sé dónde estoy.

Olivia

La carretera en la sierra era sinuosa, pero Junior la conocía tan bien que no bajó la velocidad. Estaba como boca de lobo, y se dio cuenta de que si echaba las luces altas, Peter lo vería a kilómetros de distancia, sabría que era él y lo llamaría.

—Te veo —dijo Peter—. Te estás acercando.

—Pero no sé qué tan lejos estés —dijo Junior—. ¿Tienes una luz?

—Sí, pero no es ninguna maravilla. ¿Oyes esos coyotes?

—Sí.

—Ve hacia ellos.

Peter estaba justo al lado de unos coyotes, y cuando levantó el celular, Junior pudo oírlos ladrar y aullar. Se acercó a ellos, oyendo crecer más y más sus gemidos.

Por fin vio la lamparita de Peter a lo lejos. Se acercó y se detuvo a media carretera. No podía orillarse, porque estaba al borde de un precipicio. Abrió la puerta y Peter se arrastró dentro del coche, tan flaco que parecía un viejito. Se echó a llorar y agarró a Junior por la cabeza, porque necesitaba ver la cara de su hermano. No se la creía: estaba convencido de que estaba a punto de morir.

—Nada me importa más que tú —dijo.

—Me alegra muchísimo verte —dijo Junior al abrazarlo.

—No puedo creer que me dejaran ir, Junior. Creí que me iban a matar.

—Ahora estás seguro —lo reconfortó su hermano, pero no era suficiente.

Peter moría por saber algo más.

—¿Dónde está Mia? —preguntó.

—En casa, esperándote —contestó Junior—. Y allá vamos ahora mismo.

Mia

Acababa de salir el sol cuando Peter y Junior entraron a la casa.

Vi a Peter desde las escaleras, pero tardé en reconocerlo. Parecía un niño de diez años. Cuando corrí abajo y lo jalé contra mí, sentí que daba arcadas. Frágil, tenía los

ojos hundidos y estaba tan frío que era casi como si se hubiera muerto. Nos quedamos así unos diez minutos. Entonces supe que nunca volvería a ser el mismo.

Subí con él las escaleras y entramos al baño. Traté de encender la luz, pero me detuvo.

—No, por favor. Me lastima los ojos —dijo.

Cuando nos quitamos la ropa y nos metimos a la regadera juntos, un olor a sudor, basura y muerte me abrumó. Entonces comencé a asearlo con cuidado para no lastimar sus heridas.

—Estás en casa —dije—. Y yo me voy a asegurar de que nunca te vayas otra vez.

Cuando por fin salimos de la regadera, Peter comenzó a hablar.

—Todo el tiempo que estuve lejos, recé. Le pedí a Dios que protegiera a mi hermano el resto de su vida, y recé por Olivia, por que fuera fuerte y amara a Junior para siempre. Le di gracias a Dios por hacer que fuera tan buena con él, y pedí perdón por siempre hacerle la vida tan difícil. Recé por que mi hija tuviera una vida larga, feliz y sana, y por que encontrara a alguien que la amara tanto como yo. Y le pedí a Dios que me perdonaras.

—¿Por qué?

—Por dejarte como lo hice.

—No seas tonto.

—Y le prometí que, si me traía a casa, me casaría contigo y sería un esposo y un padre devoto. Mia, me salvaste la vida otra vez.

No nos comprometimos en ese instante, pero se veía venir. Algo esencial había cambiado en Peter —algo que lo estaba fijando a mí y a la vida en México— y sentía en la médula que la vida estaba a punto de volverse mucho más compleja.

Estaba lista. Claro que me aterraba que el hombre al que amaba hubiera visto a la muerte de frente, pero estaba preparada para una vida con alguien a quien amaba incondicionalmente, a pesar de su trabajo.

¿Pero estaría dispuesta a arriesgar mi vida por ese mundo? ¿Lo estaría cualquiera de nosotros?

Era un dilema que nos veríamos forzados a resolver más temprano que tarde.

TERCERA PARTE

DEMASIADO ADENTRO

Sinaloa

Olivia

El Chapo llevaba años expandiendo el Cártel de Sinaloa hacia Estados Unidos. Pero para mantener su maquinaria en funcionamiento necesitaba socios de confianza que conocieran el narcotráfico estadounidense al dedillo. Después de la junta con Junior se dio cuenta de que no había duda de que los hermanos Flores eran los apropiados.

Mia

Al *Chapo* le gustaron los libros de contabilidad limpios y ordenados de Junior y Peter, sobre todo la manera en que se sumaban las cifras y crecían y crecían. Le asombraba que se complementaran entre sí —Junior tenía un talento innato para las relaciones de negocios y Peter brillaba por su manejo de la logística— y le maravilló que le pagaran más rápido de lo que había esperado.

Olivia

El Chapo sabía que habían picado dos peces gordos y, para llevar a tierra el anzuelo, los convocó a una junta en las montañas no mucho tiempo después de que Peter regresara a casa en mayo de 2005.

Mia

Peter estaba flaquísimo antes de ir con Junior a Sinaloa a conocer al *Chapo* y al *Mayo*. No era él mismo en absoluto; seguía entrecerrando los ojos por el brillo de la luz y se despertaba a todas horas con pesadillas. Lo oía llorar en sueños y todo lo que podía hacer era abrazarlo y decirle:

—Todo va a estar bien. Estás en casa y estás conmigo.

Me asustaba, pero no traté de cambiarlo. Era difícil aceptar cómo se ganaba la vida, pero la mera verdad es que estaba tan enamorada que eso ya no me importaba. Sabía que estar con él implicaba aceptarlo completo.

Además, podría haberle dicho que acababa de ganarse la lotería y podía mudarse a Europa y ser quien quisiera ser y eso no iba a alterar el curso en el que estaba. Estaba a punto de conocer al capo más grande del mundo, y eso iba a modificar todo.

Olivia

No creo que Mia se haya dado cuenta por completo en ese entonces, pero yo lo sabía. Una vez que trabajabas con *el Chapo*, no podías decir “cambié de opinión”, porque le pertenecías. Tenías que hacer todo lo posible por el Cártel de Sinaloa, porque, de lo contrario, se te había acabado la pinche suerte. La gente del *Chapo* podía tirarte la puerta a patadas y matar a toda tu familia.

Por eso, cuando Junior y Peter fueron a Culiacán a su junta con *el Chapo*, temí por ellos. No quería separarme de Junior, pero él insistió en que lo esperara en casa.

—Mi trabajo es protegerte —dijo—. Así que, por favor, quédate aquí y sé buena chica.

Tres largos días después, él y Peter regresaron, y el primer cuadro que nos pintaron no era lindo.

Mia

Junior le había advertido a Peter que el Cessna aterrizaba cuesta arriba en la pista polvosa de esa montaña; sin embargo, no esperaba ver lo que vieron al salir del avión.

A unos diez metros de distancia había un hombre atado a un árbol seco. El sol lo estaba azotando y no se podía limpiar el sudor de la frente, porque tenía las manos atadas detrás de la espalda. Sinceramente, Peter no podía distinguir si estaba vivo o muerto, y tampoco podía verle las facciones por toda la sangre que tenía en la cara.

—Se veía más o menos como yo me sentía —recordó.

Olivia

Al igual que en el último viaje de Junior, fueron escoltados a la palapa del *Chapo* por un montón de hombres vestidos de militares, con mochilas llenas de granadas y armas semiautomáticas al hombro. Junior y Peter estaban tratando de sacudirse la imagen del hombre al que acababan de ver, pero no era fácil. Tienes que ser un desalmado para que no te afecte ver a alguien muriendo.

Pero al llegar con *el Chapo* las cosas no podrían haber sido más distintas. Su palapa estaba limpia, acogedora y lista para los negocios. El techo estaba cubierto de musgo y el suelo era de concreto, así que, aunque el sol golpeara con fuerza, adentro estaba fresco. *El Chapo* traía una gorra estilo militar y una camisa de algodón; no una camisa de seda ridícula, como en la foto que se tomó con Sean Penn. Nunca se vestía así. Se veía sencillo, como ranchero, no como narco.

En lugar de comportarse serio y escéptico, como la última vez, parecía contento.

—Qué gusto verlos —dijo mientras les daba la mano—. Hagamos negocios.

Mia

El ambiente de la junta sorprendió a Peter y a Junior. *El Chapo* los hizo sentir bienvenidos y relajados, como si no hubiera nada de qué preocuparse. Tenía unos chefs maravillosos —eran cuatro y trabajaban por turnos de quince días— que dispusieron una mesa de comida casera fresca. Sinaloa está en la costa y a la mayoría de sus habitantes les gustan los mariscos, así que había langostas asadas, camarones y ostiones, además de carne asada, filetes, chuletas y tortillas caseras. *El Chapo* no bebía alcohol, así que les dio de lo que estaba tomando: vasos helados de agua de melón, piña y fresa.

Olivia

—¡Coman, coman! ¡Estás muy flaco, Pedro! —decía *el Chapo*—. Queremos que se sientan en casa.

Junior y Peter hincaron el diente y se pusieron a hablar.

Mia

Peter comenzó.

—El secuestro me cambió, señor. Casi muero por los errores y la avaricia de alguien más. Nunca quiero estar en esa situación de nuevo.

—Puedo entender eso —dijo *el Chapo*.

—Si mi hermano y yo hacemos negocios aquí, sólo vamos a trabajar con usted. Queremos línea directa con usted. Sin intermediarios. Sólo podemos hacernos responsables por nosotros mismos.

El Chapo se les quedó viendo y Peter no podía dejar de mirar su ojo virolo. Sentía que lo estaba atravesando. Hubo un silencio de tumba durante un minuto, después del cual *el Chapo* habló:

—Eso está perfecto. También les voy a dar los mismos precios que les doy a mis otros socios de alto grado.

Entonces se paró y les dio la mano: un ademán que implicaba todo. Ni siquiera tenían que pensarlo: estaban dentro, en ese instante.

Olivia

El narcotráfico es despiadado. La gente trabaja años y años para conseguir los mejores proveedores, los mejores trabajadores y buenas conexiones. Casi todos tratan de encontrar un lugar en el que puedan encajar y se quedan ahí para siempre, ganándose bien la vida, pero sin llegar a la cima. Durante la junta de Junior y Peter con *el Chapo* había un puñado de sus socios en la sala, y todos habían sudado sangre y quizás se

habían puesto en cuatro patas y gateado por el desierto para trabajar directamente con *el Chapo*. Al igual que *el Tío Pablo*, seguramente habían traicionado a su propia familia para estar en esa palapa acogedora y fresca, con sus platones de comida gourmet.

Y entonces llegan estos dos gringuitos, en su primera y segunda junta con el jefe, y de pronto están tratando directamente con él, sin preguntas. Cuando *el Chapo* les dio la mano, Peter y Junior miraron a su alrededor y pudieron percibir la envidia de los presentes. Estaban parados en dos filas junto a ellos tres, literalmente al margen, con cara de quererles escupir.

Mia

Pero Peter no había acabado. Después de revisar sus cuentas con *el Chapo* otra vez, habló:

—Señor, hemos cumplido nuestra deuda con usted.

El Chapo asintió.

—Sí, y la pagaron rápido.

—Nos cobró diez millones de dólares. Como puede ver por las cuentas, es más de lo que le debíamos.

—Cierto, pero dadas las circunstancias...

—No voy a discutir, no aquí, en su hermosa casa y después de todo lo que ha hecho por nosotros. No voy a ser mezquino. Pero hay algo que tiene que quiero de vuelta.

El Chapo se detuvo.

—Ya veremos. ¿De qué se trata?

—Quiero el anillo de mi chica. Es lo único que usted tiene que sea especial para mí. Para ella.

El Chapo se rió.

—¡Ganas suficiente dinero para comprarle cien anillos!

Entonces le hizo seña a uno de sus lugartenientes, le susurró algo al oído y asintió.

—Es tuyo. No me debes nada por él. Me voy a encargar de que te lo devuelvan.

Y los despidió.

Olivia

Al día siguiente volaron de vuelta a Culiacán, donde tenían programado conocer al *Mayo* y a su hijo, Vicente Zambada, que se encargaban de toda la logística del Cártel de Sinaloa. También estaban presentes otros dos hijos del *Mayo*, *el Mayito Gordo* y *el Mayito Flaco*. Les decían *narcojuniors*, porque habían obtenido su poder de su padre. Vicente y sus hermanos eran jóvenes y a la moda, y parecían más estrellas de pop que narcos, sobre todo el primero, apodado *el Vicentillo*, siempre vestido de Armani o Tom

Ford. Era guapo, tenía poco más de treinta años y una sonrisa de estrella de cine.

En México, era inaudito que alguien hubiera llegado a la cima sin ser hijo de un capo. Pero ahí estaban esos dos gringuitos, salidos de la nada.

—¿Con quién han estado trabajando? —les preguntó *el Mayo*.

Al parecer, aun en el mundo de las drogas, todo mundo necesitaba referencias.

—Tenemos nuestra propia organización —dijo Junior—. Llevamos años distribuyendo la mercancía por todo el Medio Oeste con nuestros socios, pero ahora vamos a trabajar directamente con usted.

Después de oírlos, *el Mayo* estaba emocionado.

—Me están tomando el pelo. ¿Movían tanto producto solos?

—Sí —dijo Peter—. Hemos hecho todo esto solos.

—Entonces bienvenidos, amigos —dijo mientras les daba la mano—. Bienvenidos a mi familia.

Mia

A la vez que Peter y Junior hacían oficiales sus relaciones con *el Chapo* y *el Mayo*, también se volvieron socios de otro de los cárteles más importantes de México: la Organización Beltrán Leyva. La OBL tenía muchos años trabajando con el Cártel de Sinaloa, y compartían producto y conexiones. Poseía una estructura jerárquica: sus fundadores eran los hermanos Beltrán Leyva, y sus líderes eran Arturo *el Jefe de Jefes* Beltrán y Alfredo *el Mochomo* Beltrán Leyva. Tenían lugartenientes y empleados debajo de ellos, pero también trabajaban con subcontratistas o socios.

Cuando Junior conoció al *Chapo*, fue *el Mochomo* quien le abrió camino. Mucho antes de eso, los Beltrán Leyva le habían ayudado a llevar el negocio al hermano del *Chapo* cuando metieron a éste a la cárcel en 1993, y luego lo ayudaron a escapar en 2001. La sobrina del *Chapo*, Patricia, hasta se casó con *el Mochomo*. Las dos organizaciones estaban tan entrelazadas que trabajar para ambas no era un problema para Peter y Junior. De hecho, era bueno para todos: más drogas en Estados Unidos implicaba más dinero en todos lados.

Olivia

Peter y Junior necesitaban más dinero, rápido. A fin de cuentas, ese año habían sufrido pérdidas por más de treinta millones de dólares. El rescate de Peter no se había pagado con un apretón de manos y una palmadita en la espalda: habían soltado casi diez millones de dólares en efectivo, joyas y propiedades, incluyendo las dos casas de Guadalajara, el rancho de San Juan, relojes Rolex, Chopard y Cartier, varios pares de aretes y un collar de diamantes, pendientes de calavera de diamantes y el anillo de compromiso de Mia.

Mia

El secuestro de Peter en Chicago los había dejado en números rojos por tres millones de dólares; el ataque al almacén, cuando arrestaron a su trabajador Gustavo, les había costado 8.4 millones; el robo de un socio llamado Pacman, dos millones; Sergio Gomez les sacó otros 6.2 millones, y Jerry se había llevado seiscientos mil a Puerto Rico.

Pero las pérdidas eran parte del negocio. No podíamos ponerle precio a nuestras vidas.

Olivia

Ahora que les habían dado la mano al *Chapo* y al *Mayo* era seguro que recuperarían su dinero. No sólo eso: estaban listos para partirse el lomo y hacer que su negocio creciera más de lo que nunca habían soñado. Pero no iba a suceder de inmediato. Pasaron la mayor parte de 2005 volcando toda su energía en su empresa, preparándose para verla explotar.

Yo sabía que iba a cambiar todo para ellos, pero de lo que no me daba cuenta era de que también iba a poner de cabeza nuestra vida cotidiana. Créanme que lo hizo, porque cuando Peter y Junior volvieron de sus juntas con *el Chapo* y *el Mayo* comenzaron a brotar narcos de la pinche nada. Conocimos cientos de nombres y caras nuevos metidísimos en el mundo de los cárteles. De pronto había tipos que llegaban en Ferraris y Lamborghinis a cualquier hora y se quedaban todo el día.

Aquello no parecía normal. Junior, Mia, Peter y yo habíamos crecido en una cultura distinta, y claro que los cárteles y nuestros maridos iban tras lo mismo, pero nosotros éramos estadounidenses, no narcos mexicanos.

Más que nada, me ponía los pelos de punta. Pensé: *¿Qué está pasando? ¿En qué se está convirtiendo nuestra vida?* Pero no podía hacer nada al respecto. Llevaba años empujando a Junior para que dejara el negocio, pero cuando los cárteles comenzaron a pasar de visita, dejé de pedírselo. Sabía que Junior y Peter estaban tan metidos que no había manera de que se salieran. Ahora que se estaban abriendo las puertas, se corría la voz y se hacían conexiones, comenzó a entrar tanto dinero que quedó claro que se estaban convirtiendo en uno de los bienes más preciados del Cártel de Sinaloa.

A mediados de 2005 Junior y Peter estaban adentro hasta la médula. Y cuando comenzaron a suceder cosas malas en nuestras vidas privadas, quedó claro que no había manera de que se largaran.

En lo próspero y en lo adverso

Olivia

Cuando estaba en la secundaria, siempre le pedía permiso a mi mamá para salir. Me llevaba con chicas más grandes a las que dejaban irse de fiesta todo el tiempo, pero a mí no, así que tenía que rogarle a mamá cada vez que surgía algo.

—¡Por favor, mamá! —le decía—. ¡Hoy va a ser la mejor fiesta, la más loca!

—A lo mejor a la siguiente —contestaba.

Todos los fines de semana conseguía un volante nuevo anunciando un gran evento, lo agitaba frente a sus ojos y le decía:

—¡Es la mejor fiesta, la más loca!

A veces sí me dejaba ir y mi papá me recogía; pero cuando no lo hacía, me comportaba como si fuera el fin del mundo. Me encerraba en mi cuarto y le decía:

—¡No puedo esperar a tener dieciocho y salir de aquí!

En ese entonces lo que le decía le molestaba muchísimo, pero eso ya está en el pasado. Ahora el dicho preferido de mi familia es: “¡Va a ser la mejor fiesta, la más loca!”

Junior y yo queríamos exactamente eso para nuestra boda el 12 de junio de 2005: una celebración memorable. Era su cumpleaños y se cumplía exactamente un año desde que nos habíamos comprometido. El tema era todo de blanco, y volé a Nueva York para comprarme un vestido de boda Versace y un traje Ferragamo para Junior. Mientras estaba de compras, me embargó tanto el momento que también me llevé un traje Burberry completamente blanco para Peter. Junior y yo planeábamos casarnos en Puerto Vallarta, justo en la playa, cerca de donde nos habíamos comprometido, y habíamos contratado a una planeadora de bodas fuera de lo común para arreglar los detalles de la ceremonia y la recepción. Compramos cientos de mariposas y palomas blancas y planeamos unos fuegos artificiales que durarían casi una hora. Llevamos a unos cien familiares, amigos y socios desde Chicago, y rentamos un ala de habitaciones en el Four Seasons. Teníamos un itinerario que duraba todo el fin de semana. Elegimos restaurantes para cenar. Iríamos a nadar con delfines. Iba a haber boda y luego recepción. ¡Sería la mejor fiesta, la más loca que hubieran visto!

Sin embargo, dos días antes de que empezara, con todos registrados en sus *suites* y yo en nuestra casa de playa revisando los detalles de último momento, Junior entró con cara de terror.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Peter quiere que cancelemos la boda.

—¿De qué rayos hablas?

En ese punto, igual habría podido pedirme que dejara de estar embarazada. Para mí, el tren ya había partido. Estaba segura de que Peter estaba celoso porque era muy marica para pedirle a Mia que se casara con él, o tal vez se tuviera tanta lástima que no podía soportar ver a su hermano feliz. No pensaba en serio eso —quería a Peter—, pero de todos modos yo estaba enojada.

—Acaba de oír que un montón de tipos están hablando de nuestra boda en las calles de Chicago y tiene un mal presentimiento —dijo Junior—. ¿Y si alguno de ellos decide denunciarnos? Somos fugitivos, ¿recuerdas?

Me abrazó.

—No hay nada que desee más que casarme contigo este fin de semana, Liv, pero no puedo sólo pensar en mí. También pondría en riesgo a mi hermano.

—Tu hermano se puede ir mucho a la chingada.

No creo haberme sentido tan herida en mi vida. Era como si me hubiera dejado en el altar con mi vestido de novia y mi panza de embarazada a la vista de todos. Me paré frente a él con los brazos cruzados, con cara de querer matar a alguien, y me puse a pensar. *¿Y si en medio de mis votos entran los federales y se llevan a Junior y a Peter esposados? No me lo podría perdonar. ¿Y si mis pobres papás, que vinieron desde Chicago, y mi hijo adolescente, que ha pasado por tantas cosas, acaban metidos en una operación encubierta?* Por mucho que hubiéramos intentado que nuestros amigos juraran discreción, quizá a uno de ellos se le había salido algo. En ese momento me di cuenta de que estaba siendo egoísta. La situación de Junior y Peter apestaba, pero ahora era parte de mi vida.

¿Pero cómo iba a decírselo a mi familia y a mis amigos? Todavía no les había revelado a mis padres cómo se ganaba la vida Junior. Tenía muchas ganas de que mi papá viera lo que yo veía en él, y si supiera que era un fugitivo, nunca lo bajaría de ahí.

Lo pensé y decidí hacer lo que haría cualquier mujer en mis zapatos: seguir mintiendo a todos.

—El papá de Junior tuvo un accidente de auto horrible —anuncié ante todos en la cena la víspera de la ceremonia—. Y tenemos que cancelar la boda. Junior tuvo que regresar a San Juan.

Me quedé ahí parada, sola, con cientos de ojos mirando mi pancita. Nunca me había sentido más avergonzada y humillada. No pude mantener la compostura y comencé a llorar a gritos. Nunca he sido de las que se tienen lástima, pero en ese momento no sólo me compadecí, sino que también me sentí mal por mi bebé. Lo único que quería era estar felizmente casada, tener una familia y, lo más importante, poseer estabilidad para ellos. Pero ahí estaba, cancelando mi boda porque mi futuro esposo era un fugitivo.

Nuestro fin de semana mágico se acabó, y el lunes todos comenzaron a irse de México, uno por uno. Pero mi familia inmediata se quedó: se habían tomado días extras

del trabajo y decidieron convertirlos en vacaciones. De pronto tuve una idea, y corrí a la casa de playa, donde Junior y Peter estaban escondidos.

—¡Chicos! ¿Y si hacemos la boda el miércoles? Mi familia sigue aquí, y la planeadora de bodas podría lograrlo. Sólo va a ser más pequeña.

—Eres brillante —dijo Junior, y sacó a relucir su sonrisota. Pero Peter no estaba convencido.

—Todavía no estamos a salvo. Todavía podrían encontrarnos.

Por la cara que puse cualquiera habría adivinado que estaba enojada. No podía creer que todavía tuviera que convencer a Peter. Hasta comencé a dudar de que quisiera que me casara con su gemelo. ¿A lo mejor creía que no lo merecía? ¿A lo mejor quería a alguien más dulce y gentil, alguien más como Mia? No entendía por qué no podía ver que amaba a Junior, que queríamos casarnos más que nada en esta vida y que no íbamos a aceptar un no como respuesta.

Por suerte, ya había resuelto las preocupaciones de Peter.

—Si los federales no se presentaron ayer —dije— es obvio que ya no van a venir.

—Cierto —admitió por fin—. Supongo que tienes razón.

Dos días después, nuestra boda resultó ser más hermosa de lo que había imaginado. Mudamos todo a una propiedad de lujo con doce habitaciones en Punta Mita, en una playa exclusiva llamada Los Ranchos, a las afueras de Puerto Vallarta. La casa estaba justo al lado de la propiedad de Joe Francis, el tipo que creó *Girls Gone Wild*, y adonde van de vacaciones las Kardashian. La propiedad en la playa estaba completamente cubierta de orquídeas blancas. La alberca tenía velas flotantes y cisnes nadando en ella. Todos los mariachis se vistieron de blanco, y Peter y Mia nos regalaron dos caballos bailadores con los que nos tomamos fotos en la playa, frente al imponente pabellón. Samantha y Sasha llevaron las flores —vestidas de blanco, por supuesto—, Xavier fue el portador de los anillos, Peter fue el padrino, y mi hermana, la madrina. Junior escribió unos votos preciosos que me derritieron el corazón, y liberamos dos palomas blancas para representar nuestro amor eterno. Los invitados liberaron cientos de mariposas blancas y literalmente parecía que estaba nevando.

Después de la cena, Peter pidió el micrófono. Yo contuve el aliento. Peter era impredecible y después de lo que habíamos pasado el fin de semana ya no sabía qué pensaba de mí. Nos pidió que nos acercáramos, nos miró a los ojos y comenzó a hablar:

—Hoy no estoy perdiendo a mi hermano, estoy ganando una hermana —dijo mientras se volvía hacia mí—. Liv, gracias por ser tan buena con Junior.

Al oír esas palabras no sólo suspiré de alivio, sino que sentí una dicha genuina. Me di cuenta de que sólo había estado preocupado. *Yo también estaría paranoica si hubiera vivido la mitad de lo que él ha vivido*, pensé.

Por la noche nos divertimos como nunca. Era una bendición tener ahí a nuestros

hijos, a nuestras dos familias y sólo a nuestros amigos más cercanos. Estaba feliz de que sólo hubiera asistido la gente que nos importaba. Fue hermoso e íntimo. Entonces me di cuenta de que no tenía por qué ser la mejor fiesta, la más loca. Sólo porque me casé con Junior ya era perfecta.

Mia

Yo no tengo una gemela, así que no sé qué se siente ser tan cercano a alguien, pero cuando Peter brindó por Junior y Olivia presencié algo realmente profundo. Sinceramente, si Junior y Peter no nos hubieran tenido a Olivia y a mí en sus vidas, creo que serían igual de felices solos. No sólo son idénticos: prácticamente son la misma persona.

Pero a Peter le costó ver casarse a su hermano. Seguía paranoico y dañado por el secuestro, y creo que le preocupaba que Olivia usurpara su lugar. Claro que Junior y él habían vivido separados y tenido relaciones e hijos que los alejaban, pero esta vez parecía definitiva. Aun así, Peter sabía que Olivia era la mujer perfecta para Junior, y por eso estaba realmente feliz por él. Ver a Junior tan suertudo lo hacía suertudo a él.

Yo esperaba poder hacerlo sentir la mitad de bien algún día. Con mi anillo de compromiso de vuelta en mi dedo, Peter había dejado claro que yo también era lo que él quería. Sabía que nos íbamos a comprometer pronto, y eso era lo que más quería en el mundo. Anhelaba la misma felicidad y el mismo compromiso que Olivia y Junior sintieron en su boda.

Olivia

Peter y Mia eran la pareja más enamorada del lugar esa noche, aparte de Junior y yo, claro. Recuerdo haberlos visto bailar toda la noche, mirándose como si fueran las únicas dos personas en la Tierra. Aunque Peter estuviera triste por renunciar a su hermano, también estaba ganando algo: a Mia.

Mia

Peter nunca me había prometido nada. Ni siquiera cuando me dio el anillo de compromiso dijo: “Vamos a estar juntos para siempre”. Conociendo por lo que había pasado, me di cuenta de que no quería mentirme, porque su vida no tenía garantías. Todos los hombres con los que salí me vendieron una sarta de mentiras, pero Peter no. Se rehusaba a prometerme un futuro, y eso, para la mayoría de las chicas, habría sido muy deprimente, pero yo necesitaba esa honestidad.

Aquel verano de 2005 Peter mejoraba día con día, aunque siguiera teniendo

pesadillas. Le aterraba estar en Guadalajara, porque *el Tío Pablo* sabía dónde vivíamos. Así que comenzó a presionar a Olivia y a Junior para que se mudaran con nosotros, y nos tomamos un tiempo para explorar otras ciudades donde vivir. Por fin, los cuatro decidimos mudarnos a nuestra casa de playa en Puerto Vallarta.

Durante todo el mes de octubre, Peter y yo caminamos por la playa de noche. No había humedad, así que podíamos dejar que nos acariciara la brisa sin poner pegajosa nuestra piel. Las tortugas marinas estaban desovando, así que debíamos tener cuidado de no pisar sus huevos mientras andábamos de puntitas por la arena.

Una noche, paseando de la mano por la playa, buscando huevos y mirando las estrellas, de pronto Peter se cayó.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Entonces me di cuenta de que se había hincado.

—Mia, te amo más que a nada en este mundo —dijo—. ¿Te casarías conmigo?

Sin detenerme un segundo a ver el enorme anillo que sostenía, grité:

—¡Sí!

—No quiero esperar —dijo—. Quiero hacerlo lo más rápido posible.

No perdimos el tiempo. Pasamos los siguientes dos meses planeando la boda de nuestros sueños: una ceremonia en la playa de corbata negra. Mis papás todavía no nos habían visitado y ésta iba a ser la ocasión para que conocieran mi nuevo mundo. Aunque hablara con ellos todo el tiempo, todavía no les había dicho lo que hacía Peter. Pero sospechaban algo. No querían que me alejara de ellos, así que nunca insistían en el tema. Más bien me decían cosas como la siguiente:

—Sólo cuídate. Debes tener cuidado todo el tiempo.

Quería que me vieran feliz, que atestiguaran lo maravillosa que iba a ser mi vida, así que cada detalle de mi boda era importante. También para Peter; nunca lo había visto tan emocionado. No podíamos esperar a estar casados para siempre, y el 10 de diciembre de 2005 ya estábamos listos para decir: “Sí, acepto”.

Olivia

Yo estaba a punto de reventar, con una cesárea programada en diez días, pero eso no iba a impedir que ayudara todo lo posible. Mia quería tener una boda tradicional, ya sabes, con vestidote blanco de Cenicienta y todo, e iba a ser algo genial. Ordenó una tonelada de orquídeas de Colombia y las puso por todas partes: en las mesas, en el salón en el que iba a ser la recepción, decorando el pabellón de la playa en el que iban a decir sus votos y regadas por las mesas altas en las que iban a tener su hora de coctel. Había un violinista tratando de encontrar el mejor lugar de la playa para tocar desde allí y como tres bandas de mariachis inundando el salón, que estaba totalmente cubierto de sábanas de satén. Yo caminaba como pato, pensando: *Dios mío. Esto hace que nuestra boda*

parezca fiesta de playa. Entonces decidí regresar a la casa a ver si se le ofrecía algo a Mia.

Entré a su cuarto y la vi sentada en su cama con el vestido de novia puesto, sollozando. Peter, ni sus luces.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—Se canceló la boda.

Apenas podía pronunciar las palabras.

—¿De qué estás hablando?

Mia era un desastre, lloraba y tenía en la mano un pañuelo hecho bola que untaba en su cara para no arruinarse el maquillaje.

—Los están extorsionando. Peter se fue a lidiar con eso y no sé cuándo regresará.

Mia

La situación era un desastre, pero sinceramente debimos haberla visto venir.

¿Qué pasó? Déjenme empezar desde el principio, con todos los jugadores involucrados. Teníamos un chef llamado Luis en nuestra casa de Puerto Vallarta; yo nunca confié en él. Cuando estás en presencia de alguien que no es íntegro ni genuino, lo sientes, y así me pasaba con él. Nunca me había hecho nada, pero lo odiaba. Era muy arrogante, se pavoneaba todo el día enfundado en su mandil Cordon Bleu, y yo no quería que hiciera mi comida. Ni siquiera me gustaba voltear a verlo. Había estado cerquísima de rogarle a Peter que lo despidiera, pero no tenía una razón contundente para que lo hiciera, así que me contuve. Peter me había consentido tanto, que a veces tendía a ser caprichosa, y por fin entré en razón y decidí que ya no iba a ser así. *Soy una mujer adulta y voy a comportarme como tal.*

También teníamos una compañía de administración de propiedad, porque eso es lo que hace una cuando tiene una casa de playa inmensa y no está ahí todo el tiempo. Te cortan el pasto, te riegan los árboles y, al parecer, hacen migas con tu personal, incluido el traidor de tu chef.

Unas semanas antes de nuestra boda, Peter tuvo que ir a la oficina de migración a conseguir los documentos necesarios para nuestra acta de matrimonio. Mientras estaba ahí, se percató de que un agente aduanal lo estaba midiendo. Peter creyó reconocerlo, pero no estaba seguro de quién podría ser. Lo dejó ir y volvió a casa.

Resulta que el segundo trabajo del agente aduanal era con nuestra compañía de administración de propiedades, y Luis le había dado el pitazo de que Peter iba a ir a pedir un permiso. El chef sabía que Peter no estaba limpio, así que presionó al agente para que investigara un poco y, como era de esperarse, descubrió que Junior y Peter eran fugitivos. ¿Qué haces con dos hombres que son buscados por la justicia? O hablas a Estados Unidos y los mandas de regreso o los extorsionas.

La mañana de nuestra boda estaba parada en mi cuarto con mi vestido de novia, mirándome al espejo. Pensaba: *Éste es, sin duda, el mejor día de mi vida. El hombre de mis sueños, que me trata como reina y me ama tanto como yo a él, va a ser mi esposo. Voy a estar a su lado el resto de mi vida.* Entonces, de pronto, oí hombres hablando fuerte justo afuera de mi puerta. Estaban enojados y sus voces subían de volumen, como si estuvieran a punto de pelear. No podía adivinar qué rayos podría estar pasando, así que me asomé por la puerta con mi enorme vestido de Cenicienta.

Vi a Peter ahí parado con dos agentes aduanales mexicanos completamente uniformados. Junto a ellos estaba esa mierda de chef, Luis.

—¡Quédate en el cuarto! —me gritó Luis con ojos de pistola—. ¡Quédate ahí adentro!

Me cerró la puerta en la cara.

Estaba tan apabullada que no podía enojarme. Sólo sabía que algo malo estaba pasando si había dos agentes aduanales ahí, así que tenía que pensar rápido. Tomé los portafolios de Peter, con todos sus libros de contabilidad, y recogí todos los teléfonos que estaban en el cuarto. Mi vestido ha de haber pesado diez kilos, pero me moví rápido. Entré al baño, me trepé al tocador y abrí la ventana. Había unos arbustos enormes junto a la casa, justo debajo de mí, y abrí los portafolios y comencé a tirar todos los libros, los teléfonos y todo lo demás.

Luego corrí de regreso a la puerta con el vestido ondeando a mi alrededor, la abrí y vi que el agente aduanal sostenía una foto con la leyenda: “Se busca” que al parecer había encontrado en internet. Las caras de Peter y Junior estaban justo ahí, una junto a la otra.

Azoté la puerta y me quedé ahí parada, incrédula. *Ya fue*, pensé. *Peter va a ir a la cárcel el día de nuestra boda.*

A pesar de mis jadeos y de mi hipo podía oír lo que pasaba afuera.

—Dennos un millón de dólares o la policía estadounidense viene por ustedes —dijo el agente aduanal.

—Lo aceptamos en abonos —dijo Luis.

Aunque estuviera casi histérica, los leí como libros abiertos. *Sí, claro*, pensé. *Cuando prueben aunque sea un poquito de ese dinero van a volver por más. Y no van a dejar de venir nunca.*

Peter estaba furioso, pero fue mesurado.

—Miren —dijo—. Les puedo dar cien mil ahora y el resto cuando vuelva a Guadalajara.

Hizo una pausa.

—Hoy es mi boda y tengo que pagar todo. Así que dejen que me case y les paso el dinero en la semana.

Cuando todo volvió a la normalidad, supe que habían hecho un trato. Así como así se

fue otro millón, y Peter con él.

Olivia

Mientras estaba sentada en la cama con Mia, abrazándola y diciéndole que todo iba a estar bien, de verdad creía que no había manera de que Peter regresara a tiempo. *Se casan en una hora, pensé. Esta mierda se tiene que resolver rápido.*

No se lo dije a Mia, pero tampoco estaba segura de que Peter estuviera pensando bien las cosas. Digo, ¿había cancelado mi boda por una corazonada y ahora estaba aquí, extorsionado una hora antes de la suya, y todo iba a estar bien? En mi mente, se estaba poniendo a sí mismo y a Junior en riesgo. En un riesgo muy grande. Pero al recordar la pesadilla por la que yo había pasado, no podía soportar que Mia viviera algo similar. No me daba el corazón para quebrarle la esperanza, así que cerré el hocico.

Por suerte, estaba equivocada. Una media hora después, Junior entró al cuarto, nos vio sentadas en la cama y sonrió.

—Está arreglado —dijo.

Mia soltó un gritito ahogado.

—¿Dónde está Peter?

—Afuera. Vamos. Tenemos una boda a la que hay que asistir.

Entonces jaló a Mia a su lado derecho y a mí a su izquierdo. Juntos, tomados del brazo, nos fuimos.

Mia

A pesar de todo lo que había pasado, Peter y yo tuvimos la boda de nuestros sueños. Nuestra noche estuvo llena de amor y felicidad, y festeamos hasta la mañana siguiente. Cuando mi familia habla de ese fin de semana, siempre dice: “Fue la boda más hermosa a la que hemos ido”.

En cuanto a mí, no sólo estaba contenta porque tuve una boda de cuento de hadas con mi príncipe apuesto, sino porque andaba por las nubes por haberme convertido en la señora Flores.

Margarito Senior

Olivia

Mi embarazo había transcurrido completamente sano y sin contratiempos, pero en México los doctores y los hospitales harían cualquier cosa para ganar más dinero, así que me convencieron de hacerme una cesárea.

Junior y yo teníamos programado el nacimiento de nuestro bebé para el 19 de diciembre de 2005 y estábamos tan emocionados que nos volvimos locos preparándonos para él. Le compré a Junior una mochila Louis Vuitton para que la usara de pañalera; combinaba con el bolso masculino que utilizaba para cargar todos sus celulares. En mi maleta empaqué un mameluco Burberry y un gorro, un babero y una cobijita que combinaban. La noche antes de salir al hospital, Junior les pidió a las muchachas que me lavaran todas las sábanas y cobijas para que olieran a Downy y que limpiaran las cosas del bebé con Dreft. Quería asegurarse de que estuviéramos cómodos.

Lo que rodeó el nacimiento de Brandon constituyó nuestra época más feliz. Al verme a los ojos, Junior me recordó por qué se había enamorado de mí y cuánto me amaba. Cuando la enfermera recostó a nuestro hermoso niño en mi pecho estábamos rebosantes de alegría. *Parece un ángel del Señor*, pensé, y cuando Junior lo tomó entre sus brazos, me di cuenta: *Junior tiene el alma más dulce y gentil, y me dio un hijo hermoso. A cambio yo le di el don de saber qué es una familia hermosa.*

En ese instante, por fin me dejé ir. Con Junior no necesitaba cuidar mi corazón. Confiaba en él, y dejó de importarme su trabajo. Dejé de querer ponérsela difícil. *Cambiará cuando sea el momento*, pensé. *Me dio su palabra y le creo.*

Unos días después estábamos en casa, y era hora de celebrar Navidad con la familia.

Mia

Nochebuena llegaría cinco días después de que naciera Brandon, pero Olivia de todos modos quiso tener una gran cena en familia. Ella y Junior montaron un árbol gigantesco y cubrieron de lucecitas blancas su casa, lo que iluminó toda la cuadra. Envolvieron sus regalos y decoraron cada centímetro de su hogar con motivos navideños. Fue mi primera Navidad de recién casada. Francamente, Peter y yo nos habríamos quedado todo el día en la cama de haber podido hacerlo, pero Olivia se había lucido y yo sabía que haría la mejor Navidad de la historia.

Olivia

Las reuniones familiares son muy importantes en mi familia, sobre todo para mi mamá.

Tiene siete hermanos y hermanas, y cada año cocina para todos y los invita con sus hijos y sus nietos. Sinceramente no recuerdo fiestas sin por lo menos cincuenta personas en casa. Mamá sigue tomando fotos en todas nuestras reuniones y hace álbumes con ellas, que nos regala a cada quien en Navidad. A veces la molesto diciéndole: “¡No elegiste las mejores fotos mías!”, pero sólo bromeo: la quiero y la admiro mucho por la forma en que mantiene unida a su familia —por el modo en que nos muestra en qué consiste una familia— y siempre he querido hacer lo mismo en mi hogar. Sobre todo durante mi primera Navidad con mi hijo nuevecito.

Había comprado todo lo necesario para la cena, y alineado los ingredientes en el refrigerador y la alacena. Estábamos a punto de sentarnos ante un banquete estadounidense de pavo, jamón, ensalada de papas, camote, puré de papa con jugo de carne y seis postres distintos. Después de dos bodas ese año, ésa era nuestra primera Navidad oficial como familia Flores y quería que fuera la más alegre en nuestra memoria. Nadie estaba en la cárcel, hacía meses que no secuestraban a nadie y no había nada más que hacer que celebrar la temporada.

Mia

Peter y yo cargábamos a Brandon cada instante que no estaba comiendo, y las hijas de Junior, Samantha y Sasha, no dejaban de verlo y decir:

—¡Parece muñeco!

Estaban todos ahí: Xavier, Adrian y Daniela, el hijo y la hija de Daniela, las hermanas de Junior y Peter con sus familias. Y, por supuesto, estaban mis suegros, a quienes seguía tratando de entender.

Mi suegro era muy tradicional. Creía que una esposa debería estar en casa descalza, embarazada y cocinando, así que estaba más que contento de que Liv preparara la cena toda la noche y cocinando todo el día, aunque hubiera tenido una cesárea menos de una semana antes. No dejaba de hablar al respecto, y no tardó en volverse irritante. Tenía que decir algo.

—Ha hecho mucho más con su vida que sólo cocinar, ¿sabe?

—¡Pero está asando un pavo cuando apenas puede tenerse en pie!

Olivia había producido discos, tenido un hijo a los quince años y sobrevivido a un esposo asesinado, y aun así, ¡cocinar esa maldita cena era lo más impresionante que había hecho en su vida!

La mayor parte del tiempo pensaba que mi suegro era totalmente impertinente y podía volver loco a cualquiera. No se parecía en nada a mi papá, que se preocupaba genuinamente y siempre era cálido. No estaba segura de poder sentirme cómoda con él nunca, pero, al igual que todo en la vida de Peter, iba a aceptarlo porque amaba a mi marido.

Sin embargo, comencé a darme cuenta de que mi suegro era listo. Supe de dónde había sacado el cerebro Peter. No usaba su inteligencia para hacer lo correcto, pero podía ser impresionante.

Recuerdo una reunión con un agente de bienes raíces en Guadalajara, cuando yo acababa de llegar. El señor tenía una libretita —que siempre traía consigo— y anotaba todo lo que quería saber de los bienes raíces.

—¿Así que podrías declarar esta propiedad a un precio bajo para iniciar una guerra de ofertas?

—Sí, señor.

Entonces mi suegro abría su libreta y tomaba nota. No había pasado la secundaria, pero sin importar con quién estuviera hablando quería aprender de él. No era afectuoso, pero tenía muchas buenas cualidades. Sólo que resulta que estaba en el negocio equivocado y nunca dejó de tomar malas decisiones.

Olivia

Mi suegro nunca tuvo cuidado. Vivía en un pueblito en medio de la nada y tenía un rancho hermoso con cascadas, diez caballos y toda clase de gallos de pelea. Obviamente, era el hombre más rico en kilómetros a la redonda, pero se negaba a contratar seguridad.

—¡Nadie va a tocarme aquí! —decía—. ¡Conozco a todo el mundo!

Lo suyo eran las apuestas —lo hacían sentirse vivo— y le encantaba presumir su dinero. En San Juan había un localito en el centro al que la gente iba a jugar cartas y dominó, y él llegaba con quinientos mil dólares en efectivo. Luego, los fines de semana, iba a los caballos y apostaba cien mil o doscientos mil sin pensarlo y no le importaba perderlos.

—No puedes hacer eso —le decían Peter y Junior—. Y no puedes salir solo. Lleva seguridad. Llévate a un amigo. Protégete.

Pero no les hacía caso. Quería hacer lo que le diera la gana y nadie iba a decirle lo contrario.

Mia

Un día después de Navidad, mi suegro se regresó a San Juan desde Guadalajara. Sabíamos que tenía otra familia allá, una segunda esposa y tres hijitos, pero ninguno de nosotros hablaba de eso abiertamente. Nadie en la familia ni en el pueblo lo aprobaba, pero no queríamos discutirlo.

A veces, antes de dormirnos, Peter comenzaba a hablar al respecto de la nada.

—¿Por qué le hace eso a mi mamá? —preguntaba.

Yo no tenía la respuesta, pues me preguntaba exactamente lo mismo.

Él y mi suegra, Amilia, llevaban casados desde que ella era adolescente y, Dios mío, cómo se peleaban cuando salía el tema. Mi suegro se iba una o dos noches, se quedaba con su otra familia y, cuando volvía a casa arrastrando su andadera, mi dulce suegra se convertía en otra persona y se le dejaba ir.

—¿Dónde estabas? —le gritaba.

—En la casa de apuestas.

Ella despotricaba contra él, que la ignoraba, y una hora después, ella salía de su cuarto, le hacía el desayuno, le planchaba la ropa y lo llevaba de compras. Cada vez que los veía juntos, pensaba: *¿Por qué hace esta mierda? ¿Y por qué ella lo soporta?*

Olivia

Detestaba que lastimara a mi suegra. Era una mujer maravillosa, la clase de madre que yo quería ser. Junior y Peter trabajaban toda la noche, así que a veces íbamos todos a su casa a las tres de la mañana y ella se despertaba con una sonrisa y nos preparaba una comida de cinco tiempos como si fueran las tres de la tarde. Siempre era cálida y cariñosa. Verla realmente me ayudó a suavizarme, pero no cuando se trataba de la otra familia de mi suegro, y sobre todo no cuando se largó el día después de Navidad para estar con ellos. Le dije exactamente lo que sentía y, créanme, fue sin filtros.

Mia

No mucho tiempo después de que se fuera mi suegro, Olivia estaba descansando y Peter y yo estábamos con Junior, mimando a Brandon. Me maravillaba el buen padre en el que se había convertido al instante, sin esfuerzo. Entonces sonó uno de los teléfonos de Peter, y cuando lo contestó y comenzó a hablar, se veía sombrío.

—Ay, no. No lo puedo creer.

—¿Qué pasó? —preguntó Junior.

—Secuestraron a papá. Estaba paseando por el pueblo con su hijo de tres años y alguien los agarró a los dos.

—Putra madre —dijo Junior—. Era cuestión de tiempo. Le dijimos que no se fuera solo a San Juan.

Era cierto. Caminar por ahí presumiendo dinero y sin seguridad era como traer una diana en el pecho.

—Tenemos que irnos ya —dijo Peter—. Quienquiera que los haya agarrado podría estar tras nosotros también.

Olivia

Me tomó un mes asegurarme de que el cuarto de Brandon estuviera perfecto antes de que naciera. Y cuando lo llevamos a casa del hospital nuestro hogar se sentía calidísimo. Pero en nuestra familia no podía haber un suceso feliz sin algún tipo de tragedia. En México sabíamos que en cualquier momento podríamos tener que dejarlo todo e irnos, así que me había entrenado para desapegarme y dejar de preocuparme por las cosas materiales. Nuestra seguridad era prioritaria, y nuestra familia siempre estaba primero. Cuando Peter y Junior dijeron que teníamos que irnos de la casa, sólo podía pensar en mi suegro y en su hijo atados Dios sabía dónde. Fue devastador para mí —para todos nosotros— y sabía que no teníamos otra opción.

Decidimos ir a un hotel. Desafortunadamente, como era temporada navideña, todo estaba lleno, así que terminamos en un motel barato a unos kilómetros de casa. Todo el clan se amontonó en unas cuantas habitaciones: mi suegra; la hermana de Junior y Peter; las hijas de Junior; la hija de Peter, Sofía; Adrian, Daniela y sus hijos; Peter y Mia, y yo, Junior y nuestro bebé de menos de una semana. Les tengo fobia a los gérmenes al grado de que solía obligar a nuestras muchachas a que limpiaran diariamente las suelas de los zapatos con Clorox, y recuerdo haber pasado la vista por ese lugar sucio y pensar: *Dios mío, no puedo estar aquí. Este hotel no es lo bastante estéril para mi recién nacido.*

Mia

Nos apilamos en ese hotel pulgoso durante varios días, todos hacinados. Peter era un desastre, sobre todo porque había vivido dos secuestros y sabía de lo que eran capaces esos monstruos. Daba vueltas por el cuarto estrujándose las manos, con cara de estar ordenando sus pensamientos, pero volviéndose completamente loco al mismo tiempo.

—¿Qué clase de gente secuestraría a un bebé? —decía.

Yo sólo negaba con la cabeza.

—No lo sé, Peter. Pero todo lo que podemos hacer es esperar.

El segundo día, uno de los secuestradores llamó a Peter. Él les había designado un teléfono específico, con una línea dedicada a ellos. Era un celular plateado con tapita e identificador de llamadas, bastante básico para 2005, y cuando se encendió esa mañana —y una vez al día a partir de entonces— me empezó a doler el estómago. Estábamos convencidos de que el bebé y mi suegro estaban muertos.

Peter estuvo en la línea unos minutos, con la cara seria que le había visto un millón de veces. Parecía que iba a pasar de veinticuatro a sesenta años. Cuando por fin colgó, no parecía aliviado, aunque tuviera buenas noticias.

—Están vivos —dijo.

—¡Gracias a Dios! —dije—. ¿Por qué no estás contento?

—El secuestrador quiere seis millones y medio de dólares. Al parecer vive de esto.

Yo estaba confundida.

—¿Y eso qué importa?

—No se trata de un ricachón al que agarraron en la calle al azar para pedir rescate. Es un secuestrador profesional, sabe lo que está haciendo y quiere que le tenga miedo. Para serte honesto, lo está logrando.

Junior se puso serio y básicamente ignoró los sentimientos de su hermano.

—¿Qué más?

—Quiere que le diga *Comandante*. Quiere ser el jefe, tener el control de todo. Y no deja de referirse a quienquiera que haya ordenado el secuestro como *el Viejo*.

—¿*El Viejo*? —siguió insistiendo Junior—. Bueno, ¿nada más?

Peter se detuvo.

—Dice que van a desmembrar al niño si no actuamos rápido.

Creí que iba a vomitar en ese instante. No sabía que la gente hiciera cosas así. ¿Torturar a un niño? En mi mundo esas cosas no pasaban. En 2005 no había películas de cárteles, así que no me había enterado de todas las cosas horribles que le hacen a la gente antes de matarla. Nunca me había cruzado por la mente que nadie, en ningún lugar, siquiera pensara en destazar a un niño.

Olivia

En ese momento mi mundo se derrumbó otra vez. Había soñado con tener estabilidad y creía que cuando tuviera a Brandon todo iba a ser normal. Junior y yo por fin teníamos todo: dos hijas y dos hijos; era como si nuestra pequeña familia estuviera entera. Pero en ese instante, al enterarme de ese pobre bebé, mi vida se puso de cabeza.

Mia

A partir de ese momento, Peter y Junior pasaron casi todos los días, todo el día, hablando del secuestro. No tardaron en darse cuenta de que el secuestrador les estaba dando pistas. El apodo de *el Viejo* era raro. La cantidad del rescate parecía extraña: seis millones y medio es un número preciso, casi exacto. La mayoría de los secuestradores piden diez millones u otra cifra así de linda y redonda. Seis millones y medio obviamente significaba algo. Tenía que significar algo.

La única persona que lo podía averiguar era *el Chapo*. Prácticamente controlaba México y nada pasaba sin que él lo supiera. Si Peter y Junior iban a llegar al fondo del asunto, tenían que volar a la montaña a verlo.

Mi esposo y mi cuñado empacaron cada quien una maletita y decidieron partir a Culiacán a la mañana siguiente. No se iban a ir mucho tiempo: Olivia y yo les preocupábamos tanto como su papá.

Antes de cruzar la puerta, Peter me volteó a ver y dijo:

—Mia, creo que deberías irte. Si esto acaba mal, no quiero que estés aquí.

—Yo no voy a ningún lado. Aquí te espero.

—Entonces te hablo en cuanto llegue allá. Lo siento mucho. Esto no es lo que quiero para ti. Ésta no es la luna de miel que te mereces.

—Peter, está bien —le mentí.

No estaba bien. *Yo* no estaba bien. Estaba sentada en un hotel sucio dándome cuenta de que amar a Peter, estar casada con él, no sólo era cuestión de aceptar su estilo de vida. Era cuestión de vivir todos esos momentos horribles, una y otra y otra vez.

Me dio un beso fuerte en los labios y cruzó la puerta. Sabía que no le iba a pasar nada, pero por primera vez desde nuestra boda mi mundo ideal se hizo añicos, y pensé: *¿Por qué estamos viviendo así?*

Olivia

No se fueron mucho tiempo, pero la reunión fue productiva. *El Chapo* les dijo mucho más de lo que esperaban.

Les reveló que en mayo *el Tío Pablo* había evitado una junta que debía tener con él. Cuando el jefe te manda llamar, no lo ignoras, así que *el Chapo* declaró a Pablo su enemigo y decidió intervenirle el teléfono y mantenerlo vigilado.

Mia

Meses después, la deuda de seis millones de dólares que tenía Pablo con *el Chapo* seguía sin pagarse. Entonces secuestraron al papá de Peter y Junior, en circunstancias increíblemente sospechosas y con un rescate de seis millones y medio de dólares. Aunque *el Chapo* no podía confirmar que Pablo fuera el secuestrador, tenía fuertes sospechas, y les ordenó a Peter y a Junior que no le pagaran un centavo hasta que hubiera investigado.

Olivia

El secuestrador tenía que ser *el Tío Pablo*. El mismo pinche Pablo que había agarrado a Peter hacía menos de siete meses, había pescado a su papá y a su bebé para pagar una deuda de seis millones y medio de dólares que tenía con el Cártel de Sinaloa. Ese hombre no tenía límites.

Mia

El Chapo no sólo les ordenó a Junior y a Peter que no pagaran rescate; también nos dijo

que deberíamos volver a casa y que mandaría a alguien a cuidarnos. Esa persona fue su sicario principal, llamado *Rambo*.

Olivia

Si eres el hombre más poderoso de México, tienes a gente despiadada a tu servicio. El más peligroso de todos era *Rambo*.

Parecía tener alrededor de cincuenta años. Era bajo, fornido y de tez clara, con pelo ultracorto y bigote. Siempre estaba alerta, muy serio, sobre todo en sus “operativos”. Conforme lo fui conociendo, me di cuenta de que no confiaba en nadie porque cada vez que aparecía alguien nuevo, *Rambo* se empezaba a *comportar* como sicario. Muy en serio. Pero con Peter y Junior contaba chistes. Todo mundo se sentía cómodo con ellos.

Mia

Unos días después de que Peter y Junior llegaran a casa, *Rambo* apareció con un grupo de hombres. Peter los llevó a la parte trasera y Junior nos mandó a Olivia y a mí por la cena.

Cuando volvimos con la comida, entramos a una cocina a reventar con unos veinte sicarios, todos con equipo militar de la cabeza a los pies. Desplegado sobre la mesa estaba el tipo de armas que sólo había visto en películas: rifles automáticos de alta capacidad, municiones, cartuchos agrupados en pilas de diez y granadas regadas por la isla. Esos hombres parecían listos para la batalla, y me dieron náuseas.

Así no son Peter y Junior, pensé. *Una cosa es tener seguridad, están aquí para protegernos. Pero otra muy distinta es ver un ejército de asesinos.* En ese momento me di cuenta de que los cárteles hacían mucho más que ganar dinero. Eran muerte y dominio, a cualquier precio.

Olivia

¿Pero eso es algo que una se tomaría personal? Al parecer, no; nunca. Mientras Mia y yo servíamos la comida, con náuseas de preocupación y muriendo lentamente por dentro, *Rambo* se volvió hacia Peter.

—¿Sabes?, uno de mis hombres te secuestró en abril. Está justo aquí. Tómallo como un regalo de mi parte.

Rambo señaló a uno de sus sicarios y le hizo ademán de acercarse. El secuestrador comenzó a caminar rápido hacia Peter. Juro que no podía tener más de veinte años. *¿Ese escuincle bien vestido secuestró a mi cuñado?*, pensé.

De pronto, Peter agarró una de las armas de la mesa y le apuntó con ella. El sicario

quedó petrificado y Mia soltó un gritito ahogado. Peter bajó el arma y comenzó a reírse.

—Es broma —le dijo a su secuestrador—. Ya sé que sólo estabas haciendo tu trabajo.

Entonces le dio la mano. El escuincle, agradecido, le dio un abrazo, feliz de seguir respirando, mientras todo el cuarto soltaba una carcajada.

A mí me conmovió, pero me aguanté. No sé por qué alguien querría abrazar a su secuestrador, pero me di cuenta de que así era Peter. Podía estar enojado un instante y perdonarte al siguiente.

Pero volteé a ver a Mia y no era la mitad de empática. Tenía fuego en la mirada. Pensé: *Ver a estos veinte sicarios y sus armas la horripila. Peor que eso, ver a su esposo abrazar a su secuestrador está sacando a flote recuerdos de la peor época de su vida.* Decidí esforzarme al máximo para consolarla.

—Estos tipos son matones a sueldo, Mia —le dije mientras la abrazaba—. Lo que le hizo a Peter no fue personal.

—Ya sé, ya sé —dijo—. Pero no podemos vivir así.

Me detuve y la abracé más fuerte.

—Todos los días pienso en eso.

Mia

Poco después de que Olivia y yo saliéramos de la casa y nos tranquilizáramos, nuestros maridos nos explicaron qué estaba pasando.

Al parecer, *el Chapo* había descubierto, gracias a su vigilancia, que Pablo estaba de vuelta en su pueblo natal, cerca de San Juan. En temporada navideña hacían ferias que duraban semanas. Familias enteras, pueblos enteros, asistían y bebían y oían música toda la noche. *El Chapo* estaba seguro de que Pablo estaría ahí. El chiste de las ferias era el orgullo y presumir cuánto dinero valían quienes asistían a ellas. Si eras *el Tío Pablo*, no era el tipo de encuentro que debías perderte.

Olivia

Aún molesto porque Pablo se hubiera volado una junta con él, y ansioso por cobrar su deuda, *el Chapo* planeaba enviar algunos sicarios a secuestrarlos a él y a sus dos hijos enfrente de todos, ahí, en la feria. Pablo era su enemigo y *el Chapo* quería enviarle un mensaje claro: no te metas con el jefe. La operación la dirigiría *Rambo* en persona.

Cuando Junior y Peter se enteraron, se sintieron heridos y molestos. Sin importar lo que les hubiera hecho Pablo, nunca le deseaban mal a nadie.

—Sus hijos no tienen nada que ver en esto —dijeron.

—Sólo estoy siguiendo las órdenes del Señor —respondió *Rambo*.

Menos de tres días después, la operación estaba completa. Los hombres del *Chapo* pescaron a Pablo y a sus hijos en la feria, los retuvieron como rehenes y les hicieron Dios sabrá qué tanto.

Mia

No supimos nada durante más de diez días después de eso. El teléfono se calló y creímos que de seguro nuestro suegro y su bebé estaban muertos.

Entonces habló el secuestrador, *el Comandante*. Cuando Peter contestó el teléfono, le quedó claro que *el Viejo* ya no le estaba dando órdenes. Era prácticamente un lambiscón.

—He oído muchas cosas buenas de usted, señor Flores —dijo—. Y lamento que todo esto haya pasado. Por eso ahora sólo queremos dos millones. Démelos y dejaré ir a su padre y a su hijo.

Peter estaba furioso.

—No me estés chingando. Yo no estoy jugando contigo, así que no juegues conmigo. Entrégame a mi padre y a su hijo ya.

Azotó el teléfono tan fuerte que creí que lo había roto.

El secuestrador volvió a llamar de inmediato.

—Me conformo con un millón —dijo.

Peter volteó a ver a Junior y estuvieron de acuerdo. Aunque *el Chapo* les hubiera dado la orden directa de que no pagaran ni un centavo, tenían que hacer lo mejor para su familia. A fin de cuentas, *el Chapo* no había pensado en ellos. Tenía su propia agenda.

—Por favor, dejen el dinero en la Ford Explorer negra en el McDonald's de la 54 y Pulaski.

Peter se detuvo, con la mandíbula caída.

—¿En Chicago?

—Sí.

—Entonces trabajas para Pablo. Nadie más pediría una entrega en nuestra ciudad.

—Sí —dijo el secuestrador, delatando a Pablo sin pensarlo.

Y las cosas se pusieron raras cuando continuó:

—Pero de hecho soy agente federal mexicano y ésta es mi segunda chamba. Preferiría trabajar para usted y su hermano.

Peter colgó. Ni siquiera se dignó a contestarle. En su mente, los secuestradores eran lo peor de lo peor, los limpiaescusados y los pepenadores de los cárteles. No eran más que ladrones, y ellos nunca contratarían ladrones.

La gente hará lo que sea por mejorar su posición en este mundo, pensé. Es más que el dinero. Es poder egoísta.

Olivia

El día después de que Peter y Junior entregaran el rescate en Chicago, su papá y su niño volvieron a casa. Habían sido tres semanas brutalmente largas, y cada minuto horrible se notaba en la cara de mi suegro. Cuando Junior lo vio por primera vez, no se veía muy distinto a Peter cuando volvió de su secuestro: tenía el pelo largo y sin lavar y estaba cubierto de moretones.

—Nunca nos dejaron pasar hambre ni al bebé ni a mí —nos dijo—. Y nunca le pusieron un dedo encima.

Pero ése no era un gran alivio. El niño no dejaba de llorar y había estado teniendo pesadillas. Las tendría durante mucho, mucho tiempo.

Mia

Peter y Junior nunca volvieron a ver a Pablo. Después de que *Rambo* los secuestrara a él y a sus hijos, Pablo cerró su deuda con *el Chapo* traspasándole diez millones de dólares en propiedades. Entonces, *Rambo* liberó a sus hijos, pero por orden del *Chapo* ejecutó a Pablo.

La lección era que nadie le falta el respeto al jefe. Nunca.

La cumbre de sus carreras

Olivia

El año cumbre de Junior y Peter fue 2006. A principios de aquel invierno su negocio había comenzado a crecer más rápido de lo que se habían imaginado, y eran los niños mimados del Cártel de Sinaloa y de la Organización Beltrán Leyva.

Una de las razones principales por las que sucedió así fue que aprovecharon oportunidades y conexiones que nadie más tenía. *El Chapo* y *el Mayo* les enviaban cuatrocientos kilos, mínimo, cada cinco días, una cantidad inaudita. La mayoría de los meses vendían entre dos mil y tres mil kilos en promedio, pero una vez rompieron el récord y vendieron dos toneladas en diez días. En Chicago vendían entre mil y dos mil kilos al mes.

En cuanto a los precios, normalmente pagaban quince mil dólares por kilo. En cada cargamento, los cárteles les permitían comprar 10 por ciento al costo como incentivo, que eran diez mil dólares el kilo. Era una locura: podían subir el precio todo lo que quisieran, pero a Peter y a Junior les daban un gran descuento. *El Chapo* y *el Mayo* insistían en mandarles veinte toneladas de yerba, pero mi esposo y mi cuñado no la querían vender porque ocupaba mucho espacio y olía demasiado. Desafortunadamente, cuando *el Chapo* mandaba no le podían decir que no, así que debían hacerlo.

Después de pagar todo, comenzaron a ganar entre cinco y siete millones de dólares al mes, en promedio. En Chicago habían estado ganando la mitad, unos dos o tres millones libres de gastos. Podían haber ganado más, pero les daban los precios más bajos a sus mayoristas, porque querían ayudarlos a crecer. Los mayoristas no sólo eran buenos elementos: eran sus amigos, no meramente tipos con los que hacían negocios, así que Junior y Peter sabían que si los tenían contentos, habría un buen negocio para todos. Además, los mayoristas perdían mucho entre redadas, decomisos y robos, así que no tener precios muy altos significaba que podían soportar las pérdidas y de todos modos garantizar los pagos.

El Mayo le dijo a Junior que uno de sus hombres se había quejado de sus precios.

—¡Los cuates están vendiendo los kilos demasiado baratos en Chicago! —había dicho—. Por favor, díles que dejen de regalarlos, porque están arruinando mi dinero.

Junior se puso nervioso. Pensó que *el Mayo* iba a comenzar a regularle los precios. En lugar de eso, *el Mayo* se rió y descartó al tipo.

—Lo que quieran hacer los hermanos Flores es asunto suyo —le dijo.

—Díle que la próxima vez que quiera mover producto en nuestra ciudad, nos tiene que pedir permiso —bromeó Junior.

Y podría haberlo hecho, porque, créanme, por la manera en que Junior y Peter

manejaban las distintas partes de su empresa, el negocio no sólo iba bien, iba genial.

Mia

Peter era experto en gestionar los detalles del lado estadounidense. Las cifras, la logística, los pormenores de quién necesitaba qué y cuándo, todo eso le encendía las neuronas. Nunca he visto a nadie hacer llamadas como él. Sonaba un celular y ladraba órdenes para mover un cargamento de cocaína de aquí para allá; luego sonaba otro y colgaba y trabajaba cifras en otra llamada. No había días de descanso.

Se había vuelto más serio y recatado emocionalmente desde su secuestro, así que concentrarse sólo en negocios, con la nariz metida hasta el fondo, parecía aliviarlo un poco. Sentía que le habían dado tanta responsabilidad cuando conectaron con los cárteles que no había lugar para error, y se volvió cien por ciento perfeccionista puro. Él y Junior habían sufrido demasiadas pérdidas y lidiado con demasiada angustia y estrés, así que todo lo que querían era ser geniales en lo que hacían y nunca volver a cagarla. Aspiraban a ser los mejores traficantes de la historia, y en 2006 estaban en camino de lograr esa meta.

Olivia

Mientras Peter estaba más del lado de la logística, Junior era experto en el lado personal. Peter le decía *lameculos* por la manera en la que trataba a sus proveedores, a sus clientes y a sus socios. Los invitaba a salir, los entretenía y los hacía sentirse muy especiales, y claro que a veces parecía un poco excesivo, pero les encantaba. Junior era muy gregario. Le gustaba hablar de otras cosas aparte de negocios, así que todo mundo le agarraba cariño pronto.

Pasaba muchísimo tiempo fortaleciendo sus relaciones y sus conexiones, pero no era a costa de todo lo demás. También montó su infraestructura en Culiacán, la Ciudad de México, Juárez, Guadalajara, Mexicali y Toluca, lo que implicaba que viajábamos sin parar. Tenía que conseguir bodegas y trabajadores y montar negocios que sirvieran de fachadas. Cuando todo eso estaba listo, tenía que negociar algún contrato específico con *el Chapo*, *el Mayo* o Arturo Beltrán por una cantidad específica de coca, normalmente tres o cuatro toneladas a un precio fijo. Si el valor de calle subía o bajaba, no se podía renegociar.

Aunque siguieran recibiendo cargamentos para los jefes, también trabajaban solos. En Chicago, su precio al mayoreo por kilo era de dieciocho mil dólares, pero lo conseguían a quince mil. Es una ganancia de tres mil dólares por kilo. Pero en Los Ángeles costaban doce mil. Al darse cuenta de que podían duplicar sus ganancias si reubicaban sus cargamentos allá, decidieron iniciar su propia ruta. Junior montó la infraestructura, con

bodegas, automóviles con compartimentos secretos, bodegas y trabajadores, mientras que Peter montó las rutas de tráilers y conductores.

Mia

Cuando los contratos estaban pactados con los cárteles, Peter negociaba precios con sus mayoristas. Entonces era hora de mover las cosas. Junior volaba a dondequiera que hubieran aterrizado los cargamentos del cártel para asegurarse de que la cocaína fuera de calidad. Ya que todo resultara correcto, Peter se coordinaba con Junior y se aseguraba de que sus conductores estuvieran listos, con el pago del depósito en mano.

Junior entonces les pagaba a los *fleteros* (contratistas independientes que movían cargamentos de drogas a varias ubicaciones) para que cargaran los autobuses comerciales. Llamaba a su contacto para que despejara los retenes militares y los autobuses pudieran llegar seguros a la frontera. Pagaban cincuenta mil dólares al mes por ese lujo.

Antes de ir a California, Junior hacía que sus trabajadores descargaran los autobuses en Mexicali. Entonces les pagaba a *cruceros*, contrabandistas independientes, para que pasaran el producto por la frontera usando túneles, coches con pase rápido que les permitieran entrar a México sin que los registraran o como prefirieran. Más tarde, cuando obtuvieron acceso a los túneles de *la Puerca*, prescindieron de los *cruceros* y comenzaron a usar a su propia gente.

Cuando los cargamentos llegaban a Los Ángeles, pagaban un depósito, los empleados de Junior cargaban las drogas en camionetas con compartimentos secretos y las llevaban a bodegas. Ahí, trabajadores distintos limpiaban los ladrillos de a kilo, los volvían a empacar y los sellaban al vacío.

Entonces se llevaban los kilos a un almacén y esperaban a los conductores que enviaría Peter. Los empleados cargaban los tractocamiones con ladrillos y entonces Peter enviaba a sus conductores a Cincinnati, Columbus, Washington, Filadelfia, Nueva York, Detroit, y su núcleo principal, Chicago. Peter era meticuloso a la hora de dar seguimiento a los conductores: los cargamentos tenían que llegar a donde los esperaran. Podía haber entre dos y cuatro semirremolques a la vez en el camino, ya fuera con dinero o con drogas, pero nunca llevaban más de trescientos kilos cada uno.

Olivia

Cuando los cargamentos llegaban a su destino, el mismo ciclo volvía a empezar. Los empleados de Peter descargaban los ladrillos, los llevaban a las bodegas, los contaban y los inventariaban. Nunca tenían más de doscientos o trescientos kilos ni cinco o siete millones de dólares a la vez en el mismo lugar, y tenían apodos para todas sus bodegas,

mensajeros y mayoristas, para que si los federales los estaban escuchando, no tuvieran idea de qué ni de quién estaba hablando. Por ejemplo, si había un 7-Eleven cerca, llamaban a la bodega “el 7-Eleven”.

Luego les repartía a sus mayoristas, casi siempre el mismo día, y ellos distribuían entre sus vendedores.

Mia

La última parte de la ecuación era el dinero. Peter hacía que los mensajeros de cada ciudad recolectaran el efectivo con los mayoristas, y sus conductores de tractocamiones lo trasladaban a su base de operaciones en Chicago. Entonces, los mensajeros se lo llevaban a las bodegas. Peter hacía que los pasaran por contadores de billetes, los apilaran por denominaciones, los empaquetaran, los sellaran al vacío y los transportaran hasta los conductores de tractocamiones. Sus trabajadores pasaban la noche contando mientras sus mensajeros les entregaban las drogas a los mayoristas, y él no podía dormir hasta que todos volvieran a casa. No sólo era que quisiera asegurarse de que todo estuviera en orden: necesitaba saber que sus chicos estaban seguros. Contaban millones de dólares, así que no les tomaba una hora. Trabajaban hasta las cuatro de la mañana, así que nosotros no nos íbamos a la cama sino hasta las cinco o seis.

Todos los días estaba cansado, pero nada estaba por encima de sus empleados. Necesitaban saber que eran más valiosos que cualquier cantidad de dinero o drogas.

Olivia

Con todo el dinero cargado, los semirremolques volvían al camino y se iban a Los Ángeles, donde los trabajadores de Junior le entregaban el efectivo a la misma persona a la que le habían recogido el producto. El dinero cruzaba la frontera y luego subía a un autobús comercial hasta la Ciudad de México o Culiacán, y una vez allí, los empleados de Junior inventariaban el efectivo empacado y se aseguraban de que entrara en las cuentas. Junior lo depositaba de inmediato, porque en México no existían consignaciones. Todo el producto al costo tenía que pagarse al contado.

Pero si Junior negociaba un contrato en Los Ángeles o en Chicago los trabajadores descargaban los cargamentos en sus bodegas y depositaban el dinero en esa ciudad. El dinero siempre tenía que pagarse en la ciudad en la que se recibiera el cargamento.

Mover dinero de hecho era peor que mover drogas, y cuidarlo era un trabajo en sí mismo. Junior y Peter les distribuían a los mayoristas, quienes les repartían a los vendedores, y así bajando por la cadena hasta llegar a los tipines en las esquinas que les cobraban billetes de a uno y de a cinco a los drogados. La gente se imagina que el efectivo en el narcotráfico es como el de las películas, en esas escenas en que una persona le da a

otra un portafolio lleno de billetes de a cien limpios y relucientes, todos amarraditos y ordenados en filas. No es así. Tienes un montón de billetes chicos en las manos y debes averiguar qué hacer con ellos.

A veces esos billetes no sólo son un dolor de cabeza, sino un problema real. Una vez, Junior fue a ver *al Chapo* y Olivares estaba furioso con él por los billetes chicos que le habían dado.

—¡Me entregaste 1.6 millones de dólares en billetes de a uno y de a cinco! —gritó—. Ese pinche dinero llenó un contenedor. Más te vale que vayas a recogerlo ahora mismo, porque no voy a aceptar tu mierda de dinero como pago. Si no lo recoges rápido, lo quemamos todo.

Junior estaba estupefacto, pero no lo quería mostrar. Mejor miró a Olivares y al *Chapo* y negoció con ellos.

—Tenemos que recoger entre seis y siete millones para conseguir uno solo en billetes de a cien. No tuvimos tiempo para cambiar el resto en billetes más grandes. Mi hermano está depositando más rápido de lo que los trabajadores pueden contar el dinero y empacarlo. Como ustedes necesitaban transportar el dinero a México rápido, tuvimos que hacerlo así.

El Chapo lo pensó un instante y asintió. Comprendió que Junior estaba haciendo su mejor esfuerzo.

—Déjalo, Olivares —dijo—. Déjalo.

Olivares estaba más que molesto, pero *el Chapo* era el jefe y su orden era definitiva.

Mia

Aunque Peter hubiera tomado el control de los libros y la contabilidad con un detalle meticuloso, él y Junior eran responsables por igual de contratar y entrenar a los empleados. Para su gente eran una sola voz y, juntos, siempre hacían hincapié en una cosa: sus trabajadores tenían que actuar, no pensar.

—Déjennos pensar a nosotros —decían, sabiendo que no había lugar para error.

Sus empleados eran sus ojos y sus oídos, y mantenían relaciones cercanas con todos. Peter y Junior siempre se aseguraban de que supieran que no eran reemplazables, y que nunca preferirían al dinero sobre ellos. Por el respeto que les mostraban, sus trabajadores hacían cualquier cosa por ellos —o nosotras— en cualquier instante.

Olivia

Recuerdo que una vez el socio y amigo íntimo de Junior, Paco, nos recogió en el aeropuerto en Culiacán. Aunque tuviéramos identidades nuevas, los aeropuertos nos molían los nervios, sobre todo aquel día. En cuanto bajamos del avión y cruzamos la

puerta vi a la policía federal.

Caminaban rápidamente hacia nosotros, mirando directamente a Junior. Se me hundió el corazón.

Ay, Dios, pensé. Ya fue. Va a ir a la cárcel. Se lo van a llevar a rastras.

En vez de eso, la policía estaba ahí con Paco para escoltarnos fuera del aeropuerto sin incidentes.

Aquel día me di cuenta de nuevo de lo poderosos que eran Junior y Peter. No sólo tenían a todo el mundo —la policía federal incluida— en la nómina, sino que esos tipos estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de protegerlos a ellos y a nosotras.

Mia

Cuando viajábamos, Peter y Junior tenían reuniones durante el día y Olivia y yo nos íbamos de compras o a comer, y nos juntábamos para la cena. Junior entretenía a sus clientes y Peter se hacía a un lado, un poco serio. De todos modos, siempre era claro que estaban de acuerdo en todo.

Cuando nos hallábamos fuera, sus socios nomás no entendían por qué Olivia y yo siempre estábamos con ellos. Se nos quedaban viendo como preguntándose:

—¿Necesitan estar siempre con sus maridos?

En México, las mujeres no salen con sus esposos si es cuestión de negocios: están en casa cuidando a sus hijos o cocinando.

Olivia

Junior y yo íbamos todo el tiempo a Culiacán, que para mí era otro mundo. Toda la ciudad estaba conectada, totalmente infestada por el cártel. Comíamos fuera, en los puestos de tacos, y pasaban cientos de pick-ups con hombres armados colgados de la caja, a plena luz del día. Mientras trataba de no mirarlos demasiado, un grupo de ellos se bajaba de un salto y se acercaba a ordenar junto a mí, con radios colgados de la cadera y ametralladoras cruzadas en la espalda. Familias enteras, con bebitos, estaban comiendo tacos, y ni siquiera les sorprendía. Era tan normal que se habían vuelto insensibles.

Luego se oían tiros a lo lejos y se activaba el radio de alguien. Una voz sorda ladraba órdenes, y los hombres formados se daban vuelta, marchaban de regreso a sus pick-ups, se montaban y quemaban llanta hacia el tiroteo.

Mia

Pero Olivia y yo nunca fuimos a la sierra a ver al *Chapo*. El acceso estaba estrictamente prohibido a mujeres, a menos que una fuera bailarina o prostituta. Pero, según Junior y

Peter, había muchas de éstas, porque al *Chapo* le encantaba pagar por chicas y siempre las tenía a la mano. Si eran jóvenes, mejor, y a veces hacía un pedido especial de vírgenes.

Cada centímetro del complejo del *Chapo* estaba imaculado y tenía buena higiene. ¿Por qué? Porque siempre tenía una chica a la espera.

Olivia

Pero a Peter y a Junior no les gustaba eso. Después de ver cómo se comportaba su padre y todas las penas que hacía pasar a su madre, querían ser distintos con nosotras. Estaban dedicados a Mia y a mí, y ni siquiera soñaban con engañarnos.

También lo dejaban claro cuando estaban en la sierra. *El Chapo* tenía veinte teléfonos satelitales y cada vez que Junior aterrizaba en su complejo, me llamaba por uno de ellos para decir que había llegado a salvo. Luego, antes de irse, me hablaba otra vez para decirme que me amaba. *El Chapo* y *el Mayo* se reían de él cada vez que agarraba uno de los teléfonos.

—Tu esposa es muy cabrona —le decía alguno de los dos.

Una vez, cuando Vicente estaba ahí con su papá, se rió y añadió:

—¡Le has de tener miedo!

Junior sólo negó con la cabeza, sonrió y bromeó:

—Me asusta más que *el Chapo*.

Entonces todos se echaron a reír.

Tenía todo ese poder y aun así elegía creer que yo mandaba.

Mia

El Chapo era el jefe, pero también era una persona real. Peter decía que tenía un sentido del humor único y ultraagudo, y que siempre estaba bromeando. Pero no a lo tonto. Decía cositas, y no podías estar seguro si iban en serio o en broma. Era muy comprometido, muy perceptivo, y siempre se esforzaba por mantenerse alerta y mantenerte alerta a ti.

Se inyectaba vitamina B12 y traía vitaminas especiales de Europa cada semana.

—Me gusta mantener mi mente fuerte y mi cuerpo sano —decía.

Olivia

Quizá por eso le cayeran tan bien Junior y Peter. Hacían que se siguiera sintiendo joven.

Eran unos escuincles de veintitantos. *El Chapo* y *el Mayo* les llevaban treinta años, y les divertía tener a esos jovencitos en su círculo más cercano. Además, como

estadounidenses, eran diferentes, casi exóticos, y *el Chapo* lo absorbía todo. Adoraba la comida estadounidense, y una vez cerró un Burger King sólo para poder comer ahí. Le encantaba hablar de sus negocios al otro lado de la frontera, porque sabía lo difícil que era trabajar en Estados Unidos. Le emocionaba el reto. Era un mundo nuevo.

Mia

Pero que Junior y Peter fueran estadounidenses no sólo servía para las anécdotas y la emoción. Sabían tratar con sus trabajadores del otro lado de una manera en la que los mexicanos nunca podrían hacerlo.

La mayoría de sus mayoristas en Chicago eran negros y los mexicanos no confiaban en ellos. Nunca soñarían con darles trabajo porque no tienen familia en México, y al sur de la frontera lo único que importa es dónde estén tus raíces. La familia es el seguro del cártel. Si no pagas, matan a tu esposa y a tus hijos.

Esa barrera psicológica también existía del otro lado. Los mayoristas y los vendedores negros no respetaban a los paisas ni a sus conexiones mexicanas.

—¡Esos paisas de sombrero no hablan ni jota de inglés! —decían.

No había nadie que cerrara la brecha hasta que llegaron Junior y Peter. Construyeron redes nuevas, el negocio floreció y de pronto todos estaban contentos.

Olivia

Sus juntas con los cárteles se volvieron naturales y tranquilas gracias a eso. Mientras mejor conocían al *Chapo* y al *Mayo* y mientras más ricos los hacían, más relajadas se hacían las cosas. Comenzaron a hacerse de la familia. Cuando llegaban a la palapa, *el Mayo* se paraba de su silla, les hacía seña de que se sentaran y decía:

—No, Pedro, Junior, tomen mi asiento.

Siempre decía sus dos nombres juntos, porque no podía distinguirlos.

El Mayo comenzó a cuidar a Junior y Peter porque le encantaba lo humildes y agradecidos que eran. En México se espera que uno dé las gracias con regalos, pero Peter y Junior eran los mejores. Les habían dado Rolex Masterpieces y motos de ciento cincuenta mil dólares a los hijos del *Mayo*, y aunque él nunca los dejara andar en motocicleta porque su nieto había tenido una muerte trágica en una, expresaba su gratitud.

El Chapo adoraba a Junior y a Peter y los consideraba sus hijos. Hasta los empujaba para que fueran buena influencia para su hijo menor, que era un poco inmaduro. Hoy en día, Alfredillo es famoso por subir a Instagram fotos de pilas de dinero, su Lamborghini, chicas buenotas en yates y su guepardo de mascota. En 2005 no había Instagram y Alfredillo sólo era conocido como *narcojunior*. Vivía en Guadalajara, cerca de nosotros,

y a veces lo veíamos pasar en su Lamborghini, demasiado rápido, frente a la casa. *El Chapo* lo regañaba por eso, y quería que se llevara bien con Junior y Peter.

—Ustedes son buenos para mi hijo —les decía a mi esposo y a mi cuñado.

Por supuesto, Alfredillo comenzó a visitarnos a partir de entonces.

Mia

El Chapo y *el Mayo* solían bromear sobre lo grandes que eran Junior y Peter. *El Chapo* se reía y decía:

—Se puede alimentar a todos los cerdos del mundo con las sobras que dejan ustedes.

Básicamente, eso significaba que ganaban tanto dinero que podían darse el lujo de tirar un poco para los cerdos que estuvieran husmeando a su alrededor. Para ellos, Junior y Peter eran los gemelos maravilla, capaces de casi cualquier cosa.

Olivia

Las cosas estaban tan relajadas que a veces el blanco de las bromas era *el Chapo*. De día hacía calor en la sierra, así que muchas veces Peter y Junior usaban *shorts* cuando iban allá arriba. Para los estadounidenses eso es normal. Cuando hace calor, ni muerto usas mezclilla. Pero en México, los *shorts* son para mujeres, y si un hombre los usa, la gente cree que es femenino. Aunque *el Chapo* entendiera la cultura estadounidense, eso no evitaba que los picara cuando iban de visita.

—Sé que tienen dinero para comprar la otra mitad de sus pantalones —decía.

A Junior y a Peter les encantaba bromear, así que un día antes de volar allá averiguaron la talla del *Chapo*, le compraron unos *shorts*, los empacaron en una caja de Viagra y se los dieron de regalo. Se volvió la mejor broma de la sierra.

Mia

En casa nunca bromeábamos sobre negocios ni sobre *el Chapo*, mucho menos hablábamos al respecto. De hecho, apenas mencionábamos la cantidad de dinero que estaba entrando. En 2006 el efectivo era algo que estaba ahí, listo para tomarse y gastarse. De hecho, me sentía insensible, casi impávida, como el banquero que entra a la bóveda varias veces a la semana y ve millones de dólares frente a él. Nunca me petrificaba de impresión y decía: “¡Dios mío! ¡Tenemos muchísimo dinero!”

Sólo sabía que teníamos millones y podíamos gastar lo que quisiéramos. De hecho, a unos pasos de nuestro cuarto había una sala en la que Junior y Peter guardaban el efectivo. Quizás hubiera dos o tres millones de dólares ahí apilados, todos atados en fajos, y si necesitaba algo, sólo entraba y agarraba unos bonches.

Todo el tiempo me compraba joyas nuevas. Nos comprábamos un coche nuevo cada dos semanas, y Peter le regalaba el viejo a alguno de sus trabajadores menores o a alguna de las señoras de la limpieza. Quizás no les alcanzara para la gasolina, pero ya tenían un coche nuevito en el garaje.

Olivia

Perder diez millones de dólares en una redada, un robo o un decomiso solía ser grave, pero aquel año las pérdidas eran sólo parte del juego. A veces ni nos contaban que sucedían, y nunca hacían que Junior tuviera un mal día. Oyes mucho hablar de esposos que llegan a casa del trabajo, estresados por un día horrible, que se desquitan con su mujer o ignoran a sus hijos, pero Junior no era así. Siempre era muy positivo.

Una vez, cuando todos estábamos en un restaurante italiano muy agradable el teléfono de Junior sonó. En medio de la conversación lo oí decir:

—¿Desaparecieron diez millones? Okey. Vamos a tener que compensarlo esta semana.

Enloquecí.

—¿Compensarlo esta semana? ¿Perdiste diez millones de dólares?

—No te estreses, Liv —dijo—. Es parte del negocio.

Mia

Peter no era de los que se alegraban mucho por ganar dinero. Nunca decía:

—¡Oye, nena, gané un millón de dólares hoy, vamos a salir a comer!

Los dos veníamos de la nada, y los millones de dólares no nos habían mejorado la vida. Claro que lo volvía todo fácil y agradable, pero mejor no. No realmente. Si acaso, las cosas eran más complicadas.

Olivia

Sinceramente, siempre sentí que el dinero era la fuente de todo mal. Veía a la gente de pronto con fajos de billetes y los convertía en monstruos. Junior siempre me decía:

—No, no lo estás entendiendo. No se volvieron cabrones de la noche a la mañana. Siempre fueron así, sólo que antes no tenían los medios para mostrarlo.

Yo no podía meterme a la cabeza cómo podía pasar eso. Cuando era adolescente, pensaba que ganar dinero me iba a hacer feliz de verdad, plena de verdad, pero no tardé en darme cuenta de que la vida es más que eso. La vida es familia y amor y poner el bien en el mundo. Desde entonces, ha habido veces en que he tenido millones de dólares y veces en que no he podido pagar las cuentas, y mi corazón se ha mantenido igual

siempre.

Lo mismo con Junior: el dinero nunca lo cambió. Era distinto a los demás. Habría sido igual de buena persona de haber trabajado todos los días de nueve a cinco.

Durante 2006 eso fue algo que tenía que recordar, porque, aunque la vida no podía ir mejor en casa, el narcotráfico mexicano estaba a punto de llegar a un punto de ebullición, con nosotros atrapados en el fuego cruzado.

“Esto está yendo demasiado lejos”

Olivia

El 2006 no sólo fue el mejor año en términos de negocios para Junior y Peter; también fue uno de mis años más felices en casa. Estaba tan arrobada por Brandon, tratando de ser una buena esposa y madre, que dejé de ser metiche y entrometerme en los negocios de mi esposo y mi cuñado. Estaba obsesivamente enamorada de mi familia, encerrada en esa burbuja, en completa negación de lo que en realidad pasaba a mi alrededor. Pero no me importaba. Me sentía segura y, lo más importante, feliz.

Hasta dejé ir mi carrera musical. Durante dos años había estado volando de México a Miami y de ahí a Nueva York, y luego de regreso a Los Ángeles, para grabar, y aquello se volvió abrumador. Junior y yo habíamos dedicado muchísimo tiempo a llevar productores, compositores e ingenieros estadounidenses famosos a la Ciudad de México, y pasábamos semanas en nuestro estudio de grabación trabajando con ellos. Teníamos vínculos fuertes y relaciones cercanas con ejecutivos musicales y con artistas de primera clase, y si había una conexión, era nuestra. Incluso se me presentó la oportunidad de firmar a Drake antes de que firmara con Cash Money Records.

Pero la música me consumía mucho, y el negocio era demasiado exigente. Mi familia me necesitaba. Dejé que mi carrera se desinflara y Junior apoyó mi decisión: sólo quería que fuera feliz.

Con más tiempo en nuestras manos, Cancún se volvió nuestro lugar preferido. Nos llevábamos a toda la familia de vacaciones largas, a veces durante meses, y cuando nos dimos cuenta de que estábamos allá todo el tiempo, decidimos comprar un condominio. Todos los mayoristas y los empleados de Junior y Peter iban de visita, y cuando nosotros no estábamos, lo usaban de casa de verano.

A veces Mia y Peter cuidaban a Brandon mientras Junior y yo nos íbamos a cenar. La noche siguiente ellos iban al mismo restaurante, y los meseros les echaban miradas cómplices a los gemelos, porque creían que llevaban una doble vida.

De día hacíamos cosas de familia, como ir a las pirámides o llevar a Brandon a la alberca. Nadaba con sus flotis y le rogaba a Junior que lo aventara hacia arriba y lo cachara cuando saliera del agua como pececito. Cuando se cansaba, los tres nos recostábamos en la palapa y Brandon se quedaba dormido sobre el pecho de su papá. Mientras mirábamos el atardecer, Junior y yo nos tomábamos de la mano.

Era el paraíso. Y sé que me estaba autoengañando, pero en ese entonces pensaba: *¿Por qué tratar de arreglar lo que no está descompuesto?*

Mia

Sí que era el paraíso. Peter y yo nos mudamos a un *penthouse* de 460 m² que le había pertenecido al famoso cantante Alejandro Fernández, el hijo del legendario Vicente Fernández. Tenía mármol italiano blanco en todos lados, techos de seis metros de alto y ventanales de un extremo al otro. El vestidor principal era del tamaño de un estudio, y el elevador daba a la entrada del frente.

Lo único de lo que tenía que preocuparme era de cómo me veía y si Peter estaba estresado por su día. Nunca tenía que cocinar ni limpiar, y siempre lo intentaba, pero Peter no me dejaba hacerlo.

—Mia, ¿qué haces? —me gritaba—. ¡Más te vale que no estés cocinando!

Entonces llegaba por detrás y me besaba.

Nunca queríamos salir de ese departamento, pues ahí era donde compartíamos nuestros sentimientos y nuestros secretos más profundos. Prácticamente no había un instante en el que no nos estuviéramos riendo de algo. Nos sentábamos en el balcón a escuchar música y a mirar la ciudad todas las noches. Decidimos que éramos *connaisseurs* de tequila y probamos todos los tequilas de primera.

Además, su negocio seguía creciendo a saltos. *El Chapo* les echaba un ojo a Peter y a Junior más seguido, y siempre hacía hincapié en que nuestra familia estuviera segura. La vida se estaba poniendo más fácil y el dinero entraba a raudales. Peter y Junior se habían expandido a Atlanta, Nueva York y Canadá, y a causa de eso el cerebro de mi esposo se encendía con ideas. Todos los días había algo nuevo y eso era posible gracias a toda la gente que habían conocido últimamente él y Junior.

Olivia

Después del secuestro de su papá, *el Sobrino*, un amigo de Junior al que conoció en Tony Roma's, le organizó un encuentro con su tío, *la Puerca* o *el Animal*. Su nombre real era Manuel Fernández Valencia, socio cercano del *Chapo* y compadre del *Mochomo* en la Organización Beltrán Leyva.

La Puerca vivía en Mérida, Yucatán, en una preciosa hacienda de 1 800 m², con establos en su terreno. Cuando Peter y Junior se sentaron en una de sus pomposas salas, sus voces haciendo eco mientras discutían de negocios, *la Puerca* les dijo que tenía sus propios túneles de Mexicali a Calexico y sus propias rutas hacia la frontera. Se asociaron con él, lo que les permitió tomar menos producto en Estados Unidos y más en México. Al parecer, a mayor riesgo, ganancias inmensas.

Mia

Por medio del *Chapo* habían contactado a uno de sus amigos de toda la vida, Alfredo Vázquez Hernández, y a su esposa, María. *El Chapo* y Alfredo eran tan íntimos que el

capo le había puesto a su hijo Alfredillo por él. Alfredo era el operador de logística del *Chapo*, se aseguraba de que las drogas del cártel se cargaran en trenes, semirremolques o 747. En México no había crédito, así que Peter y Junior tenían que pagar sus cargamentos al contado.

María poseía una casa de cambio y comenzó a cambiar nuestro dinero de pesos a dólares, y viceversa, llevándolo del punto A al B. Cobraba cinco por ciento de Chicago a México y tres por ciento desde Los Ángeles. Parece mucho —cuando movía veinte millones de dólares, ella podía quedarse hasta con uno—, pero constituía una seguridad adicional, porque el dinero estaba garantizado. De pronto habían resuelto una de las partes difíciles de cruzar dinero por la frontera.

El efectivo llegaba más rápido de lo que Peter y Junior podían moverlo, así que invirtieron en un avión privado con María; cada quien pagó un millón de dólares. María se iba de compras y usaba sus bolsas para distraer la atención de los portafolios de cinco o diez millones de dólares que había recogido de los trabajadores de Junior y Peter en un pequeño aeropuerto en la base naval de Kenosha, Wisconsin, o en Torrance o en Long Beach, California. Cuando les entregaba el efectivo, Peter y Junior lo reinvertían ese mismo día.

Olivia

Su infraestructura en Los Ángeles era uno de sus retos más grandes. Tenían que construir una máquina desde cero en una ciudad que no les era familiar, y juntar un gran equipo les tomó investigación, tiempo y aprender de los errores ajenos. Pero valió la pena. En su cumbre, la ruta de Los Ángeles era tan exitosa que tenían entre dos y cuatro conductores constantemente en la carretera.

Junior y Peter siempre tenían un plan B. Invirtieron unos seiscientos mil dólares en una mueblería que usaba trenes para entregar mercancías. Escondían drogas en las paredes de los vagones. Era lento, pero estaba garantizado, prácticamente sin riesgos.

La mueblería era su único negocio legítimo, pero también gastaron dinero en docenas y docenas de semirremolques con compartimentos hidráulicos que escondían sus cargamentos de drogas. Esos semirremolques y esos trenes metían las drogas a una ciudad, pero para llevarlas de un lugar a otro ya adentro encargaron coches personalizados.

Esos vehículos eran una locura. Para acceder a las drogas escondidas uno tenía que subirse al automóvil, abrocharse el cinturón, poner la palanca en *drive* y presionar un botón, como el del desempañante o el de la ventana de atrás. Se oía un zumbido y toda la parte trasera o el piso se abrían con un mecanismo hidráulico. En esos compartimentos secretos cabían unos cien kilos, o quizás uno o dos millones de dólares. Los vehículos más grandes, como las pick-ups, podían contener hasta ciento cincuenta kilos. La gente

que los conducía iba de camisa y corbata, como empleados de cuello blanco, no *narcomensajeros*. No querían llamar la atención de la policía, así que iban presentables y no se pasaban altos ni superaban el límite de velocidad. Era transporte de drogas básico, pero Peter y Junior lo habían convertido en un arte, con una flota equipada con lo último en tecnología.

Mia

Con más control directo del transporte, las cosas se volvieron cada vez más intensas. Peter se convirtió en microgerente e inventaba toda suerte de reglas para sus trabajadores. “Ni siquiera digas dónde está la casa de seguridad por teléfono”, o: “Camina por la casa exactamente de la misma forma todos los días. No dejes correo en el buzón”. Hacía que su gente confirmara las cuentas cada vez que entraran a la casa, y si tomaban kilos de la reserva, tenían que ponerlos a un lado y volver a contar los kilos restantes. Hasta hacía que usaran guantes para que no dejaran huellas en los ladrillos. Sabía que limpiar el desastre que provocara un problema era más difícil que hacerlo bien a la primera.

Olivia

Sus relaciones con sus empleados también se volvieron más complejas. Tenían la idea de construir un equipo, así que no sólo ofrecían los mejores precios, sino también la constancia.

Hay muchos traficantes que no tienen un flujo de drogas fijo, lo que implica que no tienen flujo de dinero fijo y, por lo tanto, tampoco trabajadores de fijo. Necesitas empleados estables y contentos en tu equipo, sacando las drogas y metiendo el dinero.

Era un negocio peligroso, así que mientras más cómodo estuvieras con la gente con la que trabajaras, mejor. Junior y Peter invertían mucho tiempo formando confianza y buenas relaciones. Querían compromisos serios, no un montón de “aventuras de una noche” con sus proveedores y sus clientes. Eso puede provocar muchos problemas: podrías terminar con la persona equivocada y que te quemara.

Mia

Con tantas cosas —y gente— que manejar, Peter y Junior pasaron de tener veinte líneas telefónicas cada quien a treinta o cuarenta. Era una locura. Nunca ponían a dos personas en el mismo teléfono. Su cuentabilletes en una casa de seguridad en Chicago tenía uno, el tipo que entregaba el dinero tenía otro y el jefe de su mueblería tenía otro. Les poníamos etiquetas con las iniciales de cada quien. Esos teléfonos duraban unas semanas, luego los

destruían y se conseguían otros celulares desechables con números nuevos. Hasta teníamos un teléfono designado para pedir pizza, porque en este negocio nunca hay teléfono de casa.

Olivia

Antes de conocer a Junior y a Peter, *el Chapo* nunca contestaba el teléfono. Tenía gente que lo hacía por él. Pero ver a Junior y a Peter con todos esos celulares desechables lo ha de haber inspirado, porque comenzó a hacerlo también. Y los etiquetaba, igual que mi esposo y su hermano. Esos teléfonos fueron lo primero de lo que escribió Sean Penn en su artículo de *Rolling Stone* sobre su encuentro con *el Chapo*, y cuando lo leí, me reí y pensé: *Apuesto a que Sean Penn cree que el Chapo es muy original. Ni se imagina.*

Mia

Nuestros esposos estaban ocupadísimos, pero eso no los alejaba de nosotras en el plano emocional. Si acaso, nos querían más cerca. Tener esposa y familia les quitaba mucha presión de encima, o por lo menos un poco. Peter quería que su vida fuera lo más rutinaria posible afuera del trabajo, y por eso iba conmigo a todos lados. Recuerdo que una vez estaba a punto de salir para hacerme una manicura.

—¿A dónde vas? —dijo.

—A que me hagan las uñas.

—Voy contigo —dijo, y me acompañó hasta la estética.

Me senté bajo la lámpara UV, esperando a que se me secara el barniz, y ahí estaba él con su bolsa de teléfonos, pasando el rato conmigo. No es que no confiara en mí, y no le preocupaba que me pasara algo. Después de su secuestro, teníamos seguridad para garantizar que nunca nos pasara nada. Sólo quería estar conmigo, como un marido normal, tan aburrido, que hubiera decidido ir con su esposa a la estética. Supongo que le hacía olvidar todos sus problemas. Me imagino que le daba algo de paz.

Olivia

El gobierno mexicano había comenzado a estrujar a los cárteles en 2006 y 2007, y todos, desde *el Chapo* para abajo, lo sentían. Estaban reaccionando con pánico.

El 1º de diciembre de 2006 Felipe Calderón tomó posesión como presidente de México, y diez días después envió seis mil quinientos soldados al estado de Michoacán, justo al sureste de Guadalajara, a combatir a los cárteles. Los narcos se defendieron y durante los siguientes seis años morirían casi ochenta y cinco mil personas a causa de la narcoviolencia.

Mia

Estaban pasando cosas horribles cerca de la frontera. En 2007 *el Chapo* y *el Mayo* le declararon la guerra al Cártel de Juárez, en un intento por apropiarse de la muy activa y lucrativa ruta de contrabando de drogas entre Ciudad Juárez y El Paso. Juárez, una ciudad de más de millón y medio de habitantes junto al río Bravo, siempre había sido distinta a su pequeña ciudad hermana, pero cuando comenzó la guerra por el territorio, la brecha entre las dos creció aún más. En 2007 Ciudad Juárez registró trescientos homicidios. En 2008 la cifra llegó a mil quinientos. En 2010 hubo más de tres mil. Durante todo ese tiempo la tasa de homicidios de El Paso rondó entre tres y cinco al año. Era la ciudad más segura de Estados Unidos.

Olivia

Durante todo 2007 Junior y yo hicimos viajes de negocios a Ciudad Juárez y presenciamos el caos. Recuerdo las calles llenas de policías federales: era obvio que el gobierno mexicano había enviado al ejército a combatir a los cárteles. Me sentaba y me preocupaba hasta perder la cabeza, pensando: *Nunca en mi vida me he sentido más insegura*. Entonces cruzaba la frontera y me iba de compras a El Paso, sólo para alejarme. Aquello era como agua y aceite.

La violencia también había empeorado en Culiacán. Cuando Junior y yo íbamos allá, unas cuantas veces al mes, los periódicos estaban llenos de noticias de descuartizados con los miembros regados por doquier. O de fotos que mostraban docenas de cuerpos colgando de puentes, con mantas que enviaban mensajes a sus enemigos. Los periódicos mexicanos no son como los estadounidenses, que borronean la sangre y las heridas de bala. Allá muestran todo.

Esas imágenes fueron una de las cosas que me sacaron de la burbuja que había creado después de tener a Brandon. Cuando las vi, me di cuenta de que una de aquellas víctimas podría haber sido Junior. Comencé a pensar en las pobres esposas y en sus hijos, que tendrían que crecer sin padre. Ya había sido la esposa de un asesinado, así que sabía qué se sentía de primera mano.

Eso también carcomía a Junior. Y con tanta gente muriendo por la narcoguerra, no tardaría en ser demasiada.

Mia

Entonces comenzaron a hablar de submarinos.

Olivia

El sistema de transporte del *Chapo* siempre había estado fuera de control. Para llevar drogas de Colombia a México se había apropiado de miles de buques de contenedores y tenía una flota de 747. Poseía más aviones que Aeroméxico. A cada uno le quitaba los asientos y los llenaba de ropa o provisiones, supuestamente para misiones humanitarias. Descargaba esos bienes en Colombia y los volvía a cargar con doce mil kilos de coca. Son doce toneladas. Toda esa coca regresaba a México, donde funcionarios federales corruptos ayudaban a descargarla, y se movía por tren, tractocamión, autobús o túnel secreto hasta unos vehículos con compartimientos como los que había construido mi esposo.

Pero esos sistemas no eran infalibles, y *el Chapo* siempre estaba buscando mejorar su transporte. Así que decidió invertir en submarinos. Les compró uno a los rusos y luego comenzó a fabricarlos en Colombia, a un millón de dólares cada uno. El plan era tener diez submarinos en el agua a la vez, con ocho a diez toneladas de cocaína cada uno. Serían más de mil millones de dólares en el agua, e invitó a Junior y a Peter a saltar a bordo.

Los submarinos los manejaban otros hombres, en quienes *el Chapo* y *el Mayo* confiaban. Alfredo Vázquez Hernández estaba a cargo de uno, y pasó por nuestra casa un día para hablar con Junior y Peter.

—¿Cuánto quieren meter? —les preguntó.

—Digamos mil doscientos —dijo Junior.

La manera en que funcionaba era que, cuando Alfredo juntaba la carga, *el Chapo* y *el Mayo* terminaban obteniendo el veinte por ciento, o dos toneladas, gratis. ¿Saben cuánto son dos toneladas? Son como veinte millones de dólares gratis cada vez que sale un submarino. Sí que convenía ser el jefe.

Junior y Peter eran responsables de entregarles sus mil doscientos kilos a los colombianos para que los cargaran en el submarino. Para hacerlo, comenzaron a trabajar con un amigo íntimo llamado Andy, que era su contacto en Colombia y parte de nuestra familia extendida. Él compraba, marcaba y depositaba el producto con la gente que cargaba los submarinos. Si a los jefes les faltaban kilos, iba a Colombia o a Panamá a conseguir la diferencia.

Cuando los submarinos llegaban a México y los descargaban, ¿adivinen qué hacían con ellos los cárteles? Los hundían, porque no querían arriesgarse a mandarlos de regreso.

Dios mío, recuerdo haber pensado. *Esto está yendo demasiado lejos*. Claro que sabía de los 747 y los túneles debajo de la frontera, pero los submarinos ya implican otro nivel. Sólo la marina tenía submarinos. La gente normal no.

Pero en ese momento nosotros estábamos lejos de ser gente normal. Y no tratamos de cambiarlo hasta que casi perdemos la vida.

El incidente del téibol

Mia

No me había sentido cómoda en Puerto Vallarta desde nuestra boda. Vivía para la playa, pero el agente de migración que había tratado de extorsionarnos radicaba allá, y sólo estar cerca de él me aterraba. Además, la última vez que salimos en Puerto Vallarta, unas semanas antes de casarnos, nos habíamos topado con un policía de Chicago en un antro del centro. Había mirado a Peter y a Junior directamente a los ojos y dicho:

—Sé quiénes son.

Luego sacó su celular y les tomó una foto.

A finales de enero de 2008, Peter y Junior tenían socios de negocios chinos, que querían ir a la playa. Si querías impresionar a alguien y sacarlo a pasear, el lugar apropiado era Punta Mita, justo afuera de Puerto Vallarta, donde se casó Olivia, así que Peter y Junior planearon un viaje corto.

—No quiero ir —le dije a Peter—. Ese agente de migración podría enterarse de que estamos allá.

—No hay manera de que lo descubra. Vamos a estar lejísimos de su oficina en el centro. Ni siquiera estaremos en su radar.

Cedí, y la mañana siguiente empacamos nuestras cosas.

Olivia

Los dos tipos que habían llegado de China tenían un negocio de importación y exportación, y estaban ahí para hablar de unas cosas llamadas *cubetas*.

Junior y Peter acababan de entrar al negocio de las metanfetaminas y las cubetas eran la clave de toda la operación. Eran tambos de veinte litros, como los barriles de pintura que se encuentran en Home Depot, y estaban llenos de polvo de pseudoefedrina, uno de los principales ingredientes de la meta. Tenían un contacto en Canadá que los sacaba de Nueva Delhi, India, pero los chinos prometían vender más barato. Cada cubeta costaba ciento cincuenta mil dólares, y había cuarenta cubetas por tonelada. Si Junior y Peter compraban cuatro toneladas, costarían veinticuatro millones de dólares. La pseudoefedrina valía mucho más en California que en México y podían vendérsela a un fabricante del otro lado de la frontera por ochenta millones, lo cual representaba una ganancia de cincuenta y seis millones de dólares. Era difícil comprar pseudoefedrina al mayoreo en Estados Unidos desde que el gobierno la había atacado con toda suerte de leyes nuevas, así que Junior y Peter estaban en una posición magnífica para ganar montones de dinero.

El día antes de que los chinos tuvieran programada su llegada, Junior me explicó cómo transportaría las cubetas una vez que hicieran el trato.

—Cuando los chinos envíen las cubetas —me explicó— voy a sobornar al piso para despejar a los agentes aduanales en el puerto de Manzanillo y luego los fleteros las enviarán a Mexicali. Y entonces *la Puerca* nos ayudará a cruzarlas.

Junior y Peter acababan de mudar su infraestructura a Mexicali, así que estaban viendo a *la Puerca*, que controlaba los túneles de Mexicali a Calexico, mucho más seguido. *La Puerca* era guapo y muy carismático, más grande que nosotros, pero yo siempre pensé que era divertido tenerlo cerca. De hecho, se había convertido en uno de los mejores amigos de Peter.

—Estos tipos me abordaron hace años para venderme cubetas —añadió Junior—, pero no lo pensé en serio hasta que *el Chapo* y *el Mayo* me dijeron que querían pseudoefedrina porque tenían un químico en California. Los miré y dije: “Yo sé con quién hablar”. Luego pensé: *No tienen idea de cuánto tiempo llevan molestándome estos tipos con sus cubetas*.

Mia

Unas horas después de que nos sentamos a cenar con los empresarios chinos y su socio de lo que menos se hablaba cuando era de cubetas.

—Nos gustaría ver chicas —dijeron.

—Entonces sabemos exactamente a dónde ir —contestó Peter.

Cuando venían socios de visita, siempre querían ir al téibol. Era lo que se hacía. Y como Olivia y yo íbamos a todos lados con Junior y Peter, nos pidieron que los acompañáramos. Yo estaba reticente.

—¿No podemos llevar unas chicas a la casa? Me preocupa estar afuera.

Peter me miró y soltó una carcajada.

—Brandon va a estar en casa. Son teiboleras, no niñeras.

Tenía razón. Brandon acababa de cumplir dos años y se había quedado en casa con Adrian y Daniela. Por fin asentí. Acababa de anochecer cuando nos amontonamos en unas cuantas camionetas y nos desplazamos durante unos veinte minutos.

Olivia

Era sábado por la noche y el téibol estaba atascado. La música retumbaba, abríamos botella tras botella, la pasábamos bien. Estábamos sentados en la sección VIP, en una zona acordonada que el dueño había reservado especialmente para nosotros. Nos había enviado a un montón de chicas que comenzaron a bailar para los chinos, que parecía que estaban teniendo la mejor noche de sus vidas.

En México, las mujeres no van al téibol, así que podía sentir que todo el mundo se nos quedaba mirando. No le di importancia. Pero al observar el lugar unos cinco minutos

después, descubrí a un tipo que se veía extraño. La expresión de su cara no parecía normal. Era como si nos conociera o como si quisiera algo de nosotros. Me volví hacia mi esposo.

—Ese tipo nos está observando, Junior. Algo está mal.

—No, nena, está bien. Sólo no está acostumbrado a que la esposa de alguien esté en un téibol. Tal vez crea que deberías estar en casa, cocinando y limpiando.

Se rió un poco, y yo también, nerviosa.

Pasaron unos minutos y aquel hombre seguía mirándonos. Jalé a Junior del brazo.

—Esto no está bien. No me gusta ese tipo.

Junior me tomó la mano:

—No pasa nada. Estamos bien.

Pero no era cierto. Podía sentirlo. Volví a beber de mi champaña, mientras un desfile de chicas se acercaba a nuestra mesa. No era un téibol VIP, de alta categoría, como algunos a los que habíamos ido en Guadalajara, pero los clientes iban bien vestidos. Estaban gastando bastante dinero. Pero el tipo que nos había estado mirando a mí y a Mia era distinto. Tenía algo en mente y no era un privado. Pasó otro minuto y el hombre se paró, pasó junto a nosotros, con los ojos pegados a mi sien, y salió por la puerta.

Mientras me volvía para decírselo a Mia, vi que se abrían las puertas principales. Un grupo de hombres de negro entró en tropel, con pasamontañas y AK-47 listos.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —comenzaron a gritar.

La música se cortó. Sonó como de película, cuando el disco del DJ deja de girar, la aguja rasguña el vinilo y la bocina retumba: riiiiiiiiiii... Vi chicas semidesnudas correr de un lado a otro del escenario, desgañitándose. Luego vi una multitud de enmascarados corriendo hacia nosotros. Mia había estado justo a mi lado, pero no había señal de ella. Junior y Peter seguían frente a mí, y en lo que pareció menos de un segundo los hombres nos clavaron la punta de sus AK-47 en la nuca y nos llevaron al suelo.

Me voy a morir aquí en este pinche téibol, pensé. Dios nos libre.

Justo entonces, uno de los hombres que había estado corriendo por el piso me levantó como muñeca de trapo. Comencé a pelear, pateando y golpeando como salvaje. Él me arrastró hasta la puerta con mis zapatos rayando el piso mientras me retorció. Cuando me sacó, vi unas cinco Suburban en hilera, con vidrios polarizados. Frente a cada una había una fila de hombres, todos armados con armas semiautomáticas. El que me había sacado del téibol me empujó al frente, me cargó y me lanzó al asiento del copiloto de una de las Suburban.

Peter y Junior estaban en el asiento trasero con dos hombres armados sentados detrás de ellos y pistolas a la cabeza, y alguien azotó la puerta desde afuera.

Mia

Cuando se detuvo la música, yo ya estaba en el suelo, junto a Olivia. Hombres y chicas desnudas estaban corriendo hacia la puerta, gritando. Era un manicomio. Mientras la gente se abría paso junto a mí en todas direcciones las chicas que habían estado bailando para los chinos me agarraron del brazo y me arrastraron con ellas. Miré hacia atrás, aterrada, y vi a Peter. Estaba viendo directo hacia mí, con los ojos como platos. Entonces alguien se le acercó corriendo y le puso un arma en la cabeza.

Las chicas me escondieron en un cuarto trasero. Había sido su vestidor, pero en ese momento parecía un campo de refugiados.

Estaba en el suelo, histérica, y podía oír hombres gritando:

—¡Abajo! ¡Todos al suelo!

Entonces, una teibolera me abrazó y dijo:

—Deja de llorar. No hagas ruido. Si te oyen, van a venir por ti.

Nos quedamos en ese cuarto como cinco minutos. Creo que yo era la única con la blusa puesta. Había maquillaje desparramado por el suelo, sostenes y calzones en pilas en un rincón y mujeres semidesnudas y llorosas por todos lados. Pero estábamos lo más calladas que podíamos, con tan sólo unos sollozos de vez en cuando. Justo en ese instante oí pasos acercarse a la parte trasera y una voz llamó:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Dios mío, pensé, vienen por mí.

Un hombre tiró la puerta de una patada, me señaló y me recogió por el vientre. Mis piernas colgaron lejos del piso. Pataleé y grité con todas mis fuerzas, tratando de alejarme de él mientras me gritaba:

—¡Cierra el hocico! ¡Las mato a todas si no te callas!

Me arrastró hasta la puerta, atravesó el téibol a zancadas, abrió la salida y me aventó al asiento delantero de una camioneta. En la parte trasera estaban los dos chinos y uno de sus socios.

Vi mi oportunidad. La ventana estaba rota y el coche estaba avanzando. Soy chiquita, y sabía que si podía bajar esa ventana lo suficiente podría escaparme por ahí. Oprimí el botón, salté y lancé mi cuerpo hacia la ventana. Pero el hombre me agarró del cuello y me jaló hacia sus piernas.

—Deja de moverte, carajo —dijo.

—Deja de moverte o te va a lastimar —añadió alguien desde atrás.

Olivia

Junior, Peter y yo pudimos ver cómo arrastraban a Mia al asiento delantero de la camioneta. La vi retorcerse y ponerse frente a la ventana. Vi una mano alcanzar su cuello y luego la vi retroceder y congelarse. Entonces Peter habló:

—Si tuviera un arma, le dispararía yo mismo.

En México, nunca quieres una mujer contigo cuando hay problemas. Las cosas que les hacen los secuestradores son inhumanas: las torturan, las violan y las sodomizan. A sabiendas de eso, pensé: *No quiere verla sufrir.*

Entonces me pegó: *¿Qué chingados nos va a pasar?*

Tenía que hacer algo.

Había dejado la bolsa en el téibol, pero todavía tenía mi teléfono en el bolsillo trasero. Era un Nextel de tapita con *walkie-talkie*, y lo alcancé lentamente, apreté el botón que iniciaba la función bidireccional y recé por que me conectara con alguien. Lo moví debajo de mí para que nadie lo pudiera ver y comencé a gritarle al secuestrador junto a mí, que traía pasamontañas.

—¿Qué quieren? ¿Cuánto pinche dinero quieren? ¿Quieren diez millones de dólares?

—¡No quiero su pinche dinero! —dijo el conductor.

Hablaba en inglés.

Continué:

—Junior, diles que tienes dinero. Diles quién eres.

—Dije que no quiero su pinche dinero —repitió el secuestrador mientras golpeaba el tablero—. Me chingaron. Debieron pagarme cuando tuvieron la pinche oportunidad.

Traía pasamontañas y hacía señas hacia Junior y Peter.

—Estados Unidos viene por ustedes y van a pasar el resto de sus vidas en la cárcel.

Todavía tenía el dedo presionado contra el teléfono. Si lo quitaba, sabía que haría bip, así que lo mantenía ahí como si me fuera la vida en ello. Todo el tiempo pensaba: *Por favor. Por favor, que alguien esté escuchando esto.*

Tenía las manos escondidas detrás de la espalda, apretando el teléfono, pero mis ojos estaban clavados en el hombre del pasamontañas. Lo vi mover las manos hacia su cara y desenmascararse. Volteó a vernos.

Dios mío, pensé. Es el agente aduanal de la boda de Mia, el que nos extorsionó. El Chapo y el Mayo les dijeron a Junior y a Peter que no le pagaran, así que vino a vengarse.

Mia

Ni siquiera sé cuánto tiempo estuvimos en las camionetas. ¿Quizás veinte minutos? Todo lo que recuerdo es haber pensado: *Voy a morir. Voy a morir*, mientras el vehículo en el que estaba se acercaba a un pequeño edificio a las afueras de la ciudad.

Los secuestradores me sacaron a mí, a los dos chinos y a su socio de la camioneta. Nos metieron a empujones y azotaron una puerta de acero detrás. Vi un póster en la pared con el emblema de la AFI (Agencia Federal de Investigación, el equivalente del FBI

en México). Había dos sofás raídos contra la pared, y Peter, Olivia y Junior estaban apretujados en uno. Habían sido esposados. El edificio no parecía un lugar en el que trabajaran funcionarios del gobierno: parecía el lugar en el que torturas a alguien.

Un hombre me aventó al sofá con Peter, Junior y Olivia, y los otros tres se amontonaron en el otro. Un agente con uniforme de la AFI nos esposó a Liv y a mí, se alejó y comenzó a hablar con alguien más, que traía otro tipo de uniforme.

Dios mío, pensé. Es el agente aduanal de mi boda. El que nos extorsionó. Peter se volvió hacia mí y comenzó a susurrar.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No te mereces esto, Mia.

Le dije que dejara de disculparse, pero no podía apagar mi cerebro. *Nunca llegué a ser madre. Nunca me despedí de mis padres.* Comencé a llorar tan fuerte que apenas podía respirar, pero de todos modos dije con voz ahogada:

—Peter, sé honesto conmigo. ¿Nos vamos a morir?

Mi esposo se volvió y me miró directo a los ojos:

—No, no vamos a morir.

Incluso con esposas puestas, en un cuarto lleno de hombres armados con cara de querer matarnos, le creí.

Olivia

Había pasado todo el trayecto tratando de negociar que nos soltaran, pero cuando nos arrastraron adentro y nos sentaron a empujones en esos sillones inmundos, decidí cerrar la boca. Esos hombres no estaban jugando, y yo no estaba en su categoría. Mia y yo éramos las únicas mujeres en el cuarto y ésa era una situación en la que ninguna mujer debería estar.

Por fin, Junior comenzó a hablar con el agente aduanal.

—Te doy un millón de dólares por cada chica. No tienen nada que ver con esto.

—Ya te lo dije. No quiero su pinche dinero. Sólo los quiero a ustedes.

Volteé a ver a Junior. Le escurrían lágrimas por la cara, y en ese instante supe que no íbamos a salir de ésa. Junior siempre había sido una roca. Siempre me había mantenido fuerte y me había hecho sentir protegida, pero ahora se veía quebrado y me sentí impotente.

—Lo siento, Liv, vas a tener que criar a Brandon sola —dijo.

—Detente, Junior. No digas eso.

Bajó la mirada.

—Mi pobre bebé. Mis pobres niñas. Cuídalas, por favor.

—Junior, me estás asustando.

—Perdón por no hacerte caso y por no cambiar de vida. Todos esos años. Perdón

por no darte una vida normal. Perdón por no haberte podido dar otro bebé.

—Junior, vas a salir de ésta. Te amo. Sé fuerte.

—Tú vas a salir de ésta. Tú y Mia. Pero no sé cómo se vaya a resolver lo demás.

En ese instante supe que tenía razón. A pesar de todas las veces que lo habíamos esquivado y las que nos habíamos salvado en el último instante, el peligro al que siempre nos enfrentábamos tenía que alcanzarnos tarde o temprano. Había llegado el ajuste de cuentas, y pensé: *Nuestra hermosa familia está a punto de desmoronarse y no hay nada que pueda hacer al respecto.*

De pronto, todo se detuvo.

Mia

Había comenzado a sonar el teléfono del agente de migración. Miró el identificador de llamadas y contestó. Después de ir y venir, de muchos “Sí, señor. Sí, sí”, con él dando vueltas nervioso, con cara de haber visto un fantasma, dejó el celular y se convirtió en un animal.

—¿A quién chingados le hablaron? ¿A quién chingados contactaron?

Estaba gritando y le brotaban venas del cuello. Comenzó a agitar su pistola cerca de Peter y Junior. Le saltaba saliva de la boca y le temblaban las manos. Había visto actuar así a gente irracional antes, y eso nunca es bueno. *Este tipo está asustadísimo*, pensé.

Olivia

Peter y Junior no le habían hablado a nadie. Pero yo sí, en la camioneta. He de haber contactado a Adrian, y me oyó tratando de negociar un rescate. Estoy segura de que colgó y le marcó a alguien importante, y quien sea que fuera acababa de hablarle al oficial.

De pronto me di cuenta de que todavía tenía el Nextel en mi bolsa trasera, y me retorcí un poco más hacía atrás en el sillón, lo manipulé y me lo metí en el culo. Sabía que si el agente lo veía, me daría un tiro entre los ojos.

Mia

Olivia y yo llevábamos todo el tiempo esposadas juntas. Estábamos aterradas, tomadas de la mano. Se sintió como si hubieran sido horas, pero durante todo ese tiempo horrible nuestra relación cambió. Fue nuestro parteaguas. Siempre habíamos sido cuñadas y familia sin importar lo que pasara, pero en ese momento nos volvimos hermanas.

Le apreté la mano más fuerte mientras el agente de migración daba vueltas furioso con la pistola al aire. Entonces el funcionario de la AFI a cargo llamó a Junior al teléfono.

—Es el Jefe, Arturo Beltrán —dijo—. Quiere hablar contigo.

Alguien le quitó las esposas a Junior. Él se llevó el teléfono a otro cuarto, habló unos diez minutos y regresó con cara seria.

—Quítenles las cadenas a las chicas en este instante —dijo—. Son libres.

Olivia

Yo había estado roja y llorando todo el tiempo que Junior estuvo en el otro cuarto. Peter se disculpaba con Mia, rogándole que fuera valiente. Pero en el instante en que Junior regresó y oímos que éramos libres, Peter salió de *modo esposo* y entró en *modo negocio*. Volteó a verme.

—Pon atención a todo lo que voy a decir, ¿okey?

—Claro —dije—. ¿Qué pasa?

—Cuando salgan de aquí, vayan a Los Ángeles. Pero que nadie se entere. Si saben que estamos encerrados, no nos van a pagar. Nos deben cuarenta millones de dólares. Éstos son los mayoristas que tienen que pagar.

Comenzó a recitar una lista de nombres y a pedirme que le repitiera cada uno.

—¡Más lento! —dije—. Sí puedo, pero más lento.

—Asegúrate de conseguir ese dinero. Tu vida depende de eso.

Sabía que tenía razón. Si no nos encargábamos de eso, no importaba dónde estuvieran Junior y Peter. Los cárteles iban a querer su pinche dinero, y si no se lo dábamos, iban a decapitar a toda la familia. Entonces los oficiales nos quitaron las esposas y nos acompañaron a la puerta. Volteé a ver a Junior.

—Vete. Sólo ten cuidado —dijo—. Nos veremos pronto.

Comencé a llorar como histérica otra vez.

—¡No! Me estás mintiendo. Nunca te voy a volver a ver. Hiciste un trato. Sólo estás tratando de salvarnos. ¡No te voy a dejar!

Peter me arrancó de su hermano, me miró serio y dijo:

—Vete ya, antes de que se arrepientan.

Mia y yo los miramos incrédulas, como si fuera el último adiós, y arrastramos los pies hacia afuera, seguidas por los dos chinos y su socio. Uno de los oficiales me dio unas llaves, nos metió a empujones a la camioneta en la que habíamos ido al téibol y se fue.

Encendí el coche y nos alejamos de la escena de nuestro propio secuestro.

Mia

Los chinos estaban aliviadísimos. Todo el tiempo que habían estado adentro creyeron que Junior y Peter les habían tendido una trampa. Desafortunadamente, sus problemas no se habían acabado, porque no teníamos ninguna pista de cómo volver a casa.

En 2008 nadie tenía GPS en México, así que Olivia no tenía idea de a dónde iba. Estábamos como locas, histéricas, y no estaba segura de que Olivia pudiera ver tan bien como para manejar. Hacía eses y decía cosas como éstas:

—Tengo que regresar con Brandon. Brandon me necesita.

Yo estaba tan mal que no sabía qué hacer ni a dónde ir, y comencé a gritar:

—¡No quiero dejarlos! ¡Regresa!

—Ni madres —contestó Olivia, por fin tomando el control de sí misma—. Vamos a casa.

No tardamos en ver señales de que estábamos saliendo de Puerto Vallarta, el lugar al que me había aterrado ir el día anterior. Pero ahí estábamos ahora y lo que pasó había sido tan malo como lo había imaginado.

—Saca papel y pluma —dijo Olivia—. Necesito que anotes estos nombres.

Recitó la lista de mayoristas y tomé nota. Eran tantos que no podía entender cómo le había hecho para recordarlos. Minutos después, entramos al acceso de nuestra casa de playa en Los Ranchos. En cuanto cruzamos la zona de seguridad, los tres tipos saltaron del auto como si tuvieran los pantalones incendiados y corrieron hacia la casa, y los seguimos.

Pero pronto nos dimos cuenta de que teníamos un problema. La casa estaba muy callada. Adrian y Daniela no estaban en ningún lado, y a donde quiera que se hubieran ido, se habían llevado a Brandon.

Olivia

La casa de playa era enorme, con cuartos del lado izquierdo y otros tantos del extremo derecho. La parte trasera tenía puras ventanas y puertas que daban al mar, y también había otro piso. Corrí por todas las habitaciones, desgañitándome:

—¡Brandon! ¡Adrian! ¿Dónde está mi bebé?

Pero no había nadie.

Adrian no había contestado el teléfono mientras conducía de vuelta a casa, y yo ya estaba aterrada. Entré al cuarto de Brandon y su camita se hallaba destendida. Sus peluches estaban tirados por doquier y la cobijita que llevaba a todos lados se encontraba sobre la cama, echa bola. En un rincón estaba su sillita para el coche.

Mierda, pensé. No sólo se lo llevaron, se lo llevaron sin sillita.

Entonces oí a una de nuestras criadas en el pasillo, que vivía al fondo, en otra parte de la casa. Acababa de despertarse cuando se tropezó conmigo.

—Se fueron —dijo, y se me detuvo el corazón—. Se fueron a mitad de la noche.

Mia

Daba vueltas por la cocina, buscando los papeles y los teléfonos de Peter y de Junior cuando entró corriendo Olivia. No le quedaba aire cuando dijo:

—Adrian y Daniela se fueron con Brandon.

—¡Qué bien! Están a salvo. ¿A dónde fueron?

—No sé. ¡Pero se les olvidó llevarse su pinche sillita! ¡No está seguro sin su sillita!

De todas las cosas en las cuales debía concentrarse en ese momento, al parecer esa sillita para coche se había convertido en lo más importante del mundo para Olivia. Traté de que pensara en otra cosa.

—¿Qué hacemos? ¿Regresamos a Guadalajara?

Prácticamente le estaba gritando, porque alguien tenía que tomar una decisión y no iba a ser yo. No había dormido, me acababan de secuestrar, mi esposo tal vez estuviera en un vuelo hacia Estados Unidos y había llorado tanto que apenas podía ver algo. Pero Olivia no me contestó.

—Hay que esperar —dije por fin.

Olivia se calmó lo suficiente para responder:

—Estás loca. Tenemos que largarnos de aquí.

Pero ya me había decidido.

—No —dije—. Voy a esperar a Peter.

Olivia

No había manera de que yo me quedara en esa casa. Ni madres. Teníamos que asegurarnos de que los depósitos en Los Ángeles estuvieran seguros; debíamos largarnos de Puerto Vallarta y, sobre todo, yo tenía que encontrar a mi hijo.

Me tomó tiempo convencerla, pero Mia por fin accedió a que nos fuéramos. Corrimos arriba y comenzamos a empacar. No habíamos planeado quedarnos mucho tiempo en Puerto Vallarta, así que no teníamos muchas cosas. Eché todo en una maleta y oí a Mia hacer lo mismo. Había comenzado a llorar otra vez, y cada tanto lanzaba un gimoteo o un resoplido, que después de unos diez minutos se volvieron cada vez menos frecuentes, y pronto había más silencio que lágrimas.

Entonces, de súbito, oí lo que sonaba como el ejército mexicano entrando al acceso de la casa. Me aterró otra vez, y pensé: *Alguien viene a arrastrarnos a la cárcel.*

Mia

Dios mío, era una locura. Corrí a la ventana de mi cuarto y vi pick-ups y Hummers con hombres armados atrás, además de Suburbans y Jeeps, todos en fila hacia nuestra casa. Había coche tras coche, todos con vidrios polarizados. Pensé bajar las escaleras, pero no podía mover ni un músculo y no habría podido correr si hubiera querido. Entonces

pensé: *¿Qué rayos está pasando? Quienquiera que esté en esos coches nos va a matar. Tienes que hacer algo.*

Vi que la puerta de la primera pick-up se abría: era Peter. Bajé las escaleras y salí por la puerta corriendo más rápido que nunca.

Olivia

En mi mente, fue Junior el que bajó del coche primero, pero se parecen tanto y estaba tan alterada que, sinceramente, puede ser que haya sido Peter. Estaba tan contenta de verlos a los dos que de todos modos eso no importa.

Cuando acabamos de abrazarnos y besarnos, Junior nos hizo seña de que entráramos. Cuando digo “nos”, me refiero a la horda que acababa de bajar de los veinte vehículos en el acceso de la casa. Había hombres por doquier.

El comedor tenía una mesa para unas veinte personas, y todo el mundo se dirigió hacia ella. De inmediato supe quién estaba al mando: se llamaba Nemesio Oseguera Cervantes, a quien todo mundo llamaba simplemente *el Mencho*. Él ahora es líder del Cártel de Jalisco Nueva Generación, que uno podría decir que es el cártel más violento de México. Usa lanzacohetes al hombro para tumbar helicópteros militares, y una vez le prendió fuego a una parte de Guadalajara. Pero en ese entonces *el Mencho* controlaba la plaza de Vallarta. En 2008 era un capo semirregular, aunque todo el mundo —desde la policía hasta los agentes federales— le temía porque era un maniático.

Nos sentamos en torno de la mesa del comedor y oímos a Junior y a Peter contar lo que había pasado.

Mia

Cuando Olivia le habló a Adrian desde su Nextel en la Suburban polarizada, no tenía idea si éste había tomado el teléfono. Por suerte, escuchó cada pregunta, grito y amenaza. Comprendió su orden de acción y de inmediato se puso a hacer llamadas.

Una persona llamó a otra, subiendo el SOS por la jerarquía, hasta que por fin llegó a oídos del *Chapo*, *el Mayo* y Arturo Beltrán.

Para entonces, Adrian y Daniela habían decidido largarse de Puerto Vallarta porque no era seguro, y Adrian se dio cuenta de que aunque no pudiera proteger a sus hermanitos, sí podía salvar a su sobrino. Subieron las maletas al coche tan rápido que se les olvidó la sillita de Brandon, y partieron para Guadalajara: un viaje largo, de cinco horas, en el que casi no había señal de celular.

Olivia

Mientras el coche de Adrian serpenteaba por la sierra y nosotros estábamos atados a la cámara de tortura, Arturo Beltrán Leyva llamó y exigió hablar con Junior del rescate que él y Peter estuvieran dispuestos a dar por nuestra libertad.

—¿En qué se metieron y por qué estás ofreciendo tanto dinero? —le dijo con firmeza.

—Porque tengo que hacerlo —dijo Junior—. No tengo de otra. No voy a regresar a Estados Unidos.

—Mira, vamos a sacarte a ti y a tu hermano —dijo el jefe de la Organización Beltrán—. Pero no va a ser fácil. ¿Qué es lo que más les importa a los dos?

Junior no tuvo que pensarlo dos veces.

—Sacar a nuestras esposas de este desastre.

—Hecho —dijo Arturo; hizo una pausa y añadió—. Quédate con este teléfono de ahora en adelante. Y recuerda: ¡tú mandas, cabrón!

Mia

Entonces el oficial de la AFI entró en pánico. Accedió a liberarnos a Olivia y a mí, a sabiendas de que si salíamos heridas tendría graves problemas. Y soltó a los chinos y a su socio porque no tenían valor para él.

Olivia

El Chapo, el Mayo y Vicente hicieron una llamada juntos para decidir qué hacer. Se dieron cuenta de que tenían cinco millones de dólares en un avión sobre una pista en Juárez, y que si cambiaban su ruta podían llevar el dinero a Puerto Vallarta.

Vicente le habló al agente de la AFI para negociar.

—Mantén a los hermanos Flores a salvo —exigió—. Te pagaremos a cambio de su libertad. Pero nos va a tomar como dos horas y media.

—No tenemos tanto tiempo —dijo el oficial.

Desafortunadamente, dos horas y media no eran suficientes. El agente de la AFI y el aduanal habían dicho en serio que mandarían a Peter y a Junior de vuelta a Estados Unidos, y ya habían llamado a los federales.

—Los alguaciles de Estados Unidos llegan en media hora —dijo el de la AFI—. Se van a llevar a Peter y a Junior. No podemos hacer un trato.

Los capos se juntaron al teléfono otra vez e idearon rápido un plan B. Le dijeron a Vicente que llamara al oficial de la AFI otra vez.

—Podíamos hacer esto por las buenas o por las malas —dijo Vicente—; de cualquier forma, no van a mandar a los cuates al Gabacho. Y como al parecer insisten en

quedárselos, vamos a hacerlo por las malas.

Mia

De hecho, los cárteles estaban dispuestos a librar una guerra con tal de salvar a Junior y a Peter de que los enviaran de vuelta a Estados Unidos: *el Chapo*, *el Mayo* y Vicente habían comenzado a reunir un ejército para ir por ellos.

Olivia

El agente de la AFI sabía que él y sus hombres iban a estar en desventaja contra quienquiera que mandaran los cárteles, así que se armaron hasta los dientes y sacaron a Peter y a Junior de la estación lo más rápido posible. No les dieron chalecos antibalas, pero sí los metieron a empujones en una Suburban blindada, con dos agentes armados apostados a cada lado. Los alguaciles supuestamente llegarían a la una de la tarde, y tenían que recibirlos en cuanto aparecieran.

El agente de la AFI se puso al volante y comenzó a recorrer las calles de Vallarta, frenético. Después de unos minutos, sonó su teléfono. Era *el Músico*, la mano derecha de Arturo. *El Músico* hacía todas las llamadas de Arturo y era uno de los amigos más íntimos de Junior, y en ese instante estaba exigiendo hablar con él.

El oficial de la AFI les pasó el teléfono a Junior y a Peter. Entonces *el Músico* comenzó a hablar.

—Tenemos cientos de hombres listos para luchar por sus vidas. Todos los caminos que llevan al aeropuerto de Puerto Vallarta están bloqueados. Hay barricadas en cada calle. No hay manera de que suban a ese avión. No hay manera de que regresen a Estados Unidos.

Mientras escuchaba, Peter se detuvo a pensarlo y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Pero antes de que pudiera decir nada, *el Músico* comenzó a hablar otra vez, y se le quebraba la voz.

—No sé si vaya a haber un tiroteo. Puede ser que esto no acabe bien. Pero no importa lo que pase, Junior, quiero que sepas que ha sido un honor conocerte. Conocerlos a los dos.

Mia

Cuando *el Músico* dijo eso, Peter pensó un millón de cosas, pero en su mente destacaban tres. Primero recordó lo que su papá siempre le decía: “Nunca dejes que te lleven a la cárcel”. Después pensó en mí. Al final se dijo: *Junior y yo llegamos a esta*

vida juntos y supongo que vamos a dejar este mundo juntos. Entonces tomó la mano de su hermano, cerró los ojos y sintió lágrimas calientes escurrir por su rostro.

Olivia

Junior no podía emitir palabra mientras hablaba con *el Músico*.

—Pero... nuestra familia.

—No te preocupes por tu familia —contestó *el Músico*—. Te doy mi palabra de que los protegeré con mi vida y los sacaré de México a salvo. Te prometo que no voy a dejar que les pase nada.

Ésa fue la señal para que el oficial de la AFI hiciera su jugada. Bajó la ventana, puso la direccional y, mientras se acercaba al borde del camino, le hizo seña a su caravana de que se orillaran también. Entonces se bajó de un salto e hizo una llamada.

Mientras tenía el teléfono contra su oído, comenzó a caminar en círculos, claramente turbado. Los alguaciles de Estados Unidos estaban a punto de entrar a la ciudad con armas desenfundadas, listos para capturar a los hermanos Flores, y se iban a estrellar de lleno contra el ejército del cártel. Estaba a punto de suceder algo devastador, y el oficial de la AFI sabía que había metido a sus hombres justo en medio.

Regresó al auto y condujo lentamente hacia la plaza en el centro de Vallarta. Al doblar una esquina, vio casi cien hombres con AK-47 listas. Tal vez la mitad rodearan la caravana de la AFI, y *el Mencho* caminó hasta donde estaban sentados Junior y Peter.

—¿Cuates? Es hora de irnos.

El oficial de la AFI volteó a ver a Peter y a Junior, puso su arma en el suelo y salió del coche con las manos arriba.

—Vamos —dijo *el Mencho* mientras les abría la puerta, haciéndoles seña de que se bajaran.

Junior y Peter se escurrieron de sus asientos mientras dos de los hombres del *Mencho* tomaban sus lugares en el asiento trasero. Eran señuelos, pensados para engañar a los alguaciles, que ya se acercaban.

Entonces Junior y Peter caminaron rápido hasta un coche que los esperaba. Pero antes de llegar a él, Junior se dio vuelta, se acercó al agente de la AFI, le dio la mano y dijo:

—Hiciste lo correcto. No te preocupes, no voy a dejar que nadie te haga nada. Mi hermano y yo te vamos a cuidar.

Mia

Entonces se fueron de regreso a Los Ranchos, donde estaba nuestra casa de playa. Era

una procesión inmensa de coches blindados. Todos los copilotos tenían la ventana abajo y el arma asomada, lista para disparar. También había hombres en las cajas de las pick-up con los rifles desenfundados, a plena luz del día.

Llegaron al primer retén del ejército y cambiaron de coche, con *el Mencho*. Cuando entraron al segundo retén, *el Mencho* bajó su ventana y el ejército mexicano les hizo seña de seguir, también con las armas desenfundadas.

No mucho tiempo después llegaron a casa, y Olivia y yo corrimos a la puerta gritando.

Olivia

Antes de regresar a Guadalajara, ese mismo día, Junior tenía una llamada más que hacer. Necesitaba contactar a Adrian para decirle que íbamos de regreso.

—¡Adrian! —gritó—. Estamos a salvo. Vamos de regreso a Guadalajara. Llegamos en la noche.

Corrí hasta mi esposo y le arrebaté el teléfono de las manos, a media conversación. Necesitaba saber si mi bebé estaba bien en ese instante.

—Brandon está bien —dijo Adrian—. Te extraña, pero sabe que ya vienen.

Estaba demasiado enojada para oír lo que dijo.

—Te llevaste a mi bebé sin su sillita —grité—. Se te olvidó la pinche sillita.

Colgué el teléfono y oí un cuarto lleno de hombres —incluyendo a mi esposo— soltar la carcajada.

Hora de actuar o morir

Olivia

Justo después de que Junior y Peter volvieran a la casa de playa, unos agentes federales mexicanos nos llevaron a todos a Guadalajara en dos camiones blindados. Junior y yo íbamos en uno y Peter y Mia en el otro. Durante el trayecto recuerdo haber pensado: *Si alguna vez dudé si el gobierno federal asistía a los narcotraficantes, esto despeja mi duda.*

De hecho, los cárteles tenían a los agentes en sus bolsillos, al grado de que Peter y Junior decidieron pagarle 2.25 millones de dólares al oficial de la AFI que los ayudó a escapar de los alguaciles de Estados Unidos, sólo para darle las gracias.

El Chapo, *el Mayo* y Arturo Beltrán les habían salvado la vida otra vez a nuestros maridos —y a nosotras por primera vez—, lo que cimentó aún más la posición de Junior y Peter en los cárteles. Al igual que cualquier gran compañía con sus ejecutivos, ahora estaban en la cima, y eso les redituaba muchos beneficios. *El Chapo* les dio contraseñas especiales para que los funcionarios comprados supieran con qué cártel estaban conectados. Las contraseñas básicamente eran tarjetas del tipo: “Salir de la cárcel gratis”. Entonces, para hacerlos sentir aun más seguros, les dijo específicamente que nunca tenían que preocuparse de que los extraditaran. A fin de cuentas, a él siempre le notificaban cuando Estados Unidos planeaba hacer una visita.

Mia

Incluso con ese nivel de protección, cada vez Peter y Junior se sentían menos seguros. Añadieron seguridad adicional en los perímetros de nuestras casas e invirtieron en cámaras más complejas que el tipo usual de “domo” que utilizan en las tiendas departamentales. No había un solo punto ciego en nuestros hogares. Era un recordatorio constante de la dureza de mi vida. Recuerdo haber pensado: *Es como vivir en zona de guerra.*

Olivia

Pero Junior y Peter no estaban listos para salirse de ese tipo de vida.

—Hemos estado hablando de disminuir nuestra participación paulatinamente, nena —me dijo Junior—. Creo que sólo podríamos reducir la velocidad: no mover más producto del *Chapo*, *el Mayo* y la Organización Beltrán Leyva y sólo enviar lo nuestro.

Yo era escéptica.

—¿Qué opina Peter? —pregunté.

—Le preocupan nuestros trabajadores. Somos todo para ellos. Somos responsables de ochenta familias y no podemos abandonarlas así como así. Necesitan ganar dinero. Pero Peter también cree que nunca podremos alejarnos del negocio por completo. Ganamos todo el dinero para los cárteles y cada vez que aceptamos cargamentos en Estados Unidos, asumimos una deuda con ellos. Si nos incautan algo, debemos pagarles millones de dólares.

Hizo una pausa.

—Puede ser que mi hermano tenga razón: no estoy seguro de que alguna vez podamos dejar el negocio sin que nos maten.

—No hay punto medio, ¿verdad?

—No lo sé. Eso es lo que tenemos que discutir.

Mia

Todavía teníamos el mal sabor de boca de nuestro secuestro, y sabíamos que nunca se nos quitaría. Aunque los cárteles hubieran prometido protegernos, en realidad no había nada que impidiera que alguien tratara de secuestrarnos otra vez. Tampoco había nada que evitara que el gobierno mexicano arrestara y extraditara a Peter y a Junior. Claro que los cárteles les habían dicho a mi esposo y a mi cuñado que eran intocables, pero si algo habíamos aprendido en los últimos cuatro años era que la vida podía cambiar en cualquier instante.

En marzo de 2008 esa revelación —y la pregunta de qué deberíamos hacer al respecto— se volvió trascendental, porque Olivia y yo acabábamos de descubrir que estábamos embarazadas.

Olivia

Yo siempre quise que mis hijos se llevaran un año de edad. Me encantaba ser mamá y adoraba estar embarazada. Antes de tener a Brandon, me sentía muy cerca de Junior porque él sabía que su bebé estaba creciendo dentro de mí. Me encantaba lo atento que había sido y lo mucho que me atendía: me besaba la pancita y me sobaba los pies todas las noches, y me decía:

—Nunca me has parecido más hermosa.

De todos modos, sabía que Junior no estaba seguro de querer tener otro hijo. Su peor miedo era que pasara algo malo y yo tuviera que criar sola a nuestros bebés. Pero como comprendía cuánto lo quería yo y cuánto amaba él a nuestra familia, me siguió la corriente. Tratábamos de que me embarazara otra vez casi inmediatamente de que nació Brandon.

Tratábamos y tratábamos cada mes, y nos divertíamos mucho mientras tanto, pero

no pasaba nada. Después de un año, yo dije:

—¿Por qué rayos no ocurre?

Entonces me secuestraron.

Supongo que debí haber sabido que estaba embarazada aquella noche. Digo, lo sospechaba —había tenido mis altas y mis bajas emocionales—, aunque no lo había confirmado. Pero luego, ¡pum!, nos sacaron a rastras de aquel téibol cuando estaba mil veces más loca y hormonal de lo normal. Nunca había llorado tanto ni tan fuerte. En cuanto llegamos a Guadalajara me hice una prueba y, por supuesto, aparecieron las dos líneas azules en el palito.

Estaba contentísima cuando me enteré. No había nada que quisiera más que ser una esposa y una madre dedicada. Tener a Brandon con Junior había sido lo mejor que nos había pasado; habíamos desarrollado un vínculo intimísimo, una cercanía casi inexplicable.

Y Junior también era el mejor papá. Él y Brandon estaban muy unidos. Tomaban siestas juntos. Junior esterilizaba sus mamilas y veía todas las películas de Disney con Brandon. Teníamos tres sirvientas —una por piso— para asegurarnos de que la casa estuviera inmaculada, pero Junior no dejaba que las señoras tocaran las mamilas de Brandon. Sus socios comenzaron a decirle “mamá”, y siempre se le veía con su mochila de mensajero llena de teléfonos y la pañalera de nuestro hijo, una en cada hombro, cruzadas por la espalda. Cuando entraba a la casa y veía a Brandon, me volteaba la carita, porque quería estar con su papá.

Iba a ser un nuevo comienzo para nosotros. Eso me decía. Pero en el fondo yo sabía que no podíamos seguir viviendo así. Nuestros bebés merecían algo mejor.

Mia

Aunque Peter y yo lleváramos dos años casados antes de decidir tener un hijo, yo siempre supe que quería ser madre. Soy criadora por naturaleza —me gusta cuidar de la gente, escucharla de verdad y hacerle saber que la quiero— y sabía que Peter sería un papá maravilloso. Pero lo habíamos aplazado, sobre todo porque queríamos disfrutar nuestra compañía. Sin embargo, una mañana de 2007 Peter me despertó. Estaba hincado junto a la cama y me tomó la mano.

—Tengo que hacerte una pregunta importante —dijo.

—¿Es algo malo?

—No, no es nada malo. Sólo escúchame. Quiero saber si quieres tener un hijo mío.

Estaba un poco confundida, pero me dejé llevar de todos modos.

—Sí. ¡Me encantaría tener a tu bebé! Ya hablamos sobre el tema.

—No, en serio. Quiero estar seguro de que esto es para siempre.

A cada instante me confundía más.

—Estamos casados. Claro que es para siempre. ¿De qué estás hablando?

—No quiero que digas nada hoy. Quiero que lo pienses. Quiero ofrecerte cinco millones de dólares. Y puedes irte si sabes que no podrás estar conmigo el resto de tu vida. Si sabes en tu corazón que sí puedes, entonces deberíamos tener un hijo. Pero si sabes que esto no es lo que quieres, ni yo soy lo que amas ni esta vida es lo que deseas, entonces prefiero que seas feliz en otro lado.

Me tumbó. Comencé a pensar: *¿Por qué me está haciendo esto? ¿Es un truco?* Pero me di cuenta de que no podía soportar que sufriera otro secuestro. No era una vida fácil y el futuro —incluso el día siguiente— se veía muy incierto. Tener un hijo era importante y definitivo en un sentido en el que sólo estar casados no lo era. Porque si él hubiera muerto o desaparecido antes de tener un hijo conmigo, sólo perdería yo. Pero si pasara lo mismo con un bebé, la pérdida sería de por vida. Peter sabía que tener un hijo era la decisión más importante que tomaríamos y en ese momento yo también me di cuenta de aquello.

Pero al día siguiente dije que sí. Peter era mi vida. Nuestra familia futura era mi vida. Y una mañana de marzo de 2008, a sólo dos meses de nuestro secuestro, recibí la noticia con la que había estado soñando.

Me encanta la pizza. Podría comerla tres veces al día y aun así volver por más. Pero una noche Peter y yo ordenamos una pero yo no podía ni mirarla y mucho menos comérmela.

—Aleja eso de mí —le dije.

Me fui a la cama temprano, todavía con hambre, y a la mañana siguiente me desperté y entré al baño. En el tocador había una taza con una flor hermosa y una prueba de embarazo cerrada. Cogí la prueba de la taza y regresé al cuarto para hablar con Peter.

—¿Qué con esto? —le pregunté sonriendo.

—Regrésate al baño y hazte la prueba —dijo—. Tengo la sensación de que van a ser buenas noticias.

Menos de cinco minutos después, vi esas dos líneas azules en el palito.

Olivia

Para todos nosotros —Mia, Junior, Peter y yo—, el secuestro en Puerto Vallarta se convirtió en nuestra segunda oportunidad. Cuando Mia y yo estábamos atadas, pensando que íbamos a morir ahí sin haber tenido más bebés, nuestros esposos estaban pensando lo mismo. Se estaban preguntando: *¿Esta es la vida que queremos para nuestras esposas e hijos? Ya no podemos hacerles esto. Si vuelve a pasar, va a acabar en tragedia, y todos, incluyendo nuestros hijos, van a estar muertos.*

También me percaté de cuánta suerte habíamos tenido. Si los alguaciles se hubieran llevado a Junior y a Peter de vuelta a Estados Unidos, se habrían enfrentado a una vida

tras las rejas. Yo me habría quedado sola, embarazada, con dos bebés que criar.

Por eso, Junior y yo comenzamos a hablar de salirnos del negocio casi todas las noches.

—Nunca voy a olvidar cómo te veías en el funeral de *K* —me dijo—. Estabas embarazada, tirada en el suelo, en agonía. Lo sentí entonces y lo siento ahora: no puede volver a pasar.

Yo estaba de acuerdo. No podía volver a vivir eso.

Pero sabíamos que no iba a ser fácil. El Cártel de Sinaloa y la Organización Beltrán Leyva acababan de declararse la guerra, y Junior y Peter vieron que las cosas iban por mal camino, peor que nunca. Estaban en los márgenes de un tipo de venganza personal que nunca habían visto antes.

Mia

El 21 de enero de 2008 *al Mochomo* fue arrestado en Culiacán con novecientos mil dólares en efectivo y un arsenal de rifles, armas automáticas, chalecos antibalas y granadas. Los hermanos Beltrán Leyva creían que *el Chapo* y el Cártel de Sinaloa les habían soplado a las autoridades el escondite de Alfredo en una casa de seguridad de Culiacán, y estaban iracundos, con sed de venganza. Ese incidente desató el inicio de la enemistad que rápidamente puso a la Organización Beltrán Leyva contra el Cártel de Sinaloa.

Olivia

El arresto del *Mochomo* enfureció a sus hermanos. Con Alfredo tras las rejas, Arturo tomó el mando de la Organización Beltrán Leyva, jurando que se vengaría del *Chapo*. La violencia en Culiacán se disparó por los cielos y los meses de febrero y marzo —y los siguientes— presenciaron una guerra total en las calles de la capital sinaloense. Cortaban en pedazos a los hombres del *Chapo* y los arrojaban a las cajuelas de sus autos. Asesinaban indiscriminadamente a los trabajadores de la Organización Beltrán Leyva en las cantinas que frecuentaban al final de cada jornada. No era inusual que pusieran bombas incendiarias en las casas de seguridad, y los trabajadores de adentro terminaban tan quemados que no se podían identificar sus restos.

Mia

De pronto, Peter y Junior estaban en medio de dos facciones en guerra. Pero tanto la Organización Beltrán Leyva como el Cártel de Sinaloa los necesitaban, así que, aunque se sintieran algo protegidos, las cosas estaban candentes. Para cada bando, la manera

obvia de conseguir más poder sobre el otro era jalar a Peter y a Junior a su regazo, así que los dos mencionaron la idea de una plaza. La Organización Beltrán Leyva quería que controlaran Tijuana, mientras que *el Chapo* y *el Mayo* esperaban entregarles Mexicali.

Olivia

Una plaza es un bien raíz específico del narcotráfico. Había una plaza en Vallarta, otra en Culiacán y prácticamente en todos los principales centros de tráfico en México. El jefe de la plaza controlaba la zona, coordinando qué drogas entraban y cuáles salían. Negociaba la protección policial y quienquiera que vendiera drogas en su zona tenía que pedirle permiso. Era un puesto poderoso, y para muchos miembros de los cárteles en México era lo más que podían ascender sin llegar a ser el jefe.

La idea era que Junior y Peter controlaran una plaza juntos —a fin de cuentas siempre habían tenido un negocio conjunto— para que no hubiera manera de que uno se fuera con un cártel y el otro con el otro. Eran un equipo. Y dos cabezas no sólo eran mejores que una: eran una.

Pero declinaron respetuosamente.

—No queremos esa clase de poder —dijeron.

Estoy segura de que *el Chapo* y los Beltrán Leyva sólo negaron con la cabeza y los miraron como si estuvieran locos, pero Peter y Junior no estaban buscando inflarse el ego con ese tipo de vida de capos. Para ellos sólo era un negocio y siempre preferirían a la familia a cualquier otra cosa.

Mia

Sabían que si les daban una plaza, tendrían que enviarnos a vivir a Estados Unidos. Al igual que *el Chapo* y todos los demás capos, tendrían que esconderse, y sólo los veríamos cuando nos mandaran traer. Al *Chapo* no le importaba estar en la sierra: simplemente hacía que las chicas fueran hasta donde estaba él. Pero Peter y Junior no pensarían en renunciar a nosotras. Eso estaba totalmente fuera de discusión.

Olivia

Podían rechazar una plaza, pero no podían huir de sus socios, que habían comenzado a presionarlos.

Un día, después de que arrestaran al *Mochomo* y los hermanos Beltrán Leyva se amargaran con *el Chapo* y *el Mayo*, *el Músico* le habló a Junior. Quería que mi esposo fuera a verlo, pero Junior dijo que no podía ir.

—No puedo ir a verte porque *Rambo* está acá —dijo—. Está en la ciudad para un

operativo y dijo que no es buen momento para salir.

Si al *Músico* le molestó que Junior se llevara bien con *Rambo*, no lo dijo en esa llamada. Pero al día siguiente se enteró de que *Rambo* había *levantado* a la mano derecha de Arturo Beltrán Leyva, un tipo al que le decían *el Comandante*, se lo había llevado de vuelta a su rancho y lo había matado frente a toda su familia. El “operativo” que había mencionado Junior fue un acto deliberado contra la Organización Beltrán Leyva y *el Músico* estaba enojado.

Le habló a Junior y se lo dijo.

—¡*Rambo* mató al *Comandante*! ¡Más te vale que me digas dónde chingados está *el Chapo*, que lo voy a matar con mis propias manos!

Junior se quedó ahí sentado, preocupado. No tenía idea de que el operativo fuera un golpe directo contra la Organización Beltrán Leyva.

—*Músico* —dijo—, sabes que mi hermano y yo no tenemos nada que ver con esta guerra. No estamos peleando. Nos conoces. Sabes que no nos involucramos. No te enojes con nosotros, sólo estamos trabajando.

Pero *el Músico* siguió gritando.

—¡Más te vale que escojas un bando! ¡Escoge un pinche bando!

Mia

Se le podía ver el estrés en la cara a Peter. Había estado con él durante tres secuestros, pero nunca le había visto bullir tanta presión. Él y Junior eran los mayores y mejores conductos para enviar drogas a Estados Unidos de dos cárteles en guerra. Y los cuerpos se apilaban a diestra y siniestra.

Acudió a mí unas semanas después de que me enterara de que estaba embarazada.

—Creo que Junior y yo tenemos que dejar de hacer esto.

Sin pensarlo un segundo, lo jalé hacia mí, lo miré directamente a la cara y le dije:

—Sí.

—Pues hay que hablar con Junior y Olivia.

Olivia

Mia no sabía que Junior y Peter de hecho llevaban días hablando sobre el tema de dejar el negocio. Tal vez fuera porque Peter hubiera intentado protegerla, como siempre, o tal vez la había visto tan contenta por estar embarazada que Peter no quería arruinarle el momento. Pero yo siempre estaba encima de Junior, y le había estado rogando esto más que nadie.

Mia

Al principio comenzamos a hablar, todos juntos, cada varias semanas después de la cena. Algunas conversaciones eran vagas y otras específicas, con nombres y detalles y fechas. Estábamos asustados. A fin de cuentas, estábamos considerando cambiar todas nuestras vidas.

Olivia

Una noche de aquel abril nos encontrábamos sentados en torno de la mesa de la cocina de Mia y Peter. No sé quién empezó a hablar primero, pero creo que fue Junior.

—Peter, las cosas están cambiando y tenemos que poner a la familia primero. No creo que podamos desacelerar y disminuir el ritmo. Y si nos vamos al extranjero, los cárteles nos van a cazar. Están matando a todo el mundo, hasta a sus propios pinches familiares. No hay forma de alejarse de ellos y no tendremos protección. Nos arriesgamos a que los federales nos agarren y nos extraditen.

No creo que Junior tuviera que convencer a su hermano. Ya se había decidido. Peter se puso muy serio y dijo lo que todos estábamos pensando:

—Deberíamos llamar a nuestro abogado y ver si podemos conseguir un trato. No le podemos seguir haciendo esto a nuestra familia.

Mia

Peter y Junior le habían dedicado sangre, sudor y lágrimas a su organización, así que dejar todo atrás no iba a ser fácil. Pero había tres cosas que nos pesaban.

En primer lugar, teníamos hijos nonatos. Traerlos al mundo de las drogas no sólo era inseguro, sino que perpetuaba un ciclo que había comenzado el día en que Junior y Peter nacieron. No querían que nuestros hijos se criaran como ellos, y Brandon ya había estado expuesto a demasiadas cosas. Había seguridad en el perímetro que rodeaba su área de juegos, un cuarto retacado de millones de dólares en efectivo junto al suyo y dos padres que no volvieron a casa una noche porque los esposaron en una cámara de tortura.

En segundo lugar, esta vida no estaba garantizada. Claro que Peter y Junior habían trabajado día y noche para construir su negocio, pero todo podía cambiar de un momento a otro. La gente a la que habían ayudado a enriquecerse podía traicionarlos en cualquier momento y matarlos a ellos y a toda nuestra familia sin perder el sueño al respecto. No había lealtad. La gente moría a diestra y siniestra, las familias asesinaban familias. No querían tener que ver con eso, y nosotras tampoco.

Finalmente, lo que hacían simplemente no era correcto. Peter y Junior tenían moral, pero su trabajo no. La gente de Chicago, una ciudad que todos queríamos, estaba

ahogada en drogas que ellos habían enviado. Había madres que perdieron a hijos adolescentes en el fuego cruzado de los cárteles. El segundo esposo de Olivia había sido asesinado por una pandilla alimentada por el narcotráfico.

Peter y Junior se volvieron hacia nosotras. Con una mirada de duda mía o de Olivia habrían cambiado de opinión.

—¿Ustedes qué opinan? —dijo Peter.

Olivia y yo asentimos al unísono. Salir.

Estaba decidido. Pedro y Margarito Flores se iban a convertir en informantes federales, derrumbar a los cárteles y dismantelar todo lo que habían ayudado a crear.

CUARTA PARTE

INFORMANTES

No hay promesas

Olivia

En 2008 la organización de Junior y Peter estaba moviendo casi cincuenta millones de dólares de cocaína al mes en las calles de Estados Unidos y tenían más de cien empleados en diez ciudades distintas.

Pero no habían puesto un pie en suelo estadounidense durante casi cinco años. Eran fugitivos, y si se hubieran arriesgado, los habrían arrestado en el instante.

Mia

Tenían que tomar sus precauciones, así que se mantenían lejos de Estados Unidos sin importar lo que pasara, hasta para hablar con su abogado sobre cómo convertirse en los mayores informantes de la historia estadounidense.

Pero alguien tenía que volar a Chicago a asentar los preliminares. No iban a ser ellos y tampoco tenía sentido que fuera yo. El abogado de Junior y Peter era sólo una voz en el teléfono para mí, y no conocía el trasfondo ni tenía la experiencia para transmitirle efectivamente todo lo que necesitaba saber.

—¿Quién lo va a hacer? —preguntó Peter una noche.

—Olivia —dijo Junior—. No hay duda.

Todos volteamos a verla, sabiendo que sería perfecta.

Olivia

Tenía que ser yo. A fin de cuentas, había tenido una relación con el abogado de Junior y Peter, Joe Bonelli, mucho antes de juntarme con Junior. Cuando estaba casada con *K* y el gobierno me pidió que usara un micro para recabar información en su contra, decidí que necesitaba hablar con un abogado, así que llamé a Joe. Defendió a gente en el negocio y en las calles lo consideraban el mejor.

También había representado a los empleados y a los mayoristas de Peter y Junior, así como incontables casos más de conspiración relacionada con drogas en Chicago. Defendió a Adrian antes de que lo mandaran a la cárcel en los años noventa, y había seguido en contacto con Junior y Peter. De hecho, parecía tenerles cariño. Nunca olvidaba preguntar por la familia, y cuando le hablé y le dije que necesitaba verlo en Chicago, pareció genuinamente complacido.

Joe siempre había sido un hombre elegante. Era alto y guapo, y usaba trajes finos a la medida, así que tenía la apariencia, pero también se comportaba como un caballero. Era un gran orador, muy imponente. Nunca lo había visto tropezarse; tenía tanta confianza

en sí mismo que casi parecía arrogante. Pero en marzo de 2008, cuando entré a su refinada oficina en el Loop, toda seria, y comencé a hablar, se convirtió en otra persona.

—Junior y Peter quieren decir todo lo que saben de Joaquín *el Chapo* Guzmán, Arturo Beltrán e Ismael *el Mayo* Zambada.

Dije nombres, apellidos y apodos para tener todo claro y evitar confusiones. *El Chapo* no estaba en todas las noticias como ahora, y la mayoría de los estadounidenses, aparte del gobierno, no sabían nada de él.

—Junior y Peter tienen cuatro años trabajando con los cárteles y saben dónde se esconden los jefes. Están dispuestos a todo para derrumbarlos.

Joe se quedó sentado detrás de su enorme escritorio de madera, con la boca bien abierta. Tenía una pluma en la mano, pero creo que se le había olvidado que quería tomar notas, porque de pronto se les quedó viendo a los papeles que había en su escritorio, se encorvó al frente y comenzó a escribir a toda velocidad. Me di cuenta de que no sabía qué preguntar, así que seguí hablando.

—Puedo decirte exactamente cuántas toneladas están metiendo Junior y Peter al mes, cuántos trabajadores tienen y dónde están los túneles que usan para pasar los cargamentos por la frontera. *El Chapo* ha estado invirtiendo en submarinos y les está pidiendo que le compren lanzacohetes al ejército, y Junior y Peter tienen una flotilla de tractocamiones que usan para transportar cargamentos...

—Detente. ¿Dijiste “lanzacohetes”?

—Sí. Te dirán todos los detalles de su negocio y cómo están trabajando con los cárteles. Quieren cooperar. Plenamente.

Le puse un énfasis especial a esa última palabra.

Joe por fin me miró e hizo una pausa. Estaba pensando. Entonces comenzó a hablar lentamente.

—Bueno, si le hablo a este agente de la DEA con el que he trabajado, tal vez pueda decirme exactamente qué tienen que hacer.

Se puso un poco pálido.

—Espera, no traes un micro, ¿o sí?

—¿Qué?

—Un micro. ¿Hay alguien escuchando?

—¿Por qué rayos te estaría grabando? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, lo siento.

Conocía a ese tipo desde hacía muchos años y normalmente era frío como un pepino. Nunca se ponía paranoico. Entonces me di cuenta de que lo estaba metiendo en una situación espinosa. Era un abogado defensor fregón que representaba a tipos de la calle, a vendedores de droga comunes y corrientes, y seguramente no quería que lo conocieran como el que representaba soplones. A nadie le gusta un chivato, y a sus

abogados, menos. Para rematar, aunque Joe tuviera diez veces más experiencia con el narcotráfico que cualquier otro abogado de Chicago, que uno de sus clientes cooperara con el gobierno —a nivel internacional— estaba en otra liga. No sólo estaba nervioso: tal vez se estuviera volviendo loco.

—Mira, relájate —dije—. Traje un teléfono seguro. Hay que hablarles a mi esposo y a Peter.

Mia

Olivia nos había avisado que tal vez nos hablaría desde la oficina de Joe, pero Peter, Junior y yo de todos modos estábamos nerviosísimos, sentados en nuestro *penthouse* con Brandon. No teníamos idea de que Joe siquiera quisiera tomar el caso y realmente confiábamos en que Liv le dijera todo para tratar de convencerlo. Además, no podía dejar de sentirme extraña: teníamos un secreto que nadie más sabía y ocupaba mi mente constantemente. Confiaba por completo en Peter y sabía que su decisión era por mi propio bien, pero aun así lo estaba viendo a él —y todo— bajo una nueva luz.

Cuando sonó el teléfono, Peter lo tomó y procedió a decirle a Joe absolutamente todo lo que querían hacer él y Junior. Luego puso el altavoz para que todos pudiéramos oír.

—Peter, Junior, Mia: hola —dijo Joe deliberadamente—. ¿Están seguros de que esto es lo que quieren hacer?

Junior habló:

—Totalmente. Estamos seguros.

—Porque no hay vuelta atrás.

—Sí. Definitivamente —dijo Peter, y se detuvo—. ¿Pero tú quieres hacerlo?

Joe hizo una pausa.

—¿Tengo otra opción? No quiero que hablen con la gente equivocada y que algo les pase a ustedes y a sus familias. Sólo déjenme hacer unas llamadas. Necesito contactar a la gente apropiada.

Peter se inclinó sobre el teléfono y bajó la voz.

—Joe, escúchame. Ten cuidado con quién contactas, porque la mitad de la gente que conocemos en Chicago y la mitad de la gente a la que representas tiene vínculos con los cárteles. *El Chapo* y *el Mayo* tienen abogados y funcionarios a ambos lados de la frontera para extirpar a los chivatos y a los soplones. Les reportan cada semana. Si alguien se entera de lo que estamos haciendo, van a matar a toda mi pinche familia. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Peter.

—Les marco cuando hable con los federales. Después de eso, el balón estará de su lado.

—Pero nos estás cubriendo la espalda, ¿verdad? —preguntó Junior.

—Sí.

Joe se quedó callado un instante.

—Miren, no puedo prometerles qué tipo de trato les van a ofrecer. Ni siquiera puedo prometerles cuánto tiempo en prisión les van a dar, pero les doy mi palabra de que voy a defenderlos sin importar lo que pase. Estoy de su lado de ahora en adelante. Quizá esta sea la única promesa que tengan todo este tiempo para ustedes.

—Confiamos en ti —dijo Junior.

—Les hablo en unos días. No hay promesas.

Entonces colgó.

Lo siguiente que supimos fue que Olivia estaba en un vuelo camino a casa.

Olivia

“No hay promesas” se convirtió en el lema de esos primeros meses en los que Junior y Peter cooperaron. Porque: *Claro, te diremos que estamos asignando un montón de agentes a tu caso, y quizá te hablen en algún momento, pero no podemos decirte cuándo. O: Danos toda la información que puedas, pero no podemos prometerte cómo va a afectar tu caso.* No sabíamos nada —un vacío total— al principio.

Lo único que podíamos hacer era encargarnos de nuestra situación en casa, lo que significaba decidir quién vería a los federales, cuandoquiera que hablaran. No le tomó mucho tiempo a Peter tomar una decisión.

—No confío en los federales —dijo—. Cuando nos reunamos con ellos podrían arrestarnos y extraditarnos en ese instante. No podemos ir juntos.

—Entonces ¿qué se te ocurre? —preguntó Junior.

—Voy yo solo. No te puedo separar de Brandon: si te pierde ahora, no me lo perdonaría.

Junior miró a Peter y asintió lentamente. No había siquiera necesidad de decir gracias: también en eso estaban juntos, como siempre. Junior había puesto su vida en riesgo durante el secuestro de Peter, volando a las montañas para conocer al *Chapo* y forjando un acuerdo para liberarlo. Hacer sacrificios por el otro era lo suyo.

Planeamos y esperamos. Joe era nuestra única conexión.

Mia

Le hablábamos a Joe todo el tiempo y casi siempre era paciente y reconfortante, pero a veces estaba tan preocupado como nosotros.

—Va a tomar un rato —decía—. Y, en serio, me pregunto si estarán haciendo lo correcto, chicos.

Joe se había dado cuenta de lo mismo que nosotros: que Junior y Peter estaban tomando una decisión inaudita, por mucho la más difícil de sus vidas. Estaban haciendo lo que poca gente sensata siquiera consideraría: arriesgar sus vidas abandonando el narcotráfico en la cumbre de sus carreras.

Por fin oímos de un agente de la DEA llamado Sam en abril, que quería arreglar un primer encuentro entre Peter y los federales en Cancún lo más pronto posible. Para Junior y Peter fue una de las conversaciones más angustiantes de sus vidas. En el instante en el que contestaron el teléfono y dijeron “bueno”, oficialmente se convirtieron en chivatos.

Olivia

Creo que esa llamada hizo que nos cayera el veinte de toda la situación. Después de eso, tenían más que náuseas. Estaban yendo contra todo lo que les habían inculcado desde la infancia, porque cuando eran chicos los federales eran los malos, el enemigo. Eran los que se había llevado a su papá antes de que nacieran. Eran los tipos que habían ayudado a encerrar a Adrian. En sus mentes, siempre habían estado haciendo lo necesario para mantener a su familia. Claro que se inventaban excusas para justificar sus fechorías, pero al venir de donde venían y criarse en el mundo en el que se criaron, así habían sido las cosas siempre.

Yo sabía que a Junior le asustaba dejar la única vida que conocía. Además, le preocupaba que le perdiera el respeto. Pero vio cómo me había convertido en una mujer distinta desde que nos conocimos: ya no me importaba lo que pensara la gente. Quería tanto a mi familia que estaba dispuesta a aceptar que mi esposo se convirtiera en informante. Él estaba dispuesto a cambiar de vida por mí y por nuestros hijos y yo lo respetaba y lo amaba por tomar una decisión tan valiente. Era el regalo máximo.

Para arreglar las cosas, sabían que tenían que sacrificarse, alejarse de sus seres queridos e ir a prisión mucho tiempo. Iban por un camino desconocido y sus vidas iban a ponerse de cabeza y a convertirse en un infierno por eso. Pero tenían que romper ese ciclo y hacer lo correcto. Era lo único —y lo más abnegado— que podían hacer por nuestra familia y por el bienestar de nuestros hijos.

Junior y Peter siempre decían:

—Es más fácil hacer el mal y tan difícil hacer el bien.

En las semanas que precedieron sus primeros encuentros con los federales, por primera vez en sus vidas comenzaron a hacer lo último.

Los federales

Mia

Los federales descartaron el encuentro en Cancún. Unas semanas después, planearon llevarlo a cabo en Cabo San Lucas, pero cuando Peter y yo llegamos allá, nos enteramos de que también lo habían cancelado. No habían podido obtener autorización del Departamento de Justicia.

En el viaje de regreso a Guadalajara estábamos en pánico. En el aeropuerto, nos pareció que el hombre que se llevaba el bote de basura del baño parecía miembro de un cártel. Luego vimos a dos estadounidenses comiendo en un restaurante de comida rápida y me congelé.

—Peter —dije—. Parecen agentes encubiertos.

—Sólo sigue caminando y mira hacia el frente —me contestó.

Pero pensé: *No me corrigió. Sabe tan bien como yo que docenas de personas están enteradas de este encuentro. En cualquier momento podrían emboscarnos los dos bandos: el cártel y los federales.*

Olivia

Gracias a Dios, Mia y Peter volvieron a casa a salvo. Cuando llegaron, seguimos discutiendo nuestros planes casi todos los días. Algunas discusiones eran vagas y otras específicas, con nombres y fechas y detalles. Estábamos asustados, así que nos amontonábamos en el baño de mi casa, con todos los chorros del spa encendidos, las regaderas de lluvia y el *jacuzzi* de seis personas, y susurrando en caso de que alguno de los empleados del *Chapo* pasara por ahí, captando conversaciones en el aire.

Durante una de nuestras conferencias en el baño se nos ocurrió un plan B. Si Junior o Peter quedaban separados de nosotras, Mia y yo nos subiríamos a un avión privado y volaríamos a una casa de seguridad en Mexicali. Ahí esperaríamos instrucciones. Pero si los capturaban o los mataban, teníamos que huir de México y llegar a puerto seguro en Estados Unidos.

Luego, por fin, en mayo de 2008, los federales llamaron otra vez. Querían que Peter tomara un vuelo a Monterrey, México, y estuviera preparado para hablar durante horas. Los federales estaban listos para oír lo que él y Junior planeaban revelar y a quién querían traicionar, y se hallaban preparados para darles instrucciones sobre cómo convertirse en informantes federales.

Pero al parecer no estaban para nada listos para un caso así de grande.

Mia

Peter y yo detestamos la idea de ir a Monterrey, no sólo porque estaba muy cerca de la frontera, sino porque entraríamos en territorio enemigo. Monterrey era controlado por Los Zetas, uno de los cárteles más peligrosos y violentos de México, en guerra con el Cártel de Sinaloa. Desde el instante en que llegamos, Peter miraba por encima de su hombro.

Pero eso no evitó que saliéramos a caminar antes de su encuentro, algo que hacíamos todas las noches que pasábamos juntos.

—Si esto no funciona, ya sabes a dónde voy. Quiero que sepas que te amo y que hice esto por nosotros. Vamos a estar bien. Tú vas a estar bien —me dijo Peter esa noche.

Por primera vez desde que decidió cooperar con las autoridades, comencé a creer que quizás tuviera razón. Aunque la posibilidad de que fuera a la cárcel al día siguiente se sintiera muy real, pensé: *Si fui tan fuerte como para acceder a que Peter cambiara de vida, soy tan fuerte como para vivir sola*. Joe no le prometió nada sobre qué pasaría cuando se sentara a hablar con los federales, así que sabía que un arresto era posible. De todos modos, sentí un pequeño racimo de fortaleza removiéndose en mi interior. Pero me hizo falta esa confianza la mañana siguiente. Cuando nos despertamos y nos sentamos juntos al borde de la cama, tomados de la mano y con el corazón martillando, parte de mí estaba convencida de que todo se iba a ir a pique. No podía dejar de pensar: *Dios mío, ya fue. No importa qué diga ni qué haga, voy a tener que criar sola a nuestro bebé*.

—Te amo —dijo Peter mientras me abrazaba—. Pero quizá tenga que dejarte ir por un tiempo para poder retenerte para siempre.

Yo estaba sollozando.

—Esto es lo más difícil que hemos tenido que hacer. ¿Y si no te dejan volver conmigo?

—Si no lo hacen —contestó Peter—, por favor, cuídate, y cuida mucho a mi bebé.

Luego se volvió y me miró directamente a los ojos.

—Te veo pronto. Mantén la puerta cerrada con seguro, y si ves a alguien sospechoso, vete de inmediato.

Se paró y se inclinó para besarme, y luego a mi pancita. Después salió por la puerta.

No sabía cuándo regresaría, así que me quedé en ese cuarto, dando vueltas nerviosa todo el día. *¿Qué le permití que hiciera?*, no dejaba de pensar. No abrí las cortinas. Mordí un par de cosas que saqué del minibar, pero nada sabía bien. Traté de encender la televisión, pero me aterraba ver un reportaje con la foto policial de Peter llenando la pantalla, diciendo que se lo habían llevado. Había dormido muy mal la noche anterior, pero no pude tomar una siesta. Todo lo que podía hacer era esperar y esperar.

No podía dejar de pensar en lo que podría estar pasando. Sabía lo corruptos que eran los policías en México, sobre todo cerca de la frontera, y la barbarie de Los Zetas me daba náuseas. Peter había exigido que no hubiera funcionarios mexicanos en el lugar, pero iba a haber agentes estadounidenses apostados en México en el encuentro. ¿Cómo podíamos estar seguros de que los cárteles no supieran qué estaba pasando? Hasta donde yo sabía, era muy factible que Peter entrara a ese hotel y le dispararan en el elevador.

Lo único que de verdad me reconfortaba era que Joe, nuestro abogado, estaría ahí, junto con dos agentes de la DEA que conocían su caso mejor que nadie. El nombre del agente de Chicago era Eric, un joven listo y entusiasta. Un caso tan grande era un mundo nuevo para él y necesitaba aprender de Peter y Junior para avanzar en su carrera, así que lo estaba abordando con la mente abierta. No era arrogante, como el resto de los agentes con los que se habían topado antes, y no los trataba como criminales. De hecho, parecía impresionado por su valentía al ponerse en un predicamento tan peligroso. Se daba cuenta de que para ellos era una gran decisión y sabía que querían cambiar sus vidas.

Su colega de Milwaukee se llamaba Matt, y de hecho había sido el tipo que registró sus casas, junto con la de su hermana, allá en febrero de 2004. Pero Peter y Junior sabían que sólo había estado haciendo su trabajo.

De todos modos, Eric, Matt y Joe eran las únicas personas con las que Peter se sentía cómodo en ese cuarto. Todos los demás eran desconocidos. Y eso era riesgoso.

Me quedé ahí sentada, sin saber nada, durante seis largas horas, hasta que Peter volvió a entrar.

—¡Nene! ¡Volviste! —grité y corrí hacia él.

Se veía casi tan mal como cuando volvió de su secuestro. Estaba pálido y tenía la cara hundida. Parecía cansado hasta los huesos. Se desplomó sobre la cama, se sentó, me abrazó fuerte y comenzó a berrear. Se veía completamente derrotado. Por fin empezó a hablar.

—Fuimos a un hotel y entramos por el sótano. Yo me subí al elevador con Joe. Pensé que iba a vomitar, pero él estaba relajadísimo, totalmente despreocupado. Tocó la puerta y, cuando alguien abrió, pasó junto a mí y comenzó a hablar con los demás.

—¿Cuántas personas había?

—Unos ocho aparte de mí, y Joe los conocía a todos —dijo—. El fiscal federal, que se llama Tom; unos alguaciles estadounidenses; unos cuantos funcionarios del FBI; Eric y su colega, un agente que se llama Matt; otro agente de la DEA, y Joe. Alguien me cateó, me sentó y comenzó a hacerme preguntas. Para entonces ya se había calmado un poco.

Estaba haciendo mi mejor esfuerzo por estar tranquila, pero estaba aterrada.

—¿Cómo empezó?

—Comencé con mi infancia. Hablé de Junior, de Adrian y de nuestro papá. Pasé por todo: mi secuestro en Chicago, dejar el país, construir nuestro negocio desde aquí y

cómo funciona todo. Fui de la A a la Z.

—¿Cómo reaccionaron?

—Todos menos Joe se quedaron con la boca abierta. Una agente de Milwaukee estaba manejando el asunto.

Hizo una pausa.

—Joe estuvo la mitad del tiempo sentado con los pies sobre la mesa.

Era pinche increíble. Mi esposo estaba a punto de chivar contra los cárteles y no sólo una agente de pueblo chico estaba al mando, sino que nuestro abogado actuaba como si pensara en irse a la playa. Pero bueno, era un abogado distinguido en el caso más grande y peligroso de su carrera. Tal vez después sí necesitaría unas largas vacaciones para lidiar con todo eso.

—No dejaban de preguntar cifras, como si no entendieran lo grandes que somos. No podían comprender el nivel en el que estamos.

Se detuvo para abrazarme más fuerte y comenzó a calentarse otra vez.

—Preguntaron por vendedores callejeros, por el amor de Dios. Y clientes. Querían saber de Chicago, no de México. Yo estaba ahí sentado diciéndoles: “Les puedo dar al *Chapo* y al *Mayo*” y ellos insistían: “Cuéntanos más de tus bodegas”. Yo hablaba de submarinos y miembros de los cárteles y ellos me preguntaban por gentecita.

Peter normalmente era muy tranquilo, pero podía pasar de cero a cien, donde el cien es totalmente furioso, en instantes. En ese momento estaba como en ochenta.

—No tienen idea. No tienen ni pinche idea de lo que están haciendo. ¿Podrán manejar esta información? Estoy a punto de darles al *Chapo*, el criminal más violento, peligroso y poderoso del mundo y a todos los que le han ayudado a construir su imperio. Esto es más grande que Chicago: es un asunto global. Es pinche narcoterrorismo. Pero me pidieron que dibujara un diagrama en el que pusiera quién está hasta arriba en los cárteles y dónde encajamos Junior y yo.

Sacó un papel de su bolsillo. Una de esas libretas que una encuentra junto a una cama de hotel, con una pluma encima. Escrito con la letra de Peter estaba esto:

El Chapo — El Mayo
/ \
Peter ← → Junior

Me tumbó.

—Putá.

—¿Verdad? Todo ese tiempo pensé que sabían todo de nosotros, que estaban armando un caso enorme contra mí y contra Junior y que podían agarrarnos en cualquier momento. ¡Y no sabían un carajo! Están masticando más de lo que pueden tragar. Al

final no pude soportar más y dije: “Van a hacer esto a mi manera. Si quieren que les dé información, así tenemos que hacerlo”.

—¿Accedieron?

—Sí, tuvieron que hacerlo. Tienen que hacerlo. Todos en ese cuarto entendían lo importantes que son los informantes, y que un caso tan grande como éste no les cae del cielo así de fácil. Me preocupa que no entiendan la complejidad ni la magnitud de este caso. No creo que se den cuenta de que pueden dismantelar todo. Me refiero a todo el narcotráfico estadounidense. Podemos entambar al *Chapo* si lo hacemos bien.

Olivia

Junior y Peter sabían que podían ser los informantes más importantes con que se hubieran topado los federales. El trabajo que iban a hacer no sólo era cuestión del orden público: se trataba de cambiar sus vidas y el mundo a su alrededor.

Pero desde el principio sabían que estaban dando un salto de fe, rezando por que todo saliera bien. No había promesas ni sensación de seguridad, ni ninguna guía en absoluto.

Y, desafortunadamente, cuando los federales empezaron a grabar, las cosas no mejoraron mucho.

Grabaciones, redadas e incautaciones

Olivia

El acuerdo de Junior y Peter con los federales era básicamente inaudito en la historia de las investigaciones sobre narcotráfico en Estados Unidos. Iban a grabar todas sus conversaciones y sus llamadas telefónicas, recabar información de inteligencia, facilitar incautaciones masivas de dinero y drogas y asegurar la formulación de cargos y la extradición de los miembros de los cárteles de más alto rango en Estados Unidos y en México. Si sus trabajadores descargaban un envío de drogas en Chicago y Peter estaba en la línea para supervisarlo, pasaba a la cinta. Si Peter arreglaba la distribución a los mayoristas, se grababa. Si Junior negociaba precios para sus cargas, la DEA y los fiscales de Estados Unidos iban a oírlo.

Mia

Pero a quienes todos tenían la esperanza de agarrar, en realidad, era a los líderes del Cártel de Sinaloa y la Organización Beltrán Leyva. En 2008 no había mucha evidencia criminal directa contra *el Chapo*, *el Mayo*, Alfredo Beltrán ni ningún otro miembro de los dos cárteles. Claro que había un rastro de pistas que podía o no llevar hasta ellos, y una pila de cuerpos creciendo en ambos bandos de la narcoguerra, pero nadie tenía grabados a los líderes. De hecho, ni siquiera había fotos recientes del *Chapo*, y hasta su apariencia seguía siendo un misterio para las autoridades estadounidenses. Para conseguir cargos en su contra, necesitaban evidencia sólida que demostrara que los jefes del Cártel de Sinaloa estaban involucrados en conspiración relacionada con drogas en Estados Unidos, y sobre todo en Chicago.

Para eso contaban con Peter y Junior.

Olivia

A cambio de toda la información que reunieran y entregaran Junior y Peter, recibirían lenidad en sus propios crímenes. Pero como todo en lo que tenía que ver con su cooperación, no había promesas. Podrían darles cinco o treinta años. De hecho, ni siquiera se discutieron los detalles durante sus conversaciones con los abogados y los agentes: no se podía hacer porque la sentencia definitiva —que podría no ocurrir en años— dependía de un juez federal.

Mia

La guía que les dieron para grabar tampoco estaba clara. Si creen que los federales entraron a nuestras casas y pusieron cámaras en nuestras paredes o micrófonos en nuestras plumas, como en las películas de James Bond, están muy equivocados. Peter y Junior tenían la oportunidad de desenmarañar todo el narcotráfico estadounidense, pero los federales ni siquiera tenían el equipo necesario. Peter y Junior tuvieron que comprar sus propias grabadoras en lugares como Radio Shack. Llenaban varias cintas a la semana, guardaban las conversaciones en memorias USB y se las entregaban a los agentes.

Peor aún: el gobierno no podía responsabilizarse por sus vidas, así que no querían aconsejarles qué decir cuando grabaran. Todo lo que hicieran o dijeran era bajo su propio riesgo.

Olivia

Junior y Peter trabajaban con las oficinas de la DEA y del fiscal de Estados Unidos en Chicago. Toda la información salía de Chicago y todos los reportes se dirigían hacia allá. Había funcionarios del gobierno, de la DEA y el FBI, alguaciles de Estados Unidos y de Seguridad Nacional apostados en Guadalajara, pero no tenían jurisdicción en México, así que estaban indefensos. Los cárteles podían aplastarlos si querían.

De hecho, parecía que cualquiera podría hacerlo. Solíamos encontrarlos en nuestra parte de Guadalajara, yendo de un lado a otro como patitos de feria. Era difícil no verlos: parecían turistas estadounidenses y se movían en automóviles con placas diplomáticas. Había uno que se ejercitaba en el mismo gimnasio que Junior, y cuando éste entraba, sonreía y le hacía una seña con la cabeza a aquél. No había razón para asustarse: Junior estaba protegido por los cárteles y no había nada que un federal cualquiera pudiera hacer al respecto.

En algunas ocasiones desde que comenzaron a cooperar, les dieron instrucciones e interrogaron a Junior y a Peter en hoteles aleatorios o en callejones escondidos, pero los agentes sólo enviaban la información a Chicago. Lo que sí les decían era qué estaba pasando en México. Una vez les revelaron a mi esposo y a mi cuñado que acababan de matar a un informante. Créanme: eso hizo que todos nos cagáramos de miedo.

Mia

Otro gran problema era que la oficina de Chicago estaba inventando las cosas en el camino. O por lo menos así lo sentíamos nosotros. Ya había habido capos que cooperaran antes, pero después de los hechos, ya que los habían capturado y mandado a la cárcel. No había habido informantes federales en las calles y en la sierra de la estatura

de Peter y Junior durante la vida de nadie, y sobre todo no chivando contra los jefes de los cárteles. Nuestros esposos habían llegado a la cumbre del narcotráfico y por eso la oficina de la DEA no tenía idea de qué tipo de información le conseguirían. No era como si pudieran preparar a Junior y a Peter, ni siquiera guiarlos.

Olivia

Incluso con lo ansiosos e insatisfechos que estaban, Junior y Peter sentían una inmensa responsabilidad con los agentes con los que trabajaban. Los agentes encubiertos apostados en Guadalajara estaban poniendo sus vidas en las manos de nuestros maridos, y si los cárteles se enteraban de quiénes eran, los iban a ejecutar sin miramientos. A causa de eso, Junior y Peter estaban asombrados con el nivel de valentía e integridad que poseían esos tipos. Estaban haciendo lo correcto por las razones correctas. Y al garantizar su seguridad, nuestros esposos descubrían capas más profundas de su propia integridad.

Mia

Peter recibía cientos y cientos de llamadas al día en sus celulares desechables y las grababa todas. Pensó que lo más fácil sería quedarse en casa, donde siempre tenía los dispositivos de grabación montados y podía usar sus audífonos bidireccionales en privado. Afuera era mucho más peligroso. ¿Y si estaba en la calle, recibía una llamada y tenía que ponerse los audífonos y encender la grabadora? Alguien lo vería y estaría muerto.

En casa se dejaba un audífono puesto cuando estaba haciendo llamadas, pero si había gente cerca, se lo quitaba y lo escondía. Lo metía en un cajón, junto a la televisión o en cualquier otro lugar donde nadie pudiera verlo. Aunque el gobierno le hubiera dicho expresamente que no grabara en persona, a veces tuvo que hacerlo. Recuerdo que escondió el cable en la parte de atrás de un libro, con el micro sobresaliendo entre las páginas. Cuando tenía juntas en su oficina, trataba de ubicarse lo más cerca posible al librero, con su interlocutor casi al lado, para estar seguro de que cada palabra acabara en la cinta.

Todo el asunto me ponía de nervios, y yo hacía todo lo que podía por mejorarle los días, por hacérselos menos estresantes. Luego, cuando alguien llegaba de visita, pasaba media hora corriendo por todos lados y asegurándome de que las grabadoras estuvieran escondidas. Cuando entraban, trataba de averiguar qué hacer.

—No sé qué hacer cuando hay gente aquí y estás grabando —le decía a Peter—. ¿Y si pueden leer mi cara y mi lenguaje corporal y ven que estoy escondiendo algo?

—Relájate —decía Peter—. Sólo trata de no estar cerca.

Así que me metía a otro cuarto y fingía estar ocupada, mientras me preocupaba todo el tiempo por que no se acabara la batería de la grabadora y comenzara a hacer *bip bip*.

Sólo quería que no nos mataran. Así de simple. No quería que me torturaran ni que me sacaran el bebé a cuchilladas, y sabía que ésa era una posibilidad real si nos descubrían.

Olivia

Muchas de las llamadas que hacían Peter y Junior eran a sus socios de Chicago para asegurarse de que los cargamentos estuvieran llegando a donde tenían que llegar, cuando tenían que llegar. Debían mantener su negocio en movimiento, pero nadie podía saber que estaban trabajando encubiertos. Así que constantemente les daban información a los federales como “Hay un cargamento en Los Ángeles” o “Hay una bodega en este barrio de Chicago”. Entonces los federales bajaban en picada contra esos lugares, incautaban la droga y arrestaban a todos. Poco a poco, todos con los que trabajaban en Estados Unidos iban a acabar entambados.

Mia

La primera incautación fue una de las cosas más estresantes que he vivido.

El 9 de agosto de 2008 Junior y Peter esperaban un cargamento de una línea que habían estado trabajando en Mexicali. Ese envío en particular era de doscientos cincuenta kilos, más o menos normal. El cargamento había pasado por una red de túneles, cruzando la frontera; lo habían puesto en tractocamiones y estaba de camino a Chicago, con una hora de recogida precisa de sábado a las seis de la mañana.

Como siempre, Junior y Peter habían hecho un ensayo antes de que saliera el cargamento, así que todo marchaba como una máquina. Tenían elegidas las rutas más rápidas y sabían la mejor manera de evitar tomar demasiadas calles. Habían planeado atenerse a las autopistas y a las calles concurridas para que los camiones pasaran inadvertidos.

Olivia

Peter les había dado a los federales la dirección precisa del almacén en Melrose Park, a las afueras de Chicago, usando Google Earth para que supieran exactamente dónde estacionarse sin que nadie los notara. La noche anterior, Eric y Matt fueron allá y vigilaron el lugar.

Luego hicieron que un agente encubierto de la DEA recibiera la carga, a lo que llaman una entrega controlada, y les explicaron a sus trabajadores que había “un tipo nuevo”

que iba a recogerla. Peter le habló al coordinador que estaba a cargo del cargamento a Chicago y comenzó a hablar en código.

—¿Está Pancho? —preguntó en español.

—¿De parte de quién? —preguntó el coordinador.

—De parte de Donald Trump.

Había dicho la combinación. Todo estaba listo.

Mia

Después de colgar, Peter era un desastre. Teníamos una maltesa llamada Gigi que trataba como a su bebé. Esa perrita lo seguía a todos lados. Les juro que si hubiera tenido que elegir entre yo o la perra, la habría escogido a ella sin dudarlo. Toda la noche antes de la redada Peter no dejó de volver a su computadora para verificar en Google Earth en qué calles podían estacionarse los agentes. Gigi estaba tras sus talones, con sus uñitas pintadas de rosa chasqueando contra el suelo. Mientras batallaba por quedarme dormida pensando en las decisiones que habían tomado Peter y Junior, y lo agotado que tenía a mi esposo esa vida, lo único que podía oír eran las uñas de la perra de aquí para allá sobre la duela.

Olivia

A la mañana siguiente, los trabajadores estaban en sus puestos, listos para recibir el cargamento; los federales se hallaban en el terreno, y Peter, Junior, Mia y yo estábamos despiertos muy temprano, apostados junto al teléfono.

Por fin habló Eric.

—Acaba de llegar el camión. Estamos listos.

Horas después, cuando Eric llamó y dijo que habían tomado el camión y confiscado los kilos, Peter le habló a Olivares, la mano derecha del *Chapo*, para hacerle saber que habían interceptado el cargamento.

—Bueno, da igual —dijo Olivares—. Mala suerte. Esas cosas pasan.

Para Olivares sólo fue un a redada más, un cargamento perdido más. Pero para Peter y Junior fue el principio del fin.

Mia

Así siguió y siguió durante meses. Una redada aquí, una redada allá; kilos y kilos de droga incautada. Estaban perdiendo millones de dólares en ganancias potenciales porque eran responsables de sus cargamentos, y cuando los incautaban perdían el diez por ciento que habían pagado al contado. Junior y Peter devolvieron personalmente cinco millones

de dólares en su primera incautación.

Y, al mismo tiempo, arrestaban poco a poco a sus trabajadores y a sus socios en Chicago, en Los Ángeles y en todas las demás ciudades en las que hacían negocios. Era gente que conocían de toda la vida, hombres y mujeres a los que querían. Se sentían culpables; todos nos sentíamos así.

También había peligro en cada esquina. No sólo para ellos y para nosotras, sino para cualquiera con quien estuvieran remotamente conectados. Después de pagarle a Olivares por un cargamento incautado de doscientos cincuenta kilos, éste los confrontó porque estaban cayendo demasiadas cargas, una tras otra.

—Creo que fue el camionero el que chivó. Era su primer jale. No lo conocemos y fue sospechoso que los federales lo hayan dejado ir.

—No, no —dijo Peter—. Lo verifiqué. No es un soplón.

Peter y Junior siguieron discutiendo y finalmente le salvaron la vida al conductor, pero Olivares les plantó un terror especial en la mente: incluso con la sospecha más ínfima de los cárteles, con sólo la más mínima duda de su honestidad, no dudarían en mandarlos matar.

La cuenta regresiva

Olivia

Durante el verano y el invierno de 2008 nada en nuestras vidas era seguro. Yo estaba ultraembarazada y cuidando a Brandon; Junior y Peter grababan todo lo que podían. Y con cada llamada estaban seguros de que su mundo se hallaba a punto de desplomarse.

Sabían que su cooperación no podía durar para siempre, pero no había fecha final ni estrategia de salida, ni dirección ni plan alguno en sus mentes. Pendían de un hilo tratando de mantenerse con vida y, tarde o temprano, después de docenas de redadas y millones de dólares en ganancias perdidas, se les iba a acabar el dinero. Si no les podían pagar a los cárteles, sus días estaban contados.

Por eso, a principios de otoño, hicieron lo que creyeron que tenían que hacer para lograr un pago: enviaron un cargamento de doscientos setenta y seis kilos a Chicago sin reportarlo a los federales. Honestamente, les preocupaba que el gobierno estadounidense no fuera a asegurarse de que los cárteles no los persiguieran a ellos ni a nosotras, así que, aunque supieran que no revelar la venta estuviera mal, sentían que no tenían otra opción. Eran responsables de mantener a su familia con vida.

Mia

No sólo sus conversaciones telefónicas los dejaban expuestos. Aquel verano y aquel otoño *el Chapo* los convocaba todo el tiempo a la sierra. Ahí tenían que mirarlo a los ojos, a sabiendas de que lo estaban traicionando.

Una reunión en la cumbre fue particularmente dura. Mientras Peter y Junior estaban sentados en torno de la mesa del *Chapo* con sus lugartenientes principales, discutiendo negocios como siempre, el jefe habló:

—Váyanse todos. Todos menos los hermanos Flores.

Había un ejército en la palapa, y uno por uno se pararon y salieron por la puerta. Sabiendo que *el Chapo* estaba muy consciente de que sus cargamentos siempre acababan incautados por los federales, Peter y Junior se sentían aterrados. Siempre habían tenido un lenguaje silencioso, una manera de comunicarse sólo con mirarse, pero no podían hacerlo ahí: *el Chapo* los estaba observando, serio. Pensaron lo peor: el jefe había descubierto que eran soplones y estaban a punto de morir.

—Sé todo lo que hacen —dijo *el Chapo*.

Junior y Peter miraron a su alrededor y vieron armas sobre la mesa y municiones en los muros.

—Sé con quién trabajan y cómo se ganan cada centavo.

Junior respiró hondo. No tenía idea a qué quería llegar *el Chapo*, pero permanecer

callado habría resultado muy sospechoso.

—Sí —respondió—. Y esperamos que lo esté beneficiando. ¿Verdad, señor?

El Chapo se detuvo y pudo haberse oído un alfiler caer en el cuarto.

Por fin sonrió.

—¡Sí, sí! Estoy con ustedes al mil por ciento.

Luego se puso serio.

—Sé que son empresarios, pero necesito decirles que de ahora en adelante sólo trabajarán conmigo. No con mis enemigos. Que ésta sea su primera y su última advertencia.

Peter estaba aliviadísimo de que nadie hubiera entrado al cuarto para dispararles en la nuca y asumió una actitud de negociante.

—Lo entiendo, pero necesitamos ganar dinero.

El Chapo lo interrumpió.

—¡Y me alegra que ganen dinero! Y son buenos, también. Si fueran trillizos, serían las personas más ricas del mundo. Pero, entiéndanme: los necesito de mi lado.

Así que no se trataba de que Peter y Junior fueran informantes, sino de que estaban atrapados entre dos cárteles. No era su último aliento a fin de cuentas. *El Chapo* sólo los había puesto bajo advertencia.

Olivia

Aquel septiembre fue una época muy emotiva para Junior y para mí. Estábamos emocionadísimos por tener a nuestro segundo bebé; sin embargo, cada vez que los clientes de Junior y Peter y los socios del *Chapo* llamaban, Junior se llenaba de cables, listo para grabar, y al instante nos entraba un gran terror.

De todos modos yo sabía que lo que Junior y Peter estaban haciendo era para mejorar y eso me daba algo de paz. Ya no estábamos buscando la vida en el cártel, sino la que tenían mis padres. A pesar de que mi esposo fuera a la cárcel, iba a darles a nuestros hijos la sencillez que yo siempre había querido. Estábamos en camino de crear una historia nueva para ellos. En el fondo sentía que algún día tendría un final feliz.

Una mañana temprano, Junior y yo dejamos a Brandon con Mia y Peter en nuestra casa y fuimos al hospital antes de que saliera el sol. Después de registrarme y obtener una habitación, nos tomamos de la mano. No podíamos dejar de mirarnos. No sé por qué, pero saber que una está trayendo un bebé al mundo es el sentimiento más cálido y entrañable que se puede tener. Sentí que estaba viviendo en un sueño. El momento en que los doctores dejaron a nuestro hermoso hijo, Benjamin, sobre mi pecho, literalmente me dejó sin aliento. Mientras se retorció sobre mi cuerpo, me sentí segura y protegida, como siempre lo había hecho con Junior. Me embargó una calidez calma y pacífica y quise quedarme con ese instante para siempre.

Mia

Casi de inmediato volvimos a los negocios. Peter y Junior siguieron grabando, atestiguando cómo les incautaban los cargamentos. Y, en medio de todo aquello, temíamos que cada día pudiera ser el último en México. Cuando *el Chapo* convocó a Peter y a Junior a la sierra en octubre, diciendo que tenía una junta increíblemente importante, en serio creyeron que era hora de actuar o morir. Si los federales no podían atrapar al *Chapo* esa vez, ¿valdría siquiera la pena su cooperación?

Olivia

Cuando *el Chapo* reunía a un grupo de su gente, siempre era un gran acontecimiento. Pero esta vez prometía ser aun mayor: *el Mayo*, Olivares, Vicente y cien de sus lugartenientes principales estarían ahí, juntos en un solo lugar por primera vez en la vida.

—Creo que deberías quedarte —le dijo Junior a Peter—. Si alguien se entera de que somos informantes, nos van a matar a los dos.

Mia

La verdad era que la mayoría de las veces Junior iba solo a las montañas, porque Peter tenía que quedarse con los teléfonos. Las juntas con *el Chapo* duraban todo el día y se alargaban, así que era necesario que alguien se quedara en casa para realizar las operaciones del día a día.

Sin embargo, esta vez rezaron por que al *Chapo* no le llamara la atención la ausencia de Peter. Era una junta importante y *el Chapo* los había invitado a los dos, pero tenían la esperanza de que nadie pensara que en la falta de Peter había algo raro.

—Yo me quedo, Junior —accedió Peter—. Pero cuídate, por favor.

Olivia

Junior le habló a Eric y avisó a la oficina de la DEA de antemano.

—Eric, va a ir todo el mundo. Se espera que asistan cien miembros del cártel. Puedo darte las coordenadas exactas del lugar donde se llevará a cabo la reunión. Toda esa gente nunca ha estado al mismo tiempo en el mismo lugar. Es tu oportunidad para agarrarlos a todos. Esto sólo pasa una vez en la vida; hasta puedo llevar a un agente conmigo.

Pero Eric se negó.

—Así no funciona, Junior. No puedo arriesgar a mis agentes.

—Entonces dame un micrófono o una cámara.

—No puedo tomar ese riesgo, ni siquiera contigo.

Junior se estaba sintiendo frustrado.

—Peter y yo vamos a regalarle un avión al *Chapo*. Sólo necesitamos que le instalen un rastreador por GPS. *El Chapo* confía tanto en nosotros que no hay manera de que lo registre.

—Lo siento, Junior —contestó Eric—. Las cosas no funcionan así.

Mia

Peter se enojó muchísimo cuando oyó lo que había dicho Eric.

—¿Qué sentido tiene grabar si les damos la ubicación exacta del *Chapo*? —gritó—. No entiendo por qué no van a agarrarlo y ya.

Pero así era el juego. Graba, espera, maneja el negocio como de costumbre, pon cara de valiente y graba más.

Olivia

Como había hecho más veces de las que podía contar, Junior se subió a una avioneta en Culiacán y, menos de una hora después, aterrizó cuesta arriba en la sierra, con una polvareda alrededor. Siguió el mismo camino con la misma gente, probablemente en el mismo Jeep. Pero cuando llegó allá, *el Chapo* se veía decepcionado.

—¿Y tu hermano? —dijo.

Junior lo descartó con una risa.

No podemos estar aquí los dos. ¿Quién se va a encargar del negocio y hacer que nuestros acreedores paguen si estamos los dos metidos en la sierra?

El Chapo también comenzó a reír, pero Junior dudó que su risa fuera genuina.

Mia

Mientras tanto, les seguían incautando sus cargamentos. Siempre les pagaban a los cárteles por esas pérdidas, pero después de un rato aquello comenzó a parecer sospechoso.

Olivia

Felipe Cabrera Sarabia era uno de los principales lugartenientes del *Chapo*. Aquel otoño, durante una incautación particularmente importante, Felipe le habló a Peter de manera espontánea.

—Alguien está siguiendo a mi chofer —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Son chivatos?

—Es broma, ¿verdad? —dijo Peter, lo convenció y descartó el tema.

Tranquilizó a Felipe, pero no a sí mismo.

Estaba tan asustado que corrió a nuestra casa como a las seis de la mañana y despertó a Junior. Cuando le vi la cara supe que era algo serio.

—Junior, Junior —dijo Peter—. Algo está mal. Felipe Sarabia se las huele. Los federales están hostigando a su chofer. Nos acusó de ser chivatos.

—Le hablaré a Eric —dijo Junior.

Llamó al agente de la DEA y lo despertó. Comenzó a gritar tan fuerte que Benjamin se puso a llorar. Mientras apretaba a mi bebé en brazos y le daba una mamila, pude oír a mi esposo vociferando.

—¡Vas a hacer que nos maten! ¿Cómo puedes dejarnos así al descubierto? ¡Diles a tus agentes que lo dejen, porque pudieron haberlo arruinado todo! Estoy aquí en Guadalajara como patito de feria. Tengo a mi familia y a un recién nacido, por el amor de Dios, y la esposa de Peter está embarazada. ¿Qué no sabes que los cárteles podrían venir a matar a toda nuestra pinche familia?

Eric no pudo decir nada. A fin de cuentas sabía que Junior tenía razón. Él y Peter tenían todo que perder y la DEA tenía todo que ganar.

Mia

Pero desafortunadamente Peter y Junior todavía no tenían al *Chapo*. Durante todas sus juntas con él en verano y a principios de otoño nunca lo habían grabado diciendo nada que lo incriminara.

El 15 de noviembre de 2008, cuando estaba tan embarazada que no podía verme los pies, todo eso cambió.

Olivia

Dos semanas antes de que naciera su bebé, Mia y Peter fueron a nuestra casa. Como de costumbre, Peter traía su grabadora en el bolsillo.

Mia

Todo parecía normal. Junior había invitado a algunos amigos y socios. Estábamos planeando salir a cenar todos. Algunas personas hicieron alusión a mi enorme panza, pero de forma linda. Peter no dejaba de verme y sonreír.

—Mi bella esposa embarazada —decía, y yo le apretaba la mano bajo la mesa.

Después de la cena, Peter habló:

—Tengo que hablarle al *Chapo* —dijo, hizo hacia atrás su silla, se metió y subió las escaleras.

Regresó menos de dos minutos después.

Olivia

Vi a Peter hacerle una seña a Junior, que estaba junto a mí. Luego se nos acercó y susurró:

—Se me acaba de ir *el Chapo*.

—Vamos arriba —dijo Junior.

Se dieron vuelta, se alejaron de todos y escaparon hacia nuestro cuarto.

Mia

Olivia y yo sabíamos lo que estaba a punto de pasar. Junior y Peter nos habían dicho esa noche que iban a grabar al *Chapo*, así que cuando subieron nosotras también nos metimos y nos instalamos en el sillón.

No podíamos hablar mucho: había demasiada gente cerca. Pero las dos estábamos pensando lo mismo: *Si Junior y Peter logran esta grabación, no van a tener que pasar mucho tiempo en la cárcel. El gobierno va a estar tan agradecido que quizá hasta los indulten. Después de lo que hemos pasado, es lo menos que pueden hacer por nosotros.*

Claro que éstos eran puros deseos. Y cuando Peter y Junior volvieron a bajar, la cara que traían nos quitó todos los pensamientos felices.

Olivia

Peter traía la grabadora en la mano como si su vida dependiera de ella. Tenía cara de que algo estaba terriblemente mal, como si acabara de ver un fantasma.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Lo tenemos —dijo Peter.

—Creo que agarramos al *Chapo* —añadió Junior.

En el hogar que había construido con el amor de mi vida y, apenas seis semanas antes, al que había traído a mi bebé, de pronto supe que no había vuelta atrás. Mi familia estaba a punto de hacerse trizas.

Mia

Peter volvió a llamar al *Chapo*, y éste le contestó.

—¡Hola, amigo! —dijo *el Chapo*, contento—. ¿Cómo está tu hermano?

Durante pocos minutos, Peter negoció el precio de un cargamento de veinte kilos de heroína de cincuenta y cinco mil dólares el kilo a cincuenta mil. Eran los negocios de costumbre y, de hecho, fue cálido y amigable.

Olivia

Pero con esa llamada la cuenta regresiva había acabado. *El Chapo* se había incriminado y Estados Unidos podía ufanarse de que había pescado oficialmente al narcotraficante más grande de la historia.

Era hora de llevar a Junior y a Peter a casa.

Rendición

Mia

Unas dos semanas antes de mi parto y días antes de que Peter grabara al *Chapo*, comencé a tener un mal presentimiento. Algo me decía que la cooperación de Peter y Junior iba a terminar pronto, y que se los iban a llevar. En un momento en que tenía poquísimo control sobre mi vida y cuando el estrés se estaba volviendo excesivo, necesitaba un poco de paz. Quería que Peter pasara el mayor tiempo posible con el bebé, así que le dije que debíamos programar una cesárea lo antes posible.

—Págales más a los doctores si es necesario —dije—. Pero necesito tener al bebé antes.

Gracias a Dios, los médicos no pusieron objeciones. Cuando nos registramos en el hospital, yo era un manojo de emociones: asustadísima por el parto, pero emocionadísima de ser mamá. Nunca en mi vida había querido tanto algo.

Después de cenar juntos, Peter me ayudó a bañarme e hicimos el amor. Luego me metí a mi cama de hospital y él instaló la suya en el sofá. Comenzamos a platicar y a bromear sobre todos los recuerdos que habíamos construido juntos la última década, recordando todo, desde la primera vez que nos vimos de adolescentes hasta el día en que se hincó en la playa y me pidió que me casara con él. Hablamos de lo emocionados que estábamos de traer a nuestra bebé al mundo, y le dije lo orgullosa que estaba de él por sacrificar su libertad por nuestra familia. Peter me dijo que me había convertido en una mujer hermosa, que era un privilegio estar casado conmigo y que estaba muy agradecido de que fuera a ser madre por primera vez.

—Nunca podría haber hecho esto sin ti a mi lado —dijo.

De vez en cuando sonaba su teléfono. Se ponía el audífono, presionaba el botón de grabar y contestaba. Cuando colgaba, comenzábamos a hablar y a reírnos otra vez. Por fin me quedé dormida. Luego me desperté a medianoche por el timbre del teléfono.

—Por favor, nene —dije—. No contestes. Necesitamos descansar.

—Okey —dijo él, y voluntariamente dejó que la llamada se fuera a buzón por primera vez en su vida.

—Sal de ese sofá y ven a la cama conmigo —añadí con una sonrisa.

Se metió a mi cama de hospital y no contestó una sola llamada hasta el siguiente día, cuando nació nuestra hija, Bella.

Cuando me llevaron a la sala de recuperación, miré a mi alrededor y no pude ver a Peter. Pero ahí estaban Junior y Olivia.

—¿Y Peter? —pregunté.

—Está en el cunero, viendo a la bebé —dijo Olivia.

En los siguientes once días no se separó de ella una sola vez.

Olivia

Durante casi dos semanas hicimos nuestro mejor esfuerzo por seguir viviendo como siempre. El fiscal, Tom, y los federales estaban en pánico ante la posibilidad de que sus testigos estrellas fueran asesinados por los cárteles —algo que no sabíamos en ese entonces—, y además de eso, Junior y Peter le debían por lo menos quince millones de dólares a *la Puerca*. Pero tratamos de mantener la calma.

El Día de Acción de Gracias cociné una cena enorme, de foto.

En México no se celebra el Día de Acción de Gracias, pero en mi casa, sí. Nuestros amigos y socios siempre quedaban muy asombrados por nuestra manera de hacer las cosas, y aquel Día de Acción de Gracias me aseguré de que todo fuera más grande y mejor que nunca. Tuvimos cuatro pavos enormes y todas las guarniciones imaginables. Puse la mesa con mantel blanco y flores y velas por todos lados. Nuestros bebés eran diminutos, pero de todos modos llenaban la casa de calor. Brandon también era cariñoso todo el tiempo, porque todo el mundo lo consentía con sus atenciones. Recuerdo que Junior me miró en medio de todo y supe lo que estaba pensando. Lo mismo estaba pasando por mi mente: *Tal vez ésta sea nuestra última fiesta juntos. Desearía poder congelar este momento para siempre.*

Pero claro que no podíamos hacerlo.

Mia

Junior y Peter no sólo le debían dinero a *la Puerca*: también tenían una deuda enorme con el Cártel de Sinaloa, mayor a cuarenta millones de dólares. La DEA estaba a punto de registrar e incautar algunas de sus bodegas en Los Ángeles, y a los federales les preocupaba que *el Chapo* los descubriera en cualquier instante. Si eso pasaba, nuestras cabezas iban a terminar separadas de nuestros cuerpos.

Y por eso, tres días después del Día de Acción de Gracias, el domingo 30 de noviembre, nuestro mundo cambió.

Olivia

El domingo siempre había sido nuestro día para relajarnos y ver la televisión, sentados en casa. Siempre había gente cocinándonos y limpiándonos, pero los domingos no queríamos a nadie cerca porque era día familiar. Yo me levantaba a hacer el desayuno, y después Junior hacía la comida. Por la noche, Junior y yo cocinábamos juntos, y Mia y Peter venían a cenar. Ahora que teníamos a esos angelitos, los poníamos uno junto al

otro en sus cunitas mientras comíamos.

Por la mañana, todo lo que quería hacer Junior era estar con Benjamin. Lo acunaba, le daba la mamila y se sentaba ahí, viéndolo. Aquel domingo lo estaba cargando como siempre cuando sonó su teléfono. Contestó, escuchó un poco y al final dijo:

—Ya veo, sí. Okey. Entiendo.

Luego colgó el teléfono y me llevó el bebé. Estaba de verdad serio.

—Tenemos que entregarnos.

Perdí la cabeza.

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando?

—Tenemos que reportarnos en el Aeropuerto Internacional de Guadalajara en dos horas. Vas a tener que empacar las cosas de los bebés y salir del país ya.

—¿Contigo?

—No, con Mia. Nos van a llevar a mi hermano y a mí de vuelta a Estados Unidos. Si alguien viene acá y descubre que nos fuimos, te van a matar. Necesito que tomes a los bebés y te vayas, Liv. Hay muchísimo dinero en juego. Debemos muchísimo dinero.

Junior se alejó de mí y comenzó a empacar.

—Tengo que hablarle a Peter.

Yo estaba incrédula, pero no sólo porque estuviera a punto de perder a mi esposo; en ese instante me di cuenta de que quizá también perdería la vida.

Pero si había aprendido algo a lo largo de los años —cuando luché hasta salir de un matrimonio abusivo, cuando mantuve la cordura en la cárcel, cuando escapé de un secuestro por un pelo— era que nunca, nunca, podía dejar de luchar por mí y por mi familia.

—¡Somos ciudadanos estadounidenses! —grité—. ¿Cómo pueden dejarnos aquí a morir?

Junior me agarró.

—Escúchame. Necesito que seas fuerte, Liv. Tienes que mantener nuestra familia a salvo. Sabes cómo llegar a la frontera. Necesito que sólo agarres lo que necesites y te vayas. Si te encuentran, te van a matar a ti, a Mia y a nuestros bebés.

En ese instante supe que mis bebés me necesitaban. Mia me necesitaba. Tenía que sacarlos de México.

Mia

Bella era diminuta, una cosita completamente inocente cuando Junior habló esa mañana de domingo y le dijo a Peter que tenían dos horas para llegar al aeropuerto de Guadalajara. Yo estaba ocupada metiendo un par de atuendos y un cepillo de dientes en una maleta para Peter, y arrojando mamilas a mi pañalera. Entonces, me detuve y volteé. Ahí estaba mi esposo sentado en la orilla de la cama, acunando a la bebé. La estaba

abrazando con fuerza, mirándola y hablándole suavemente. Ella lo miraba de vuelta, con los ojos apenas abiertos. Era como si creyera tanto como él que tenían que aferrarse a ese momento el mayor tiempo posible.

El timbre del teléfono rompió el silencio del cuarto. Era Junior en la línea.

—Vamos para allá —dijo Peter, poniendo a la bebé en la cama—. Mia está empacando. También deberías hablarle a Adrian. Va a tener que llevarnos al aeropuerto.

Me acerqué a Peter y me senté junto a él.

—No creo poder hacer esto. No te puedes ir.

—Nena, tengo que hacerlo.

Peter me abrazó y por un rato estuvimos ahí sentados los tres.

Por fin nos habíamos mudado a la casa de nuestros sueños. Era nuestro santuario, donde podíamos escapar de toda la locura, y el cuarto preferido de Peter era el de la bebé. Cuando por fin nos paramos y comenzamos a caminar, Peter se detuvo afuera del cuarto de la bebé y se le quedó viendo. Le encantaba ese cuarto: había pasado días y días haciéndolo perfecto para Bella.

Se está despidiendo, pensé. Y voy a tener que aceptar que yo también lo estoy haciendo. Sólo espero que algún día Bella sepa que ella es la razón por la que su padre quiso cambiar de vida.

Entonces los dos nos dimos vuelta y fuimos a la casa de Olivia y Junior, al lado.

Olivia

Mia y Peter llegaron con la bebé, con cara de que venían de un funeral. Se estaban moviendo en cámara lenta, tomados de la mano, y en general se veían horrible, como nos sentíamos todos. Miré a Mia sentarse lentamente en el sillón, quitarle a la bebé a Peter y quedarse viendo al vacío.

¿Cómo rayos está tan tranquila?, pensé. Cuando los federales hablaron, yo me había puesto a trabajar sin tregua.

Corrí por toda la casa como un puto tornado, buscando papeles o cualquier cosa que tuviera nuestra información. Había estado gritando órdenes:

—¡Tenemos que sacar todo de aquí! ¡No puede haber señal de nosotros!
¡Desháganse de todo!

Tenía un bonche de revistas con nuestros nombres y nuestra dirección en Chicago en una mano y una pila de papeles en la otra. Corrí a la basura y los desgarré, luego cogí una bolsa de basura y fui a los muros a quitar las fotos familiares y de la boda que estaban ahí enmarcadas. Le aventé la bolsa de basura a Junior y le grité:

—¡Saca eso al coche!

Teníamos cámaras de seguridad por toda la casa. Recorrí cada maldito cuarto y las quité todas, luego salí y puse una escalera para desinstalar las de la entrada; la mayor

parte del tiempo apenas pensaba en esas cámaras —habíamos vivido con ellas tantos meses que se me había olvidado que existían—, pero en ese momento eran lo más importante del mundo. Tenía que deshacerme de ellas.

Cuando todo eso estuvo hecho, comencé a buscar las actas de nacimiento de mis bebés. No había manera de que me dejaran cruzar la frontera si no podía comprobar que eran mis hijos. Benjamin era tan chiquito que no tenía documentación de su doble ciudadanía, así que conseguir sus papeles era una situación de vida o muerte. Revisé todos los cajones de la casa hasta encontrarlos.

¿Por qué no estábamos preparados para esto?, no dejaba de preguntarme. Supongo que creíamos que tendríamos unos meses más, quizás años. O tal vez habíamos permanecido en un estado de total negación, creyendo que podíamos estar todos juntos para siempre. La verdad era que no habíamos sabido nada. No teníamos idea de cuánto más necesitarían grabar Peter y Junior ni de si lo que habían reunido era útil ni de si el pinche *Rambo* estaba a la puerta listo para secuestrarnos. No teníamos protección ni retroalimentación ni nada.

Y ahora no teníamos instrucciones sobre cómo diablos salir de nuestra casa y llegar a la frontera sin que nos mataran.

Mia

Recuerdo que estaba sentada en el sofá de Olivia y Junior, con Bella en un brazo y su pañalera en el otro. Olivia estaba corriendo de cuarto en cuarto, como loca, quitando fotos de las paredes y arrojando papeles a los botes de basura. Quería ayudarle —hacer algo—, pero me sentía perdida. Mis suegros —a quienes Peter y Junior les habían contado sus planes unos meses atrás— acababan de llegar. Mientras mi suegro se mostraba asqueado, mi suegra estaba derramando el mar por los ojos. Ni siquiera creí que me hubiera visto, pero días después me dijo:

—Cuando te descubrí en ese sofá abrazando a Bella, creo que nunca te había visto tan chiquita.

Soy diminuta, a lo mucho peso cuarenta y cinco kilos la mayor parte del tiempo, pero aquella mañana sentía que me había encogido. No traía bien puesta la cabeza y ni siquiera me podía mover. *¿Cómo voy a sobrevivir sin Peter?*, no dejaba de pensar. *Apenas puedo dormir sin él a mi lado.*

Peter se me acercó, me quitó a Bella y sacó su cojincito y un pañal de la bolsa.

—Yo la atiendo —dijo.

Entonces la puso suavemente sobre el sofá, acunando su cabecita y su cuellito, y le cambió el pañal.

—Ya está —dijo mientras me la devolvía.

Lo miré ir a la cocina a hacerle una última mamila. Cuando regresó, me dio la

mamila, se inclinó y me besó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se veía muy serio.

—Es hora, Mia —contestó.

Entonces vi al hombre que amo hacer lo más difícil que había hecho en su vida: darse vuelta y dejar a su familia. Aunque se me rompía el corazón, recuerdo haber pensado: *Nunca he estado tan orgullosa de él.*

Olivia

Llevaba una hora a las carreras por toda la casa, pero me había acordado de dejar a Brandon en su cuarto con algunos juguetes. No necesitaba ver desmoronarse a su madre. Estaba llorando frenéticamente pues no podía creer que Junior tuviera que dejarnos. Él era mi roca, mi todo. Me aterraba estar sola. Con todo lo fuerte que había sido siempre, ese momento fue mi instante más débil. Lo único que me mantenía en pie era la sensación de que tenía que proteger a mis bebés, y si no podía mantenerme de una pieza sola, tenía que hacerlo por ellos.

Tengo que seguir adelante, me decía. Debo seguir moviéndome.

Pero cuando bajé a la sala, la gravedad de la situación me golpeó de nuevo. Ya teníamos instalado el árbol de Navidad. Ya había sacado todos mis santaclositos y decorado toda la casa. Faltaban unas semanas para el cumpleaños de Brandon, y Navidad era justo después. *Junior se va a perder las dos fechas, pensé. El Día de Acción de Gracias fue nuestra última fiesta como familia.*

Daniela me vio y salió de otro cuarto, con Brandon de la mano. Junior estaba parado junto a la puerta, maleta en mano. Brandon siempre había sido la sombrita de Junior. Si tenía que salir de casa, nuestro hijo literalmente se aferraba a la pierna de su papá cuando comenzaba a caminar. Junior trataba de arrancárselo de encima y lo llevaba de vuelta a la sala. Hasta hubo veces en que canceló planes porque no quería dejar a Brandon.

Cuando Brandon vio a su papá junto a la puerta, corrió hacia él.

—¡No, no te vayas! —dijo, lanzándose a sus piernas—. ¡No te vayas!

Junior se veía acabado.

—Brandon, está bien, bebé. Papi va a regresar.

Lo abrazó.

—Te quiero y te prometo que voy a regresar. Tienes que cuidar a mamá y nunca debes olvidar cuánto te quiero. Eres mi mejor amiguito.

Cargué a Benjamin hasta ellos y nos quedamos parados en el vestíbulo, abrazados como si nuestras vidas dependieran de ello, temblando. Quería tirarme de rodillas y rogarle que no me dejara. *Por muy egoísta que fuera, pensé, nunca debí haberlo presionado para cambiar de vida. No estoy segura de que romper a mi familia lo*

valga.

Cuando Junior nos soltó, él y Peter fueron juntos a la puerta. Salieron. Oí el clic de la cerradura.

Mia

Cuando Peter y Junior cerraron la puerta y se dirigieron al coche de Adrian, oí un fuerte grito. Era como una sirena agudísima. Me volteé y vi que venía de Brandon, que estaba colgado de la manija con ambas manos, gritando:

—¡No, papi, no!

Ver a un niño con tanto dolor es agonizante, y cuando volteé a ver a Olivia, temblando mientras mecía a Benjamin a derecha e izquierda, me pregunté por qué habíamos decidido pasar por esto.

Olivia y Junior instalaron un cerrojo de seguridad en lo alto de su puerta principal, no por seguridad, sino porque Brandon había aprendido a abrir el de abajo y se salía. Antes de que lo pusieran, Peter y yo a veces lo veíamos gatear hacia nuestra casa, con su mameluquito y su cobijita. Peter siempre lo cargaba, le daba un besote y llamaba a Junior y a Olivia para decirles:

—Su hijo acaba de venir a jugar con mi perra.

Me di cuenta de que si la puerta no hubiera tenido ese cerrojo, Brandon habría salido corriendo, arrastrando su cobijita tras de sí, y perseguido ese coche hasta el aeropuerto de Guadalajara.

Era el pensamiento más doloroso que había tenido en mi vida.

Olivia

Si hubiera podido quitarle el dolor a Brandon, lo habría hecho. Pero tenía que mantenerme fuerte e idear un plan que nos sacara de ahí. La vida de mi familia dependía de eso.

Era domingo por la mañana, así que el único personal que estaba allí eran nuestros guardaespaldas, parados afuera de la casa, vigilando el vecindario. Pero yo sabía que vendría gente pronto y que no había manera de que nuestro equipo de seguridad pudiera protegernos de ellos. Todos tenían un ojo puesto en Junior y Peter, y los miembros de los cárteles siempre hacían negocio con ellos los fines de semana. Si llegaban y no los encontraban, sabrían que algo extraño estaba pasando. No sólo eso, sino que actuarían de acuerdo con sus sospechas.

Tenía que inventar un señuelo.

Justo en ese instante, uno de sus socios tocó a la puerta.

—¿Y Junior y Peter? —dijo cuando le abrí.

—Al rato regresan —le contesté—. Fueron a hablar con alguien.

Se fue, y cinco minutos después llegó Paco, amigo de Junior. Cuando lo vi caminando hacia la casa, pensé: *Dios mío, es hora de actuar*.

Tomé mi bolsa en una mano y a mi bebé en la otra. Salí hacia el coche y amarré a Benjamin en su sillita. Dejé abierta la puerta del coche y corrí de regreso a la casa, gritando fuerte para que Paco pudiera oírme.

—¡Mia, vámonos! Mi pinche esposo, ¿cómo pudo hacerme esto? ¡Lo dejo! ¡Junior me engañó y voy a dejarlo, a él y a su pinche país!

Pude ver a Mia pararse lentamente, mirándome como si yo hubiera perdido la cabeza. Me echó una mirada de *¿Qué diablos?*, luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo y agarró su pañalera.

Seguí.

—¡Ese hijo de puta! ¡Me largo!

—¿Qué? —dijo Paco cuando me vio corriendo de regreso al coche, tratando de largarme de ahí—. Ah, no, eso no es verdad.

Pensó que sólo estaba actuando como loca. No había manera de que Junior me hubiera engañado, pero por lo que veía Paco, yo me había convencido de que sí.

—¿A dónde vas? —dijo.

—No es de tu incumbencia. Y si ves a ese hijo de puta, dile que no quiero saber nada de él. ¡Vamos, Mia!

Regresé a la casa y levanté a Brandon. Mia había comenzado a meter a Bella en su coche, y ya había cargado un puñado de cosas en el asiento trasero. Prácticamente aventé a Brandon en su sillita y azoté la puerta, arranqué y me alejé lo más rápido posible. Mientras conducía por el acceso, pude ver a Paco y a mi vecino en el espejo retrovisor, con las manos al aire.

Mia estaba justo detrás de mí en su auto; en el camino nos topamos con Daniela, Adrian, sus hijos y mis suegros afuera del portón de la privada. Entonces empezamos a avanzar, toda una fila de camionetas de lujo tan visibles que podrían haber traído luces de neón, todas yendo hacia la frontera.

Cruzar la frontera

Olivia

Nuevo Laredo era el paso fronterizo más cercano a Guadalajara y estaba a doce horas por carretera.

Lo conocía demasiado bien: ahí me habían arrestado cuando era adolescente. Desafortunadamente, no sólo era el centro del contrabando de drogas. En 2008 era el epicentro de la violencia entre los cárteles.

El Cártel del Golfo siempre había controlado Nuevo Laredo, y su brazo armado, Los Zetas, hacían su voluntad cuando necesitaban combatir a la policía, al gobierno, a los cárteles rivales o a miembros de su organización que los hubieran traicionado. Los Zetas eran despiadados; los tiroteos y los secuestros que perpetraban eran comunes: en un ataque les arrancaron el corazón a seis de sus víctimas, les grabaron zetas en el pecho y dejaron sus cuerpos en cuevas. En 2004, creyendo que el Cártel del Golfo estaba perdiendo el control de Nuevo Laredo, el Cártel de Sinaloa entró, buscando expandirse, y se desató una guerra territorial. Para 2008 el Cártel de Sinaloa tenía la ciudad firmemente en sus manos y todos en la frontera eran ojos y oídos del *Chapo*.

Mia

En Nuevo Laredo, una llamada de alguien que se hubiera percatado de que Junior y Peter no estaban en casa y olían a chivato garantizaría un ataque automático contra toda nuestra familia. Hasta era posible que Los Zetas nos vieran, descubrieran quiénes éramos y nos mataran sólo para frotárselo en la cara al *Chapo*.

Pero ahí estábamos, conduciendo a ciegas directamente hacia una de las ciudades más peligrosas de México, sin ayuda, sin protección y sin estrategia de salida.

Olivia

Yo traía a Benjamin y a Brandon en sus sillitas en el asiento trasero; era la primera vez que manejaba sola con ellos. Junior siempre había estado en el coche conmigo, y yo siempre me había sentado atrás con mis niños. Por suerte, Benjamin estaba tan chiquito que pasaba dormido más de la mitad del tiempo, y Brandon estaba tan acostumbrado a las largas distancias en carretera en México —como ir y venir entre Puerto Vallarta y Guadalajara— que sabía que no tendríamos que hacer muchas paradas. Probablemente sólo para comer e ir al baño.

Mia estaba sola en su coche con mi pobre sobrina, que no tenía ni siquiera dos semanas de nacida. Adrian iba con Daniela y su bebé nuevo; los hijos de Daniela

conducían otro coche, y mis suegros iban en el quinto.

Quizás pudimos habernos amontonado en menos coches, pero todos pensamos, quizá tontamente:

—Tenemos bodegas llenas de vehículos, ¿por qué no llevarnos todos los que podamos?

De todos modos, tuvimos que dejar atrás una docena.

Mia

Abandonamos todo lo que no tuviera valor sentimental o que no necesitaríamos en el camino. Botamos nuestros Ferraris, nuestros todoterrenos y hasta nuestro avión. No hubo tiempo para agarrar las cosas de valor. Sabíamos que era cuestión de tiempo que se lo robaran todo, y después nos enteramos de que en unas semanas los socios de Junior y Peter se habían llevado todo: ropa de diseñador, bolsas femeninas y masculinas, electrodomésticos Viking, todoterrenos, motos de agua, motocicletas y coches. Hasta se llevaron los candelabros y los interruptores de los muros. Fue un “tomen lo que puedan” para todos, hasta para sus amigos más cercanos.

Olivia

No podían importarnos menos nuestras cosas. Y era lo último en lo que pensábamos cuando salimos a la carretera. Sólo queríamos llegar a la frontera, a una zona segura. Sin paradas, Nuevo Laredo está a unas doce horas de Guadalajara, y no llegamos allá hasta las tres de la mañana.

Nos aterraba la idea de usar nuestros celulares durante el trayecto.

Yo no dejaba de pensar: *¿Y si alguien nos escucha?* Así que no le hablé a mi familia para decirle que íbamos a casa, a Chicago. No estaba preparada para revelarles la verdad y, además, aquella parecía una misión suicida.

Estábamos paranoicos, pero por buenas razones. Una fila de camionetas Range Rover, BMW y Mercedes corriendo como alma que lleva el diablo es prácticamente como pararse en medio de la calle con un letrero que diga: “¡Ey! Somos un montón de narcos huyendo por nuestras vidas. ¡Vengan a matarnos!”

Cuando por fin llegamos a Nuevo Laredo, nos detuvimos en el Hilton para cambiar a los bebés y prepararlos para el largo viaje. Saqué a mis hijos dormidos del auto, mirando hacia atrás cada cinco segundos.

—No nos vamos a quedar —le dije a Adrian—. Tenemos que seguir moviéndonos.

—Cruzar a medianoche es una señal de alerta muy evidente. Hay que esperar hasta la mañana.

—No, tenemos que irnos ya —dije—. Debemos salir de México.

Después de meternos a tropezones en los coches, nos pusimos en fila con mi camioneta por delante, porque yo había cruzado muchas veces antes. Al salir del estacionamiento, estaba tan nerviosa y asustada que di la vuelta demasiado amplia y le di fuerte a algo. No podía estar segura, pero creo que le había pegado al camellón. Oí un “fum... riiii... fum...” sordo, y cuando mi rin comenzó a raspar el asfalto supe lo que había pasado. Tenía una llanta ponchada, justo en medio de esa ciudad infestada por los cárteles.

Y también era grave. Lo que haya golpeado le arrancó la llanta al rin. Bajé de un salto, con mis bebés todavía sentados atrás, me agarré la cabeza en medio de la calle y comencé a volverme loca.

—Hay que dejarlo. ¡No me importa! ¡Hay que olvidarnos del coche!

Tomen en cuenta que era una Range Rover de ciento cincuenta mil dólares. En México no podíamos usar crédito ni pedir un préstamo para comprar un coche, así que habíamos pagado la camioneta en efectivo. Amaba ese maldito auto, pero amaba mi vida mucho más.

Mis sobrinos bajaron de su coche y comenzaron a levantar mi Range Rover con el gato.

—¡Alto! —grité—. ¡Hay que dejarlo!

Fui hacia ellos para tratar de meterlos a empujones en sus coches. Juro por Dios que creía que en cualquier instante iba a pasar alguien que nos dispararía a todos.

La verdad es que quizá sí lo hicieran, porque el teléfono de Adrian acababa de empezar a sonar.

Mia

Adrian y Daniela estaban en el coche detrás del mío. Por el retrovisor yo no dejaba de ver a Adrian llevarse el teléfono al oído y comenzar a ladrar algo. Supe que no era nada bueno. Ni siquiera era el amanecer del lunes, y en horario de narco la jornada laboral acababa de empezar. La gente había empezado a llamar a Junior o a Peter, fueron directo al buzón y pensaron que algo andaba mal. Junior y Peter siempre contestaban el teléfono. Nadie tenía mi número ni el de Olivia, pero todos se sabían el de Adrian.

—¡No dejan de hablar! ¿Qué rayos les digo? —le gritaba Adrian a Olivia, que seguía despotricando contra el hijo de Daniela para que se rindiera y la dejara abandonar la Range Rover.

—¿Yo qué chingados sé? —dijo—. ¡Diles que siguen dormidos!

¿Con bebés nuevos y horarios como los suyos? No había manera de que creyeran eso. No había forma de que sus socios no se dieran cuenta de que las cosas andaban mal en serio. No podíamos evitarlo.

Yo no podía creer la situación en la que estábamos. Ni siquiera me habían sanado los

puntos de la cesárea y todavía me dolían. Todas las veces que Bella lloró durante el trayecto, tuve que orillarme, pasarme al asiento trasero y amamantarla. *Estamos tan cerca*, pensé mientras miraba fijamente por mi parabrisas. *Puedo ver la frontera*. Había agentes con enormes armas yendo de aquí para allá, interrogando a los conductores de los autos y dando el paso franco a la gente. *Estamos tan pinche cerca*, pensé. Y, entonces, de pronto, perdí el control. Aquello era demasiado. Agarré el volante y exploté.

—¡Nunca vamos a salir de aquí! ¡Nos vamos a morir aquí!

Solté mi agarre, alcé los puños y comencé a golpear el volante con todas mis fuerzas. Me detuve, me sentí aun más impotente y seguí golpeando más fuerte, desgañitándome. No me importaba despertar a Bella: era una bebé y no se iba a acordar de ese momento. Pero si no dejaba salir mi ira, era capaz de salir del coche y correr hacia la frontera.

Entonces vi que el coche de Olivia comenzaba a moverse.

Olivia

El hijo de Daniela arregló la llanta más rápido de lo que me lo habían hecho en Midas y me largué de esa calle lo más rápido que pude. Al ver el paso fronterizo frente a mí, pisé el acelerador hacia él. Los demás coches se formaron detrás de mí y volé hacia una caseta abierta. Era tan temprano que la mayoría de los carriles estaban abiertos.

—Hola —dije al bajar la ventana.

Le di mi pasaporte y las actas de nacimiento de mis hijos al agente y esperé a que me dejara pasar.

El oficial miró mi pila de papeles muy atentamente, durante demasiado tiempo.

—No, no puede irse —dijo—. Tiene que darse vuelta.

Se me detuvo el corazón.

—¿Qué chingados? ¿A qué se refiere?

Ya sé que ésa no es manera de hablarle a un funcionario del gobierno, pero no estaba de humor para ser amable.

—Tiene placas mexicanas y sus hijos nacieron en México. Necesita una visa para que crucen.

Dio un paso atrás y movió los brazos como si quisiera que me orillara.

Estaba desesperada, pero trataba de disimular mi angustia.

—Pero soy su madre y mi bebé apenas tiene dos meses. ¡Soy estadounidense! ¿Cómo vamos a entrar?

—Regrese y consiga los papeles adecuados para los menores y la dejaremos pasar.

El guardia me hizo seña otra vez de que me diera vuelta.

Me quedé ahí en *parking*, mirándolo. Ser amable no iba a funcionar, así que tal vez ser una loca de mierda, sí. Comencé a gritar.

—¡Nos van a matar! ¡Nos van a matar a todos!

El guardia se echó para atrás, como si fuera a llamar refuerzos para arrestarme o preparada para salir corriendo porque creía que yo traía una bomba suicida. Seguí.

—¡Déjenos pasar ya o vamos a morir todos!

Vi a mi alrededor y pude ver a los demás bajarse de sus autos. Mi suegro estaba discutiendo con alguien y Adrian acababa de echar las manos al aire. Mia estaba blanca como fantasma. El oficial de la patrulla fronteriza había levantado su *walkie-talkie* para pedir refuerzos. No sabía qué más hacer, así que bajé del coche y comencé a gritar:

—¡Nos van a matar a todos si no nos dejan pasar!

Mia

Antes de salir reuní con cuidado todos los documentos que tenía guardados junto a la cama. Tenía mi acta de nacimiento y la de Peter. Tenía mi pasaporte y el acta de nacimiento de Bella. Incluso tenía una carta notariada, escrita por Peter, que declaraba que nuestra hija podía cruzar la frontera. Pero no servían para nada. No me dejaban pasar porque Bella había nacido en México y no tenía visa.

Estaba tan conmovida que apenas recuerdo haber entrado a la oficina del agente fronterizo. Todo lo que me viene a la memoria era el frío que hacía cuando bajé del auto. Era el tipo de humedad de madrugada que se siente a menudo en Chicago pero casi nunca en México; el tipo de frío que no te puedes sacar de encima a menos que te tapes de inmediato. Mientras le ponía una cobija a Bella y me cerraba el único abrigo que llevaba, sólo recuerdo haber pensado: *Nunca hace tanto frío en México*.

Pero todas las apuestas estaban equivocadas en ese momento. Podía haber comenzado a nevar y, sinceramente, no me habría afectado.

Olivia

Cuando entré a la oficina del agente fronterizo y vi a Mia ahí sentada, temblando, entré en modo de “mamá oso”.

—No pueden dejarla ahí sentada como está —dije—. ¡Se está congelando!

En ese momento habría hecho lo que fuera por proteger a mi familia. Estaba desesperada por cruzar la frontera. Y por fin tuve una idea. Saqué mi teléfono y marqué un número que tenía guardado. Al tercer timbre, alguien contestó:

—Buenos días, aquí Matt —dijo una voz amigable al otro lado de la línea.

Gracias a Dios está despierto, pensé. Sabía que muchos agentes de la DEA comenzaban su día antes del alba, así que no me sorprendió por completo que Matt contestara. Estaba extremadamente tensa, pero le expliqué la situación lo más tranquila que pude.

—Déjame hablar con los guardias fronterizos —dijo después de escucharme, y le di

el teléfono a uno de ellos.

Hablaron por lo que me pareció una eternidad. Pero cuando el agente colgó el teléfono y nos hizo señas de acercarnos a Mia y a mí, me di cuenta de que podríamos estar bien.

Matt debió haberles dicho que nos registraran a fondo, porque, cuando nos llevaron afuera otra vez, revisaron nuestros coches de la cabeza a los pies. Nos quedamos ahí unas tres o cuatro horas mientras pasaban rayos X por el interior y el exterior de los autos, y luego sacaron a los perros para husmear cada centímetro de los coches. Todo el tiempo yo pensaba: *¿En serio creen que estamos tratando de pasar drogas por la frontera cuando estamos corriendo por nuestra pinche vida?* Entonces me golpeó la realidad: *Siempre nos iban a tratar como criminales. Porque eso eran nuestros esposos.*

Todo estaba en orden, así que los agentes nos acompañaron a nuestros coches. Pusimos a los bebés en sus sillitas, nos subimos, dimos vuelta a las llaves y encendimos el motor.

Al mirar por el retrovisor, me dio miedo lo que estaba detrás, pero me aterraba más lo que iba a ser de nosotros. De todos modos, no había nada que pudiera hacer. Al igual que durante todas las demás cosas malas que habían sucedido en mi vida, tenía que tomar una decisión, actuar y, con suerte, aprender algo y ser una mejor persona gracias a ello.

Vamos hacia la nada, pensé, y comencé a cruzar la frontera hacia el resto de mi muy incierta vida.

Mia

Adrian, mi suegro y uno de nuestros sobrinos quedaron atascados en la frontera. Adrian había sido deportado el día en que lo liberaron de la cárcel federal años antes; mi suegro tenía antecedentes criminales, y nuestro sobrino no traía acta de nacimiento, así que no iban a obtener permiso para cruzar hasta que arreglaran sus papeles con migración. Daniela, sus hijos y mi suegra se quedaron con ellos, pero eso no nos hizo sentir mejor.

Olivia

Nos dieron un abrazo de despedida y dijeron:

—No se preocupen, cambiaremos de hoteles todos los días. Vamos a estar bien.

Pero no sabíamos si íbamos a volver a verlos. Matt había prometido trabajar en su papeleo, pero no había ofrecido protegerlos. El teléfono de Adrian seguía sonando sin parar: era cuestión de días para que alguien atara cabos y comenzara a buscarlo en Nuevo Laredo. Yo siempre había sido cercana a Adrian y a Daniela, y sentí como si me estuviera despidiendo de ellos para siempre. Sinceramente, creía que nunca volveríamos

a ver a nuestra familia.

Después de cruzar y subir a los coches, le dije a Mia:

—Hay que seguir adelante. Hasta el final.

—¿Estás segura? —preguntó—. Estamos exhaustas.

—Sí, definitivamente.

Mi adrenalina estaba fluyendo, y sentía como si pudiera conducir hasta Canadá, si hubiera sido necesario. Iba a ser un viaje de veintitantas horas, y ni muerta me iba a detener a pasar la noche en ningún lugar.

Mia

Cuando tienes más de dos mil kilómetros por delante y lo que se siente como una vida en el retrovisor, tienes mucho tiempo para pensar. Pasé la mitad del trayecto preocupada por Bella en el asiento trasero y la otra mitad preguntándome qué le estaría pasando a Peter, pero cuando por fin me detuve y estudié la situación, me di cuenta de algo: *Ésta es la primera vez en casi cinco años que estoy sola*. Peter había hecho absolutamente todo por mí. Nunca había tenido que ponerme a la altura y cuidarme sola. Ahora tenía que hacer eso y proteger a mi hija.

Olivia y yo compramos teléfonos nuevos al cruzar y le hablé a mi mamá de inmediato. Ahora ella me hablaba cada cinco minutos para saber dónde estaba. Por fin le había contado todo: que Peter y Junior eran traficantes, que se habían convertido en informantes, que se entregaron en el aeropuerto y que nosotras habíamos escapado. Cada detalle había puesto frenética a mamá.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Por qué no te detienes? —no dejaba de decir.

—Mamá, te quiero, pero estoy tratando de conducir —le contestaba—. No puedes estar hablándome todo el tiempo. Tengo que mantener toda mi atención en la carretera.

Más de cuatro años de tiempo y distancia y seguía considerándome su bebé.

Supongo que hay cosas que nunca cambian.

Mi plan era ir a su casa mientras Olivia se registraba en un hotel. Sería la primera vez que mi familia veía a Bella y tenía la esperanza de que conocerla aminorara un poco de presión. Lo necesitaba desesperadamente. Con la asistencia de nuestro abogado, Peter por fin había obtenido permiso para llamarme a medio camino, y aunque me alegró muchísimo oír su voz, me había dejado destrozada.

—No puedo creer que les tomara tanto tiempo cruzar la frontera, nena —dijo—. Todo el tiempo estuve preocupadísimo por ustedes. He estado asustadísimo pensando que les hubiera pasado algo.

No quería pensar en eso, así que cambié de tema.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Nos tienen en un hotel cualquiera de la Ciudad de México. Para traernos acá, los

federales nos cubrieron el rostro, cerraron el hotel y nos metieron a escondidas.

—¿En la Ciudad de México?

¿*Por qué rayos están allá?*, pensé. La Ciudad de México era uno de sus principales centros de operaciones.

—Estamos a una cuadra de una de nuestras bodegas. Hasta podemos verla desde la ventana del hotel. Todavía nos tienen grabando y trabajando. Y ya conocimos a todas las agencias que se te ocurran: Seguridad Nacional, Aduanas, la DEA y el FBI. Hemos estado contestando preguntas y recibiendo instrucciones, pero nadie me ha querido decir nada de ti. Lo único que he hecho es preguntar por mi familia y nadie me ha dicho un carajo.

Así que no sólo se hallaban en gran peligro, como lo habíamos estado nosotros, sino que estaban completamente a oscuras, volando a ciegas igual que nosotras.

Olivia

Eran veinticuatro horas de camino de la frontera a Chicago. Llegamos al día siguiente. Veinticuatro pinches horas en la carretera y sólo nos detuvimos cuando debíamos alimentar a los bebés, cambiarles pañales o usar el baño. Cuando llegamos a Chicago, me despedí de Mia y me registré en un hotel cerca del aeropuerto.

Mia

Pensé en irme al hotel con Olivia, pero no podía soportar no estar con mi familia. Los necesitaba sólo para sentirme segura.

Cuando llegué a la casa en la que crecí, mis papás, mi hermano y mi hermana estaban parados en la puerta, vaciándose de lágrimas. Me estacioné y cargué a Bella en su sillita hasta el pórtico. Mamá me miró medio segundo, me quitó la sillita y la metió. La puso en la mesa de la cocina y desamarró a mi hija, su segunda nieta. Mientras mi papá me pasaba el brazo por la cintura y mi hermana me tomaba de la mano, vi a mi mamá —que prácticamente había sido una bebé cuando me tuvo— alzar a Bella hasta su hombro y abrazarla, frotándole la espalda.

—Todo está bien. Estás en casa. Estás a salvo —le susurró.

Sabía que lo estaba, pero desearía haberme sentido así. Al mirar a cada miembro de mi familia pasarse a mi hija y besarla con dulzura, pensé: *Éste ya no es mi hogar. Es el de mis papás. Mi hogar está con Peter y tal vez no vuelva a tenerlo nunca.*

Olivia

Les hablé a mis padres en cuanto ubiqué a Brandon y a Benjamin en la habitación en la que me registré. Todavía no les decía toda la verdad. Nunca había querido lastimarlos,

sobre todo después de haberlos hecho sufrir tanto. Los mantuve en la ignorancia para que pudieran dormir tranquilos.

Pero cuando llegaron, me desplomé y les conté todo. Ya no podía mentir. De todos modos, la cara de mi papá expresaba repulsión pura. Había querido tanto protegerlos a él y a mamá, y en vez de eso les rompí el corazón.

Cuando se fueron, traté de recuperarme. Me sentía muy vacía y sola, y mientras miraba el techo, me pregunté si Junior hacía lo mismo.

Entonces le hablé a Joe.

—Olivia, no deberías estar en la ciudad —dijo—. Sus vidas están en peligro. Regístrate en un hotel muy a las afueras.

—¿Dónde están Peter y Junior?

—Están pasando por el proceso. Pronto irán al Correccional del centro. Van a estar bien vigilados y permanecerán juntos. Pero si alguien se entera de que estás en la ciudad, podría implicar que tú ya no estés allí. Vete a algún lado fuera de los límites de la ciudad.

—Entonces me voy a mi casa.

Llevaba años con una casa en los suburbios, así que le di la dirección.

—Alguien te verá ahí mañana para hablar de los siguientes pasos para ti y para Mia.

Los “siguientes pasos” podían significar cualquier cosa, así que no valía la pena preguntar. En lugar de eso, empaqué lo poco que tenía y me fui con mis hijos. Mientras iba de camino hacia mi casa, le hablé a Mia y le dije que nos viéramos allá a la mañana siguiente.

Mia

Cuando Olivia me habló y dijo que no estábamos a salvo en la ciudad y que nos teníamos que ir, yo estaba devastada. No quería poner en peligro a mi familia, pero odiaba la idea de estar sin ellos. Había dado a luz a Bella menos de dos semanas antes y todavía me dolía la cesárea. No tenía más que la ropa que traía puesta, y no sólo necesitaba ayuda, también necesitaba cariño. Quería a mi familia y me dolía Peter. *En serio estoy sola*, no dejaba de pensar. *Y así me voy a sentir durante años y años.*

Mi papá quedó destrozado cuando me fui con Bella.

—Nena, quédate —dijo—. Yo te puedo proteger.

Sé que sentía que podía hacerlo, pero, siendo honestos, nadie podía protegerme en realidad. Olivia y yo estábamos solas. Y por eso teníamos que alejarnos.

Olivia

Mi casa estaba a unos cuarenta y cinco minutos de la ciudad. La había decorado exactamente igual a la de Guadalajara: cojines cubriendo grandes sillones afelpados y

alfombras enormes de pared a pared. Pero no había ni una de las chacharitas ni los toquecitos mexicanos que había puesto por todos lados en Guadalajara. Se sentía vacía; no era cálida ni llena de amor como mi hogar con Junior. Era una casa estadounidense, muy, muy lejos de México. Abrazada a mis bebés, me senté en las escaleras y me puse a berrear, pensando: *Ni siquiera tengo la fuerza ni la voluntad para seguir adelante.*

Mia

Cuando miré a mi alrededor, de pronto me sentí triste otra vez. *Nunca había sido tan feliz como en México,* pensé. *Sé que era una vida peligrosa, pero estábamos todos juntos. Éramos una familia allá.*

Olivia

Joe contrató seguridad las veinticuatro horas para nosotras, así que, cuando llegó Mia, había guardias armados para recibirla. Unas horas después dejaron entrar a una mujer llamada Carol Williams, del Programa de Protección de Testigos.

Carol era amigable, con una sonrisa cálida y agradable. Parecía linda, pero sinceramente no creo que supiera en lo que se estaba metiendo. Peter y Junior estaban preparados para ser los mayores informantes de la historia de Estados Unidos y nosotras teníamos blancos en la cabeza sólo por estar casadas con ellos.

—Buenos días —dijo cuando le ofrecí un asiento.

Entonces fue directo al asunto que la había llevado a mi casa.

—Así que, como bien saben, sus vidas están en peligro y nos gustaría que ése no fuera el caso...

No me iba a contener con ella, así que la interrumpí:

—Llevamos tres días diciéndoles eso, pero nadie del gobierno nos ha ayudado. Ni un poquito, excepto Matt, y fue porque yo le dije. Nos tardamos horas en cruzar la frontera y nuestra familia política apenas salió ayer. La fiscalía de Estados Unidos tuvo que trabajar para darles permiso; eso tomó algunos días y tuvieron que saltar de hotel en hotel por toda la frontera. Podían haberlos matado bajo su custodia. Podían habernos matado a nosotras. No vamos a ser sus patitos de feria.

Carol sólo se quedó ahí sentada, impávida. Pero no se disculpó.

—Lo que podemos ofrecerles ahora son dos lugares en el Programa de Protección de Testigos. Les daremos nombres nuevos y las relocizaremos a ustedes y a sus hijos.

Mia y yo ya habíamos hablado de eso, pero todavía teníamos dudas bien fundadas sobre el tema.

—¿Cuándo veríamos a nuestros esposos? —pregunté, a sabiendas de cuál sería su respuesta.

—Van a estar lejos de sus prisiones, pero aunque viajen para verlos, no podemos permitir visitas no programadas. Los verán una vez al año, tal vez, y todo absolutamente programado y supervisado. No podemos permitir llamadas a menos que las arreglemos semanas antes.

Entonces hizo una pausa.

—Sus vidas serán muy distintas, y muy distantes, de las de sus esposos.

—¿Estaremos cerca una de la otra? —preguntó Mia.

—No. Estarán en partes distintas del país.

Ni siquiera volteeé a ver a Mia cuando comencé a hablar por las dos. Estábamos de acuerdo en esto: sin preguntas. No podía perder a la única persona en el mundo que me entendía, y ella no podía renunciar a la única persona en el mundo que le recordaba su hogar. Éramos hermanas y nadie nos iba a separar.

—Nunca —dije—. Renunciamos a todo. Nuestros esposos se sacrificaron por amor a nuestra familia y para darles una mejor vida a nuestros hijos, y lo último que queremos es dividir a nuestra familia. Nuestros esposos nos necesitan y nosotras los necesitamos a ellos, y no hay manera de que nuestros bebés crezcan sin conocer a sus papás. Mia y yo sólo nos tenemos la una a la otra, y no podemos sobrevivir solas a la situación. Así que nuestra respuesta es definitivamente no.

Carol nos miró asombrada.

—Están cometiendo un gran error. Esto es un riesgo horrible.

—Es un riesgo que queremos tomar —dijo Mia.

Carol asintió lentamente.

—Entonces fue un placer conocerlas. Les deseo lo mejor.

La acompañamos juntas a la puerta y nos despedimos, agradeciéndole su tiempo. Luego regresamos al sillón, nos sentamos y, sin decir nada, nos tomamos de la mano.

Estamos en esto juntas para largo, pensé. Tal vez pasen veinte años hasta que volvamos con nuestros esposos, y de seguro nunca vamos a vivir en la playa en México otra vez, pero siempre tendremos a la otra. Y no nos vamos a rendir.

QUINTA PARTE

EL PURGATORIO

Chicago

Olivia

La de 2008 fue nuestra primera Navidad sin Junior y Peter, y, además, la más deprimente de mi vida. Mis padres seguían decepcionados y heridos, pero me querían a pesar de todo. Las fiestas y estar juntos eran todo para ellos, pero a Mia y a mí nos preocupaba demasiado estar en la ciudad, así que decidimos pasar el día solas en mi gran casa de los suburbios. Lo más que hice para decorar fue ir a Walmart y comprar un árbol de plástico que puse en una mesita, con unas esferas de vidrio que encontré justo en la caja.

No sabíamos nada de Junior ni de Peter, y no teníamos idea de cuándo íbamos a poder verlos.

El cumpleaños de Brandon había sido unos días antes de Navidad y no había dejado de preguntar:

—¿Y papi? ¿Por qué no está aquí para mi cumpleaños?

Pasaba la mayoría de los días escondido debajo de la cuna de Benjamin, agarrando su cobijita y sollozando por Junior. Yo trataba de ser fuerte para él, pero a veces no me podía contener. Cuando las lágrimas me recorrían la cara, apagaba las luces para que el niño no pudiera verme.

Si creen que yo estaba mal, Mia estaba peor. Bella tenía cólicos, y lloraba todo el día, todos los días. Mia por fin dejó de tratar de ser fuerte en su presencia, así que se sentaba y sollozaba con ella.

Mia

Abrazaba a Bella todo el día y toda la noche tratando de consolarla, pero no servía de nada. Compré una máquina de ruido, pero fue inútil. Recuerdo haber pensado: *Me alegra que Bella sea demasiado joven para que no recuerde esto. Ella y Benjamin nunca sabrán lo mal que están las cosas.*

Olivia

Soy totalmente posesiva cuando se trata de limpiar, pero aquel diciembre me importaba una mierda el mundo. Hacía bolita el pañal sucio de Benjamin y lo aventaba al suelo. Luego salía a caminar a medianoche en las calles frías, sólo para alejarme un poco de aquel ambiente. Mia y yo nos sentíamos culpables por lo poco que sí teníamos, y después de enterarnos por nuestros abogados de que Junior y Peter estaban en la cárcel, muriéndose de hambre y de frío, comenzamos a bañarnos con agua helada como una

suerte de autocastigo.

Mia

Todos los días hablaba con mi mamá, quien siempre me rogaba que le permitiera visitarme. Por fin la dejé y se quedó de una pieza al llegar y ver cómo estábamos viviendo. La casa era un desastre, y nosotras, peor.

—¿En qué están pensado? —dijo—. ¡Despierten! ¡Sus bebés las necesitan!

Pero me sentía estancada. Olivia y yo estábamos muy deprimidas para hacer más que sólo existir.

Olivia

No oímos de Junior y de Peter hasta después de Año Nuevo, cuando nos permitieron hacer una primera visita. Estábamos tan emocionadas como el día de nuestras bodas, pero llegar al edificio federal al que los habían transportado hicimos una escena ridícula. Teníamos que ir al centro, prácticamente al núcleo del Loop, y empacamos todo: pañaleras llenas de toallitas húmedas, mamilas y fórmula, un cambio de ropa para los niños y bolsas de botanas. Era como si fuéramos de pinche día de campo. Nuestros guardias armados nos llevaron a un estacionamiento subterráneo en el centro y cuando salimos de los autos nos recibió el fiscal Tom, el fiscal asistente Mike, y Eric, de la DEA.

Mientras Mia y yo sacábamos a los niños de los coches y los metíamos a ellos y todas nuestras cosas en nuestras enormes carreolas Orbit, debimos haber parecido listas para un viaje de una semana, porque los agentes se nos quedaron viendo como diciendo: *¿Qué demonios?*

No me importó. Estaba a punto de ver a mi esposo.

Mia

Nos metimos por un elevador de servicio, porque el ascensor principal lo usaban para transportar a los prisioneros a la Corte y no nos podíamos arriesgar a que nos vieran. Cuando nos bajamos, entramos a un cuarto con dos largas ventanas a cada lado de la puerta. Parecía una sala de conferencias en un edificio de oficinas normal. Nos quedamos adentro, esperándolos, con Brandon tomado de la mano de Olivia, tan emocionado que estaba brincando. Yo le había tomado un millón de fotos a Bella y le había escrito a Peter casi a diario. No quería que sintiera que se estaba perdiendo de nada, así que esperaba que, cuando la viera, prácticamente la conociera.

De pronto vimos a Peter y a Junior a través de las delgadas ventanas, caminando hacia el cuarto, encadenados de manos y pies.

Olivia

—¡Papi! ¡Papi! —gritó Brandon, corrió hacia su papá y lo abrazó de las rodillas.

La cara de Junior se iluminó y yo no podía dejar de verlo. Lo amaba y lo extrañaba tanto que me dolía en lo profundo de mí ser descubrirlo en esas condiciones, y todo lo que quería hacer era abrazarlo y no dejarlo ir nunca. De todos modos, reprimió su gran sonrisa; claramente era una persona distinta a la que había conocido antes de que se fuera. Se veía desnutrido y olía como si no se hubiera bañado desde que salió de México. Él no dejaba de ver a Brandon, como si le diera vergüenza mantener la cara en alto. Después de un momento, le levanté la barbilla y lo miré a los ojos.

—Eres el hombre más guapo que he visto en mi vida —dije—. Y el esposo más valiente, con más coraje del mundo.

Mia

Cuando vi a Peter, no podía creer lo flaco que estaba. Su pelo estaba largo y raído, y le había crecido la barba. Los funcionarios de la prisión no lo habían dejado bañarse en cuatro semanas.

Ni siquiera quería abrazarme.

—Siento mucho que tengas que verme así —dijo—. Lo siento mucho. Por favor, perdóname.

—Te extrañé —dije, abrazándolo—. Sólo me alegra estar aquí contigo.

No quería que se disculpara. Sólo por esa tarde no quería pensar en el desastre en que se habían convertido nuestras vidas. Y, por suerte, no fue tan difícil con Bella en el cuarto.

Peter no podía quitarle los ojos de encima. Había crecido tanto el último mes que parecía un bebé distinto. Los agentes le quitaron las esposas y lo dejaron cargarla. Él estaba contentísimo, con una alegría pura e inocente. Fue hermoso.

Olivia

Junior estaba preocupadísimo por mí y por los bebés. En casa había hecho todo por nosotros y sabía que estar sola era duro para mí.

—¿Estás bien? —no dejaba de preguntar.

—Sí, pero me preocupas más tú.

—Por favor, no te preocupes. Tu felicidad es lo que me mantiene en pie. Sólo quiero verte sonreír, Liv.

Mi pobre esposo, pensé. Ahora tiene que vivir a través de nosotros y yo me paso todo el día deprimida.

Decidí guardarme aquel pensamiento y mejor escuché a Peter y a Junior contar cómo

habían pasado el último mes.

Mia

Cuando sacaron a Peter y a Junior de Guadalajara, los llevaron a la Ciudad de México y se quedaron ahí un día. La mañana siguiente, a las seis, los alguaciles de Estados Unidos los escoltaron afuera de su hotel, los escondieron en una furgoneta blindada y los llevaron a un hangar cercano, donde los subieron a un jet del gobierno estadounidense. Los mandaron a Dallas, y en cuanto sus pies tocaron suelo estadounidense, los esposaron y les leyeron sus derechos.

Olivia

A todo su alrededor brotaron *flashes*; tantos, de hecho, que los cegaron temporalmente. Al caminar por la pista, Junior entrecerró los ojos, se volvió hacia Peter y le comunicó sin palabras lo que los dos estaban pensando: *No puedo creer todo lo que hemos hecho*. De pronto, se sintió como un terrorista. Ni en su peor pesadilla se había imaginado lo infames que eran él y Peter.

Mia

De Dallas fueron a Milwaukee, donde había comenzado la investigación federal en su contra, casi una década antes. Los agentes los encadenaron y los llevaron a un edificio federal en lo profundo de la noche. Habían cerrado las instalaciones como medida de seguridad, y Peter y Junior apenas podían voltear sin ver a un guardia armado o a un oficial de alguna de las distintas agencias. Algunos ponían los dedos en sus armas y muchos sólo se les quedaban viendo. Nunca había habido un caso de narcotráfico tan importante como el suyo en Estados Unidos, mucho menos en el estado de Wisconsin. ¿Y el hecho de que fueran figuras importantes del mundo de los cárteles que se habían entregado por voluntad propia? Era el caso más extraordinario que hubiera visto cualquier agente que estuviera allí.

Olivia

Peter y Junior pasaron un día en Milwaukee en celdas separadas, al alcance del oído. Durante la noche, Peter le dijo a Junior:

—Por favor, no te duermas. Háblame, me siento solo.

Llevaban casi la mitad de sus vidas consolidando una empresa criminal, y Peter no era ajeno al cautiverio, pero ésa era su primera noche en prisión, un lugar que habían

evitado pisar toda la vida.

A la mañana siguiente los transportaron al Centro Correccional Metropolitano (CCM) en Chicago. Sólo les tomó una hora llegar; iban en medio de una caravana de Suburban negras, rodeadas de alguaciles de Estados Unidos, que se desplazaban a toda velocidad, pasándose todos los altos. Barack Obama acababa de tomar posesión de la presidencia, y más tarde oímos que algunos transeúntes que los vieron pasar supusieron que el Servicio Secreto estaba escoltando al presidente.

Casi inmediatamente después de que los situaran en el CCM, orquestaron una operación encubierta masiva. Agentes federales facilitaron unas cuantas entregas controladas y luego incautaron las drogas. A causa de eso habían arrestado a muchos de sus trabajadores, pero muchos de sus mayoristas seguían trabajando en las calles. Cuando no había redadas e incautaciones, se hallaban ofreciendo evidencia y testimonios a los fiscales de Estados Unidos doce horas al día, todos los días. Lo harían durante seis meses seguidos.

—Les estamos diciendo todo a los federales —dijo Junior—. Nombres, ubicaciones, todos los detalles de nuestro negocio, todo el cuento.

Mia

Peter nos dijo que todos los interrogatorios y las grabaciones sucedían en el edificio federal en el que estábamos, pero que los tenían alojados en el CCM, al otro lado de la calle.

El CCM es un edificio enorme, café y sin ventanas; básicamente es un corral para criminales federales que esperan juicio o sentencia, o que los ubiquen en otra prisión.

—Cuando nos sacan del CCM todos los días —dijo— nos acompañan doce alguaciles. Cubren las ventanas de las demás celdas para que no sepan quiénes están pasando.

—Con tal de que estés seguro, nene —dije—. Eso es lo más importante.

Dios mío, era una ingenua. Eso no era todo lo que importaba. No sólo necesitaban estar seguros: también merecían ser tratados con dignidad humana básica.

Olivia

El CCM era el infierno en la tierra. Nadie los iba a matar ahí, claro, pero pasar diez minutos entre sus muros era como morir. Junior era del tipo de persona abnegada que nunca se queja, pero al verlo a los ojos cada vez que lo visitaba era difícil no descubrir su dolor y su sufrimiento. Quería decirle lo mal que me sentía, pero sabiendo lo mal que la pasaba y lo traumatizado que se veía, no tuve el corazón de decirle nada. Ya estaba demasiado acabado.

Mia

Junior y Peter eran tan importantes en el CCM que los guardias comenzaron a odiarlos. Les hacían el trabajo más difícil porque tenían que saltar por muchos aros sólo para sacarlos por la puerta. Así que les recortaron los privilegios: los dejaron bañarse menos, les restringieron las llamadas y los encerraron 24/7.

Olivia

Mientras otros reclusos paseaban por sus celdas sin camisa porque hacía mucho calor, habían puesto a Peter y Junior a propósito en una celda que estaba tan fría, que tenía los muros escarchados. Pero los guardias no les daban cobijas. Peter y Junior dormían en la misma cama sólo para compartir su calor corporal. Temblaban todo el tiempo.

El guardia que los revisaba de noche los descubrió una vez y le dijo a Junior:

—¡Te me sales de esa pinche cama o les disparo a los dos!

Era un acto de indisciplina que los pudo haber sentenciado a confinamiento solitario, lo que no cambiaba nada, porque ya estaban ahí.

—Somos hermanos, no estés chingando —contestó Junior.

Pero el guardia insistió.

—¡Salte de esa cama antes de que te reporte!

Mia

Los guardias por fin los cambiaron de celda, y cuando Peter entró en la nueva mazmorra, creyó que ahí acababa de ocurrir un homicidio masivo. Había sangre en las paredes, en el colchón y en el piso. Olía horrible. Pero los guardias no quisieron limpiarla hasta el día siguiente.

El tipo de la celda de enfrente gritaba todo el día y toda la noche amenazando con que se iba a suicidar, y luego embarraba su propia mierda por las paredes y las puertas. El pasillo que los separaba era tan angosto que Peter podía olerla todo el día, así que se sentaba en su celda, se ponía los brazos sobre la cabeza y pensaba: *Estoy viviendo en el infierno. Éste no es lugar para un ser humano.*

Olivia

Me rompió el corazón ver sufrir a mi esposo y a mi cuñado. Cada vez que salía de mi visita semanal, me enojaba tanto que en cuanto me subía al auto le hablaba a nuestro abogado, Joe, para regañarlo.

—¿Cómo rayos pueden hacer su trabajo si sufren así? —le gritaba—. Si no ayudas a que sus condiciones mejoren lo antes posible, vas a oír de mí todos los días de tu vida.

Pero mis llamadas no ayudaron. A ojos del gobierno, Junior y Peter eran criminales, y lo único que importaba era que siguieran dando información a los federales.

Mia

Regresar a la casa de Olivia no fue un gran alivio. Seguíamos viviendo juntas, pero nunca nos sentimos “en casa”. Estábamos tan consumidas por lo que vivían nuestros esposos que nos encerramos en nuestras propias mentes. Día tras día nos hacíamos miserables pensando en Junior y en Peter, y nos sentíamos estancadas, como si la vida pudiera seguir así para siempre y nada fuera a pasar nunca.

Entonces, a medio invierno, sí ocurrió algo. Comenzamos a sentir el rigor de la gente que Peter y Junior estaban ayudando a entamar.

Olivia

Junior siempre me había hecho sentir que todos los días eran de San Valentín, pero el mero día me trataba de manera ultraespecial. No importaba lo que hiciéramos, a dónde fuéramos ni qué nos regaláramos: San Valentín no sólo era una fiesta Hallmark: en serio decía algo de nuestro amor.

Por eso, justo antes de San Valentín de 2009, caí en una depresión profunda.

Todo lo que quería hacer era estar sentada, enfurruñarme y pensar en los buenos momentos que había pasado con Junior, pero Adrian y Daniela se negaron a dejarme así y me arrastraron fuera de la casa para sacudir mi mala vibra. A Brandon y a mí nos encanta el sushi, así que fuimos todos a un restaurante japonés estilo Benihana cerca de mi casa.

Después de sentarnos, ubicarnos y ordenar, me levanté para ir al baño. Justo al salir del sanitario de damas, con Brandon en brazos, me topé con uno de los mayoristas que había delatado Junior unos meses atrás. Al parecer estaba en libertad bajo fianza; cuando me vio se enojó. Me puso la mano en la cara, los dedos sobre la cabeza y comenzó a gritarme.

—¡Sé que Junior está cantando! ¡Él y Peter son unos pinches chivatos!

—¿De qué rayos estás hablando? —traté de sonar inocente—. Eso no es verdad.

Estaba asustadísima, pensando que nos iba a lastimar a mí y a mi hijo, y abracé más fuerte a Brandon.

—Tengo papeles —dijo—, y dicen “informante uno e informante dos”. ¿Quiénes más podrían ser?

Justo en ese instante Adrian salió del baño de hombres, vio lo que estaba pasando y se interpuso entre el mayorista y yo.

—Tienes que calmarte y relajarte —dijo—. Estás diciendo mamadas. ¿Cómo pueden

estar cantando mis hermanos si yo sigo trabajando? ¿No estaría también yo en la cárcel?

El mayorista miró a Adrian y se dio cuenta de que tenía un buen punto. Lo dejó pasar y se encogió de hombros. Luego se volvió hacia Adrian y le dijo:

—Entonces, ¿me das tu teléfono para conseguir producto?

El tipo estaba bajo fianza y seguía buscando jales. Eso hablaba de la fama de conectados que tenían Junior, Peter y nuestra familia.

Mia

La gente también le había expresado sus sospechas directamente a Junior y a Peter. Hubo una vez en que Peter estaba al teléfono arreglando un decomiso cuando un cliente se detuvo y le dijo:

—Tengo que preguntarte algo. ¿Eres chivato? Sólo sé honesto.

Peter lo negó al derecho y al revés, pero una parte de él sólo quería soltar la sopa y contestar:

—Sí, lo soy.

Él y Junior se sentían culpables. Estaban *poniendo* gente a la que querían tras las rejas, y sabían que las vidas de sus familias iban a cambiar para siempre por eso. Eran trabajadores con hijos. Cada vez que les ayudaban a los federales a organizar una entrega arreglada, estaban dejando ir una larga amistad, y les rompía el corazón darle la espalda a la misma gente de la que habían cuidado por años.

Cada viernes le veía el dolor en el rostro a Peter. La luz que siempre había tenido en los ojos comenzó a apagarse. Estaba frío y pálido todo el tiempo, y cuando lo abrazaba no podía dejarme ir. Me pedía que lo consolara:

—Sólo recuérdame que estoy haciendo lo correcto.

Yo vivía para esos viernes, pero quedarme en casa con Olivia se estaba volviendo más fácil. Tal vez sólo nos estuviéramos acostumbrando a nuestras nuevas vidas. Comenzamos a limpiar la casa todos los días para no estar rodeadas de pañales sucios. No estábamos comprando autos nuevos cada mes, como en México, así que llevamos los nuestros al taller para cambiarles el aceite y las llantas: incluso después de todo lo que habían pasado, nuestros esposos seguían diciendo que les preocupaba que condujéramos en la nieve. Ya nadie nos hacía el mandado, así que lo hacíamos nosotras. Los fines de semana veíamos películas familiares alegres, y quizá suene tonto, pero nos ayudaron a ver la vida de una forma positiva. Paleábamos la nieve juntas y sacábamos la basura dos veces a la semana. Una vez, Olivia se cayó de nalgas mientras arrastraba la basura, y las dos nos echamos a reír. Mientras estaba ahí tirada en la nieve, la miré, sonreí y dije:

—No puedo creer que en esto se hayan convertido nuestras vidas.

Era difícil —nuestras vidas eran totalmente distintas a lo que habían sido seis meses antes—, pero lo estábamos logrando. Sin embargo no sospechaba que iba a necesitar esa

fuerza, porque mi vida estaba a punto de ponerse aún más complicada.

Alabama

Mia

San Valentín de 2009 cayó en jueves, pero como Olivia y yo sólo podíamos visitar a Peter y a Junior los viernes, decidimos celebrar al día siguiente. Yo le escribía cartas de amor de diez páginas a Peter por la noche, cuando Bella estaba dormida, así que empaqué una, junto con unas fotos familiares que había tomado hacía poco, y me metí al coche. Cuando llegamos y nos acomodamos en el área de visitas, acudí a Olivia y a Junior con un plan.

—¿Pueden distraer a los guardias un momentito?

Accedieron, los acorralaron y comenzaron a hablarles.

—Peter, vamos al baño —susurré.

—No podemos —contestó—. Nos van a cachar.

Me planté.

—No me importa.

Llevábamos meses sin hacer el amor y nos extrañábamos con desesperación. Sabía que el baño de una cárcel no era el lugar más romántico para estar con mi esposo, pero necesitábamos la intimidad y habría hecho cualquier cosa por conseguirla. Además, Peter necesitaba sentirse como un ser humano otra vez y, sinceramente, yo también.

Unas semanas después, descubrí que estaba embarazada. Bella apenas tenía tres meses.

Estaba estupefacta. Pero con un esposo en prisión y el resto de mi vida tan incierta, ¿estaba un poquito preocupada o decepcionada? Ni por un instante. Mi bebé era un comienzo nuevo hermoso. De hecho, tener algo tan inocente creciendo en mi interior me escudaba de lo que nos estaba sucediendo a Olivia y a mí: corrían rumores acerca de nuestros esposos y habíamos estado recibiendo amenazas.

Olivia

Los agentes de la DEA llevaban meses recibiendo información e interviniendo teléfonos, pero en algún punto de aquel invierno interceptaron una llamada sospechosa. Había un grupo de hombres armados afuera de una estética, esperando a que saliera alguien que creían que era yo para secuestrarla.

El abogado de Junior y Peter, Joe, me habló presa del pánico con los federales en la línea, y al contestar el teléfono oí el miedo en sus voces:

—Liv, estás en peligro —dijeron—. Hay gente tras de ti.

Yo no me había acercado a la estética. La persona de adentro se parecía mucho a mí,

pero era la chica equivocada. Los secuestradores estaban a punto de tumbar la puerta cuando los federales aparecieron e impidieron que pasara nada.

De todos modos, todo el incidente hizo que me cagara de miedo. Sabía que los federales no podían interceptar todas las llamadas y no siempre estarían ahí para salvarme.

Mia

Los federales investigaron una amenaza de muerte tras otra contra Olivia y yo en los meses siguientes a la llegada de Peter y Junior al CCM. De hecho, había tantas que empecé a perder la cuenta.

Hubo un incidente que sobresalió. Un informante avisó que Sergio Gomez había estado acechando la casa de Olivia, armado y listo para secuestrarla. Los federales nos hablaron de inmediato y prácticamente nos exiliaron del estado.

—Ya no pueden estar aquí, chicas —dijeron—. Llegan amenazas de todos lados y no vamos a poder interceptarlas todas antes de que esto acabe en tragedia. Creemos que deberían mudarse para quitarse de encima a quienes las están buscando.

Se había vuelto una tarea en sí misma protegernos y necesitaban concentrarse en los casos que tenían que armar.

No les costó mucho trabajo convencernos: Olivia y yo decidimos salir de la ciudad al instante.

Olivia

Extrañábamos a la familia de Junior y Peter desde que regresamos a Estados Unidos. Mientras nosotras fuimos directamente a Chicago, ellos se habían instalado lejos, en Alabama, porque querían estar en un lugar tranquilo y cálido, lejos de Chicago. Aparte de cuando Adrian había ido de visita, pasaron meses desde la última vez que los vimos. Sólo habíamos podido hablar de Junior y Peter por teléfono. Estaban pasando por las mismas emociones que nosotras, y no sólo creía que podrían ayudarnos a afrontarlas: me di cuenta de que también podrían ayudarme con Brandon. Había sufrido mucho al separarse de su papá, y cuando vivíamos en México siempre había disfrutado estar con la familia de Junior. Los extrañaba —todos lo hacíamos—, y yo esperaba que estar con la familia nos ayudaría a sentirnos más cerca de Junior.

Así que empacamos nuestras cosas y mis chicos y yo nos mudamos con Daniela y Adrian, mientras que Mia y Bella buscaron su propia casa.

Mia

Después de seis meses en el CCM, habían transferido a Peter y a Junior a una prisión de condado en Wisconsin, y luego a una instalación federal en Kansas. Planeábamos visitarlos cada semana. La vida en Kansas era mucho mejor, y Peter no podría haber estado más contento por ese traslado.

El CCM había sido tan horrible que cualquier otro lugar se sentía como el Ritz-Carlton.

Olivia

En Kansas, en medio de la nada, había cincuenta o más prisioneros alojados en una cárcel federal. Todos eran informantes amparados por el Programa de Protección de Testigos, y todos, excepto Junior y Peter, habían sido acusados y sentenciados. Algunos eran mafiosos y otros narcotraficantes, pero ninguno estaba a su nivel. Sólo hay un puñado de prisiones así en el país, y el gobierno no recluye ahí a cualquiera que haya trabajado con los federales. Tiene que ser realmente importante y estar en una situación extremadamente peligrosa.

Mia

Cuando Olivia y yo visitábamos a Junior y a Peter, no había vidrio separándonos ni teléfono sucio negro por el que tuviéramos que hablar. En vez de eso nos sentábamos en sillas en una sala de visitas diminuta, y Brandon, Benjamin y Bella hasta podían jugar, porque tenían una pequeña área para niños. Los guardias eran muy amables con nosotras porque nos veían cada fin de semana, y al darse cuenta de lo familiares que eran Peter y Junior, los trataban bien. Los dejaban cargar a los bebés, lo que no habían podido hacer en Wisconsin. Definitivamente no era como estar en casa, pero Junior y Peter decían que, de haber podido cumplir toda su condena ahí, lo habrían hecho.

Olivia

No estaban encerrados 24/7, así que pasaban el día ejercitándose, escribiéndonos cartas de amor, firmando papeles de extradición y en reuniones con fiscales y agentes de la DEA cuando los necesitaban. Aunque les preocupara mucho nuestra seguridad, estaban contentos porque se sentían más cerca de nosotras, con trescientos minutos de teléfono al mes y privilegios de visita cada fin de semana.

Además, puede ser que suene raro, pero la compañía era mejor.

—Se siente bien estar con gente y sólo hablar de cosas normales que no tengan nada que ver con negocios —dijo Junior.

Junior era muy gregario, y yo sabía que necesitaba esa socialización. Y le encantaban

nuestras visitas, que por fin eran regulares.

Renté un departamento en Kansas y volaba allá cada viernes desde Alabama; me quedaba hasta el domingo. No me importaba si había una ventisca o cuarenta centímetros de nieve en el suelo.

—Deberíamos comprarnos nuestro propio quitanieves e instalárselo a las camionetas —bromeaba con Mia—, porque nada va a evitar que lleguemos a nuestras visitas conyugales.

Por mucho que me encantara ver a Junior, me costaba mucho viajar con hijos tan pequeños. Benjamin siempre lloraba mucho durante los vuelos, y la gente nos echaba miradas torvas cuando lo hacía. Las cárceles nunca están cerca de las ciudades, así que el trayecto desde el aeropuerto hasta allá era de dos horas en las mejores condiciones, lo que rara vez sucedía en invierno. En Navidad, uno de mis vuelos se retrasó por la nieve, así que sólo pude pasar treinta minutos con Junior. No me importó: habría cruzado el país sólo para verlo tres minutos.

Cuando regresaba a casa los domingos, prácticamente tenía que comenzar a empacar para el fin de semana siguiente. Todo el tiempo sentía como si me hubieran atropellado, pero sabía que dependía de mis visitas tanto como Junior. Me ayudaban a sobrevivir durante la semana. A veces el viaje me hacía detestar mi vida, pero Junior siempre me mantenía con los pies en la tierra: me recordaba lo bendecidos que estábamos por estar vivos, sanos y juntos.

Lo más importante era que las visitas eran el único tiempo que nuestros chicos tenían con su papá, y era asombroso ver el vínculo que crecía cada fin de semana. Brandon vive por completo para Junior. Todos los años, cuando les sopla a las velas de su pastel, su único deseo es que su papi vuelva a casa. Benjamin no sabe lo que es tener a Junior en casa, pero al igual que su hermano lo ama incondicionalmente, y cuando llega su cumpleaños contamos los años que lleva Junior lejos.

De todos modos, ver a su papá en prisión no siempre fue fácil para ellos. De hecho, para Brandon era muy doloroso.

Mia

Brandon se quebraba todos los fines de semana, y Peter y yo sentíamos horrible ver cómo se deprimía. Oíamos un grito difícil de describir: como si le doliera por dentro y su sentimiento aullara por salir.

Olivia

Brandon era el único bebé que recordaba a su papá afuera de los muros de la cárcel, así que era el que peor se tomaba la situación. Comprendía lo que era extrañar tanto a

alguien que duele físicamente.

Mia

La vida con sus papás en prisión era todo lo que conocían los bebés. Y para mi bebé nuevo iba a ser igual. Sabía que no iba a ser fácil mantener a nuestra familia unida dadas las circunstancias, pero no dejaba de decirme: *Así es tu vida ahora y esto es lo que tienes que hacer.*

A veces no era tan malo. Comparada con tantas mujeres que se embarazan sin pareja estable ni sistema de apoyo, la tenía fácil. De hecho, Peter ya estaba moviendo cielo, mar y tierra para involucrarse en mi embarazo, y lo había estado desde el principio.

Como no podía hablarle a la cárcel, tenía que esperar a que él me hablara a mí. Para sentirse más cercano a la vida familiar, Peter siempre anotaba todas mis citas médicas en su calendario, además de los sucesos familiares y los pequeños acontecimientos, como el día en que le creció su primer diente a Bella. Los primeros meses después de que me enterara que estaba embarazada, ahorró todos sus minutos telefónicos, a sabiendas de que no podía desperdiciarlos porque pronto yo tendría citas importantes con el doctor. El día que me enteré si íbamos a tener un niño o una niña, me quedé cruzada de brazos durante una eternidad, hasta que llamó. Sabía que había marcado en su calendario esa ocasión especial, sólo que no le habían dado la oportunidad de usar el teléfono.

Entonces sonó mi celular, y antes de que él tuviera siquiera oportunidad de decir “hola”, comencé a hablar.

—¿Estás listo para enseñarle a jugar basquetbol a tu hijo?

—¿Voy a tener un hijo? —gritó.

Fue tan fuerte su expresión que toda la cárcel ha de haber temblado, y oírlo tan contento hizo que me saltara el corazón. Justo entonces necesitaba esa alegría pura, esa emoción loca, porque lo que me negaba a decirle a mi esposo era que me estaba costando mucho, mucho trabajo vivir con su familia en Alabama.

Olivia

Las vidas de todos habían cambiado por completo cuando nos fuimos de México, pero Mia y yo seguimos la corriente. Claro que era difícil, pero no porque no tuviéramos los bienes materiales a los que estábamos acostumbradas, y definitivamente no porque nos arrepintiéramos de lo que habían hecho Peter y Junior. ¡Estábamos orgullosas de ellos! Sólo los extrañábamos horriblemente y nos preocupaba todo el tiempo que nos fueran a matar los cárteles, que tenían el dinero y los medios para rastrearnos.

Por otro lado, la familia de Peter y Junior no podía soportar que hubieran comenzado a trabajar para el gobierno. Mientras que sacó lo mejor de nosotras, para ellos fue lo

opuesto.

Mia

Peter y Junior habían sido los vales de comida de su familia. Con ellos fuera —y de una forma tan vergonzosa— sus padres y sus hermanos se quejaban todo el tiempo. Había peleas constantes. Cuando Peter y Junior le dijeron a su familia que tenían que conseguir trabajos como la gente normal, oí quejarse a mis suegros:

—¿Qué clase de trabajo esperan que hagamos? —preguntaron, genuinamente confundidos y enojados.

Estaban paralizados, sentados en la casa haciendo casi nada.

Olivia

Junior y Peter habían mantenido a sus parientes. Estaban acostumbrados a vivir en México, donde todo se paga en efectivo. En Estados Unidos se necesita tener crédito y se requieren referencias para rentar una casa. El papá de Peter era un criminal, fugitivo durante muchos años. No era el inquilino de los sueños de ningún casero, y ni madres que iba a conseguir una tarjeta de crédito para verse mejor. El crédito era para los pobres, no para él.

Mia

No los culpaba por estar tan ensimismados, pero detestaba que no pudieran ver lo deprimida que yo estaba. Todo el tiempo se quejaban conmigo, suponiendo que yo podía hacer algo, cuando lo que yo pensaba era: *¿Cómo puedo arreglar algo si estoy tan perdida como ustedes?*

Mis papás eran sobreprotectores cuando se trataba de Bella y yo, y sabía que habrían ido a recogerme en un día de habérselos pedido. Pero me avergonzaba mucho decirles que estaba en mi punto más bajo. Hasta me negaba a contárselo a Peter, porque sabía que todo lo que quería él era que yo fuera feliz.

Adrian y Daniela me visitaban de vez en cuando, pero tenían su propia vida. Y yo me sentía muy sola en mi departamento con Bella, con quien batallaba todos los días. Bella era una bebé enorme. Yo soy diminuta, y ella tenía la mitad de mi tamaño. La gente nos veía y decía:

—¿Es tu bebé o eres la niñera de alguien más?

Con mi nueva panza, apenas la podía levantar. Derramaba sudor con ese calor horrible. Lo mejor que podía hacer era dejar a Bella flotar en una balsita en la alberca todo el día para refrescarnos y cansarla. Por la noche me cocinaba una cena saludable,

tomábamos un baño largo y le leía. Luego encendía la televisión, dejaba que Bella se quedara dormida en mis brazos y lloraba en silencio.

Por la mañana apenas podía levantarme, pero me forzaba a recoger a Bella y salir a hacer la despensa. En cuanto la ponía en su sillita, ya estaba goteando de sudor.

Pero nadie en la familia de Peter se ofrecía a ayudarme. Nadie.

Olivia

No lograban comprender por qué Junior y Peter estaban haciendo lo que hacían, y los consumía. Era como si no tuvieran el tiempo ni la energía para pensar en nadie más que en ellos, y no podían ver el panorama general. No pensaban en Peter y Junior, que si no hubieran tomado la decisión que tomaron habrían acabado muertos o en cadena perpetua.

Mi suegro fue el que peor se tomó las cosas. Para él, que Junior y Peter se volvieran soplones era lo más horrible que habían hecho. Cuando se enteró de que sus hijos estaban cooperando, gritó: “¡Son unos cobardes!”, y salió a trancos. Ésas fueron las últimas palabras que les dijo en los meses antes de su entrega, y como su papá nunca los visitaba en la cárcel, era uno de sus últimos recuerdos que tenían de él. Les dolía, mucho. Peter y Junior sabían que estaban haciendo lo correcto, pero los niñitos en su interior seguían queriendo la aprobación de su padre.

Yo no sabía qué pensar porque quería a mi suegro, pero sentía horrible por lo que les había dicho a Junior y a Peter. Que los llamara cobardes les rompió el corazón. Pero no se lo recriminaba a mi suegro: así lo habían criado y punto.

Mia

En mi familia siempre nos saludamos con un abrazo y un beso. Así hacemos las cosas. También nos despedimos de beso y abrazo. Mi papá siempre ha sido afectuoso y cariñoso conmigo, siempre sonriente y agradable. Claro que hay cosas que le molestan, y lo dice, pero no es enojón. Es masculino, pero no macho.

Es lo opuesto al papá de Peter. El señor tenía unas formas que me asustaron desde el momento que lo conocí. Nunca sonreía, y en la cena se ponía muy serio y golpeaba el puño contra la mesa al hablar. Yo pensaba: *Ay, Dios mío, ¿estará enojado?* No lo estaba... o no, normalmente. Sólo era apasionado.

Durante el primer año o más, nuestras conversaciones consistieron en “¡Buenos días!” y “¡Buenas noches!” Eso era todo. No había pláticas triviales. No había “Hola, ¿qué tal tu día?” Y definitivamente no había besos ni abrazos cuando nos veíamos. Éramos muy formales. Entonces pensaba: *¿Tal vez sea tan poco amigable porque ya tiene tantos yernos y nueras que tener otra no importa?* Pero ahora me doy cuenta de

que él era así. Tenía costumbres fijas.

Peter entendía eso, le seguía la corriente y le hablaba como amigo. A veces discutían, casi siempre por dinero, y yo me callaba la boca todo el tiempo. Cuando acababa y su papá se había ido enojado a otro cuarto, yo decía:

—¡Mira lo que acaba de pasar! No puedes salirte del redil con tu papá.

Peter se reía.

—Así es él, Mia. No está enojado de verdad. Así es y ya.

Olivia

Mi suegro era un mexicano típico de la vieja guardia. Era completamente diferente a mi papá, que me alentaba y me apoyaba y quería que fuera lista e independiente, como mi mamá. De todos modos me llevaba bien con mi suegro, y de hecho lo entendía. Nunca lo juzgué, y llegué a quererlo.

Cuando entré en escena por primera vez, no me daba miedo ser tan fuerte como él. Decía lo que pensaba, y con el paso de los años le recriminaba si creía que había hecho algo mal. A veces no era lindo, pero creo que él apreciaba que alguien tuviera una conversación real con él, que le pusiera atención de verdad, aunque más bien fuera un debate. En realidad no discutía conmigo, sino que sólo sonreía para sus adentros. Pensaba que era graciosa.

Una vez despertó a mi suegra después de uno de nuestros debates nocturnos.

—Olivia es muy cabrona —dijo.

Mi suegra sólo sonrió, se dio vuelta y se volvió a dormir.

Mia

A pesar de mis dudas, aprendí a querer a mi suegro. No sólo porque fuera parte de la familia, sino porque comencé a comprenderlo. Empezó a parecerme una persona normal, no el macho mexicano estereotípico que trataba de aparentar.

Cuando me mudé a San Juan, Peter comenzó a comprar caballos. Su pasatiempo no tardó en convertirse en el mío, y nuestro tiempo íntimo comenzó a incluir visitas a distintos ranchos a ver caballos. Nueve de cada diez veces nos acompañaban sus padres. Una vez viajamos todos juntos a un rancho a unas dos horas de distancia. Al acercarnos al portón, un trabajador recibió al señor con los brazos abiertos.

—¡Ay, Margarito! ¡Buenos días! ¿Cómo está? —dijo el hombre.

—¡Muy bien y muy emocionado por estar aquí!

Mi suegro se veía genuinamente entusiasmado.

Nos subimos a la pick-up de aquél y nos llevó a un campo descuidado. El suelo estaba tan enmarañado de yerba que no se podía ver por dónde íbamos, pero nos

bajamos de la camioneta y comenzamos a caminar de todos modos.

A unos diez pasos, el ranchero abrió la palma, que había llenado de avena. De pronto, unos caballos salvajes y hermosos salieron de detrás de los árboles, mágicamente, y comenzaron a avanzar hacia nosotros. Volteé a ver a mi suegro y vi cómo se le encendían los ojos. Comenzó a sonreír, completamente asombrado. No creo haberlo visto nunca derretirse así. En ese instante conocí su lado suave, y por primera vez lo sentí cercano. Aunque me asustara la mayor parte del tiempo, en ese momento estuvimos cerca.

Cuando pienso en él, trato de recordar ese momento.

Olivia

Mi suegro quería a sus nietos, sobre todo a Benjamin y a Bella. En México, cuando una tiene tez clara o pelo rubio u ojos azules, la gente se maravilla. Benjamin y Bella tienen la tez clara; mi suegro siempre los miraba y decía:

—Son hermosos. Como muñecas de porcelana.

Le encantaba abrazar a Benjamin, y le cantaba a Bella hasta que se quedara dormida. Era el abuelo perfecto en una época en que en realidad no tenían padres, o por lo menos una presencia masculina constante.

Por eso no entendía por qué quería irse. Tenía todo: una familia, nietos a los que quería y, sobre todo, seguridad. Nadie sabía dónde estaba en Alabama, y había una buena probabilidad de que nadie fuera a buscarlo. Pero estaba enojado con sus hijos por soplones, por alejarlo de su otra familia y, sobre todo, por obligarlo a huir de su hogar.

Mia

Cuando una vive en México se da cuenta bastante pronto de que hay gente que nunca se quiere ir. Les encanta su pueblo y les encanta su país. Así era mi suegro.

Olivia

Esa nostalgia por su hogar comenzó antes de que regresara a Estados Unidos. De hecho, cuando mi suegro volvió de su secuestro, Peter y Junior les compraron, a él y a mi suegra, una mansión cerca de nuestra casa de Guadalajara. Los convencieron de irse de San Juan, porque no era seguro. Yo amueblé y decoré por completo la mansión, me quedó hermosa, y organizamos una gran fiesta de estreno para ellos cerca de la Navidad de 2006, con un árbol enorme, un moño rojo y brillante en la puerta y una banda de doce mariachis que les cantó mientras se acercaban a su nueva casa. Aquella noche a mi suegro se le escaparon las lágrimas por recordar lo diferente que había sido su última

Navidad.

Pero días después se agrió. Comenzó a hablar de lo mucho que extrañaba San Juan y empezó a quejarse de estar lejos de casa con cualquiera que lo escuchara.

Mia

Así era en Alabama también. No importaba que tuviera una esposa con la que llevaba casi cincuenta años de casado y nietos que lo adoraban y que estaban ahí casi todos los días. Desde el instante que cruzó la frontera con Estados Unidos, comenzó a hablar de regresar.

Algo lo llamaba a casa, y nadie iba a decirle lo contrario.

Olivia

Unas semanas después de mudarme a Alabama, fui a casa de mis suegros. Nadie contestó a mi llamado a la puerta, así que caminé a la parte trasera. Vi a mi suegro sentado solo en una silla en el jardín. Estaba viendo unas flores, completamente absorto en sus pensamientos. Pensé cruzar el portón para hablar con él, pero me dio miedo que me dijera lo decepcionado que estaba de sus hijos. Yo siempre defendía a Junior y a Peter, y lo último que quería era decirle algo de lo que fuera a arrepentirme.

De pronto, Adrian se me acercó. Había llegado desde el otro lado de la casa, y me había visto observando a su papá. Miré a Adrian y bajé la voz.

—Se va a ir. No quiere estar aquí.

—Estás loca —dijo Adrian.

Pero no lo estaba. Sabía lo que sabía y no podía explicar por qué.

Unos días después, a finales de marzo de 2009, Adrian me habló.

—Mi papá se fue —dijo—. Sólo empacó y se fue.

Margarito Flores había empacado una maletita y se había ido en su auto esa mañana. Adrian y yo no lo discutimos, pero sabíamos a dónde había ido y por qué no se había llevado muchas cosas. Al parecer, todo lo que necesitaba estaba en casa, en México.

¿Cómo pudo hacerle eso a mi suegra?, pensé. ¿Cómo pudo hacerles eso a sus hijos? Si algo le pasa, no van a poder perdonarse nunca.

—¡No debe regresar! —le dije a Adrian—. ¡Los cárteles lo van a encontrar y lo matarán! ¿Qué chingados le pasa?

—No hay nada que podamos hacer, Liv —dijo Adrian—. Es un adulto y sabe lo que le puede pasar. Ya sabes cómo es: nadie pudo haberlo disuadido.

Aunque supiera que tenía razón, me sentía culpable por no haber intentado detenerlo. Nadie podía decirle una mierda a mi suegro. Ni Adrian ni yo. Sobre todo, no yo. Cuando estaba decidido sobre algo, así iban a ser las cosas, y al diablo las consecuencias.

Mia

No parecía importarle que México fuera una zona de guerra. Las narcoguerras estaban arrasando el país y, de hecho, habían crecido todo el tiempo que Peter y Junior llevaban cooperando.

El 9 de mayo de 2008 el ejército de la Organización Beltrán Leyva había rociado el coche de Édgar, el hijo del *Chapo*, con doscientas balas. Murió. En venganza, *el Chapo* comenzó una batalla total en las calles de Culiacán, con todo y tiroteos y balaceras, y había toque de queda para que la gente inocente no muriera.

Pero el peligro no sólo eran las balas perdidas. Los miembros de los cárteles querían vengarse de Peter y Junior, y si eso significaba atacar a su familia, pues lo harían.

Olivia

Pero a Margarito no le importaba. En México había una iglesita en la que le gustaba pasear. En México podía hablar en español. En Alabama vivía en los suburbios y no había una tienda de abarrotes a la que pudiera ir a pie. En Alabama no había gente pasando el tiempo en la plaza. No había historias. No había pasado.

Regresó a México para tener todo eso otra vez.

Mia

No supimos nada durante más de un mes. Después, uno de los fiscales de Estados Unidos llamó a Peter y a Junior.

—Encontramos el coche de su papá en el desierto de Sinaloa —dijo el abogado—. Tenía una nota en el parabrisas que les advertía a ustedes dos que cerraran la boca.

No había sangre en el auto, ni hoyos de balas ni ninguna otra evidencia de juego sucio. Pero conozco los secuestros: he vivido uno propio y dos de mi esposo. Los secuestradores no te matan en tu auto. Te sacan, te meten a otro y te llevan a otro lado. A veces la policía encuentra tu cuerpo, pero la mayoría de las veces, no. Mi suegro está en la última categoría: simplemente se desvaneció.

Olivia y yo visitamos a nuestros esposos aquel fin de semana.

—Es nuestra culpa —dijo Peter—. Nosotros lo hicimos.

Junior estaba llorando.

—Mi pobre madre. Ahora está sola y es por nuestra culpa.

—No piensen eso. Por favor, dejen de echarse la culpa —les rogué.

Pero estaba mintiendo. Su papá habría vivido si no se hubieran vuelto informantes. Todavía estaría en México, apostando cientos de miles de dólares en los caballos, disfrutando la comida de su esposa, pasando horas a hurtadillas con su segunda familia, sentado en la banca frente a su casa en un día hermoso y golpeando la mesa con sus

puños durante la cena.

Ese día lo extrañé, y lo he extrañado a diario desde entonces. Nunca sabremos qué pasó —la muerte de Margarito Flores fue sólo una de miles de aquel año en las narcoguerras—, pero rezamos por que no haya sufrido. Esperamos que se haya ido en paz.

Esposas en guerra

Olivia

El 20 de agosto de 2009 el fiscal general de los Estados Unidos, Eric Holder, reveló la consignación contra Junior y Peter. Pero no estaban solos: también anunció los cargos contra *el Chapo*, *el Mayo*, Arturo Beltrán Leyva, dieciséis miembros del equipo de Junior y Peter ubicados en Chicago y una variedad de sicarios, lugartenientes y otros miembros de los cárteles. En un total de quince consignaciones, cuarenta y seis hombres —con apodos como *Skinny (Flaco)*, *Ron Ron* y *Grandpa (Abue)*— recibieron cargos, todos gracias a Peter y Junior.

Mia

Aunque entamar a los efectivos estadounidenses fuera relativamente fácil, extraditar a los miembros mexicanos de los cárteles iba a costar más trabajo. Las extradiciones requieren resmas de papeleo, meses y meses de tiempo y la cooperación total del gobierno mexicano. Los federales esperaban lograrlo en pocos años. A fin de cuentas, no sólo querían ahorcar el flujo de narcóticos hacia Estados Unidos: también querían ayudar a México a terminar con su narcoguerra.

Olivia

Estaba pasando muchísimo en los casos de nuestros esposos y por todo México, pero desafortunadamente Mia y yo no hablábamos de nada de eso. Para el otoño de 2009 librábamos nuestra propia guerra. Las dos éramos infelices y ninguna sabía cómo afrontar que nuestros esposos no estuvieran con nosotras. Así que nos desquitamos entre nosotras, y por la razón más estúpida. Yo era amiga de la ex de Peter, Angela, la madre de su hija mayor, Sofía. Cada vez que estaba en Chicago, le caía de visita y veía cómo estaba Sofía. Brandon era cercano a su prima, y yo también. Había estado a su lado desde que nació, y la consideraba mi hija. Mia sabía que todavía hablaba con Angela, y eso la incomodaba. Tal vez no quisiera que Angela supiera ciertas cosas, o que yo permitiera que alguien más enturbiara las aguas. O tal vez se imaginara que le hacía confidencias, rompiendo nuestro círculo de confianza.

Mia

En muchas familias latinas una deja a sus ex en el pasado. Eso también cuenta para la exnovia de tu esposo. No estamos acostumbrados a ver familias mezcladas con ex, y los

malos sentimientos y las palabras fuertes son comunes; hasta se esperan. Y cuando una corta con alguien, se supone que tu familia también lo hace.

Así me criaron, y por eso estaba enojada con Olivia. Como mujer y esposa, sentía como una traición que todavía hablara con la ex de Peter. Cuando tomamos la decisión de cambiar de vida, la tomamos como familia, y sentía como si me hubiera abandonado en mi circunstancia más vulnerable. Cuando quiero a alguien, lo quiero en serio, y nunca le doy la espalda. Me preocupaba que nuestra hermandad no fuera lo bastante buena, y que fuéramos a tener que vivir esa vida loca la una sin la otra.

Olivia

En un punto tan sensible de nuestras vidas debimos estar ahí la una para la otra, como hermanas. Así que no podía entender por qué Mia estaba dejando que algo así se interpusiera entre nosotras. Creí que estaba siendo controladora.

Junior y yo hablábamos todo el tiempo de lo que estaba pasando.

—Es más joven que yo y está siendo inmadura —le decía.

—Sólo espero que lo resuelvan pronto —contestaba él.

A Junior nunca le había costado trabajo decirme cuándo estaba equivocada, y viceversa. Por eso, en parte, éramos tan buen equipo. Pero desde que lo habían encerrado, lo único que no quería era pelear conmigo. Se quedó callado y se puso de mi lado.

Eso comenzó a interponerse entre él y Peter. Siempre habían estado de acuerdo. Pero cuando se trataba de nosotras, harían lo que fuera para tenernos contentas.

Se puso tan mal la situación que cuando Mia y yo visitábamos a nuestros esposos en Kansas, nos sentábamos en lados opuestos del área de visitas. El cuarto era diminuto, como de tres por cuatro, y ni siquiera nos decíamos hola. Benjamin gateaba hasta Bella para tratar de jugar con ella, pero ni eso rompía el hielo.

Mia

Cuando le tengo rencor a alguien, me aferro para siempre. La gente cree que soy dulce y delicada porque soy de voz suave y reservada, pero por dentro soy dura como piedra. Normalmente tengo la guardia arriba. No creo haber estado más a la defensiva que el fin de semana antes del parto que tenía programado.

Fui a visitar a Peter el domingo, como siempre. Había decidido mudarme a Kansas para estar cerca de su prisión. No iba a regresar a Alabama aunque mi vida dependiera de ello: prefería estar sola que vivir en un lugar en el que se suponía que la gente me ayudara y no lo hacía. Ya me sentía más contenta, pero hablar con Peter dos días antes de tener a mi bebé y saber que no iba a estar ahí me echó para atrás.

—Siento muchísimo no poder estar ahí para ti. No poder estar ahí para el nacimiento de mi niño —dijo.

Yo siempre había querido un niño y una niña, así que el hecho de que iba a tener un hijo era todo lo que había deseado. Todas las noches rezaba por que fuera un niño sano, y me decía que aunque Peter no estuviera en el hospital conmigo, nada me iba a quitar mi felicidad. De todos modos, con Peter ahí disculpándose, me sentí completamente sola. Lo necesitaba más que nunca, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Está bien, Peter —mentí—. No estoy pensando en mí. Tengo una bebé en casa y otro en camino que me necesitan. Voy a estar bien.

Los dos comenzamos a llorar. Él me dio un beso de despedida. Entonces entró Olivia con Brandon y Benjamin.

Olivia

Cuando vi a Mia sentada en ese cuartito de visitas, pensé: *¿Qué clase de persona soy que no voy a estar ahí para ella? Va a tener un bebé sola, por el amor de Dios.* Comencé a caminar hacia ella, pero se negó a voltear a verme y desistí. Nos sentamos en lados opuestos de la sala toda la tarde, con la tensión creciendo minuto a minuto.

Cuando me fui y me subí a mi coche, no me sentí aliviada por haberme alejado de una situación tan incómoda. De hecho, me sentía más culpable que nunca. Así que tomé el teléfono y le hablé, y, para mi sorpresa, contestó.

—Mia —dije—. Te quiero y quiero estar ahí para ti cuando tengas al bebé.

No dijo nada.

—Perdón por todo lo que he dicho o hecho. Si quieres que esté ahí, me gustaría ir al hospital para estar contigo.

Hubo más silencio. Pero no me iba a rendir.

—Perdón por no haber estado ahí para ti durante tu embarazo. No puedo imaginar lo difícil que ha sido para ti, y de verdad me duele todo lo que estás sufriendo. Sé que Peter no puede estar ahí para ti, y sé que yo soy lo más cercano que tienes a él, así que de verdad quiero ir —continué—. Me gustaría ir al hospital y estar ahí en el nacimiento de mi sobrino. Por favor, déjame hacerlo. Por favor...

Mia debió haberse cansado del sonido de mi voz, porque por fin rompió el silencio. Acorde con su personalidad, fue amable. No creo que haya pasado un solo día en el que no haya sido dulce y cortés.

—Gracias por hablar —dijo—. Significa mucho para mí.

Hizo una pausa.

—Pero voy a tener este bebé sola.

Y colgó.

Mia

Mi mamá, mi papá y algunas de mis tías volaron desde Chicago para acompañarme durante el parto de mi niño, y la mañana en la que entramos al hospital, decidí que no iba a dejar que la época más dura de mi vida consumiera el momento. Incluso con todo el caos en mi vida, ser madre me mantenía con los pies en la tierra, y ver crecer a mis bebés velaba mi tristeza. Así que cuando vi por primera vez a Blake, con sus ricitos rubios y sus ojos claros, fue la experiencia más hermosa de mi vida aparte de tener a Bella. Era perfecto, tan buen bebé, con una sonrisa completamente hermosa. Me enamoré y por fin me sentí completa. Y pensé: *Yo vine a la tierra a ser su mamá, así que voy a dar mi todo. Voy a hacer todas las cosas normales que hacen los padres normales, y los voy a proteger a toda costa.*

Había preparado un cuarto para Blake, y todo en él estaba perfectamente en orden para su llegada a casa. Pero en medio de nuestra primera noche fuera del hospital, arrastré su cuna hasta mi cuarto, porque no soportaba tenerlo lejos. En ese momento me di cuenta de que nunca quería dejar a Bella ni a Blake ni por un instante.

Cuando fui a ver a Peter una semana después de que naciera Blake, entré a la sala de visitas con el bebé en la carriola y Bella colgada de la mochilita Baby Björn. Peter me estaba esperando junto a la puerta, y tenía cara de incredulidad. Sacó a Blake de su carriola y presionó su cara contra la suya.

—Te quiero, bebito.

Desde ese instante tuvieron una conexión que nadie podía romper.

Olivia

Me sentía muy culpable por Mia. No dejaba de desear haber entendido su punto de vista y honrado sus deseos. No respetar sus sentimientos había manchado nuestra hermandad. Aunque no hubiera tratado de ser maliciosa, la había herido, y me arrepentía por eso.

Lo peor de todo era que desde que Blake había nacido ni siquiera había pasado tiempo con él. Sólo lo había visto desde el otro lado de la sala de visitas, arropado en su carriola como angelito, derritiéndonos el corazón a todos. Detestaba no haberlo cargado, y detestaba ni siquiera haber felicitado a Mia. Sólo de verla sabía que no me quería cerca de ella ni de mi sobrinito. Pero no podía dejar de pensar: *¿Ella y yo estamos pasando por alguien que nadie más en el mundo entiende y no podemos resolver nuestros problemas juntas?* Estaba decidida a arreglar las cosas. Desafortunadamente, como se negaba a hablar conmigo, no sabía cómo hacerlo.

Entonces, en marzo de 2010 pasó algo horrible que la obligó a dar el primer paso.

Mia

En la unidad federal en la que estaban alojados Junior y Peter los funcionarios encendían los teléfonos a las seis de la mañana. Un día de marzo, el sol ni siquiera había salido cuando empezó a sonar mi celular.

Era Peter, y estaba frenético.

—Se llevaron a Junior —dijo.

Yo estaba semidormida al contestar el teléfono, pero oír las palabras de Peter me hizo saltar de la cama.

—¿A dónde? —pregunté.

—No tengo idea. Pero sólo se lo llevaron a él, no a los dos.

Quería tranquilizarlo, pero me estaba cagando de miedo.

Peter siguió hablando, con la voz quebrada.

—Los dos nos despertamos a medianoche porque oímos camiones. Podíamos ver desde la ventana de la celda, diez Suburban con las altas encendidas. Una muchedumbre de alguaciles entró a nuestra celda y se lo llevaron. No dejaba de gritarles: “¿A dónde se lo llevan?”, pero no me contestaron.

—¿Va a regresar?

—Actuaban como si sí, pero yo sé que no.

Peter y Junior pocas veces habían estado separados desde su nacimiento. Constituían un sistema de apoyo mutuo, sobre todo en la cárcel; era lo único que les hacía soportables los días. Yo estaba devastada, tal vez tanto como él, y sabía que Olivia iba a estar acabada.

Cuando colgué con Peter, le marqué de inmediato.

Olivia

Fue bueno oír la voz de Mia, y aunque no fuera cálida ni amigable, estaba claro que estaba a punto de decirme algo importante.

—Peter me dijo que se llevaron a Junior de la cárcel anoche —dijo.

Prácticamente me salí de mi piel de un salto.

—¿A qué te refieres? ¿Dónde está?

Entré en pánico.

—Peter no sabe a dónde se lo llevaron. Nadie le quiso decir nada.

Hablamos unos minutos más, luego colgué y traté de pensar qué hacer. Estaba destrozada por no saber qué pasaba con mi esposo, desesperada por encontrar respuestas, y me tiré en el piso hecha ovillo y lloré hasta vaciarme de lágrimas. Me preocupaba muchísimo que Junior estuviera solo. Él y Peter en realidad nunca habían estado separados, y ahora se necesitaban más que nunca.

Descubrí unos días después que los alguaciles de Estados Unidos habían transferido a Junior al Centro Correccional Metropolitano de Nueva York. Cerraron el aeropuerto, lo

metieron a un avión privado, como el de la película *Riesgo en el aire*, y, al aterrizar, los federales clausuraron un túnel a Manhattan para poder llevarlo solo al CCM. Supe que por el dinero y el personal que se había requerido para moverlo, estaría mucho tiempo en el CCM.

Mia

La razón de la mudanza fue una confusión.

En Kansas, Peter había decidido mostrar al mundo cuánto me amaba poniendo dos espectaculares enormes cerca de la salida de la carretera que tomábamos los días de visita. En letras de molde grandes, el primero decía: “¡Casarme contigo fue un sueño hecho realidad!”, y el segundo: “Te amo hoy, mañana y siempre... tu agradecido esposo”. No tenían fotos ni mi nombre, pero Peter me dijo que eran para mí, y pensé que eso era lo más tierno del mundo. Superó casi todo lo romántico que había hecho antes.

Los federales no opinaron lo mismo. No estoy segura por qué estaban tan enojados, pero al parecer ese tipo de gestos estaba contra sus reglas. Desafortunadamente, no les preguntaron a Peter ni a Junior, sólo supusieron que éste era responsable de los espectaculares. Estaban furiosos y decidieron transferirlo. Cuando se dieron cuenta de que habían castigado al hermano incorrecto, era demasiado tarde.

A la Agencia de Prisiones le molestó tanto el error que decidieron nunca alojarlos juntos otra vez y ahora hasta tienen una regla de que los gemelos idénticos no pueden estar en las mismas instalaciones.

Olivia

El CCM de Nueva York no era mucho mejor que el de Chicago. Junior no tenía privilegios de teléfono, así que durante los meses que tuve que esperar a que me aprobaran una visita, no pudimos comunicarnos, y caí en una gran depresión.

En nuestra primera visita sólo nos permitieron estar juntos tres horas. Ésa era la regla: nada de sesiones familiares de todo el día los fines de semana, como en Kansas. Cuando posé mis ojos sobre Junior, no podía creer lo que veía. Había bajado diez kilos y se veía enfermo y pálido, como si estuviera a punto de hacerse pedazos. Me dijo que no comía nada porque el personal de cocina estaba conformado por internos que sabían que había soplones en su piso, así que orinaban en la comida o le metían heces. Junior nunca se quejaba, pero estaba en su punto más bajo, su punto de quiebre, y los dos lloramos durante toda la visita. Cuando había pasado una hora, entró un guardia:

—Se acabó el tiempo —dijo.

—Pero tenemos tres horas. Apenas ha pasado una —dije lo más tranquila que pude.

—Sólo tenemos que darles una hora. Hora de irse.

El guardia fue hacia Junior y se lo llevó antes de que siquiera tuviera oportunidad de darle un beso de despedida.

Durante los siguientes seis meses, mis niños y yo fuimos a ver a Junior una vez a la semana, y la mitad de las veces nos recortaban las visitas. Una vez, Junior miró por la ventana de su celda y me vio con los niños parada bajo la lluvia torrencial, esperando un taxi después de salir del edificio, y se quebró. Se sentía tan culpable de que cruzáramos el país en avión una vez a la semana y pasáramos por tantas cosas que me rogó que dejara de ir. Me negué. Después de eso, lo primero que me decía en cada visita era:

—Perdón. Perdón por hacerte pasar por esto.

Todo el tiempo se disculpaba por haberse perdido a Benjamin durante meses, cuando seguía siendo tan chiquito, y detestaba que Brandon llorara cuando lo sacaban de la sala de visitas. Pero más que nada extrañaba a su hermano. Estar separado de Peter era lo más difícil que había vivido.

Como no tenía privilegios de teléfono, yo le escribía todos los días. Quería que se sintiera cerca de nosotros, pero en realidad mis cartas me ayudaban a sentirme cerca de él. Eran profundas e íntimas, y me hacían recordar cosas que hacían que lo extrañara aún más.

Cuando no estaba escribiendo cartas, les hablaba a los abogados de Junior y a la fiscalía de Estados Unidos para rogarles que hicieran algo. Hasta fui al extremo de contratar a otro abogado, porque necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para ayudarlo. Tenía que arreglar la situación, así que me convertí en una molestia total, pero eso no me importó. Todo lo que quería era que Junior saliera de ese pinche lugar.

Tampoco tenía con quién hablar. Nadie en el mundo entendía por lo que estaba pasando, excepto Mia, pero seguíamos distantes.

Mia

Tenerle rencor a Olivia ya no valía la pena. Estaba demasiado cansada. Extrañaba a la familia que teníamos y el vínculo especial que compartíamos, y detestaba que nuestra pelea hubiera distanciado a Peter y a Junior. Olivia y yo habíamos pasado juntas por los peores y los mejores tiempos, y el hecho de que hubiéramos dejado que algo se interpusiera entre nosotras era estúpido. Quería de vuelta a mi hermana. Y cuando me habló un día, cuando Junior llevaba varios meses en el CCM de Nueva York, casi brinco de alegría.

Olivia

Contestó mi llamada al primer timbrazo, y comencé a hablar a mil revoluciones por minuto.

—Nunca traté de lastimarte, pero sé que lo hice y lo siento. Mia, quiero arreglar las cosas. Por favor, permite que tu corazón me perdone. Me doy cuenta de que si no cedo a tus sentimientos, las cosas nunca van a estar bien. ¿Okey? Así que por favor tienes que saber que valoro nuestra amistad más que nada. Sin mencionar que Junior y Peter se necesitan y que somos las únicas que podemos mantenerlos cercanos. Todos nos necesitamos...

—Alto. Detente —dijo Mia—. Te perdono. Superemos esto y vamos a otra cosa. Te extraño. Te extraño muchísimo.

Cundo colgamos unos minutos después, las dos estábamos sollozando.

Mia

Tenía que dejarlo ir. Hice lo que tenía que hacer, y casi por primera vez en mi vida no lo hice por Peter. Lo hice por mí y por Olivia.

Olivia

Tomó tiempo, pero remendamos nuestra amistad. Por fin tenía a mi hermana de vuelta, y gracias a Dios, porque las cosas estaban a punto de ponerse locas para las dos otra vez.

Decomiso

Mia

En otoño de 2010, casi dos años después de salir de México, Olivia y yo definitivamente no estábamos viviendo igual que allá, con criadas y joyas nuevas cada mes, y garajes llenos de autos elegantes. Pero teníamos dinero, y no nos dábamos cuenta de que hubiera algo malo con eso.

Olivia

Cuando cruzamos la frontera, no teníamos nada más que la ropa puesta y suficiente efectivo para comprar comida y gasolina. Sabiendo que teníamos que vivir de algo, recogimos un poco de dinero. Seré honesta: fueron millones de dólares. Pero cuando una vivió como vivió en México, esa cantidad de dinero no parecía anormal. De hecho, seríamos más modestas en Estados Unidos. Además, pensábamos, ¿de qué otra manera íbamos a mantenernos mientras estábamos escondidas? En nuestras mentes, no estábamos haciendo nada malo.

Mia

Desde hacía mucho tiempo sabíamos que la Corte iba a ordenar a nuestros esposos que entregaran dinero, bienes y propiedades el día de su sentencia, pero lo más probable era que pasaran varios años para que ocurriera eso. Y aunque sabíamos que era posible que tendríamos que renunciar a ciertas cosas más temprano que tarde como parte del proceso administrativo, nunca nos imaginamos que el gobierno no nos avisaría cuándo llegara ese momento.

Desafortunadamente, el proceso y lo que sucedió después no pudo haber sido más accidentado.

Olivia

Una mañana de septiembre de 2010 acababa de dejar a Brandon en el kínder. Benjamin estaba en el asiento trasero, en su sillita, y yo no dejaba de mirar por el retrovisor, como siempre. De pronto, noté que algo no se veía bien. Acababa de cambiar de carril, y la pick-up de atrás puso las direccionales y se metió detrás de mí.

Mi ruta normal a casa era la calle principal, pero en vez de eso me subí a la vía expés. Al subir por la rampa, también lo hizo la maldita camioneta. Pisé el acelerador y me alcanzó. Estaba comenzando a sudar y mi corazón iba a mil por hora, así que pisé a

fondo, me moví dos carriles a la derecha y tomé una salida.

La pick-up estaba unos cuantos coches atrás, pero también se salió. Entonces, de pronto, me di cuenta: no sólo era una pick-up. Eran tres. Y todas tenían vidrios polarizados.

Seguí hasta una calle de acceso y regresé a la vía exprés. *Dios mío*, pensé. *Ya fue. Me encontraron y me van a matar*. Subí como hasta 200 km/h y comencé a zigzaguear para esquivar el tráfico; hasta salté al carril de emergencia con el acelerador a fondo. No dejaba de pensar: *Si choco, voy a volcar esta camioneta, y mi hijo y yo vamos a morir*.

Me salí otra vez de la vía exprés. Ya no podía ver las camionetas, así que me metí a una calle lateral. Al detenerme y ver las casas derruidas a ambos lados de la calle, pensé: *Mierda. Éste es un barrio bravo. Resalto como moretón en una Range Rover*. Temblando, puse el coche en *drive* y me estacioné en un 7-Eleven cercano, y me quedé ahí con el motor en marcha.

No me moví de ahí durante unos tres minutos, mirando a izquierda y derecha y por el retrovisor. Créanlo o no, Benjamin estaba profundamente dormido. Entonces, de la nada, vi a las tres pick-up viniendo hacia mí por la calle. Puse el coche en *drive* y pisé el acelerador, y las pick-up comenzaron a perseguirme otra vez. Todo lo que me pasaba por la cabeza era: *Voy a morir. Voy a morir*.

Sonó mi teléfono. Vi la pantalla: era Adrian.

—¡Alguien está tratando de matarme! —grité al contestar—. ¡Me están siguiendo tres camionetas!

—¡Olivia! —gritó—. Son los federales. Cálmate. Estoy aquí con uno de ellos, con un agente llamado Todd. Nos vemos en mi casa.

¿Los federales me estaban persiguiendo?, me dije. *¿En qué chingados estaban pensando? ¡Pude haber muerto!*

Llegué a la casa en unos minutos, me bajé de la camioneta y comencé a gritarle al puñado de agentes que estaban ahí.

—¿Qué chingados les pasa? ¿Cómo pudieron hacerme esto a mí y a mi hijo? Pudimos haber muerto los dos. Pude haber volcado la camioneta. ¿Estamos escondidos y ustedes vienen y exponen así a mi familia? La gente no tiene idea de quién soy, pero cuando vean un montón de agentes de la DEA sobre mí, ¿se imaginan lo que van a pensar? Estoy jodida.

—Por favor, cálmese —dijo un agente—. Me llamo Todd y sólo necesito hacerle unas preguntas.

Yo seguía lívida.

—Mi esposo es el que está cooperando, así que no tengo idea de qué quieran conmigo. No voy a hablar con ustedes a menos que primero hable con un abogado.

Saqué mi teléfono y le hablé al nuevo abogado de Junior, David. No contestó, así que

le hablé a Joe y, de nuevo, no hubo respuesta. Después me enteré de que los dos estaban en sus respectivas cárceles, en junta con Peter y Junior, cuando los federales decidieron emboscarnos.

Cuando por fin me contactó David, me explicó las discusiones que los federales, Junior y Peter habían tenido por separado: llegaron al acuerdo de que Mia y yo tendríamos inmunidad total a un proceso penal si acudíamos a la fiscalía de Estados Unidos y les decíamos todo lo que sabíamos.

—¿Así que Junior sabía que vendrían los federales y no me habló? —pregunté.

—No —me explicó—. No tenía idea de que iban a ir por ti.

Así de buena era su comunicación. Era hora de que hablara con los federales, pero no me habían notificado que debía hacerlo; al parecer, la única forma de decírmelo era perseguirme por las calles.

Mia

Los federales tampoco habían hecho un gran trabajo al rastrearme.

Primero fueron a mi casa en Kansas y descubrieron que no estaba. Luego, pensando que podría estar de visita en Chicago, viajaron a casa de mis padres. Al darse cuenta de que no estaba allá, le hablaron a Joe. Él estaba en junta con Peter, así que me habló.

—Estoy a punto de subirme a un vuelo de vuelta a Chicago —dijo—. Nos vemos en el aeropuerto de inmediato.

—Okey, voy para allá —dije y me subí a mi coche.

—Te van a convocar a una junta con los federales —me dijo al llegar—. Tienes inmunidad contra un proceso penal, pero quieren que hables. Vas a tener que renunciar a algunas de tus posesiones.

En ese instante le di las llaves de mi Bentley nuevito.

—Tómalas —dije—. Ya sé que voy a tener que renunciar al coche, así que llévate de una vez.

Se llevó las llaves y dejó el auto en el estacionamiento.

Me veía tranquila, pero estaba muy molesta. No dejaba de pensar: *Acabo de renunciar a mi auto y cualquier día de éstos voy a tener que ver a los federales. Pero nadie me preparó para esto. ¿Por qué esta pasando esto después de todo lo que han hecho nuestros esposos?*

Olivia

A finales de 2010, Adrian, Mia y yo volamos a Chicago. En días separados, cada uno fue a la oficina de la fiscalía de Estados Unidos. Cuando entré, en el cuarto estaba todo un pánel de agentes de la DEA, Tom y el fiscal asistente Mike. Los miré ahí sentados y me

llené de miedo. Todo lo que podía pensar era: *Dios mío. Sé que tengo inmunidad, pero ¿si digo algo mal?* Entonces me di cuenta de lo que tenía que hacer: simplemente decirles la verdad, como mi esposo y Peter lo habían hecho, doce horas al día, cinco días a la semana, durante los casi seis meses que habían pasado en el CCM de Chicago.

—¿Qué pasó el día en que se entregaron sus esposos? —me preguntó uno de los federales cuando me senté.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Nadie me había preguntado eso nunca, ni siquiera mi esposo. Adrian, Mia y yo ni siquiera lo habíamos hablado. Todo ese día traumatizante se había quedado ahí como un bulto en mi estómago desde que sucedió. Me quedé pensando cinco segundos y de inmediato rompí a llorar.

Ni siquiera podía hablar. Me sentía avergonzadísima: no había visto venir esa pregunta. Cuando por fin recobré la compostura, describí todo: cómo y cuándo habíamos recibido la llamada de la DEA diciendo que era hora de que Peter y Junior se entregaran. Cómo nuestros esposos habían tenido dos horas para llegar al aeropuerto de Guadalajara. Cómo había corrido como loca quitando fotos y cámaras. Cómo se me había ponchado la llanta en la frontera.

Hablamos todo el día; los federales me rociaron de preguntas. Repasar todos los detalles de los últimos dos años fue una experiencia horrible, como si estuviera reviviendo cada momento doloroso. Los agentes me escucharon con cuidado, sin interrumpirme nunca, y cuando por fin terminamos sólo tenían algo que decir:

—Queremos saber del dinero que tiene.

Mia

El gobierno quería saber exactamente de dónde habíamos sacado el dinero del que habíamos estado viviendo esos dos años, así que Olivia y yo nos sentamos con los federales y hablamos. Luego tuvimos que dar cuentas por cada centavo, mostrar exactamente en qué lo habíamos gastado.

Olivia

Cuando los federales supieron cuánto dinero teníamos, nos ordenaron renunciar a él.

Mia y yo volamos a Chicago, compramos varias cajas de plástico —ya saben, como en las que se mete la ropa de invierno y luego se abandona en el sótano— y fuimos a mi casa en los suburbios. Sacamos todos los fajos de billetes que teníamos almacenados en mi sala de cine y los apilamos en las cajas; tal vez eran unas diez o doce. Las cargamos hasta mi camionetota Audi Q7, bajamos los asientos traseros y subimos todas las cajas. Estaban apiladas hasta el techo, tan alto que ni siquiera podía asomarme por las

ventanas. Al comenzar a conducir, me puse nerviosísima. Pensé: *Si nos orillan y los polis nos cachan con contenedores llenos de dinero, nos lo van a confiscar antes de que siquiera tengamos oportunidad de entregárselo a los federales.*

Entonces le hablamos al abogado de Junior, David.

—Nos vemos en mi coche —dije—. En una hora estaremos en el estacionamiento de tu oficina.

David no tenía idea de qué esperar, así que nos recibió en el estacionamiento con una gran sonrisa en los labios. Entonces dio un paso atrás, vio las cajas de plástico en la parte trasera y prácticamente se salió de su piel.

—¿Qué rayos se supone que haga yo con todas esas cajas?

—David —dije—, el gobierno quiere este dinero y no podemos vivir con él. Por favor, tómalolo.

David se veía completamente desconcertado.

—¿Y qué voy a hacer con él? ¿Dejarlo en mi oficina? Yo no me voy a hacer responsable por esto.

—Perdón por ponerte en esta situación —dije—, pero eres un tipo listo y necesito que lo resuelvas.

Les habló a los federales y dijo:

—Vamos de regreso al auto.

Fuimos al banco de la esquina, justo al lado de su oficina, y depositamos juntos el efectivo en la cuenta de Junior. Se quedaría ahí hasta la sentencia, cuando él y Peter lo entregarían. Debieron haber visto las caras de los cajeros cuando nos vieron meter esas cajas a rastras. Parecía una escena de película.

Excepto por ese momento, todo el episodio fue frustrante, pero muy pronto comprendí que los federales sólo habían estado haciendo su trabajo. Tenían que hacer una investigación minuciosa y debían seguir el protocolo. Aunque mi esposo y mi cuñado fueran los cooperadores más importantes de la historia de Estados Unidos, eso no significaba que ni ellos ni nosotras tuviéramos pases libres ni ningún tipo de privilegios especiales.

Mia

Casi de inmediato, Olivia y yo nos sentimos genial. Queríamos comenzar una nueva vida y tener una tábula rasa, y eso implicaba deshacernos de todo lo que teníamos. Debíamos deshacernos de todo ese dinero sucio y de las cosas elegantes que venían de nuestro pasado criminal. Parte de nosotras había estado viviendo en un mundo de fantasía, conmigo conduciendo un Bentley como si así fuera la vida. Era hora de caer de la nube en la que habíamos estado en México y aceptar la realidad.

Arrestos

Olivia

Cuando Junior y Peter comenzaron a cooperar, iniciaron una reacción en cadena de consignaciones contra toda la red de narcotráfico estadounidense. Al principio, las docenas de personas entambadas por redadas a sus bodegas eran trabajadores de niveles bajos, sobre todo vendedores y mayoristas. Pero a finales de 2009 el efecto dominó estaba a tope y la fiscalía de Estados Unidos echaba sus redes sobre peces cada vez más gordos.

Mia

Las consignaciones les pesaban a Peter y a Junior, y todo el tiempo que estuvieron cooperando trataron de convencer a algunos de sus socios y trabajadores de que se entregaran. Peter me dijo que mientras el fiscal y los agentes de la DEA estaban junto a él, prácticamente les rogaba a sus socios que cooperaran.

—Están a punto de cacharte, pero te puedes salvar —les decía—. Podemos ayudarte.

No quería que fueran a la cárcel porque genuinamente le preocupaban ellos y sus familias, y sabía que podrían enfrentarse a cadena perpetua. Pero muchos se negaron a cooperar. Los arrestaron y les levantaron todos los cargos que dictaba la ley.

Desafortunadamente, eso no fue lo peor que les pasó a muchos de ellos. En diciembre de 2010, Kiley Murray, un amigo íntimo y socio de Peter y Junior, murió a tiros mientras permanecía en libertad bajo fianza. Kiley siempre había vivido a lo grande: tenía una minimansión de seis cuartos y seis baños a unos 240 kilómetros al oeste de Chicago, y sus vecinos supusieron que era un exjugador de la NFL cuando se mudó. En realidad, les estaba ayudando a Peter y a Junior a traficar drogas por todo Chicago, y finalmente lo acusaron de conspirar para distribuir cocaína y heroína. En ese negocio, la gente asesina por miedo a que alguien cante, y supusimos que ése fue el caso de Kiley.

Yo fui la que se lo dijo a Peter, y lo tomó muy mal.

—¿Te acuerdas cuando lo conociste? —me preguntó.

—Sí, era muy buen amigo tuyo y de tu hermano. Vivía como celebridad. No le decían *Hollywood* por nada.

—Planeaba pedirle perdón la próxima vez que lo viera. Quería decirle que lo sentía y que lo quería. Ahora nunca voy a tener esa oportunidad.

Todo el tiempo que mi esposo estuvo esperando su convenio de condena, a partir de 2009, fue así, un arresto tras otro. Atrapaban a alguien y le pesaba en el corazón. Yo

estaba ahí para levantarlo, pero sabía que nunca se iba a sacudir la culpa por completo.

Olivia

Pero, a fin de cuentas, su cooperación nos dio protección. Sólo vean lo que pasó con Sergio Gomez.

Mia

Si pueden creerlo, Sergio seguía tras nosotros.

Peter y Junior tenían un mensajero desde hacía muchos años al que le decían *el Gordo*, que era como un hermano para ellos. En la época en que mi esposo y mi cuñado estaban tratando de convencerlo de entregarse, *el Gordo* oyó por un amigo que Sergio estaba buscando a Olivia, porque quería secuestrarla. Como *el Gordo* siempre había sido cercano a nuestra familia, no quería que nada le pasara, así que decidió cooperar y les contó a los federales el plan de Sergio.

Olivia

Pero los oficiales no podían arrestar a Sergio de inmediato. Para hacerlo debían tenderle una trampa. A Peter y a Junior se les ocurrió un plan.

Mia

La idea era que *el Gordo* comenzara a hablar mal de Peter y de Junior, y luego le dijera a Sergio que sabía dónde tenían guardados seiscientos kilos. Sabía que Sergio no podría resistirse a ponerles las manos encima, así que trató de convencer a la DEA de que aquélla era la manera perfecta de agarrarlo. Tomó mucho tiempo, pero los federales por fin lo aprobaron, y *el Gordo* estaba dispuesto a ayudar.

Como era de esperarse, el 9 de abril de 2009 Sergio mordió el anzuelo. La DEA llenó una camioneta de carga con ladrillos de cocaína falsa, la estacionó frente a un almacén en los suburbios de Chicago e hizo que *el Gordo* le hablara al socio de Sergio para darle la dirección.

—La llave está en una bolsa de Doritos dentro de un basurero verde —dijo.

Se presentaron cinco hombres de Sergio para robar la camioneta, equipados con chalecos antibalas, pasamontañas y armas. Los agarraron los federales, y todos fueron sentenciados a cadena perpetua, excepto Sergio.

Olivia

No puedo decirles lo feliz que estaba de que arrestaran a Sergio. No le deseo la cárcel a nadie, pero odiaba a ese tipo. No era más que un ladrón que torturaba y mataba gente para ganarse la vida, y todo lo que lo involucrara me daba náuseas.

Pero en el panorama general —me refiero a todo el narcotráfico estadounidense— Sergio no era nada. Junior y Peter tenían los ojos puestos en el premio, y siempre se habían imaginado que el gobierno iría tras gente como *el Chapo*, *el Mayo* y la Organización Beltrán Leyva de inmediato. No verlos hacerlo era frustrante.

Mia

A fin de cuentas, todas las organizaciones federales de México parecían estar trabajando duro para tratar de dismantelar a los cárteles. Hasta habían matado a uno de los grandes.

Olivia

El 11 de diciembre de 2009 las fuerzas especiales de élite de la marina mexicana atacaron una fiesta de Navidad organizada por Arturo Beltrán Leyva, y en el intercambio de balas murieron cuatro personas y Arturo huyó. Cinco días después, el 16 de diciembre, doscientos marinos mexicanos lo localizaron en un pueblito a una hora al sur de la Ciudad de México, atacaron su casa de seguridad y, en un tiroteo de noventa minutos, lo mataron a él y a cinco de sus socios. También murió un marino.

Mia

Luego, uno de los “buenos” decidió decorar el cuerpo rociado de balas de Beltrán con billetes de a dólar, como si fuera una broma enferma de una película de gánsters, y las fotos inundaron internet. En venganza, miembros de la Organización Beltrán Leyva irrumpieron en el velorio del marino muerto y mataron a su madre, a su tía, a su hermano y a su hermana.

Olivia

Pero nada tan drástico —tan crítico para detener el narcotráfico— había sucedido entre México y Estados Unidos. *El Chapo*, *el Mayo*, Vicente y todos los demás proveedores seguían libres, y Estados Unidos sólo parecía estar concentrado en la gentecita de su conspiración: los distribuidores y los vendedores con base en Estados Unidos como Sergio. Junior y Peter pensaban que la DEA no estaba preparada para lidiar con todos los involucrados que iban a arrestar, y los volvía locos.

—Van en reversa —decía Junior—. Les estamos dando a los más grandes del mundo, a los más buscados, y están comenzando por la base de la escala.

Entonces los federales agarraron a Vicente, y todos nos dimos cuenta de que sí estaban utilizando la información que les daban nuestros esposos.

Mia

Vicente fue arrestado en la Ciudad de México el 19 de marzo de 2009; le levantaron cargos por traficar más de mil millones de dólares en cocaína y heroína.

Peter y Junior firmaron sus papeles de extradición. Y el miembro de un cártel más significativo que hubiera capturado Estados Unidos fue transportado a Chicago en febrero de 2010.

Olivia

Vicente nunca había sido un capo cualquiera. Mientras la mayoría de los *narcojuniors* se movían en Lamborghinis, Ferraris y Maseratis y se vestían con ropa de diseñador Christian Louboutins y joyas con diamantes, Vicente parecía humilde. No esperaba que todo el mundo lo complaciera. En lugar de eso, se tomaba en serio su negocio, y por eso se había convertido en el número tres del Cártel de Sinaloa.

Junior se llevaba bien con Vicente y hablaba con él muy seguido. Era encantador y sofisticado casi todo el tiempo, pero a veces mostraba extravagancias muy raras. Una de ellas era que le gustaba hacer explotar cosas.

Una vez, Junior fue a visitar al *Chapo* a las montañas. Vicente estaba ahí, rodeado de una muchedumbre de tipos vestidos de militar. No era la gran cosa que los jefes tuvieran milicianos, pero a Vicente le gustaba estar con hombres con granadas y AK-47 un poquito más que a la mayoría. Esa ocasión no fue distinto.

Se volvió hacia Junior y dijo:

—Ey, mira esa troca de allá.

Señaló una pick-up nuevecita, con placas de la agencia y asientos de cuero relucientes.

—Está chula —dijo Junior.

—Claro que está chula —contestó Vicente—. Pero mira esto.

Le hizo una seña a uno de sus hombres, que se acercó con un lanzacohetes en la mano.

—Listo. Apunta. ¡Fuego! —gritó Vicente.

Entonces Junior oyó un gran ¡bum! y saltó hacia atrás cuando la camioneta estalló en llamas.

Supongo que hacer explotar cosas era lo de Vicente.

Mia

Vicente fue uno de los últimos miembros del cártel a los que grabó Junior, así que nos imaginamos que por eso los federales tomaron su caso más rápido que los demás. Tal vez el rastro de evidencia fuera más corto, o tal vez fuera porque Vicente ya le estaba dando información sobre cárteles rivales al gobierno de Estados Unidos. Que soplara así no era inusual; de hecho, se cree que el Cártel de Sinaloa se volvió tan poderoso porque chivaban contra los miembros de otros cárteles, en un intento por dismantelar a sus organizaciones.

Olivia

Dado el puesto de Vicente y todo lo que nuestros esposos tenían contra él, Junior y Peter iban a tener que testificar en su contra.

Mucho antes de la fecha del juicio, Vicente contrató a un equipo de ensueño de abogados neoyorquinos, que argumentaron que el gobierno estadounidense le había prometido inmunidad a Vicente a cambio de información cuando seguía en México. En sus mentes —y en la suya también— tenía carta blanca mientras siguiera dándole información al gobierno.

Mia

Conforme se acercaba el juicio de Vicente, en 2012, las caras de Junior y Peter aparecían en todos los canales de televisión, porque eran los mayores testigos en su contra y ése era uno de los casos de drogas más importantes que hubiera habido en una Corte estadounidense. Desafortunadamente, el proceso se posponía una y otra vez.

Preocupados por el juicio y las amenazas que habíamos estado recibiendo, ocho agentes de la DEA fueron a mi casa en minivan polarizadas, Chevy Tahoe, y una furgoneta de servicio, para limpiar mi casa de micrófonos y dispositivos rastreadores. Me pidieron que esperara en la cocina con mis bebés mientras sacaban unos aparatos de vigilancia enormes que parecían salidos de una película. Mientras husmeaban por ahí, me asomé por la ventana y vi a dos agentes tirados sobre un plástico bajo mi auto, con linternas, para hurgar en el chasis. Cuando terminaron, entraron y hablaron conmigo:

—Debería mirar bajo su coche una vez a la semana —dijeron.

No habían encontrado nada, pero eso no implicaba que yo nunca lo haría.

Desafortunadamente, Olivia había sufrido algo peor, y toda su vida estaba a punto de ponerse de cabeza.

Olivia

Sergio Gomez era ordenanza en el CCM de Chicago mientras Vicente esperaba juicio ahí. Tenía permiso de moverse libremente, haciendo trabajitos por el centro, se hizo amigo de Vicente y se ganó su confianza.

En ese entonces, mi primer esposo, Leo, también estaba encarcelado ahí. Sergio sabía que yo había estado casada con él, así que se lo ganó, tratando de sacarle la dirección de donde vivían mis papás. Sabía que Vicente quería matar a Peter y a Junior, así que su brillante plan era venderle esa información. Hasta transfirió seis mil seiscientos dólares a la cuenta del abogado de Sergio por ella.

Aunque Leo me había delatado y enviado a prisión, estoy segura de que lo último que quería era que los cárteles me mataran a mí o a mis padres. Así que les contó todo a los federales. Estoy segura de que se benefició con eso, pero de todos modos lo aprecié. Como resultado, los fiscales hicieron trizas el convenio de condena de Sergio por interferir con un testigo federal. Ahora está cumpliendo una condena de cuarenta años de prisión.

Desafortunadamente, que lo castigaran otra vez no aseguró un final feliz. Los federales se tomaron la amenaza tan en serio que sacaron a mis padres de la casa en la que habían vivido veinte años. Mis inocentes papás, que habían trabajado tan duro por darme una vida decente y que me habían querido incondicionalmente a pesar de todo lo que les había hecho pasar, tuvieron que desarraigar sus vidas y mudarse, lejos de todo y de todos a los que conocían. Junior y yo nos sentimos horriblemente. Mi mamá y mi papá no merecían que nada de eso los afectara, y Junior y yo siempre viviremos con remordimiento por la carga que les pusimos encima.

Mia

Los peligros no terminaron ahí. De hecho, sólo empeoraron.

Olivia

En agosto de 2011 me mudé al Medio Oeste, donde comencé a sentirme cómoda. Acababa de desempacar todas nuestras cosas y estaba tratando de hacer que mis hijos y yo nos sintiéramos en casa.

Una noche, asomada por la ventana, lo que hago seguido, vi a un hombre sentado afuera de mi casa en un auto, con una luz azul que le brillaba en la cara. De inmediato me di cuenta de que estaba manipulando una computadora.

¿Qué rayos?, me dije. No puede ser nada bueno.

De inmediato corrí a la sala y desconecté el módem, apagué todas las luces y me acosté en el sillón. Más o menos cada hora durante el resto de la noche me levantaba en la oscuridad absoluta y caminaba hasta la ventana para asomarme y constatar si el

hombre seguía ahí. En efecto, toda la noche estuvo en su coche con la computadora, y toda la noche yo estuve muy asustada, pensando: *Este tipo va a tirar la puerta a patadas en cualquier momento y a matarme a mí y a mis hijos.*

A la mañana siguiente no llevé a mis niños a la escuela y me negué a dejarlos salir a jugar. Pasaba a gatas junto a las ventanas, agachada para poder asomarme y tratar de verlo. Comencé a apuntar su horario, que no constaba de mucho, excepto que se iba quince minutos de vez en cuando. Supuse que iba al baño a Walmart.

Uno de mis vecinos le habló a la policía y llegó mientras el tipo estaba en uno de sus descansos de quince minutos para orinar. Cuando volvió, lo interrogaron, y el hombre se fue. Justo antes de que se fuera la policía, salí de mi casa, fingiendo que era una ciudadana preocupada en lugar del blanco del tipo aquel, y los arrinconé.

—¿Averiguaron quién es ese hombre? —les pregunté inocentemente.

—Es un detective privado que trabaja en un caso —dijo el oficial—. Y no podemos pedirle que se vaya. Tiene todo el derecho de estar aquí.

Volví a entrar, derrotada. Lo que más quería era ir a trancos hasta su auto, azotarle la ventana y decirle que sabía exactamente para quién estaba trabajando. Quería pegármele a la cara y gritarle:

—¡Estás trabajando para los cárteles, pinche cobarde! ¿Cómo puedes vivir sabiendo que tu jefe quiere matarnos a mí y a mis hijos? Ojalá te pudras en el infierno.

Llamé a los federales y me prometieron que enviarían a algunos agentes a investigarlo, pero que yo tenía que agarrar mis cosas e irme de inmediato.

Aquella noche cargué todo en mi coche en el garaje, esperé a que el hombre se fuera, puse a mis chicos en sus sillitas y me fui a un hotel lo más rápido que pude sin mirar atrás. Vivimos ahí, en el infierno, durante seis meses.

Los tres estábamos amontonados en un cuarto diminuto con camas dobles. Necesitaba espacio, así que el hotel se llevó el escritorio y la silla, y apilé cajas de plástico con todas nuestras posesiones. Una tenía ositos de peluche; otra, juguetes; otra más, libros, y las demás, ropa.

Al despertar en nuestras camitas pegadas, abría el minirrefri, sacaba medio galón de leche y servía el cereal. Después de desayunar, me ponía al hombro las mochilas de Brandon y Benjamin y cruzábamos el *lobby*, donde las mucamas y el personal de recepción los saludaban y decían:

—¡Que tengan un buen día en la escuela!

Los llevaba a la escuela, regresaba al hotel, cerraba la puerta con llave, plegaba las persianas y me sentaba en la oscuridad todo el día.

Pero cuando era hora de recoger a los niños, siempre tenía una sonrisa.

—¡Esto es divertidísimo! ¡Son unas minivacaciones! —decía.

No sé a quién creía que estaba engañando. Por la noche, Brandon lloraba y decía que

quería ir a su casa, y en la oscuridad yo sollozaba en silencio para que no me viera ni me escuchara. Mi punto de quiebre ocurrió cuando regresé al hotel después de su graduación del kínder: se aventó a la cama hecho ovillo y gritó:

—¡Quiero a mi papá!

Yo quería exactamente lo mismo.

Comencé a dudar de que cooperar con las autoridades hubiera sido lo correcto, preguntándome: *Si esto está lastimando a mis hijos y se siente tan mal, ¿cómo puede ser lo correcto?*

Sabía que era egoísta, pero todo lo que podía pensar era por cuánto dolor y por cuánto sufrimiento estaba pasando mi familia. Habíamos hecho todo para tener una vida normal, pero correr por nuestra vida a medianoche no era normal.

Después de seis meses, el gobierno por fin me reubicó en otro estado. La fiscalía de Estados Unidos investigó quién había contratado al detective privado, pero no podían decirme sus resultados. Tal vez nunca lo sepa. Todo lo que puedo hacer es agradecer que no me hayan matado a mí ni a mis hijos.

Gran jurado y acuerdos de culpabilidad

Mia

Cuando Peter y Junior acordaron volverse informantes y entregarse, admitieron formal y legalmente que eran criminales. Esa admisión no cambió durante sus años de cooperación, aunque entonces estuvieran protegidos: nada de lo que dijeran podía ser usado en su contra en una Corte.

Olivia

Para enfrentarse a las consignaciones, tuvieron que sentarse frente a un gran jurado, lo que hicieron de diciembre de 2008 a junio de 2009, durante su tiempo en el CCM de Chicago. Los grandes jurados federales normalmente son mayores que los de las cortes estatales: pueden ir de dieciséis a veintitrés miembros. Frente a esos ciudadanos respetuosos de la ley, Junior y Peter estaban listos para ser cien por ciento honestos, incriminarse y delatar a toda la gente que les importaba. Sabían que les iban a levantar cargos, pero quedaba la pregunta: cuáles. Eso dependería del testimonio ante el gran jurado y de la minuciosa investigación gubernamental para asegurarse de que todo lo que dijeran fuera verdad.

Mia

Peter y Junior tuvieron que comparecer ante un gran jurado quizá unas doce veces. Fue una de las cosas más difíciles que soportaron durante todo el curso de su cooperación. Parados ante él, tuvieron que leer en voz alta todos los actos criminales que habían cometido mientras manejaban su organización. Todos y cada uno.

Eso hizo que Peter se sintiera horriblemente. Ni siquiera quería yo que leyera sus declaraciones juradas, y mucho menos sus hijos, algún día en el futuro.

—Estoy muy avergonzado —me dijo durante una visita dominical—. Cuando me entregué, no estaba orgulloso de lo que había hecho, pero entonces pensaba que merecía perdón. Ahora no estoy seguro de que nadie debería perdonarme nunca.

Olivia

Junior estaba nerviosísimo antes de su primera aparición ante el gran jurado, pero no era el único. Todo el asunto era tan grande que, antes de que él y Peter entraran, los oficiales despejaron toda la Corte. Incluso el estacionamiento estaba vacío. Cuando entraron, Tom sudaba profusamente. Al parecer, era un gran día para todos; hasta para el fiscal.

Mia

En cuanto Peter se paró ante el gran jurado y declaró su nombre, toda esa gente mirándolo incrédula lo hizo sentirse humillado. En el mundo de las drogas se sentía normal, hasta respetado. Expuesto en una Corte se sentía tan vulnerable, tan criminal, que le costaba trabajo pensar.

Olivia

Tom explicó todo su caso, guiando al jurado por todos los detalles: desde el día en que comenzaron, cuando vendieron sus primeros treinta kilos, hasta su cumbre, cuando tenían un imperio de dos mil millones de dólares. Luego, permitió al jurado hacerles preguntas. La conversación no tardó en volverse personal: todo el mundo estaba intrigado con ellos.

Mia

En cierto punto, alguien en el gran jurado se detuvo a media indagación, se les quedó mirando y dijo:

—¿Van a escribir un libro o hacer una película?

Olivia

Al fin, en agosto de 2009, el gran jurado sopesó el testimonio, leyó toda la evidencia y entregó las consignaciones. Cuando Mia y yo las leímos, nos sentimos abrumadas:

—Es mucho que asimilar —le dije a Mia.

—Sí —contestó—. Leer en papel todo lo que hicieron Junior y Peter es distinto a vivirlo día a día.

Mia

Esas consignaciones fueron difíciles de digerir. Junior y Peter siempre habían querido protegernos, así que, en muchos sentidos, habíamos estado escudadas de toda la verdad de lo que hacían. Nunca quisieron que nos preocupáramos, así que, en México, hicieron que nuestras vidas parecieran casi normales.

De todos modos, no sentíamos que nos hubieran mentido, y definitivamente no estábamos enojadas con ellos. Claro que nos perturbó ver todo aquello impreso, pero sabíamos que Peter y Junior cambiaron de vida por nosotras y por nuestros hijos. Se habían convertido en los hombres que nos habían prometido ser y que siempre habíamos sabido que eran.

Olivia

Después de la entrega de las consignaciones, la fiscalía de Estados Unidos y los abogados de Peter y Junior se pusieron a trabajar en un convenio de condena.

Esos acuerdos básicamente son contratos gobernados por capa tras capa de estatutos, reglas, guías, políticas del Departamento de Justicia y leyes penales. En los suyos, Junior y Peter aceptarían todos los cargos. Asumirían la responsabilidad de la distribución, la manufactura, el tráfico, lo que se les ocurriera. Luego accederían a un rango de años a los que el juez los sentenciaría, que podían ser cinco o cinco veces eso.

Suena claro, ¿no? De hecho fue un infierno en vida. Fue un proceso complicado y doloroso que comenzó en junio de 2012, cuatro largos años después de salir de México, y duró dos meses.

Mia

Durante todo ese verano, la gente estaba enojada. Y no sólo me refiero a enojada entre sí, sino con nosotras. La fiscalía de Estados Unidos jalaba y empujaba con nuestros abogados, y luego nuestros abogados jalaban y empujaban con Peter y Junior. Ambas partes estaban ansiosas por llegar a un consenso, y eso hacía que nuestros abogados presionaran a Junior y a Peter.

—¿Saben cuántos kilos de cocaína metieron a Estados Unidos?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Peter.

—Porque fueron tantos que la mayoría de la gente obtendría cadena perpetua. Necesitan firmar este convenio de condena. Dejen de jugar, carajo.

Peter se encabronó.

—¿Por qué nos regañan? Son nuestros abogados. Se supone que deben estar de nuestro lado.

Peter y Junior adoraban a sus abogados, y nosotras también. Se habían partido el lomo por ellos. Joe, en especial, había estado de su lado desde mucho antes de que se volvieran famosos internacionalmente. Junior y Peter nunca lo olvidaron. Pero cualquiera en su situación quiere el mejor trato. Claro que iban a pelear.

Olivia

Yo llamaba a David y a Joe y a su equipo legal todos los días, y tras semanas de conversaciones interminables comenzaron a frustrarse mucho conmigo. No lográbamos ponernos de acuerdo. Nos estaban aconsejando, rogándoles a Peter y a Junior que firmaran, y nosotras les estábamos dando todas las razones por las que no debían hacerlo. Se convirtió en una eterna competencia de gritos.

Las cosas se pusieron tan mal que nuestros abogados se cansaron de darme razones.

Dejé de recibir respuestas claras y a veces sólo obtenía respuestas de una palabra, que es casi tan malo como no obtener ninguna.

Mia

Yo tenía que pasarle mensajes de nuestros abogados a Peter y luego transmitirles sus preguntas, porque en la cárcel no existe el privilegio de hablarle a tu abogado cuando quieras. Tiene que ser cuestión de vida o muerte. Todo ese jaleo todos los días parecía interminable. Había tantas llamadas que comencé a sentirme mareada cada vez que sonaba el teléfono.

Olivia

Nuestros abogados querían que Peter y Junior firmaran un convenio de condena por diez a dieciséis años, pero yo no podía entender por qué tenían que conformarse con eso. Creía que no se merecían ni un día más que diez años después de todo lo que habían hecho. Habían arriesgado sus vidas trabajando encubiertos en México. Entregaron al gobierno a todos los cárteles más importantes en bandeja de plata. Además de todo, se habían entregado voluntariamente para cumplir su condena y pagar por sus crímenes. Su caso era el más grande que había tocado la oficina de Chicago. Más grande que el pinche Al Capone.

Además, sus intenciones siempre habían sido buenas, años luz más honestas que las de cualquiera en el narcotráfico. Traté de detallárselo a nuestros abogados.

—En este negocio, muchos hombres usan su dinero y su poder para lastimar y matar —dije—. A nuestros esposos los han asaltado, los han secuestrado y casi los han dado por muertos, y ni una sola vez han buscado venganza ni han sido violentos. ¿Eso no cuenta para nada?

Aparentemente, no. Sabía que había matones de la mafia, que habían apilado y escondido cientos de cuerpos, a los que les habían ofrecido mejores tratos por cooperar. Esos tipos entraban y salían de la cárcel en menos de diez años.

Supongo que esas cosas sólo pasan en Nueva York, pensé.

Mia

Cuando las cosas no salieron como queríamos, supusimos lo peor: que el gobierno ya no necesitaba tanto a nuestros esposos porque Vicente estaba cooperando con ellos.

No importa qué pasara por sus mentes, los fiscales estaban jugando duro, sin moverse un milímetro. Les estaban ofreciendo diez a dieciséis años a Junior y Peter, y así iban a ser las cosas.

Después de dos meses, por Peter fin decidió firmar su convenio de condena. Lo hizo un día antes que Junior y compareció ante el juez federal.

Olivia

A diferencia de los casos civiles y penales en las cortes estatales y de condado, las cortes federales no usan jurado para aprobar acuerdos de culpabilidad ni determinar sentencias. En lugar de eso, hay un funcionario designado que las revisa y decide cuántos días, semanas o años le dan al acusado. En el caso de Junior y Peter, el juez que iba a decidir su suerte era el presidente de la Corte del Distrito Norte de Illinois, Ruben Castillo.

Mia

Al igual que Peter y Junior, al juez Castillo le había ido mejor que a sus padres. Nació en Chicago de mamá puertorriqueña y de papá mexicano, y fue el primer miembro de su familia en asistir a la universidad. Cuando Bill Clinton le asignó la Corte del Distrito Norte en 1994, fue el primer juez federal latino en Illinois. Castillo había crecido en un barrio bravo y muchos de sus amigos acabaron en la cárcel.

Olivia

En más de un sentido, él y nuestros esposos eran dos caras de la misma moneda. Pero mientras uno había estudiado derecho y ascendido a los rangos más altos de su profesión, los otros habían manejado la narcoempresa más lucrativa de Estados Unidos. Todos sabemos que crecer en un barrio bravo es muy distinto a hacerlo en un hogar en el que lo entrenen a uno para vender drogas; pero de todos modos nos preguntábamos: *¿Lo que los hace similares y diferentes lo va a hacer empático o repelerlo?*

Mia

Cuando Peter entró a la Corte, el juez Castillo estaba sentado en su silla descomunal, al frente y al centro, muy en lo alto, con aire de estar jugando a ser Dios. La Corte está construida para que la gente se sienta intimidada. Y Peter estaba sintiendo eso y más.

—Me sentí humillado —dijo Peter—. Pero estaba listo para pedir disculpas. No podía creer la destrucción que había provocado en mi vida y en las de los demás.

Yo no estuve ahí, pero Peter me dijo que mientras el juez Castillo leía en voz alta sus cargos, nunca se había sentido más arrepentido. Quería denunciar toda su vida en ese instante.

—De todos modos deseaba poder decirle al juez una cosa buena sobre mí —me dijo.

Pero sabía que se estaba engañando. El momento para defenderse había terminado: tenía que ser hombre y pararse frente a un juez, sentir remordimiento intenso y aceptar su destino.

Olivia

Junior no podía imaginarse estar solo, en la cárcel, dieciséis años. Nuestros bebés, y Samantha y Sasha estaban creciendo sin él, y la diferencia de seis años por la que estaba luchando determinaba si iba a estar en casa antes de que Brandon se graduara de la prepa. Tal vez hasta se perdería las graduaciones de universidad de sus hijas. Junior y yo nos amamos lo suficiente como para sobrevivir a todo, pero nuestros hijos eran lo que más nos preocupaba, y sabíamos que unos pocos años era una diferencia enorme en la vida de un niño.

Así que cuando nuestro abogado, David, me llamó una noche y me rogó que no dejara a Junior cometer el peor error de su vida, no supe qué pensar. ¿Lucho, como siempre lo he hecho, o lo aceptamos y ya? Si hay algo que he aprendido en mi matrimonio es a confiar cien por ciento en mi esposo, así que decidí estar de acuerdo con Junior, sin importar lo que quisiera hacer.

Junior luchó hasta el último día, hasta el instante en que los alguaciles de Estados Unidos lo llevaron a Chicago. Al aterrizar en esa ciudad, Tom y David estaban ahí para recibirlo.

—Peter ya firmó los papeles, Junior —dijo David.

—Y si tú no los firmas también —añadió el fiscal—, es posible que el juez haga trizas el convenio de condena y te enfrentes a cadena perpetua.

Junior estaba conmocionado y herido, y sabía que lo tenían contra la pared. Él y su gemelo siempre habían estado de acuerdo, pero Peter había firmado sin decírselo.

¿Por qué rayos hizo eso mi hermano?, pensó. Ahora no tengo en qué apoyarme.

En el fondo, se dio cuenta de lo que en realidad había pasado. Peter no había hecho nada mal, y nunca había querido sabotear a Junior. Simplemente fue demasiado difícil tratar de negociar por medio de sus abogados. Por primera vez de verdad en sus vidas, en un momento tan crítico, no se habían podido comunicar. No habían podido leer la mente del otro.

Mientras Junior firmaba su convenio de condena, minutos antes de pasar frente al juez, le escurrían lágrimas de los ojos. En un lugar lleno de hombres, todos mirándolo en su momento más vulnerable, se sintió degradado. Peor aún, le preocupaba rendirse, y que con esa actitud me estuviera decepcionando.

Luego, al pararse ante el juez Castillo, vestido con una toga grande y negra y con el emblema de los Estados Unidos detrás y la bandera al lado, sintió el poder de la Corte. Cuando el juez Castillo le leyó sus cargos, comprendió a cabalidad la severidad de sus

crímenes y el daño que había hecho a la sociedad, y se dio cuenta de algo: *Estoy avergonzado del daño que he causado y estoy listo para pagar por mis crímenes. Es lo correcto.*

El juez Castillo se bajó los lentes, miró a mi esposo a los ojos, casi sorprendido, y dijo:

—¿Señor Flores, entiende todo lo que está admitiendo?

—Sí, su señoría —contestó, luchando por expeler las palabras.

Asumir su responsabilidad fue difícil, y oír todo lo que había hecho fue doloroso. De pronto supo que había hecho lo correcto, y más tarde me lo dijo:

—Liv, hemos estado viviendo en una burbuja. No puedo creer todo lo que hicimos; tan mal sonaba. No puedo creer que me peleé con mis abogados y casi pierdo mi trato. Podría haber pasado el resto de mi vida en la cárcel. Estoy muy agradecido de haber obtenido el convenio de condena que me dieron. Ahora me doy cuenta de lo severo que era mi caso.

—No puedo creer que hayamos vivido así tanto tiempo —dije—. Me alegra que se haya acabado. Vamos a salir de ésta. Estoy orgullosa de ti.

Luego añadí:

—¿Cómo te sientes?

—Aliviado.

Se le notaba. En ese instante supe que nuestros abogados habían tenido razón, y me sentí mal por haber dudado de ellos y por haberles hecho la vida tan difícil. Pensaban en nuestro propio bien, y yo había estado demasiado apasionada, demasiado decidida a que mis hijos crecieran con su papá. A fin de cuentas, habíamos arriesgado nuestras vidas, y nuestros esposos iban a tener años y años de cárcel para pensar lo que habían hecho.

La sentencia

Olivia

La sentencia estaba programada para el jueves 27 de enero de 2015, y llegar a ese día nos había tomado una eternidad. Habíamos esperado más de dos años desde que Junior y Peter firmaran su convenio de condena.

Mia

Durante todo ese tiempo, el gobierno tenía que asegurarse de que todo el testimonio que Junior y Peter le habían dado fuera cierto, y tenían que corroborarlo con otros testigos. No tenían prisa: en un caso tan grande debían hacer las cosas bien.

Olivia

Pero durante dos años estuvimos en la cuerda floja, y nos preocupaban muchas cosas. Una de ellas era el juez.

Mia

El juez Castillo había servido en algo llamado la Comisión Federal de Sentencias, un comité que delineaba los niveles que determinaban las sentencias de crímenes federales. Le teníamos mucho miedo porque, evidentemente, al haber estado ahí, creía en los lineamientos federales, y su trabajo era aplicarlos.

Olivia

Los crímenes federales llegan hasta el nivel 43, sopesando cuál es el crimen con los antecedentes penales del acusado. Dado todo lo que habían hecho, Junior y Peter estaban fuera de la gráfica. Habrían recibido cadena perpetua si no hubieran cooperado.

Pero había un detalle. El juez podía descartar el convenio de condena y sentenciarlos al tiempo de prisión que creyera que era lo mejor; el 99.9% de las veces el juez seguía la recomendación de la fiscalía de Estados Unidos, pero aún quedaba ese 0.1% de probabilidad de que decidiera algo completamente distinto.

Mia

El otro problema se refería a algo llamado una moción 5K.1.1, que la fiscalía de Estados

Unidos acababa de presentar. Una 5K.1.1 le pide al juez que tome en consideración la “asistencia significativa a las autoridades” del defensor a la hora de dictar sentencia. El fiscal prácticamente había encomiado a Peter y a Junior al escribir sus recomendaciones, diciendo que “voluntariamente se alejaron de sus puestos en los escaños más altos del mundo de los cárteles para transformarse en testigos extraordinarios”. Luego dejó claro que eran los mayores narcoinformantes de la historia de Estados Unidos, y que habían hecho más que cualquiera por dismantelar el narcotráfico. Dijo que él y otros fiscales esperaban que el juez Castillo redujera la sentencia a algo en o cerca del límite inferior de los diez a dieciséis años delineados en los acuerdos de culpabilidad.

En las semanas antes de la sentencia tenía mi esperanza puesta en la moción 5K.1.1 que había entregado el fiscal. Digo, no ignoraba el hecho de que todo dependía del juez al final, pero Peter y yo creíamos que las cosas podrían inclinarse a su favor.

Además, pensaba, si ellos no se merecen los diez años, ¿quién sí?

Estuvieron totalmente dedicados a la cooperación desde el inicio hasta el fin, y sin duda nunca perdieron de vista la razón por la que lo hicieron. Habían arriesgado sus vidas y las de sus seres queridos. Pusieron la barra alta para cuestiones de cooperación, y eran un gran ejemplo para la gente que realmente quisiera cambiar. No sólo eso, sino que el suyo era el caso más grande de conspiración relacionada con drogas en la historia de Estados Unidos.

Olivia

Después de que Junior y Peter arriesgaran sus vidas en México y de toda la gente que habían ayudado a entambar, yo todavía creía apasionadamente que debían cumplir diez años y ni un día más. El abogado de Junior no había querido darme la razón porque no quería hacer encabronar al juez Castillo, así que antes de la sentencia contraté a un abogado neoyorquino nuevo para que le echara una mirada fresca al caso. Pensé que Jim, el nuevo abogado, podría presionar para que les dieran diez años, pero hizo lo opuesto.

—Creo que debería aceptar el hecho de que podrían darles dieciséis —dijo—. Es así de simple.

Aquello no era lo que quería oír, así que, aunque me dolió, acepté que era la realidad de las cosas. De pronto vi el panorama general, y cuando llegó el día de la sentencia estaba preparada para lo peor y esperando lo mejor.

Mia

No podía creerlo cuando por fin llegó el día de la sentencia. Era el momento. Todo lo que habíamos hecho y por lo que habíamos pasado juntos iba a terminar en unas cuantas

horas. Todo dependía de un hombre que tenía mi futuro y el de mis hijos en sus manos. Su decisión iba a determinar mi felicidad.

Peter también confiaba en alguien más. Justo antes de la sentencia, dijo:

—Que Dios decida nuestro destino. Todo depende de Él.

Olivia

Aquel día tuve sentimientos encontrados. Estaba ansiosa por saber el futuro de Junior, pero me aterraba el resultado. Me quedé en cama, mirando el techo, paralizada. Pero en el fondo seguía pensando que Junior y yo nos amábamos tanto que podíamos resistir todo. Nuestra relación era sólida como una roca, así que no importaba qué decidiera el juez, no nos iban a derribar. Pero sobre todo me estresaban nuestros hijos.

Mia

Negó mucho el 27 de enero, así que Bella y Blake no tuvieron clases. No les había dicho una palabra de lo que estaba pasando, pero sabían que sucedía algo: me siguieron el día entero por toda la casa, casi obsesivamente. Les había dado toneladas de abrazos y besos, pero eso no había ayudado para tranquilizarlos. Al final, prácticamente me atrincheré en mi cuarto para aclarar mi mente y rezar, cuando oí un toquido en la puerta.

—¿Mami, podemos jugar serpientes y escaleras contigo? —preguntó Bella.

—Claro, nena, claro —contesté, aliviada por que alguien me hubiera sacado la sentencia de la cabeza—. Lo que necesites.

Olivia

Todos nos sentíamos muy vulnerables por nuestros hijos. Brandon y Benjamin eran bebés cuando Junior se entregó, cuando hizo lo correcto para que nuestros hijos tuvieran un futuro mejor. Pero había una ironía: iban a crecer sin ver a su padre todos los días. Al hacer lo correcto, terminamos por lastimarlos.

También se puso peor antes de la sentencia: estaba tan estresada que hasta me costaba trabajo concentrarme en mis hijos. No estaba presente para nada. Todo el tiempo estaba molesta, Junior siempre estaba triste y mis pobres bebés no dejaban de pedir que su papá volviera a casa. Sabía que le estaba pesando a Brandon sobre todo. Lloraba al terminarse las visitas, lloraba antes de irse a la cama y hasta lloraba en la regadera, por el amor de Dios. Así que lo llevé con una psicóloga infantil. No le expliqué la situación con detalle, como qué había hecho Junior, pero le dije que mi esposo estaba en la cárcel.

Después de unos meses de sesiones, ella y yo nos vimos por separado y me

reconfortó.

—Usted y su esposo están haciendo lo mejor que pueden. Son buenos padres —dijo.

—Pero mis chicos son un desastre —le confesé—. Todo lo que quieren es que su papá vuelva a casa. Soy protectora, y siento que he dejado que Brandon pase por todo esto.

Me miró y se puso muy seria.

—Hay muchos niños que no tienen a sus padres en sus vidas por distintas razones. Algunos murieron y otros eligieron no estar presentes. También están los padres tan abstraídos en su trabajo que no les dan a sus hijos la atención completa que necesitan. Un día su esposo volverá a casa, pero por ahora sus hijos tienen a su papá a cien por ciento todos los fines de semana. Es un gran papá, está ahí para ellos y está haciendo lo correcto. Cuando crezcan, eso es lo que van a recordar.

En ese instante, decidí algo: *No importa cuál sea la sentencia de Junior, no nos va a cambiar como familia. Hemos sacrificado más que la mayoría, y eso sólo nos ha vuelto más cercanos.*

De todos modos, mi corazón ansiaba que Junior volviera a casa más temprano que tarde.

Mia

El día de la sentencia, Peter y Junior estaban en todos los noticieros. Hasta estuvieron en tendencia en Yahoo. Las emisiones televisivas no dejaban de mostrar una foto de cuando tenían dieciséis años, y de pronto, Peter se convirtió en el adolescente que había conocido hacía un millón de años. Comencé a recordar que a principios de mis veintes estaba loca por él, y cómo siempre me dejaba una rosa en la puerta de entrada, o cómo me llamaba al trabajo sólo para alegrarme el día.

Tenía muchísimas ganas de estar con él, pero no podía hacerlo. Nuestros abogados nos habían dicho que no asistiéramos a ese acto, que era demasiado peligroso. Así que el día más importante de nuestras vidas, en lugar de tomarle la mano a mi esposo, estaba en casa jugando serpientes y escaleras.

Hasta le había hablado a mi abogado en la mañana.

—Voy a ir a la Corte disfrazada. Me pondré peluca si es necesario. Sólo necesito que mi esposo sepa que no está solo.

—No vayas —dijo—. Es un juicio abierto al público. ¿Crees que la gente no va a tratar de averiguar si su esposa está ahí? Si te veo, te saco a rastras yo mismo.

Olivia

Aquella mañana, Mia y yo nos hablábamos cada hora.

—No he oído nada —decía yo—. ¿Y tú?

—No —contestaba ella—. Pero el abogado prometió que me hablaría.

Mia

Al final, desconecté la televisión sólo para estar segura de que no me enteraría de la sentencia por ese medio. Necesitaba hablar con una persona de carne y hueso cuando anunciaran el veredicto.

Entonces sonó mi teléfono. Era Olivia. Su abogado acababa de contarle todo.

Olivia

Desde el instante en que se sentaron a la mesa de la cocina en Guadalajara y decidieron convertirse en informantes hasta el día en que entraron a la Corte para enterarse de su destino, Junior y Peter no habían dejado de ayudar al gobierno. De hecho, la mañana de la sentencia habían tenido una junta con los federales para discutir otra consignación sustituta de San Diego: la extradición de los hijos del *Mayo*, *el Mayito Gordo* y *el Mayito Flaco*. Firmaron esos papeles, seguidos de otros para la hermana de *la Puerca*, *la Patrona*.

Mia

Luego entraron a la Corte del juez Castillo, con uniformes de reos beige y el pelo rapado, y los recibieron los fiscales y sus agentes de la DEA asignados, que habían llegado en avión voluntariamente sólo para hablar a su favor. Llegaron en avión porque ahora estaban apostados en partes distintas del país. Peter y Junior no se habían visto casi en cinco años, y se abrazaron y lloraron al encontrarse. No habían esperado reunirse antes de salir de la cárcel.

Olivia

Fue un frenesí mediático, pero destacaron algunas mujeres mexicanas sentadas en primera fila, con miradas que les quemaban la nuca a los gemelos. Peter y Junior supusieron que eran parientas de gente contra la que habían cooperado, pero nunca se dieron la vuelta para asegurarse.

Mia

Los fiscales comenzaron ofreciendo un recuento entero de los crímenes y de la

cooperación de Peter y Junior, desde las sesenta toneladas de cocaína mínimas que habían traficado al pasar de los años en Chicago hasta el hecho de que su cooperación “no tuviera paralelo” en la historia de la ciudad pues había resultado en docenas de arrestos y condenas nacionales e internacionales. Aunque dijeran que su cooperación no era perfecta al cien por ciento, con atención especial a los doscientos setenta y seis kilogramos de cocaína que habían traficado sin avisarle al gobierno y al hecho de que habían arreglado que se recogieran las ganancias, de todos modos los inundaron de elogios.

Olivia

—Cooperaron en la cumbre de su empeño criminal —dijo el fiscal Mike, que había reemplazado a Tom luego de su renuncia—. Estos dos acusados son los cooperadores más valiosos que ha visto este distrito en el contexto de un caso relacionado con drogas, y además, su señoría, en el contexto de lavado de dinero internacional relacionado con cargos por narcotráfico.

Luego dio detalles:

—Solía existir una empresa criminal masiva aquí en Chicago... Ya no más, y ellos son directamente responsables de que así sea.

Mia

Concluyó pidiéndole al juez una sentencia en o cerca del límite inferior del convenio de condena, argumentando que diez años sería lo mejor porque su cooperación había sido “sin precedentes, extraordinaria, histórica, incomprensible”, palabras que casi nunca usa un fiscal en una Corte federal. Un hombre que había pasado casi siete años trabajando sin tregua por procesar a Peter y a Junior prácticamente le rogó al juez que les tuviera compasión.

Olivia

Después, Junior y Peter se dirigieron al juez Castillo, por turnos. Junior fue primero, seguido de Peter. Atragantándose, los dos asumieron la responsabilidad total de sus crímenes, del daño que habían provocado y de poner en peligro a sus familias.

—Sé que mis actos merecen el castigo máximo —dijo Peter— y agradezco que el gobierno le haya pedido que tome en cuenta mi trabajo como cooperador.

Mia

Luego fue el turno de hablar del juez Castillo.

—Creo que de haber crecido en Chicago en otras circunstancias, ustedes, caballeros, probablemente habrían logrado mucho si hubieran respetado las leyes, porque son muchas cosas, pero no estúpidos.

Los llamó “los narcotraficantes más significativos que he tenido que sentenciar en veinte años en el estrado, y es mucho decir”, y no eludió el hecho de que sus crímenes fueran “devastadores” y “horrendos”.

Luego, el juez Castillo se detuvo, se quitó los lentes y los miró a los ojos. Sonando tan estricto como se esperaría de un juez que había llegado hasta donde él lo hizo, señaló que su cooperación era imperfecta, citando los doscientos setenta y seis kilogramos que habían traficado sin avisar a los federales. Admitió que aunque fuera terrible que hubieran perdido a su padre a causa de su cooperación, decenas de miles de personas habían perdido sus vidas a causa de las drogas. A causa de *sus* drogas.

Olivia

Entonces, el juez los sentenció a catorce años y les ordenó que entregaran más de tres millones y medio de dólares. Dijo que les habría dado doce, más cercano a la recomendación de la fiscalía de Estados Unidos, si no hubieran traficado esos doscientos setenta y seis kilos.

Los doscientos setenta y seis que tal vez nos salvaron la vida.

Mi abogado me mandó un pinche mensaje de texto con la noticia. Decía: “Catorce años, lo siento”. Cuando llamé a Mia de inmediato, perdió el control. Al decir que perdió el control, me refiero a que sólo pude oírla gritar y caer al piso.

Mia

Estaba devastada. No dejaba de pensar: *Esto no fue lo que planeamos. Esto no fue por lo que hicimos todo. Catorce años no fue por lo que arriesgamos nuestras vidas.*

Olivia

Casi por primera vez en mi vida, cerré la boca y oí sollozar a Mia. No dije nada.

Pero en mi mente estaba pensando: *¿Qué te molesta tanto? ¿No me has estado escuchando?* Llevaba siete años peleándome con el abogado de Peter, llamando obsesivamente al de Junior, gastando dinero en un abogado elegante de Manhattan y hasta recogiendo abogados en el aeropuerto para llevarlos a la cárcel de Junior. Todos esos kilómetros y esas horas y ese dinero, y todos me habían dicho lo mismo:

—Podrían darles dieciséis años.

Sin embargo, Mia y Peter habían actuado como si tuvieran los diez años garantizados. En cierto punto, Mia hasta había dicho:

—Creo que les van a decir que ya cumplieron.

—¡Estás loca! —disparé de vuelta—. Les van a dar dieciséis años, porque el abogado neoyorquino que contraté está seguro de eso. En serio tenemos que escuchar lo que nos dicen los abogados. Yo quiero diez años tanto como tú, Mia, pero estoy tratando de prepararte para que no te desmorones si sucede lo peor. Llevamos mucho tiempo consumidas por esto y hemos estado pensando con el corazón, no con la cabeza. Tenemos que ser lógicas.

Ni siquiera lo quiso discutir.

—No, ese abogado no sabe un carajo. Les van a dar diez.

Cada vez que hablaba con Mia, quería zarandearla. Sentía como si viviera en la Dimensión Desconocida. Todo lo que podía pensar era: *¿En qué planeta vives? ¿Qué le estás diciendo a mi cuñado? ¿Qué te está diciendo él a ti?*

Pero ese día, al teléfono, cerré el hocico. Ya no quería discutir, y sabía que necesitábamos estar cerca. Éramos todo lo que teníamos en el mundo, una islita juntas, sólo las dos. Sin importar lo diferente que opináramos de la sentencia ni cómo la afrontáramos, todo lo que podíamos hacer era tomarnos de la mano y salir juntas de ese desastre.

Mia

La parte más difícil fue recobrar la compostura para poder decírselo a la hija de Peter, Sofía. Estaba segura de que esperaba buenas noticias, y yo no sabía cómo anunciarle justo lo opuesto.

Decidí que todo lo que podía hacer era ser honesta y reconfortarla.

—Te queremos, cariño —dije—. Sé fuerte, por favor; esto va a acabar pronto.

Cuando el abogado de Peter me llamó esa tarde, me di cuenta de lo mucho que necesitaba una plática motivacional yo misma.

—No me voy a rendir —dijo.

—¿Qué? —le pregunté.

Estaba confundida de verdad; me sentía tan derrotada que me metí a la cama y esperaba quedarme ahí durante días.

—Me refiero a que voy a seguir luchando. Aún hay esperanza. Pero tú sigue apoyándolo. Es todo lo que puedes hacer. Sé la esposa que siempre has sido, la que él necesita que seas.

Tenía razón, y era tan cierto entonces como lo es ahora: ser una buena pareja es lo mejor que puedo hacer. Peter lo ha hecho por mí y yo voy a hacerlo por él.

Cuando Peter me llamó al día siguiente —literalmente en cuanto logró tener el

teléfono—, ni siquiera pudimos hablar. Sólo nos quedamos al teléfono y lloramos, sintiendo exactamente el mismo dolor. Por primera vez en la vida no pudimos animar al otro. Los dos nos sentíamos tan impotentes que comencé a preguntarme si mi abogado se había equivocado por completo. *¿Tal vez no haya esperanza?*, me preocupé. Luego logré pronunciar algunas palabras.

—Te amo muchísimo, Peter. Todo va a estar bien.

—Yo también te amo —dijo—. Y siento haberte decepcionado.

—No lo hiciste —contesté—. Siempre voy a estar orgullosa de ti.

Aunque Junior y Peter se hayan ido a cumplir sus sentencias, Olivia y yo nunca hemos dejado de sentirnos honradas por lo que hicieron. Sobre todo ahora que hemos visto que su cooperación ha tenido las mayores recompensas posibles.

Tumbar al *Chapo*

Olivia

Cuando el juez Castillo sentenció a Junior y a Peter, reconoció los riesgos que habían tomado, diciendo que aunque les estaba dando catorce años, de hecho tenían una sentencia de por vida.

—Ustedes y sus familiares —dijo— siempre tendrán que mirar por encima del hombro y dudar cada vez que estén en un vehículo y vean acercarse una motocicleta... si ésa es la motocicleta que les va a quitar la vida.

Mia

En ese entonces, esas palabras no eran un gran alivio. Pero ahora me doy cuenta de que no sólo dijo lo obvio: que lo que habían hecho Peter y Junior no era nada menos que poner sus vidas en riesgo. También estaba reconociendo a nuestros esposos —y por extensión a nosotras— como personas, no simplemente como criminales.

Olivia

Él, como cualquiera, se dio cuenta de que íbamos a vivir el resto de nuestras vidas en grave peligro. Y a causa de eso iban a llevar a Junior y a Peter a dos de las prisiones más seguras del país.

Mia

Bajo la sombrilla de la Agencia Federal de Prisiones hay una iniciativa poco conocida llamada Programa de Seguridad de Testigos. Creado para proteger a informantes que testifiquen contra narcotraficantes, terroristas, miembros del crimen organizado y otros criminales importantes, ahora sólo atiende a quinientos reclusos, que es menos de la mitad del uno por ciento de la población carcelaria de Estados Unidos.

Como normalmente están involucrados en investigaciones federales en curso, esos reclusos están salvaguardados con los más altos sistemas de seguridad y mantenidos en prisiones fuera de radar. Si hay el más mínimo riesgo contra ellos —ya sea del exterior o del interior—, los reubican a otra cárcel de inmediato. Sus identidades son secretas, sus familias normalmente están escondidas —como lo estaríamos nosotras— y, cuando los liberan, entran al Programa de Protección de Testigos y los protegen los alguaciles de Estados Unidos.

Olivia

Cuando Junior y Peter salieron de la Corte, los llevaron casi de inmediato a prisiones federales separadas para cumplir sus sentencias de catorce años. Sin embargo, les dieron crédito por seis años cumplidos, lo que significaba que debían cumplir ocho años más tras las rejas.

En este momento conviven con antiguos capos de la mafia, narcotraficantes, sicarios y secuestradores. Están rodeados de criminales organizados, así que en más de un sentido no es muy distinta de la vida que tenían antes, sólo que todos esos hombres ahora son testigos federales.

Mia

Su cooperación tampoco terminó cuando fueron a la cárcel. Han seguido trabajando con los federales y firmando papeles de extradición, que han llevado al arresto y la extradición de miembros de los cárteles, que incluyen al *Mayito Flaco*, *el Mayito Gordo*, Felipe *el Ingeniero* Cabrera Sarabia, Alfredo Vázquez Hernández (alias Alfredo Compadre), Tomás Arévalo Rentería, *la Puerca*, Guadalupe *la Patrona* Fernández Valencia (hermana de *la Puerca*) y *el Mencho*.

Junior incluso casi testificó en uno de los casos de narcotráfico más importantes de todos los tiempos: el juicio del *Mochomo*, en febrero de 2016.

Olivia

Antes de la fecha del juicio, el fiscal de Washington, D. C., visitó a Junior con Mike, porque querían que mi esposo fuera uno de los testigos principales. Había varios testigos más, pero la diferencia fue que Junior era ciudadano estadounidense y no sólo habla inglés, sino que de hecho traficó mil ochocientos kilos de cocaína, que recibió del *Mochomo*, a Washington. Con Junior en el estrado, los jurados iban a quedar asombrados de lo cerca de casa que habían golpeado las drogas del capo.

Yo no quería que mi esposo testificara, y se lo dije.

—Alguien podría matarnos a todos —argüí.

Me tomó en serio, pero fue firme.

—Liv —dijo—, podrían reducir mi condena por mi testimonio. Unos años más en casa con nuestros hijos sería un mundo de diferencia para ellos.

Así es Junior: no hay nada que no haría por estar ahí para sus hijos.

Pero mis peores miedos se volvieron realidad antes del juicio: se filtró la lista de testigos y mataron a familiares de dos de ellos. Una fue la esposa del *Chino Ántrax*, uno de los principales sicarios del *Chapo*, y el otro fue *Rey Zambada*, sobrino del *Mayo*. Es cierto que los dos homicidios sucedieron en México, pero yo sabía que los cárteles

podían cruzar la frontera con facilidad, así que no me sentía segura.

De todos modos, nada haría que Junior cambiara de opinión sobre testificar. Estaba decidido, y los fiscales de Washington y Chicago hasta le dieron instrucciones con el objetivo de prepararlo para el estrado.

Pero nunca sucedió. La mañana del juicio los abogados del *Mochomo* se enteraron de que Junior estaba en la nueva lista de testigos. Sospechamos que *el Mochomo* vio su nombre y se dio cuenta de que su caso estaba hundido, que sería un gol para los acusadores, así que admitió su culpa a finales de febrero de 2016 y en abril fue sentenciado a cadena perpetua.

Mia

Olivia me habló en abril de 2016 para contarme acerca de un caso de homicidio que acababa de ver en las noticias. Dijo que habían encontrado muertos, ejecutados, a ocho miembros de una familia de Ohio, en su casa rural. Los sicarios dejaron con vida a cuatro niños, incluyendo a uno de cuatro días de nacido, pero el resto fue una masacre. Las autoridades encontraron cientos de plantas ilegales de marihuana en la propiedad, y se sospechaba un vínculo con un cártel mexicano.

—Pobre familia —dijo—. Es una pesadilla.

—Sí —contesté—. Y no podemos permitir que eso nos pase a nosotras.

De todos modos, así era nuestra vida y aquella era una posibilidad real, sobre todo con la extradición de Joaquín Guzmán Loera, alias *el Chapo*, el hombre más buscado del mundo.

Olivia

Durante los primeros años que Junior estuvo en la cárcel a veces se ponía muy serio, me miraba y decía:

—Van a encontrar al *Chapo*.

—No hay manera —le decía—. Está muy bien escondido, es excesivamente poderoso.

Pero año tras año Junior insistía en que eso iba a cambiar. Me lo decía a mí, a los federales y a sus abogados. Nadie le creía, se reían y contestaban que nunca iba a pasar. Después de un rato, todo el mundo estaba tan harto de oírlo que le gritaban al mismo tiempo:

—¡Cierra el hocico!

Mia

Para mí *el Chapo* siempre había sido un fantasma. Cuando estábamos en México escuchaba conversaciones entre él y mi esposo y Junior, pero nunca lo conocí. Todo lo que sabía era que tenía un papel importantísimo en su negocio, y todas las conversaciones con él estaban llenas de personalidad y terminaban de forma bastante placentera. Si para mí era sólo una voz en la distancia, me imaginaba que para el mundo también era fantasmal. No había manera de que alguien lo agarrara.

Olivia

Pero, en efecto, el 22 de febrero de 2014 sucedió: la policía mexicana capturó al *Chapo* en un hotel de playa en Mazatlán.

Cuando nos enteramos Mia y yo, alguien podía haber levantado nuestras mandíbulas del suelo. Sabíamos que era casi increíble, pero en nuestra locura de vida todo era posible.

Sin embargo, cuando se asentó la noticia, todo el asunto nos destrozó los nervios. Fui a visitar a Junior ese fin de semana y nos sentamos a ver la televisión en la sala de visitas. *El Chapo* estaba en todos los canales, con las caras de Junior y Peter exhibidas junto a la suya. Cada vez que el guardia cambiaba de canal, ya fuera la emisora en español o CNN o lo que fuera, se veía lo mismo.

Era aterrador, y al estar ahí temblando, tomada de la mano de Junior, pensé otra vez: *Mi vida ha sido un infierno desde la noche en que nos sentamos a la mesa de la cocina y decidimos cooperar. Y es interminable. ¿En serio valió la pena todo el estrés y la angustia por esto?*

Mia

Luego, el 11 de julio de 2015, *el Chapo*, como Houdini en persona, se escapó de su celda por un túnel de kilómetro y medio enterrado bajo su regadera que llevaba a una casa cercana. Yo estaba de visita con Peter al día siguiente, un domingo, cuando un guardia se acercó a la mesa en la que estábamos jugando con nuestros hijos.

—Lo siento —dijo—, voy a tener que cancelar su visita.

—¿Por qué? —preguntó Peter, asombrado—. Esto no ha pasado en años.

—Se fugó *el Chapo*. Tenemos que encerrarlo por seguridad. Y nos preocupa que los prisioneros comiencen un motín.

Se me hundió el corazón. Le di un beso de despedida a Peter y me escoltaron afuera de la prisión. En cuanto percibí el aire frío sobre mi piel, me sentí perdida. Como era de esperarse, ese miedo a lo desconocido que me había acechado durante años, volvió.

No hablé con Peter durante casi una semana, pero veía su cara en las noticias y me rompía el corazón. Lo único que podía pensar era: *Lo que más quiero es hablar con él*

de esto, pero no podía. Entonces le hablaba a su abogado, que me reconfortaba y decía muchas cosas útiles, pero de todos modos no sabía qué saldría de esa situación.

Olivia

Yo también le hablé a mi abogado, quien mencionó que Junior y Peter iban a tener que testificar contra *el Chapo*.

—Por eso quizá sea hora de que entren al Programa de Protección de Testigos —dijo.

Eso era lo último que queríamos hacer con Junior y Peter todavía encarcelados, así que no estaba convencida de la opinión de mi abogado.

—Si lo hacemos, no habrá garantía de que podamos estar cerca de ellos —dije.

—Sería sensato —contestó.

Por primera vez comencé a tener la desagradable sensación de que podría tener razón.

Mia

La seguridad siempre nos preocupa. Olivia y yo tenemos docenas de correos electrónicos cada una: uno para los maestros de nuestros hijos, otro para nuestras familias, y uno más para escribirnos entre nosotras sobre este libro. Cuando le hablamos a la compañía de cable para reportar un problema tenemos que recordar qué teléfono les dimos. Hasta contratamos detectives privados cada tantos meses para asegurarnos de que no haya rastro de nosotras por ahí.

Durante las semanas después del escape del *Chapo*, Junior y Peter estuvieron en todas las noticias, comenzaron a salir testigos de debajo de las piedras y se esparció la nueva del caso. La gente comenzó a tocar narcocorridos que describían lo que los cárteles les harían a Junior y a Peter si los encontraban. Empezaron a amenazar a nuestras familias en *blogs*. Tipos cualquiera que no habían sabido quién era *el Chapo* la mayor parte de sus vidas usaban playeras y gorras con su cara, y la gente se disfrazaba de él en Halloween. Me daban asco. No podía creer que la gente considerara al hombre más peligroso del mundo —que había matado a una cantidad obscena de personas, muchas inocentes— una celebridad.

Ni hay que decir que todo eso nos puso en un gran riesgo a Olivia y a mí. En 2014 nos sentimos más expuestas que nunca.

Olivia

El Chapo estuvo en una cárcel mexicana la mayor parte de 2014. Yo había estado en

prisión en México, y créanme, sus instalaciones son diferentes a las de las cárceles estadounidenses. Alguien como *el Chapo* podía tener todo lo que quisiera. Dinero, su negocio, hasta mujeres. En Guadalajara solíamos vivir cerca de un capo llamado Ernesto Caro Quintero, y nuestros vecinos decían que había regresado a casa desde la cárcel cada fin de semana.

Mia y yo sabíamos que le iban a ayudar al *Chapo* mientras estuviera encerrado, y por eso no nos sorprendió nada que escapara.

Mia

El Chapo se salió por un hoyo en el suelo de su regadera un viernes por la mañana a mediados de julio de 2015. Ese fin de semana, Olivia y sus hijos estaban en la ciudad para visitarme a mí y a Peter, y al principio pensamos que era una farsa.

Luego, otra vez, comenzamos a ver las caras de Junior y Peter en las noticias, y nuestras vidas se convirtieron en un circo de tres pistas.

Olivia

—¿Qué vas a hacer? ¡Está allá afuera! —gritó Mia.

—Vamos a estar bien —dije—. Llevamos mucho tiempo viviendo esta vida. Llevamos años y años manteniéndonos a salvo.

Siempre me gusta edulcorar todo, y no quería que Mia se preocupara por nosotras, pero la verdad era que las dos estábamos aterradas. *El Chapo* había descubierto exactamente qué habían dicho nuestros esposos durante su cooperación. En el mundo de las drogas, la traición es la sentencia de muerte máxima, y nos estábamos volviendo locas sólo de pensarlo. Era como si nos hubiéramos vuelto prisioneras de nuestras propias mentes.

Mia

No dejamos de sentirnos así hasta que las fuerzas especiales de la marina mexicana lo capturaron en el noroeste de Sinaloa el 8 de enero de 2016, tan sólo seis meses después.

Más tarde, Peter y Junior firmaron sus papeles de extradición, lo que nos destrozó los nervios. No dejaba de pensar: *Cuando los abogados del Chapo los reciban y vea las firmas de Junior y Peter, va a perder la cabeza*. El daño estaba hecho, y todos esperamos nerviosos.

Olivia

Poco más de un año después, el 19 de enero de 2017, extraditaron al *Chapo* a Estados Unidos. Al día siguiente se declaró inocente a diecisiete consignaciones, y en este momento está en confinamiento solitario en el CCM de Manhattan.

Si *el Chapo* va a juicio, Junior y Peter serán los testigos estelares en su contra, y sus conversaciones grabadas serán la evidencia irrefutable necesaria para condenarlo con todo el peso de la ley.

Mia

Por eso, Liv y yo pensamos mucho y en serio acceder al Programa de Protección de Testigos. Ahora no tenemos otra opción más que entrar en ese siguiente capítulo de nuestras vidas. Pensábamos que podríamos esperar hasta que liberaran a nuestros esposos de la cárcel, pero, como madres, debemos protegernos a nosotras y a nuestros hijos de la dura realidad a la que nos enfrentamos.

El Chapo viviendo en suelo estadounidense es muy distinto a que esté escondido en México. Algunos de sus hijos radican en Estados Unidos, y nuestros esposos van a ser los testigos estelares en su contra. ¿Cómo sabemos que no nos va a pasar nada antes de eso?

Olivia

Como Peter y Junior son los únicos que han logrado grabar al *Chapo*, el caso que estaban armando en Chicago era el más sólido. Pero supongo que los fiscales neoyorquinos lucharon un poquito más duro para llevárselo allá. Mike trabajó como loco en ese caso desde 2008, y creíamos que se lo merecía más que nadie. Su tiempo y su atención eran increíbles: él y su equipo invirtieron sangre, sudor y lágrimas en atrapar al *Chapo*, y si alguien se sabe el caso por delante y por detrás, es la oficina de Chicago.

La verdad del asunto es que nos aterra que *el Chapo* esté en cualquier parte de Estados Unidos. Cuando extraditaron a Vicente, estábamos fuera de nuestros cabales de miedo. Pensar que *el Chapo* está aquí provoca un sentimiento de miedo mucho, mucho más profundo.

Mia

Nuestros esposos son los que entamaron al *Chapo*, y su gente quiere venganza. Los cárteles mexicanos albergan a los individuos más violentos y despiadados del mundo. La gente en la cima sólo piensa en ganar dinero y tener poder, y harán lo que sea para conservarlo.

Olivia

Nuestros esposos pensaban distinto. No creían que valiera la pena perder la vida por ese mundo. Querían entregar a sus hijas en el altar y ver a sus hijos convertirse en hombres extraordinarios. Ya no creían en la vida del cártel, y nosotras tampoco. Pero *el Chapo* sí, y por eso él —y no nuestros esposos— va a morir tras las rejas.

Epílogo

Olivia

Durante los últimos ocho años he estado en la cuerda floja entre mi pasado y mi futuro. En 2008 mi vida en México era espléndida. Ahora tengo una vida sencilla. En el Programa de Protección de Testigos, Junior y yo no sabemos qué nos deparará el futuro, pero nos tendremos el uno al otro y a nuestros hijos, y eso es lo que realmente necesitamos.

Mia

En el pasado la vida se trataba de vivir y amar cada instante. Ahora paso mucho tiempo mirando hacia adelante y esperando. Los últimos ocho años he estado aguardando a que mi esposo me llame, firme su convenio de condena o reciba sentencia. Ahora estamos esperando a que liberen a Peter y a Junior, lo que sucederá a más tardar en 2021.

Olivia

En 2021 Benjamin y Bella habrán terminando la secundaria, y Blake estará apunto de empezarla. Brandon pensará conseguir su licencia de conducir y comenzará a elegir una universidad. Aunque apenas sea un chiquillo, dice que quiere ir a Harvard. No nos sorprende ni a mí ni a Junior: todos los días le decimos que creemos en él, y que puede ser lo que quiera ser.

Pero lo que ha resultado de la última década es que nunca conocerá el narcotráfico, porque lo escudamos de esa vida.

Mia

Por medio de deportes, buenas escuelas que les enseñen moral y ética, y actividades normales como jugar Minecraft o ir al parque de trampolines en sus cumpleaños, Olivia y yo tratamos de dar a nuestros hijos toda la estabilidad posible. Más que eso, queremos demostrarles que tienen opciones y elecciones que sus padres nunca tuvieron: cuando Peter y Junior iban a la primaria, sacaban la marihuana de los tanques de gasolina de los autos, y cuando estaban en la prepa, fundaron un multimillonario negocio ilegal. Las drogas eran todo lo que conocían. Queremos que nuestros hijos sean chicos normales y entiendan que hay todo un mundo allá afuera.

Olivia

Aunque tratemos de que sus vidas se sientan tan estables y rutinarias como las de cualquier chico, no queremos que crean que la cárcel es un lugar “normal”. Claro que es donde vive su papá ahora, pero eso no será para siempre.

Sin embargo, como Brandon tiene casi diez años y recuerda cuando Junior vivía con él, ha sido difícil. Entiende que hubo un antes y un después, y a veces le cuesta trabajo conciliar los dos.

Por ejemplo, hace dos años visitamos a Junior, como hacíamos cada semana.

Entramos y fuimos a la sala de juegos de la cárcel, y mientras Brandon empezaba a jugar con Legos, Junior, Benjamin y yo nos pusimos al corriente. Por el rabillo del ojo vi a Brandon construyendo algo que parecía un corral, y al poner algunos animales de plástico dentro habló, con cara de estar un poco avergonzado:

—Papi, mira lo que hice.

—¿Es un zoológico?

—No —susurró—. No te puedo decir lo que es. Es una grosería.

Junior lo reconfortó.

—Está bien, nene. Me lo puedes decir.

Brandon se acercó a su papá y le susurró al oído:

—Es la cárcel.

Cuando recobré la compostura y digerí lo que acababa de decir, pregunté:

—¿Dónde aprendiste esa palabra?

—En Bob Esponja.

—¡No quiero que vuelvas a ver Bob Esponja nunca! —dije, conmovida.

Pero no debí haberlo hecho. Por mucho que trate de protegerlo y mantenerlo en una burbuja, ya no es un niño ingenuo. Está aprendiendo a aceptar la realidad y a comprender lo que hace distinta su vida.

Este año Junior le habló de lo que es la cárcel.

—Estoy aquí porque tomé malas decisiones —dijo—. Y tengo que pagar por mis errores. Pero tú, hijo, vas a aprender de ellos y tomarás mejores decisiones. Eres un buen niño con un gran corazón. Eres superlisto, y sé que me voy a sentir orgulloso de ti porque serás una gran persona.

Como quiere a su papá incondicionalmente, Brandon no lo va a decepcionar. Estoy segura.

Mia

No podemos mentir a nuestros hijos sobre la realidad de sus vidas. Cuando Bella y Blake estén listos para preguntar por qué su papá está en la cárcel, y yo crea que ya tengan edad para entenderlo, se los explicaré lo más amablemente posible. De hecho, ya tuve

que hacerlo.

El año pasado Bella le dijo a una amiga que su papá vive “en una jaula”. Como su amiga se mostró preocupada, Bella volvió a casa y me contó lo que había dicho. Pensé en la situación y traté de explicarle lo que eran los secretos.

—Bella —dije—, en nuestra familia no guardamos secretos. Tratamos de decírnos todo. Pero la familia es la familia, y lo que pase en nuestra casa y lo que pase en nuestra familia tiene que quedarse entre nosotros.

Explicar eso a mi niñita me rompió el corazón, pero fue por su propia seguridad. Ahora, cuando sus amigos le preguntan qué hace su papá, dice: “Ah, vive en otra ciudad”. No siente que esté mintiendo porque, fuera de nuestra familia, sabe que no tiene que decirle a todo el mundo nuestros secretos.

Olivia

Pero hay cosas con las que no podemos irnos por las ramas. Mia y yo nos hemos mudado más de cinco veces en ocho años, y tenemos que ser honestas con nuestros hijos y decirles que vamos a conseguir una casa nueva porque su papá también se mudará. Nos duele tener que seguir haciendo pasar a nuestros hijos por esto, pero por suerte están acostumbrados al cambio, así que cuando les buscamos escuelas, doctores y equipos de deportes nuevos, lo ven como una aventura. Son buenos haciendo amigos, y ver a sus papás todos los fines de semana los hace felices. De hecho, suelen creer que sus papás son los buenos, porque nosotras estamos en casa diario, obligándolos a limpiar su cuarto e irse a la cama a tiempo.

Mia

Bella y Blake son chicos geniales. Es sorprendente lo corteses, felices y bien educados que son. La única queja que tengo es que se pelean conmigo porque no los dejo usar sus iPads de lunes a jueves. Aparte de eso, no puedo decir que todo esto los haya afectado, sólo que extrañan a su papá.

Olivia

Vivir con miedo es una maldición. No puedes dormir, y saltas de la cama ante el más mínimo ruido. Constantemente miras por la ventana. No contestas el timbre cuando suena, y estás tan paranoica que siempre te duele el estómago. No confías en nadie, y mantienes tus conversaciones con los vecinos al mínimo. Evitas las pláticas, porque lo último que quieres es que alguien descubra quién eres. A veces ni siquiera dejas que tus hijos jueguen afuera, porque te da miedo que les pase algo. Como vivo tan asustada, he

sufrido ataques de pánico que me hacen sentir como si me fuera a morir.

Mia

Por suerte, escribir este libro ha ayudado a superar ese terror. Desde que comenzamos a redactarlo he tenido muchas altas y bajas y a veces sentí que estaba reviviendo mis pesadillas. Este libro me llevó a lugares que creía que había dejado en el pasado y en los que nunca tendría que volver a pensar. Aunque haya llorado y sentido enojo, escribir este libro tal vez sea una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Me trajo buenos recuerdos con mi esposo que eclipsaron los malos momentos, y me permitió dejar ir emociones negativas que tenía enterradas en el corazón.

Con ayuda de este libro he aprendido a vivir para el presente. Era culpable de desear y esperar que los años pasaran volando, hasta que un día vi a mis dos hijos crecer ante mis ojos. Ahora he aprendido a saborear el momento a pesar de las circunstancias y me doy cuenta de que tengo más de lo que nunca habría creído: un esposo al que adoro y amo, e hijos maravillosos que le dan sentido a mi vida. Tengo todo lo que podría pedir una mujer; sólo tuve que pasar por tiempos oscuros para llegar a la luz.

Olivia

Al escribir este libro he aprendido que a veces una tiene que mirar hacia atrás para avanzar. Como la mayoría de la gente, no quiero vivir en el pasado. Quiero dejarlo muy atrás, aprender de él y progresar.

Escribir este libro fue lo más difícil que he hecho en mi vida porque me obligó a afrontar los miedos y la vergüenza de mis decisiones pasadas. Revivir momentos bochornosos fue muy difícil para mí, pues a veces sentía que no me reconocía. Pero tuve que mantenerme fiel a mí misma. Para hacerlo, debí ser totalmente transparente y brutalmente honesta. Ahora creo que enfrentar y afrontar mis miedos me ha preparado para enfrentar mejor mi futuro.

Durante mi travesía he aprendido mucho de mí misma. No me arrepiento de mi vida, y estoy segura de que mi pasado no me define. Por medio de la dolorosa lucha que he librado he ganado sabiduría de muchas lecciones de la vida que me forjaron como la persona que soy en la actualidad. Ahora soy una mujer más resiliente y más fuerte, una madre mejor y una esposa más amorosa. En esta travesía del ser me di cuenta de lo que importa en mi vida: mi familia.

Crecí en una familia que me dio cariño incondicional y me mostró que estar con ella es todo lo que necesito en la vida. A pesar de provenir de un buen hogar, tomé decisiones equivocadas y me perdí en el camino. Cuando Junior entró a mi vida, suavizó mi corazón y me enseñó a amar correctamente. Yo le enseñé el verdadero significado del

cariño y la familia. Por no querer perder a su familia, prefirió cambiar de vida. Hizo el máximo sacrificio por nosotros y gracias a él nuestros hijos tendrán un futuro mejor. Cuando Junior vuelva a casa, mi vida cerrará el círculo, y les daremos a nuestros hijos la sencillez del amor y la familia.

Al final, soy optimista y creo que cuando nuestros hijos lean este libro les ayudará a entender y a apreciarnos a Junior y a mí. Espero que las decisiones que tomamos y los sacrificios que hicimos algún día se reflejen en nuestros hijos, y que podamos ofrecerles una vida muy distinta a la que al principio elegimos vivir. Espero que entiendan que, con malas y buenas decisiones, tuvimos el valor y el cariño para cambiar de vida y hacer lo correcto. Junior y yo deseamos más que nada que se conviertan en mejores personas que nosotros. Queremos verlos ir a la universidad, sacar sus títulos y hacer del mundo un lugar mejor. Y si todo sale bien, algún día comprenderán que todo lo que pasamos fue por ellos.

Enero de 2017

Fuentes

Capítulo 1: Olivia

Tanvi Misra, “Why Chicago Is Still the No. 2 U.S. City for Mexican Immigrants”, *The Atlantic*, Citylab, 9 de octubre de 2014, <http://www.citylab.com/housing/2014/10/why-chicago-is-still-the-2-us-city-for-mexican-immigrants/381304/>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 3: Junior

Annie Sweeney y Jason Meisner, “A Dad’s Influence: How the Flores Twins Learned the Drug Trade at Home”, *Chicago Tribune*, 7 de mayo de 2015, <http://www.chicagotribune.com/news/ct-father-flores-brothers-met-20150507-story.html>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 5: Empieza lo rudo

Annie Sweeney y Jason Meisner, “How Twins from Little Village Rose to Win the Trust of Drug Kingpin *el Chapo*”, *Chicago Tribune*, 28 de marzo de 2015, <http://www.chicagotribune.com/news/ct-flores-brothers-drug-cartel-met-20150327-story.html>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Annie Sweeney y Jason Meisner, “A Dad’s Influence: How the Flores Twins Learned the Drug Trade at Home”, *Chicago Tribune*, 7 de mayo de 2015, <http://www.chicagotribune.com/news/ct-father-flores-brothers-met-20150507-story.html>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Sun-Times Staff, “Final Round: Cartel Twins vs. Cop-Backed Kidnapper”, *Chicago Sun-Times*, 15 de abril de 2016, <http://chicago.suntimes.com/news/final-round-cartel-twins-vs-cop-backed-kidnapper/>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 7: Guadalajara

Duncan Tucker, “The City of Guadalajara Is the Money Laundering Capital of Mexico”, *Vice News*, 14 de junio de 2015, <https://news.vice.com/article/the-city-of-guadalajara-is-the-money-laundering-capital-of-mexico>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Juan Montes, “Deadly Mexican Cartel Rises as New Threat”, *Wall Street Journal*, 15

de mayo de 2015, <http://www.wsj.com/articles/deadly-mexican-cartel-rises-as-new-threat-1431509401>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 9: El Chapo

Michelle Garcia, “Court Docs Raise Questions about Mexico Sinaloa Cartel Narrative”, *InSight Crime*, 12 de noviembre de 2013, <http://www.insightcrime.org/news-analysis/zambada-trial>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 15: “Esto está yendo demasiado lejos”

Charles Bowden, “Mexico’s Red Days”, *GQ*, 30 de junio de 2008, <http://www.gq.com/story/juarez-mexico-border-murder-drug-war>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Jason Meisner, “Chicago Brothers Detail How Mexican Cartel Moved Cocaine by Jets”, *Chicago Tribune*, 11 de noviembre de 2014, <http://www.chicagotribune.com/news/ct-mexican-cartel-cocaine-transportation-met-20141110-story.html>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 26: Esposas en guerra

US Attorney’s Office, “Three Alleged Mexican Drug Cartel Leaders and Twin Brothers Who Ran Chicago-Based Distribution Crew among Dozens Indicted in Chicago as Part of Coordinated Strike against Drug Traffickers”, FBI.com, 20 de agosto de 2009, <https://www.fbi.gov/chicago/press-releases/2009/cg082009.htm>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 28: Arrestos

Steve Schmadeke, “Six Charged in Elaborate DEA Operation”, *Chicago Tribune*, 23 de abril de 2009, http://articles.chicagotribune.com/2009-04-23/news/0904221240_1_cocaine-drug-dealers-drug-enforcement-administration-sting. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 30: La sentencia

Jason Meisner, “14 Years for Chicago Brothers Turned Informants in Takedown of Cocaine Cartel”, *Chicago Tribune*, 27 de enero de 2015, <http://www.chicagotribune.com/news/local/breaking/ct-flores-brothers-cartel-sentencing-met-0128-20150127-story.html>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Capítulo 31: Tumbar al Chapo

BBC News, “*El Chapo*: Mexico to Extradite Drug Lord to US ‘by February’ ”, *BBC News*, 16 de octubre de 2016, <http://www.bbc.com/news/world-latin-america-37663107>. Consultado el 8 de noviembre de 2016.

Agradecimientos

De Mia

Les debo muchísimo a mis niños hermosos, Bella y Blake, que son el centro de mi universo, y representan lo mejor de mí, y un poco más. Como su madre, los traje a este mundo, pero ustedes me dieron vida. Son mi verdadera felicidad, y estoy muy orgullosa de ser su mamá. Los quiero a los dos.

Sofía, te quiero muchísimo, y ha sido un privilegio estar en tu vida y verte florecer hasta convertirte en una hermosa señorita.

Mis maravillosos mamá y papá me han querido a lo largo de toda mi vida, y me han ofrecido el modelo de lo que es dar todo por los hijos. Los quiero a ambos tremendamente.

A mis dulces hermana y hermano: siempre voy a estar aquí para ustedes. Gracias por toda su comprensión. Los dos son maravillosos, y estoy muy orgullosa de ser su hermana.

Al resto de mi familia, gracias por su cariño, su compañerismo y sus palabras de sabiduría y apoyo. Todos son de lo mejor.

Gracias infinitas a mi familia política, que me aceptó en su seno, superaron los tiempos difíciles y se mantuvieron cercanos durante todo el trayecto. Nunca olvidaré los buenos momentos que pasamos. Gracias a mi suegra y a mi suegro por traer al mundo al amor de mi vida. Sólo gracias a ustedes, mis hijos y yo estamos bendecidos con el mejor hombre. Prometo cuidarlo y amarlo el resto de mi vida.

Las gracias más profundas a mi cuñado por todos sus sacrificios. Junior, te quiero y te admiro, y nunca olvidaré todo lo que has hecho por nosotros.

Olivia, gracias por esta travesía increíble. Siempre hiciste soportable lo insostenible, los días normales especiales y los mejores días un poco más dulces. Gracias por tu amistad y tu dedicación. Te quiero.

De Olivia

Brandon y Benjamin, ustedes son los hijos que siempre soñé tener. Por ustedes me esfuerzo día a día para ser una madre mejor. Cuando su papá y yo decidimos cambiar de vida, nunca pensamos lo mucho que tendrían que sacrificar. Perdón por todo el dolor que han padecido. Esperamos que entiendan que todo lo hicimos por ustedes, para que nuestra familia pudiera tener una vida normal y porque ustedes merecen un futuro mejor. Son chicos realmente maravillosos que se convertirán en hombres extraordinarios algún día, y saber eso hace que todo esto valga la pena. Estaré a su lado para siempre, para guiarlos y mantenerlos a salvo. Espero que nos perdonen y que entiendan que su papá y

yo los queremos y estamos dispuestos a hacer lo que sea por ustedes.

Xavier, no hay palabras para describir el cariño que te tengo. Perdón por todo lo que has pasado. Por culpa de mis decisiones, tuviste una vida dura. Me asombra ver al hombre en el que te has convertido. Eres todo lo que una madre espera de su hijo. Eres listo y compasivo, y tienes un alma hermosa. Puedo caminar con la frente en alto gracias a ti. Me has hecho sentir orgullosa y me has bendecido en muchos sentidos. Para tus hermanos y tus hermanas eres la verdadera definición de un modelo a seguir.

Samantha y Sasha, las quiero. Gracias por compartir a su papá conmigo. Son las hijas que siempre deseé y han traído muchísima felicidad a mi vida. Siempre estaré aquí para quererlas y apoyarlas. Han sido hijas y hermanas maravillosas. Sin ustedes nuestra familia no estaría completa.

A mis cariñosos padres: no sé si vayan a leer esto. Si lo hacen, sé que va a ser difícil. Perdón por decepcionarlos. Ésta es mi historia, mi vida, y me disculpo por toda la angustia que les he causado. A lo largo de todo el trayecto me han dado cariño y apoyo incondicionales. Soy una mejor hija, madre y esposa gracias a la marca que han dejado en mí y a la moral y los valores que me inculcaron.

A mi hermosa hermana: me has protegido y me has cuidado y siempre has estado a mi lado. Nunca me has juzgado, siempre me has dado el mejor consejo y me has bendecido con tu sabiduría. Siempre te he admirado, y agradezco de por vida tu cariño y tu amistad.

Peter, gracias por poner a nuestra familia primero. Admiro tu fuerza y tu valor, y todo lo que tienes que soportar nunca lo olvidaré. Gracias por ser un gran amigo; significas muchísimo para mí; te quiero sinceramente.

Mia, eres mi mejor amiga. Gracias por estar ahí cuando necesitaba fuerzas, aliento y tan sólo un hombro para llorar. ¿Quién me entiende más que tú? No hay mucha gente que pueda comprender por lo que pasamos, y me alegra mucho tenernos la una a la otra. No podría haber sobrevivido a esto sin ti.

Finalmente, a mi familia política: han viajado por esta vía con nosotros, y su vida se ha visto afectada en muchos sentidos por esa circunstancia. Sé que ha sido difícil. Hemos pasado muchísimas cosas juntos, y de todos modos nos han abierto su corazón y han estado ahí para nosotros. Sin importar lo que pase, siempre seremos familia. Suegra: gracias por ser tan dulce, amable y cariñosa. Te quiero y siempre voy a estar aquí para ti.

De Mia y Olivia

Un agradecimiento especial a nuestros lectores. Después de leer este libro, tal vez tengan opiniones distintas e incluso nos juzguen, pero deben saber que todos nuestros errores tan sólo son los ingredientes que nos convirtieron en las esposas y las madres que somos ahora. La gente como nosotras no tiene la oportunidad de mostrar al mundo que somos

humanas como todos los demás. Lloramos cuando nos lastiman, reímos cuando estamos contentas y queremos a nuestra familia igual que ustedes. Esperamos que entiendan nuestro mensaje: que la vida que alguna vez tuvimos no define quienes somos ahora. Al leer este libro han presenciado a una familia dispuesta a superar los obstáculos más duros por la oportunidad de vivir una vida simple y hermosa juntos.

A nuestro abogado y a su esposa: gracias por no juzgarnos y por creer en nosotras. Nos abrieron las puertas y este libro no sería posible sin ustedes. Siempre han dado un esfuerzo extra y han velado por nuestros intereses. Gracias por ser nuestros amigos.

Gracias a los abogados penales de nuestros esposos por todo el trabajo duro que han hecho estos años, y que continúa. Por recibir nuestras llamadas a todas horas y contestar nuestras interminables preguntas, estamos muy agradecidas. Sí, somos difíciles, pero esperamos que ahora lo comprendan. Estamos seguras de que muchos no habrían tomado el caso. Estamos agradecidas con los dos, sobre todo con Joe, que se puso en peligro para estar ahí para sus clientes. Han dedicado tiempo que le quitaron a su familia y gastado muchísima energía luchando por nosotros. Siempre estaremos en deuda con ustedes.

Gracias a todos los involucrados en la producción de este libro. Viniendo de donde venimos, nunca creímos que tendríamos la oportunidad de publicar la historia de nuestras vidas. Nos sentimos honradas y privilegiadas de estar rodeadas de gente tan sabia e inteligente. Todos ustedes vieron más allá de los estereotipos y nos tomaron por quienes somos. Nunca creímos que recibiríamos comentarios y encomios tan conmovedores y profundos. Siempre tendremos en alta estima sus palabras.

A nuestros agentes de cine y televisión: gracias por creer que nuestra historia debía estar disponible para el mundo, y por darnos la oportunidad de llevar nuestro proyecto al siguiente nivel. ¡Tenemos un equipo genial!

Nos avergüenza nuestra vida pasada, pero no podríamos estar más orgullosas de la decisión que tomamos. Escribir este libro fue una de las cosas más difíciles que hemos hecho, y muchas veces llegamos a pensar en desistir. Pero nos dimos cuenta de que si esto podía cambiar la vida de alguien, valdría la pena. Queríamos hacer algo positivo y con suerte inspirar a alguien que esté llevando este estilo de vida. Han sufrido muchas familias y muchos niños, y si todos pensarán en la gente a la que más quieren, también cambiarían de vida y terminarían con los muchos peligros que las drogas representan para el mundo. Estamos extremadamente descorazonadas y entristecidas por el problema de las drogas. Muchísimas personas son adictas y mueren por ello, por lo que esperamos sinceramente que las difíciles decisiones de nuestros esposos hayan tenido impacto en el fin de esta epidemia.

La vida de Olivia es un testimonio del hecho de que se pueden superar el tormento y la miseria de una relación abusiva. Ha vivido y sobrevivido a este tipo de relaciones. Por

eso esperamos que nuestra historia empodere a las mujeres y les dé la fuerza que necesitan para quererse y valorarse y para encontrar el amor verdadero como nosotras lo hicimos.

Gracias, lector, por permitirnos contarte nuestra historia.



Vivieron en la riqueza más exuberante y en el terror más absoluto. Forjaron familias de ensueño y envenenaron a miles de personas. Construyeron un imperio binacional y luego lo atravesaron corriendo por sus vidas. Fueron socios de Joaquín el *Chapo* Guzmán, y se convirtieron en la pieza clave para que cayera.

La historia de los gemelos Peter y Junior Flores resume todo lo alucinante y bárbaro del narcotráfico. En esta obra, sus esposas relatan con un detalle inaudito la carrera criminal de sus maridos, desde sus orígenes en Chicago; cuentan los episodios más insólitos de sus vidas en común, delinean las redes de corrupción que campean a ambos lados del río Bravo y explican por qué sus compañeros decidieron colaborar con el gobierno estadounidense justo cuando gozaban de un poder gigantesco.

«Aunque nosotras los conocíamos —y conocemos— como los hombres dulces, cariñosos y corteses que nos trataron siempre con amor y respeto, la ley los tiene como los narcoinformantes más importantes de la historia de Estados Unidos.»

—De la introducción

OLIVIA Y MIA FLORES son testigos protegidos del gobierno de Estados Unidos. En este libro relatan, a dos voces, la historia completa de sus familias, de las redes de narcotráfico que sus esposos tejieron y cómo decidieron abandonar la venta de drogas en busca de tranquilidad y, tal vez, redención. *Las esposas del cártel* es una historia de amor al mismo tiempo que una brillante descripción, desde adentro, del brutal mundo del crimen organizado, de las complicidades que le permiten sobrevivir y de la operación policiaca que terminó con la captura del capo más buscado del mundo.

Las esposas del cártel

La historia real de la familia que derrumbó al *Chapo* Guzmán

Título original: *Cartel Wives*

Primera edición digital: noviembre, 2017

D. R. © 2017, Mia Flores

D. R. © 2017, Olivia Flores

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,

Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © 2017, Hugo López Araiza Bravo, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada de Grand Central

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-316-017-9

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



!

[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Tangram. Ediciones Digitales

Índice

Elenco de personajes principales

Introducción

Primera Parte EL SUEÑO AMERICANO

1. Olivia
2. Mia
3. Junior
4. Peter
5. Empieza lo rudo

Segunda Parte INTERMEDIARIOS

6. San Juan
7. Guadalajara
8. La máxima traición
9. *El Chapo*
10. Rescatando a Peter

Tercera Parte DEMASIADO ADENTRO

11. Sinaloa
12. En lo próspero y en lo adverso
13. Margarito Senior
14. La cumbre de sus carreras

- 15. “Esto está yendo demasiado lejos”
- 16. El incidente del téibol
- 17. Hora de actuar o morir

Cuarta Parte INFORMANTES

- 18. No hay promesas
- 19. Los federales
- 20. Grabaciones, redadas e incautaciones
- 21. La cuenta regresiva
- 22. Rendición
- 23. Cruzar la frontera

Quinta Parte EL PURGATORIO

- 24. Chicago
- 25. Alabama
- 26. Esposas en guerra
- 27. Decomiso
- 28. Arrestos
- 29. Gran jurado y acuerdos de culpabilidad
- 30. La sentencia
- 31. Tumbiar al *Chapo*

Epílogo

Fuentes

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

Índice

Las esposas del cártel	4
Elenco de personajes principales	8
Introducción	16
PRIMERA PARTE. EL SUEÑO AMERICANO	22
1. Olivia	24
2. Mia	35
3. Junior	42
4. Peter	53
5. Empieza lo rudo	60
SEGUNDA PARTE. INTERMEDIARIOS	74
6. San Juan	76
7. Guadalajara	92
8. La máxima traición	99
9. El Chapo	108
10. Rescatando a Peter	118
TERCERA PARTE. DEMASIADO ADENTRO	127
11. Sinaloa	129
12. En lo próspero y en lo adverso	137
13. Margarito Senior	146
14. La cumbre de sus carreras	158
15. “Esto está yendo demasiado lejos”	170
16. El incidente del téibol	179
17. Hora de actuar o morir	195
CUARTA PARTE. INFORMANTES	205
18. No hay promesas	207
19. Los federales	213
20. Grabaciones, redadas e incautaciones	219
21. La cuenta regresiva	226
22. Rendición	234
23. Cruzar la frontera	243
QUINTA PARTE. EL PURGATORIO	255
24. Chicago	257

25. Alabama	267
26. Esposas en guerra	280
27. Decomiso	289
28. Arrestos	296
29. Gran jurado y acuerdos de culpabilidad	305
30. La sentencia	313
31. Tumbar al Chapo	323
Epílogo	332
Fuentes	338
Agradecimientos	342
Sobre este libro	347
Sobre al autor	349
Créditos	351